



*Victimas*  
*de sus*  
*Sentimientos*

LIBERTINOS ENAMORADOS N°4

VANNY FERRUFINO

© 2020 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

Víctimas de sus sentimientos.

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

*“Sueña en grande; los sueños con limitaciones son para las personas ordinarias.”*

## **Agradecimientos**

*A mis VannyLovers, quienes siempre están ahí en las buenas y en las malas, aguantando mis rabietas y extrañas decisiones.*

## **Prólogo**

### **Inglaterra, Londres 1832.**

Dylan Edevane, duque de Blandes, sabía que su único fin al asistir a la mascarada de los condes de Warrington era encarar al conde de Norfolk y advertirle que aún no se daría por vencido y que tarde o temprano lograría vengar la muerte de sus padres y recuperar lo que se le fue arrebatado años atrás. Todos pensaban que su odio hacia el conde se resumía en la muerte de su padre, la cual se produjo en un duelo donde Norfolk corrió con mejor suerte; no obstante, nadie sabía que seguido a eso su madre tampoco pudo superar la gripe y murió dejándole el encargo de recuperar unas tierras que ahora estaban bajo el poder del conde.

¿Cómo las consiguió? No estaba seguro, pero sopesaba que sus padres fueron víctimas de un engaño.

Su tía, lady Deborah Meyer —la única familia que le quedaba y la persona que lo apoyó en los momentos más difíciles de su vida—, asistió al acontecimiento con la única intención de buscar damas en edad casadera. Ya iba siendo hora de que Dylan sentara cabeza y formalizara su tan esperado compromiso. Ese era su deber y no podía seguir dilatando sus responsabilidades.

Aceptaba las obligaciones que el título traía consigo, fue educado para hacer frente a la gran responsabilidad que implicaba ser un duque y sentía que estaba preparado para poner un alto a sus días de juergas y tomar las riendas de su destino encontrando una mujer adecuada para hacerla su esposa. No esperaba que su futura esposa lo atrajera, conocía las reglas de un matrimonio por conveniencia y sabía que su futura esposa estaría lo suficientemente bien educada como para no exigirle nada que él no pudiera darle.

Si bien las debutantes eran preciosas, frutos prohibidos para cualquier hombre que estuviera en el salón de baile, no se asemejaban a lo que él buscaba o pudiera encandilarlo con una sola mirada. Todas eran muy delicadas e introvertidas, hacía que se sintiera todo un depredador en medio de inofensivos conejitos, cosa que sinceramente no le agradaba.

Le gustaba que una mujer tuviera criterio y algo para decirle, no que se atorara con sus palabras y esperara todo el tiempo su aprobación, eso le parecía poco atractivo; sin embargo, su tía quería que la elegida fuera una dama de las que recientemente fueron presentadas en sociedad, dado que la mayoría del grupo poseía una juventud y belleza que no tardó en comentarse en las revistas más cotilleras de la ciudad.

Esas revistas... Debía confesar que existía una poderosa razón para que estuviera allí.

La hija de los condes de Norflok había sido presentada en sociedad, por fin era expuesta al mundo exterior y él no pensaba hacerle la vida muy sencilla. Durante años sus padres la tuvieron muy bien escondida del peligro que él podría representar para ella, algo que en el fondo les aplaudía porque efectivamente representaba uno muy grande para la joven. Su padre, el difunto duque, siempre le había dicho que los puntos débiles eran para aprovecharlos y la hija del conde era uno que Dylan pensaba explotar.

Caminando bajo el cielo nocturno de esa cálida noche de primavera por el jardín de los Warrington, un quejido llamó su atención e incentivó a sus pies a clavarse en el césped. Volvió el rostro hacia los grandes setos y se frotó la barbilla con suspicacia, esa que portaba una incipiente barba de dos días que no hacía más que enloquecer a todas las féminas londinenses, brindándole un toque salvaje y misterioso.

«Seguro son dos amantes pasando un buen momento». Se dijo dispuesto a reanudar su marcha para no estorbar a las personas que ya estarían fornicando sin pudor alguno, pero una voz lo hizo tensarse.

—Suélteme.

La dama pedía ser liberada y estaba llorando. Incapaz de hacer caso omiso, Dylan se acercó sigilosamente al lugar donde ya no estaba tan seguro si se estaba efectuando una faena. A medida que se asomaba las voces fueron más claras y había una casi imposible de no reconocer, era el vizconde de Cornwall, uno de los viejos más libidinosos del reino.

Reajustó su antifaz de terciopelo negro, agradeciendo que cubriera gran parte de su rostro, y acercándose a ellos observó como la cabellera oscura de la dama se desprendía de su perfecto peinado. No podía detallar sus facciones porque estaba de espalda a él, siendo zarandeada de un lugar a otro por el vizconde.

—Se está confundiendo, por favor, suélteme —rogó una voz angelical.

Dylan presionó sus manos en dos puños, indignado. Era obvio que las copas de más no le permitían al vizconde diferenciar a esa mujer de una cortesana y una debutante.

«O tal vez sí...»

—Oh, vamos, cariño, no seas tímida —dijo él y ella sollozó.

Sí había algo en el mundo que el duque de Blandes odiase con cada fibra de su ser: era el abuso de poder que un hombre ejercía sobre una mujer. Esos preciosos seres merecían ser respetados y más si nacieron para ser la futura señora de un hogar.

—¿Por qué no seguir los deseos de la dama? —interrogó con voz profunda y gutural, consiguiendo que ambos dejaran de moverse mientras salía de su escondite—. ¿Debo suponer que el forcejeo es parte del romanticismo que usted implementa para seducir a una mujer, milord?

Ante la última pregunta llena de advertencia, el vizconde reaccionó soltando el pequeño cuerpo sin cuidado alguno —como si esa mujer fuera la peste— y la dama se dejó caer de rodillas, llorando con desesperación y enterrando el rostro en sus manos; ya que el antifaz blanco acababa de abandonarla y su identidad pronto sería revelada.

Ver ese estado de vulnerabilidad en la mujer le generó un nudo en la garganta. Se veía... Devastada. Nunca le gustó forzar a una mujer y sinceramente no entendía porque el vizconde la obligaba a algo si bien podría irse con una de sus fulanas.

—No es lo que parece. —Se excusó el hombre mayor, temeroso a la idea de verse atado a una mujer.

—Tiene tres segundos para desaparecer de mi vista —masticó las palabras y Cornwall se esfumó, dejándolo a solas junto a la dama que lloraba.

Un poco más relajado dio los primeros pasos y sujetó el antifaz blanco quedando de cuclillas junto a ella. Olía a lavanda, un aroma tan arrebatador que se sintió en el cielo durante esos segundos de silencio.

—¿Se encuentra bien? —interrogó cauteloso, examinando su larga cabellera ondulada color azabache. La luz que los faros le ofrecían no era mucha, pero sí la suficiente para ver lo necesario.

¿Cómo llegó a arruinarle el peinado?, ¿hasta dónde pretendía llegar el vizconde?

Sólo hacía falta verle el atuendo para deducir que se trataba de una debutante.

Ella ladeó la cabeza en modo de negación y gimoteó cabizbaja.

—¿Me permite ayudarla? —Prefirió preguntar antes de actuar, no quería asustarla.

La mujer poco a poco fue girando el rostro y Dylan sintió como la tierra temblaba a sus pies al encontrarse con los tiernos ojos color almendra que destellaban tristeza, vergüenza e inocencia, una que le arrebató el aliento. En su vida vio un brillo igual, capaz de gritar y hacerse escuchar con su esplendor. En ese momento la expresión de la dama cambió y ellos le agradecieron y suplicaron por algo que desconocía, mas estaría dispuesto a darle lo que le pidiese en ese preciso momento.

¿Quién era esa mujer? No la conocía, estaba seguro de eso.

—No se lo diga a nadie —imploró con congoja y pasando saliva, asintió. Hasta su voz era hermosa—. Muchas gracias. —Sollozó con pesadez y él le tendió un pañuelo, preso de su imagen.

Pese a tener las manos enguantadas, un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando ella aceptó el gesto.

—¿Cuál es tu nombre, encanto? —Se aventuró a halagarla, todavía percibiendo el cosquilleo en la zona donde sus manos se encontraron.

—Es de mala educación que me presente a usted yo misma —respondió ella con un mohín en los labios.

Satisfecho por la respuesta, curvó la comisura de sus labios hacia arriba. Era una debutante.

—¿Cómo debo llamarla: señorita o milady? Al menos merezco saberlo, ¿no le parece?

Ella se mordió el labio inferior y Dylan optó por quitarse el antifaz, disfrutando de su semblante sorprendido ante las facciones de su rostro. Era atractivo y lo sabía, y quería que ella también lo supiera. La mejilla que recibía la luz del faro fue descubierta en su cambio de tonalidad y eso le agradó de sobremanera.

—Milady —musitó y él esbozó una sonrisa galante.

Eso mejoraba las cosas.

—Puede decirme su excelencia.

La dama jadeó y con notoria velocidad se puso de pie, haciendo una leve reverencia ante la mención de su título. Dylan imitó sus movimientos con la mirada clavada en ella, no era muy alta, con suerte le llegaría un poco más abajo de los hombros.

—Lamento mucho el incidente, su excelencia.

No hizo más que enternecerle el corazón. Lejos de mostrarse astuta o coqueta, ella sólo deseaba salir huyendo del incómodo encuentro.

—Oh mi Dios, que vergüenza, lamento mucho lo que vio, su excelencia. Fue mi error, no debí salir al jardín sola.

Tal vez le habría dado una serie de consejos, sino fuera porque la hermosa cabellera oscura y ondulada lo hubiese hipnotizado junto a la linda silueta de lo que podría ser una fruta prohibida para él.

«O, tal vez, una fruta de la que sólo yo podré disfrutar».

—Olvide todo, prometo que nunca más volverá a suceder. Desde ahora no saldré sola ni me alejaré de mi madre.

Regresando a la realidad, nuevamente detalló sus rasgos con la poca luz que los faros le brindaban. Con una sonrisa ladina le entregó el antifaz blanco. La dama, cuyo vestido celeste no



hacía más que darle un aire angelical, se cubrió el rostro con el mismo.

—Pecaré de inoportuno e irrespetuoso, milady, pero ¿es usted una debutante?

Un silencio se apoderó del lugar y ella miró al piso, para después asentir.

—Es mi tercer baile en esta temporada —contó con timidez.

—Acabo de llegar de Estados Unidos, tal vez por eso no la pude reconocer.

—Puede ser. —Sonrió más relajada, empezando a arreglar su peinado.

—¿Puede sola? —cuestionó desde su sitio, escudriñando la clara piel de su largo y esbelto cuello.

—Debo intentarlo milord, no es cómo si pudiera regresar a la fiesta en este estado. —El tono picaresco que ella empleó no hizo más que divertirlo, parecía una mujer fresca y sincera.

—¿Puedo ayudarla? —Avanzó con lentitud y ella pareció dudarlo.

—Así está bien.

Dio un paso hacia atrás al notarlo muy cerca, pero luego fueron dos y los pasos fueron aumentando al tiempo que él la acorralaba sin siquiera darse cuenta. La espalda de la dama acarició uno de los troncos y se estremeció ante la cercanía de sus cuerpos, dejando entrever su inocencia.

—Dime tu nombre, encanto.

No se iría sin saberlo. Quería conocer a la dama. Al parecer, después de todo, esa temporada sí sería interesante, puesto que no sólo disfrutaría viendo como la hija de los condes de Norfolk se declaraba como un completo fracaso en su primera temporada, sino que él ya tenía a su futura esposa a la espera de una propuesta formal.

¿Las cosas pudieron haber sido más sencillas para él?

Mataría dos pájaros de un tiro: él tendría el heredero que el conde jamás pudo tener y se encargarían de arruinar a su preciada hija.

—Yo... —Se concentró en ella, en su melodiosa voz.

—Si quieres te digo quien soy para aminorar tus dudas.

Lo meditó por unos segundos y luego asintió con lentitud.

—Dylan, mi nombre es Dylan Edevane, duque de Blandes —musitó sus palabras con deleite.

Seguro habría escuchado de él, no existía matrona que no lo quisiera para su hija.

La confusión lo invadió al ver como la dama palidecía y confundido dejó que lo alejara con un

suave empujón por el pecho.

¿Hizo algo mal? ¿La habría asustado?

Viéndola respirar con dificultad, quiso acercarse, pero la dama ladeó la cabeza casi suplicante.

—¿Sucede algo, mi...?

—¡Aline!

Cada vello de la piel del duque se le erizó y la sangre que corría por sus venas empezó a calentarse. Empuñó las manos y su cuerpo comenzó a bullir por la rabia que le generó escuchar ese nombre y reconocer esa voz. Sin desprender los ojos color miel de la hija de los condes de Norfolk, se escondió detrás de uno de los árboles para evitar tener un encontronazo con la condesa.

—Hija, ¿qué sucedió? —escuchó que preguntaba y su quijada se tensó al identificar la temblorosa voz de Aline Anderson, la mujer que no debió haber salvado, le habría salido mejor que sea hallada en un escena escandalosa con Cornwall.

—Madre, no me siento bien, vayámonos por favor.

—Sí, justamente por eso vine a buscarte. Tú padre se enteró que el duque de Blandes está en la velada y prefiere que nos marchemos. Debes tener cuidado de ese hombre y evitarlo a como dé lugar, Aline.

«Mucho cuidado, para ser más precisos, lady Norfolk». Apoyó la espalda en el tronco del árbol que lo escondía.

—Sí, lo sé. —Esa afirmación lo puso de peor humor, acababa de salvarla y ahora pretendía evitarlo como si nada.

Los pasos empezaron a saberse lejanos y aún con el cuerpo rígido, permaneció ahí, con los brazos cruzados en la oscuridad de la noche. Sabiendo que no hizo más que salvar a la mujer que tenía que arruinar; la hija de los condes.

## Capítulo 1

### *Un año después.*

—Oh, Dylan, cariño, no comprendo tu necesidad, hace un año era mucho más fácil lidiar contigo en cuanto al tema del futuro del ducado. Tienes a damas hermosas para elegir, ¿qué es lo que está mal en ellas? —indicó Deborah, haciendo un disimulado gesto con el abanico hacia las agraciadas debutantes que ahora estaban ataviadas con elaborados disfraces.

Recientemente se había casado el duque de Beaufort, un hombre que nadie en el reino había pensado que llegaría a hacerlo, y eso había redoblado los esfuerzos de su tía en cuanto al tema de buscarle una esposa. Sin embargo, en ese momento Dylan tenía muchas cosas en mente y una de ellas era que por fin tenía los pagarés que lo ayudarían a hundir al conde de Norfolk.

No fue fácil hacerse de ellos, a decir verdad había pasado por un sinfín de pruebas para conseguirlos, hasta estuvo a punto de comprometerse con lady Answorth con tal de que Beaufort se los entregara como dote de su cuñada; no obstante, gracias a los santos no fue necesario. La libreta de su padre lo salvó, esa que contenía muchos secretos oscuros de la nobleza y fueron de bastante ayuda para extorsionar a los dueños de Triunfo o derrota, quienes al final usaron su buen juicio y le cedieron los pagarés que lo ayudarían a destruir por completo a la familia Anderson.

Por supuesto, ese era un secreto que no compartía con su tía, dado que la dama estaría muy ansiosa por efectuar de una vez por todas su venganza y eso era algo que Dylan aún no quería hacer, sentía que con esos pagarés al fin podría conseguir algo de la dama que llevaba atormentándolo por más de un año y quien era la causante de que no quisiera casarse con ninguna mujer que su tía creyera adecuada para él.

—Se suponía que ibas a casarte la anterior temporada —gruñó Deborah, regresándolo a la realidad, y Dylan barrió el salón con la mirada buscando a cierta pelinegra que aún no llegaba a la fiesta donde sería presentada la nueva duquesa de Beaufort.

Necesitaba hablar con Aline, quería ser el primero en informarle que su adorado prometido, el marqués de Sutherland, no podría desposarla porque amaba a otra mujer, por lo que desde ahora nadie podría salvarlos de su ira.

¿De verdad pensó que la dejaría ser feliz con otro hombre?

Por Dios, llevaba un año ahuyentando a sus pretendientes y el que Sutherland quisiera ayudarla sólo le complicó un poco las cosas, dado que al final encontró la manera más adecuada de deshacerse del marqués y toda la amenaza que él y sus amigos representaban para sus planes con

la familia Anderson.

—No veo alguna dama que me interese, Deborah —contestó con toda sutileza y educación, pero su tía ya no tenía los ojos puestos en él como para prestarle la debida atención, sino en quien ingresaba al salón de baile con una matrona que parecía tener más de cien años por las arrugas que decoraban su rostro.

A juzgar por su apariencia y el disfraz de hada del bosque, la joven seguramente sería consagrada como la belleza de la temporada.

—Mira a lady Taylor, es la pupila de tu buen amigo, no deberías seguir perdiendo el tiempo, es la dama perfecta —regocijó como si acabara de ganarse más de mil libras.

No iba a negar que lady Taylor era preciosa —y que su amigo ya le había sugerido a la dama con el fin de liberarse de la pupila que le llegó junto al condado—; sin embargo, su problema radicaba en que temía terminar el verano con el brazo roto y en navidad con otra pierna rota. El grave error del conde fue contarle que esa chiquilla es más temperamental de lo que todo Londres podía imaginarse.

«Ni los santos podrían tenerle paciencia» había dicho Grafton junto a un: «ni en los cielos será aceptada».

—Creo que es algo joven.

No era que le afectara mucho que tuviera diecisiete años, él tenía veintiséis, pero...

—¿Qué hombre no quiere que su esposa sea joven?

«No quiero a esa joven».

—Me dejó sin respuestas, milady, déjeme seguir merodeando por el salón y le informaré si alguna dama me interesa.

Una táctica infalible era darle siempre la razón a su tía y a toda mujer que conociera, así se evitaba discusiones y dramas sin fundamentos.

—De acuerdo. —Se abanicó—. Grafton debería ponerle otra matrona porque la señora Wilson ahuyentará a sus pretendientes —susurró al tiempo que se marchaba.

Dylan inhaló y exhaló con cautela, evitando bufar o actuar de alguna u otra forma que rompiera con los protocolos sociales. Muchos lo odiaban, era un duque despiadado y poseía muy pocos amigos como para hacer pensar lo contrario; pero a él le gustaba que las cosas fueran así, lo menos que necesitaba en su vida era gente que quisiera colgarse de su título.

—Blandes, lindo disfraz —bromeó su amigo, mirando con sorna su atuendo de lobo feroz, y

con una sonrisa ladina, esa que hacía que sus hoyuelos resaltaran y su hermosa dentadura quedara expuesta, Dylan saludó a Grafton, a su pupila y a la matrona —la prima del difunto conde— como correspondía.

Haciendo acopio a su buena educación, fue el compañero de baile de la pequeña y diminuta rubia que con suerte le llegaba a la altura del pecho. Lady Alanis estaba seria, parecía molesta y sus ojos grises buscaban algún punto de escape.

¿De verdad era tan diablesa como su amigo se lo decía? A él, en lo personal, sólo le parecía una niña asustada.

—Ya te dije que no es mi estilo. —Bebió de su copa y el conde gruñó.

—Debo encontrarle un esposo antes de que cumpla los dieciocho —espetó, mirando a la rubia en cuestión—. Su padre dejó estipulado que su tutor debe casarse con ella cuando cumpla los dieciocho años y sólo así recibirá la fortuna que no está ligada al título, aparte de la dote de su hija.

Lo miró con sorpresa.

—¿Y eso no es lo mejor para ambos? Heredaste todo lo que alguna vez fue suyo, me parece egoísta que quieras quitárselo todo.

—Soy joven, Blandes, apenas tengo veintitrés años, no puedo casarme ahora, no me siento listo. Además su tía y ella no saben nada al respecto, por lo que será fácil mantener todo en secreto. Mi abogado dijo que la cláusula pierde valía si para ese entonces lady Alanis contrae nupcias.

—Al menos élígele un buen esposo.

—Cambieemos de tema —sugirió el conde, bebiendo de su copa de vino—. Debemos admitir que lord Beaufort tiene mucha suerte, su esposa es hermosa. No cabe duda que las hermanas Answorth son preciosas.

Asintió sin prestarle mucha atención, para nadie era un secreto que las hijas del conde de Worcester eran hermosas, se había esperado exactamente eso de la melliza menor cuando conocieron a la mayor en su presentación.

—Por cierto, no me comentaste como sigue tu cortejo en cuanto lady Answorth, ahora que es cuñada de Beaufort es uno de los mejores partidos de la temporada.

Lo sabía, pero no estaba seguro si podría casarse con la dama cuando en su mente sólo existía lugar para una. De pronto algo llamó su atención en la entrada del salón y se olvidó completamente de la existencia de su amigo. La familia Anderson acababa de llegar y el disfraz

que Aline llevaba puesto sólo provocó que el pulso se le alborotara.

Era un lindo e inofensivo conejo; una presa ideal para cualquier lobo feroz.

No podía comprender que era lo que la hacía ver tan hermosa. Su belleza ni siquiera era la de una beldad; tenía el pelo oscuro, la piel demasiado pálida —no le pasó desapercibido que esta temporada estaba un poco más delgada y tenía dos oscuros aros alrededor de sus ojos—, pero su sonrisa... ¡Qué sonrisa! Sus ojos almendrados; tan grandes, brillosos y encantadores, siempre eran un imán para él, aunque pocas veces podía darse el lujo de mirarlos directamente dado que la dama era demasiado esquiva.

*—¿Ya se va, milady? —Salió de su escondite, haciendo que la hija de los condes hiciera caer el libro que tenía en manos, y con una sonrisa victoriosa vio como perdía el color de las mejillas y empezaba a temblar.*

*—Yo... sólo vine a relajarme un poco, pero ya me iba —susurró con nerviosismo y levantó el libro para regresarlo a su lugar. Intentó pasarlo de largo para salir huyendo, pero con un solo paso Dylan usó su cuerpo como barrera y pronto la tuvo contra el estante de libros, totalmente acorralada.*

*—Si me permite recomendarle algo: no debería volver al salón de baile, está de lo más aburrido para ser el último de su primera temporada.*

*Había esperado meses para tener otro encuentro a solas con la mujer que lo traía loco y no pensaba dejarla huir justo ahora. No sabía cuándo volvería a verla y si era sincero consigo mismo ese descubrimiento lo estaba irritando.*

*La pelinegra bajó la vista con angustia y por más que intentó esconder su estado de conmoción, le fue imposible conseguirlo. Se abrazó a sí misma, frotando sus brazos como si le hiciera mucho frío, y ese simple movimiento hizo que Dylan posara los ojos sobre su cremosa piel que ahora demostraba lo mucho que le temía.*

*No le gustó enterarse de aquello, aún no había hecho nada digno para ser merecedor de sus miedos.*

*Estudió el lugar con la mirada, la única iluminación con la que contaban provenía de dos velas que lady Anderson prendió para poder leer un poco. Sonrió con malicia y acorralando el pequeño cuerpo, estiró una mano para apagar una de las velas haciendo que la oscuridad se pronunciara todavía más entre ellos.*

*—No me haga nada —suplicó desesperada y Dylan acarició su mejilla, retirando la lágrima*

*rebelde que se deslizaba por la misma.*

*—No soy un monstruo, encanto.*

*Sin ser capaz de ponerle un freno a sus instintos, dejó que su mano bajara en una lenta y larga caricia y rozó su suave y tembloroso brazo, odiando llevar los guantes puestos. Se enderezó un poco, imponiendo su tamaño y fuerza sobre ella, y se quitó los guantes con pericia para guardarlos en el bolsillo de su levita.*

*Quería sentir su piel.*

*—Pero tú me debes algo.*

*Ese comentario consiguió alarmarla un poco y observando sus grandes manos, preguntó:*

*—¿Qué?, ¿por qué?; no lo entiendo.*

*Era extraño, pero odiaba que se pusiera así ante su presencia. La prefería más predispuesta y gustosa.*

*—Yo te salvé y nunca me diste nada a cambio.*

*Cautamente rodeó su diminuta cintura y con los ojos fijos en ella la acercó con fuerza, juntando sus cuerpos con descaro. Ahogó su propio gemido y se sintió un malnacido por hacer algo que quedaba fuera de todos sus códigos de conducta: acorralar a una dama sin interés alguno de desposarla.*

*—Su excelencia, no ha...*

*Chasqueó la lengua con diversión, ordenándole que guardara silencio.*

*—Me debes mucho, encanto, y a partir de ahora pienso cobrarte lo que hice por ti. —Acunó su mano libre sobre su mejilla y sin importarle las consecuencias le rozó el labio con la yema de su dedo corazón.*

*Eran tan suaves...*

*Se relamió los labios, ansioso. ¿Cuántas veces se había imaginado besando esos labios? La boca se le hizo agua y deslizó su mano por su esbelta figura hasta llegar a su espalda baja. Necesitaba tocarla, necesitaba sentirla y acabar con esa maldita obsesión que había desarrollado por la hija de su peor enemigo.*

*—¿Qué hace? —Sujetó su muñeca interrumpiendo la intensidad del momento y con facilidad manipuló sus manos y las llevó por encima de su cabeza, pegándola aún más contra el estante con su cuerpo.*

*No pararía ahora, desde hace años se había jurado que usaría a la hija de los condes como*

*medio de venganza y si con eso podría calmar sus pasiones más oscuras, mejor.*

*—¿Siente, milady? —susurró en su oído, meciéndose contra ella para que su miembro rozara su punto frágil y ella ahogó un gemido lastimero.*

*Estaba excitado, fuera de control y el que ella no pusiera resistencia alguna sólo consiguió empeorar la situación porque Dylan la instó a separar las piernas con la rodilla y encontró la posición perfecta para que la fricción fuera más placentera para ambos.*

*—¿Qué es lo que desea? —interrogó ella, jadeante.*

*Dylan sujetó su barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.*

*—Esto.*

*Cubrió sus labios con los suyos, sintiendo como un cúmulo de emociones despertaban en su interior y gimió sin remedio alguno. Su tierno sabor lo enloqueció y pronto se aferró a sus generosas caderas y tiró de ella para pegarla contra su miembro viril, consiguiendo así que emitiera un delicioso sonido y separar los labios para brindarle la accesibilidad que deseaba a su boca.*

*La invadió sin pudor alguno, saboreando el dulce néctar y presionó su nuca al sentir que quería apartarse. No estaba acostumbrada a algo así, pero él podría enseñarle en ese mismo instante. Con su mano libre sujetó su muslo y la obligó a levantar la pierna izquierda para que rodeara su cadera con la misma y así tuviera una posición más cómoda para seguir sintiendo como sería embestir contra ese frágil cuerpo.*

*La resistencia de la dama fue mermando y pronto lo abrazó por el cuello y se dejó llevar por el momento, entregándose plenamente a él. En ese momento ya no le generaba temor, sino un inmenso placer que le llenaba el pecho de orgullo.*

*Lady Anderson no le era indiferente.*

*Ese pensamiento hizo que su cuerpo entrara en tensión, no podía sentirse así por un simple beso con la dama, ¡él debía vengarse de los condes de Norfolk!*

*Se encargó de apagar la última vela, como si así su culpabilidad pudiera reducir un poco, pero eso sólo alimentó el libido que sentía en su interior porque gimió ansioso. La levantó del piso para que rodeara su cintura con sus esbeltas piernas y así pudiera sentarla sobre la fría superficie del escritorio.*

*Era la hija de su enemigo, no podía gustarle, su deber era odiarla y desearle lo peor.*

*Y eso era lo peor: caer en la tentación de un encuentro netamente carnal.*



*Porque eso era, un encuentro netamente carnal, ¿verdad?*

*Liberó sus labios y la tendió sobre la superficie de roble, recorriendo su apetitoso cuerpo con descaro hasta llegar a su vientre bajo. Pese a que no contaban con una iluminación, Dylan podía imaginarse el rostro sumido en placer de la pelinegra.*

*Ambos se deseaban, ambos querían continuar, pero estaba seguro que si seguía levantando esa falda, todo terminaría peor de lo esperado, por lo que muy sutilmente se alejó de ella e implementó una corta distancia entre sus cuerpos.*

*No usaría a una dama virginal para desfogarse, para eso tenía a su amante.*

*Como si lady Anderson recién hubiera caído en cuenta de lo que estaba ocurriendo, se incorporó con prisa y arregló la tela de la falda de su vestido, alarmada. Bajó del escritorio de un salto y trató de salir huyendo hacia la puerta.*

*Él se lo impidió.*

*—Su excelencia...*

*—No digas nada —ordenó con dureza, no quería escuchar sus razones—. Sólo acostúmbrate a esto, encanto —susurró con voz ronca, dispuesto a repetir esa escena una vez que estuviera más listo para controlar sus instintos primitivos—, porque no me importa las circunstancias, si tú te pones en mi camino y no tienes protección alguna: esto te pasará y la próxima vez no seré generoso contigo.*

*La dejó ir, imaginándose como sería su próximo encuentro con lady Anderson ahora que estaba informada sobre lo que tenía pensando hacerle.*

La necesidad de encontrarse a solas con la dama hizo que se sintiera ansioso.

Desde que la temporada dio inicio le fue imposible acercarse a ella, menos cuando seguramente lady Anderson estaría al tanto de lo que tenía planeado hacer en cuanto a su padre, lo más probable era que ahora lo odiase y quisiera evitarlo a toda costa; pero era una lástima que dentro de sus planes no estuviera la idea de alejarla, ahora todos los Anderson estaban en sus manos y Dylan pensaba disfrutar el momento por un breve periodo hasta que se sintiera cansado de ellos y los hundiera socialmente.

Como los odiaba, detestaba ver como esa familia entraba a los salones de bailes y eran aceptados por todos cuando la sociedad entera ya debería haberlos repudiado desde hace mucho.

A ellos los aceptaban y a él lo condenaban por el pasado de su padre.

¡Era una locura!

—Sigue así y la copa explotará en tu mano. —La voz de Grafton hizo que reaccionara y su mano dejara de hacer presión sobre la copa de cristal—. Este año de igual manera espantarás a sus pretendientes, ¿no es así? Muchas personas rumorean sobre el porqué siempre hay candidatos dispuestos a cortejarla, pero siempre desisten a última hora.

—¿Quieres que vea como Norfolk se regocija por casar a su hija con un buen partido? No necesito que sigan siendo respaldados por más personas; además, su hija no es tan atractiva como para ser un reto para mis ofertas y chantajes, todos saben por quién meter las manos al fuego.

—Si no es tan atractiva, ¿por qué usar todos tus esfuerzos para mantenerla sola? —curioseó, con los ojos entrecerrados—. Además cabe agregar que ninguno de los hombres que ahuyentaste era un duque, marqués o conde, nos fuimos a insulsos vizcondes, barones y burgueses; no eran buenos partidos.

Eso era obvio, tal vez podría convencer a un conde, pero negociar con un marqués o un duque era algo mucho más difícil. La clara prueba de ello era que tuvo que recurrir al chantaje para conseguir lo que quería de los dueños del club Triunfo o derrota.

—¿Qué de malo hay con la dama? No entiendo por qué vas en contra de ella si fueron sus padres los culpables de todo. Es una mujer linda, encantadora, tierna e inocente, ni siquiera sé cómo puedes pretender lastimarla.

—¿La estimas mucho, amigo mío? ¿Serás uno de los hombres que tendré que espantar? —La determinación de sus palabras llegó a intimidar a Grafton, provocando que callara abruptamente y se guardara sus opiniones sobre lo atractiva que a él le parecía lady Anderson.

—Te aprovechas de tu título. —Tomó un sorbo de su bebida, retirando la mirada de esos ojos color miel que lo perforaban.

—Para nada, sólo uso mis mejores cartas.

Ese pequeño lapso en el que Dylan se distrajo con Grafton, bastó para que lady Aline esté en la pista de baile con un hombre que él, por desgracia, no reconocía.

Rodeando la pista de baile escudriñó cada uno de sus movimientos, como la falda del vestido blanco se movía al son de la música, como la mano de ese hombre acariciaba con sutileza la cintura de la dama —nadie lo notaría, pero dado que era el único caballero que ahora quería separar a la pareja, apretó la mandíbula—. Siguió con su escrutinio y la sonrisa llena de incomodidad de la dama le indicó que ella no deseaba estar allí con ese hombre.

Una vuelta bastó para que sus ojos se encontraran y la sorpresa invadiera a los de ella,

abriéndolos desmesuradamente.

Dios... No le gustaba ver el temor en su semblante.

La pieza terminó y antes de siquiera poder plantearse la idea de acercarse a ella para pedirle un vals, Aline Anderson estaba rodeada de muchos caballeros con ridículos disfraces. Era lo mejor, bailar con la hija de su enemigo no sería nada bueno y eso sólo levantaría muchos rumores indeseados entre los presentes.

Merodeó por el salón esperando la oportunidad perfecta para reunirse con ella. Conversó con sus amigos, entre ellos el vizconde de Portman, y una que otra dama que quiso que danzara con su pupila.

Conversó con Aberdeen, quien le informó que el conde de Devonshire se encontraba en Francia utilizando todos sus recursos para casarse con una mujer que no era su prometida. Al ser los mejores amigos del conde, ellos sabían que fue prometido a una dama de la cual desconocían su identidad.

Dylan ya sentía pena por la pobre mujer.

El vaivén de una falda que le interesaba atrapó su atención y sin importarle nada siguió a la mujer que se adentraba por el largo pasillo de la mansión de los duques de Beaufort.

Nadie reparó en como el lobo feroz de la noche se las ingenió para seguir al inofensivo conejo que aún no tenía la menor idea de lo que le esperaba esa noche.

## Capítulo 2

Su caminar era elegante, lento y escueto, pero no le pasaba desapercibido el suave temblor que su cuerpo estaba atravesando. No podía creer que la conociera tan bien, ella no estaba en un estado del que se pudiera presumir una buena salud y la falta de estabilidad se lo anunciaba.

Como seguirla hasta el servicio de damas sería imposible, decidió esconderse tras una columna junto a una puerta que no tuviera seguro, para tener un lugar donde pudieran hablar más plácidamente. El lugar estaba despejado y esperaba que se mantuviera así hasta que la tuviera dentro de la estancia que había elegido.

En el momento que la pelinegra volvió a aparecer en su campo de visión, Dylan se preocupó al verla tan pálida. Era obvio que no estaba en su sano juicio porque ella no caminaría sola por los pasillos de una casa así como así —no después de su advertencia—. Aline casi siempre se la pasaba con su madre o en compañía de otra mujer.

Le dio una última mirada al lugar y al percatarse que estaban completamente solos, sujetó la delicada muñeca de la dama haciéndola dar un brinco en su lugar. El pánico que vio en su semblante no lo ayudó a pensar con claridad y sin delicadeza alguna la metió a volandas al salón. No fue delicado a la hora de soltarla y sin importarle como terminaría se concentró en cerrar la puerta con seguro.

No quería que nadie lo encontrara en alguna situación comprometedoramente precisamente con ella.

—A pasado un tiempo, ¿no te parece? —Se volvió hacia ella, enfrentándola, y la dama tiritó levemente en su lugar aun dándole la espalda—. ¿Te gusta jugar al lobo y al conejo, encanto? —bromeó, haciendo énfasis en sus curiosos disfraces, y sonrió con satisfacción cuando por fin se giró hacia él.

Su rostro era un desastre, ella ni siquiera debería estar en ese salón; debería estar en su cama, durmiendo bajo la atención médica del doctor de la ciudad. Norfolk era un inconsciente, lo único que le interesaba era comprometer a su hija con lord Sutherland lo antes posible para salvarse el pescuezo, algo que por supuesto no ocurriría mientras él existiera.

Aline intentó pasarlo de largo, tomándolo por sorpresa, pero nuevamente fue más ágil que ella y rodeó su pequeña cintura para posicionarla frente a él.

—No tan rápido —gruñó, lidiando con el forcejeo de la dama.

—Suélteme —reclamó, girando sobre su eje—, usted y yo no tenemos nada de qué hablar. —Golpeó su brazo con fuerza, exigiendo su libertad.

Claramente estaba molesta con su persona y no era para menos, pronto sería el responsable de sus más grandes desgracias y no podría culparla por nada porque su objetivo era ganarse su odio, su desprecio y luego obligarla a humillarse ante él.

Sus movimientos empezaron a perder constancia y aguardó a que se calmara por breves segundos. Su estado físico no era óptimo por lo que no le tomó mucho tiempo conseguir el resultado que quería.

—¿Es que no puede dejarme tranquila? —musitó frustrada, con la voz colgando en un hilo, y muy sutilmente la giró hacia él para detallar sus hermosos rasgos.

Aline estaba tan débil que terminó apoyando la mejilla contra su hombro para ganar mayor estabilidad. Ladeó la cabeza, consternado, ¿cómo lidiaría con una mujer que apenas y podía mantenerse de pie por sí misma?

—No, no puedo —confesó con voz ronca, aspirando su delicioso olor, y la boca se le hizo agua al imaginarse como sería abrir ese vestido blanco y acariciar la delicada piel que aún estaba prohibida para él.

Aline lo empujó suavemente por el pecho e inhaló profundamente, como si así pudiera recuperar algo de la energía que necesitaba para hacerle frente.

—Sé lo que viene a decirme y quiero que sepa que pronto podremos pagar los pagarés que tanto quiere poseer de mi padre.

Ella todavía no estaba al tanto de que los pagarés estaban bajo su poder.

—¿Ah sí? —Enarcó una ceja, burlón, y ella vaciló con su siguiente respuesta.

—Sí, me casaré con lord Sutherland y él cubrirá la deuda.

¿Tan dispuesta a entregarse a otro hombre estaba con tal de salvar a su padre?

La rabia lo invadió, ¿podría ser que ella deseara casarse con Sutherland? Ya los había visto compartir un abrazo en la casa de los condes, ¿podría ser posible que ellos hubieran compartido más?

—Lamento informarte que no habrá boda, encanto —soltó con malicia, disfrutando de su conmoción—. Así que la deuda no será saldada todavía.

—Eso es mentira, él me dijo...

—Olvida lo que Sutherland te dijo —ordenó, elevando la voz. Los celos lo estaban matando—. Su reputación, la felicidad de sus familiares y la de sus amigos están en riesgo y él sabe que la única manera de mantener todo como hasta ahora es alejándose de ti. Deja de creer que alguien va

a rescatarte, no dejaré que tu padre te entregue a su salvador; los hundiré a todos —escupió con desprecio, odiándose a sí mismo por ser el causante del torrente de lágrimas que se estaban formando en sus hermosos ojos—. Dejen de buscar ayuda en terceros porque sólo les complicarán la existencia.

—Es mentira.

Que confiase ciegamente en la palabra de Sutherland no lo ayudó a pensar con claridad y pronto apresó sus delicados brazos y la zarandó con suavidad para que se enfrentara a la dura verdad.

—Él no te ama; ama a lady Answorth y no perderá la oportunidad de casarse con esa mujer por alguien como tú —soltó despectivamente, queriendo hacerla sentir menos, y al parecer le fue de maravilla porque ella bajó la mirada, azorada.

—¡No me toque! —explotó sorpresivamente, empujándolo por el pecho, y ojiplático vio cómo se limpiaba las lágrimas del rostro con frustración—. ¿Por qué no nos deja tranquilos?, ¿por qué no puede seguir con su vida?

La rabia se apoderó de él y olvidándose que se enfrentaba a una dama, le dio una respuesta mordaz.

—¡Porque tu padre me quitó todo! ¡Porque mi vida no dará inicio si no cobro mi venganza!

—Está loco —dijo aceleradamente, manteniendo las distancias—. ¡Fue su padre quien retó a duelo al mío y perdió! ¡No puede culparnos por nada, él qui...!

—Tengo los pagarés bajo mi poder, así que si yo fuera tú mediría mis palabras, encanto —farfulló furibundo, conteniéndose a sí mismo para no callarla de la peor manera posible.

—Es un mentiroso. —La voz se le quebró y Dylan no se dejó llevar por la conmoción que le estaba generando el hacerle tanto daño.

Era parte del plan.

Sin hacer un gran revuelo sacó los pagarés de su levita y los alzó para que ella pudiera verlos desde esa distancia.

—Están en mis manos, encanto.

Aline jadeó, dejando que su cuerpo perdiera toda la compostura y empezó a temblar sin control alguno. Él también lo haría si estuviera en su lugar, aunque... si era sincero, quizá podría ser amable con ella si se mostraba... complaciente.

Volvió a guardar los papeles y se apoyó contra la mesa que estaba a unos pasos de distancia,

observándola con curiosidad.

—¿Ahora no huyes? —Su sonrisa se ensanchó, ¡qué glorioso era tenerla en aquel estado!

—Yo... No le haga nada a mi padre, es lo único que tenemos —pidió con súplica, avanzando voluntariamente hacia él, y Dylan se perdió en su magnífico rostro.

¿Por qué le dolía verla en aquel estado? Debería darle un gusto inmenso, no pena.

—Mis padres también eran lo único que tenía y tu padre acabo con ambos.

—Pero...

—Mi madre no pudo con la noticia de la muerte del duque, murió a los días —escupió con rencor, haciendo que todo atisbo de compasión se esfumara de su ser.

Ella le gustaba, pero eso no quería decir que la amara ni que estuviera dispuesto a pasar por alto los errores de su padre. Todos los Anderson lamentarían haberse topado con su familia.

—Por favor... —imploró destrozada y Dylan se cruzó de brazos, retándola a ofrecerle algo a cambio.

—Mañana tu padre se irá a la cárcel de deudores y tú y tu madre quedarán en la calle, tendrán que trabajar para poder mantenerlo decentemente en el calabozo.

—¡No!, por lo que más quiera, haré lo que sea —espetó desesperada, arrodillándose ante él.

Dylan se enderezó con rapidez ante el tan inesperado proceder de la pelinegra.

Tiempo atrás creyó que tener a un Anderson de rodillas sería lo mejor que podría pasarle en la vida, pero en ese momento sólo pudo inclinarse y tirar del delgado brazo de la dama para sacarla de esa penosa posición.

—¿Lo que sea? —inquirió con dureza, mirándola amenazadoramente.

Le sorprendió que no dudara ni un segundo antes de responderle.

—Sí, haré lo que sea.

—Déjame ponerte a prueba.

Dichas esas palabras, sin delicadeza alguna tomó posesión de sus labios y arremetió con fuerza dentro de su boca, intentando asustarla lo suficiente como para hacerla huir y provocar que traicionara a su padre; no obstante, aun retorciéndose de dolor y desesperación, ella dejó que él saqueara su boca sin piedad alguna.

Liberó su boca, jadeando por la intensidad del momento, y sus músculos se tensaron al ver las lágrimas que bajaban por su rostro. Las retiró con parsimonia, tragando por fuerza por el hambre

que sentía por ella.

Acarició sus labios, rojos e hinchados por el bestial beso que le brindó, y esta vez fue mucho más delicado a la hora de tomar posesión de su boca. Su mano dejó de hacer presión sobre su brazo y se deslizó en una lenta caricia hasta rodear su cintura y traerla hacia sí.

Así estaba mucho mejor. Lamió la comisura de sus labios y se sorprendió gratamente cuando ella los separó para que pudiera besarla como realmente quería.

—Colabora si quieres mi favor —advirtió excitado, mientras tiraba de la tela de su escote para dejar uno de sus generosos pechos a la intemperie. Lo amasó con parsimonia y Aline tardó en responder a sus caricias, pero terminó cediendo y se aferró a su levita para no caer mientras la intensidad del beso incrementaba. Conocía cuando una mujer disfrutaba de sus besos y claramente la pelinegra lo estaba haciendo. Se encargó que fuera ella quien quedara contra la mesa y sin pena alguna la sentó sobre la fría superficie y coló su mano por debajo de su vestido.

—No... —rogó cuando rodeó su muslo con su amplia mano y mordisqueó su labio como reprimenda por atreverse a desafiarle cuando sujetó su muñeca con fuerza—. No pue...

—¿Ni por tu padre?

Después de lanzar pregunta tan mordaz, Dylan tomó posesión del erguido pezón y lo chupó como si fuera el mejor manjar, estrujando la tierna piel a su antojo. Deseaba desvestirla y besar cada rincón de su cuerpo.

Sin embargo, el que ella lo soltara y bajara los hombros, frustrada, hizo que regresara a la realidad y se alejara levemente del cuerpo que lo estaba tentando a cometer la mayor estupidez de su vida.

Aún no era el momento, todo llegaría a su tiempo y aún no era el suyo.

—Ganaste unos cuantos días para tu padre —soltó con desdén, sujetándola del mentón, y esbozó una sonrisa lobuna cuando sus miradas se encontraron—. Pero para la próxima, muéstrate más dispuesta, encanto, esta sólo es una muestra de caridad porque no hiciste nada bueno por mí hoy.

De un manotazo hizo que la soltara e indignado por su comportamiento sujetó su mano con dureza.

—Vuelve a hacerlo y no querrás saber lo que ocurrirá —amenazó furibundo, alimentando su temor y la soltó como si fuera la peste.

—Lo siento —susurró mientras componía el estado de su escote y se relamió los labios, deseoso de más.



—Pronto te estaré buscando, hay muchas cosas que puedes hacer por mí.

Sí, disfrutaría un poco del cuerpo de la hija del conde y una vez que tuviera lo suficiente de ella, acabaría con toda esa estupidez y metería a Norfolk a la cárcel de deudores. ¿Por qué su diversión debía acabarse tan pronto cuando llevaba más de un año deseando perderse en esas faldas?

La dama se incorporó con el cuerpo tembloroso y arregló sus prendas de igual manera, enviándole un sentimiento de culpabilidad; tiempo atrás ella le había sonreído y ahora era el culpable de su llanto y desesperación al someterla a un trato denigrante para cualquier persona de su rango; pero no podía dar marcha atrás, la venganza que tenía pensada para el conde incluía a lady Aline.

Abandonó el salón con rapidez, como si deseara alejarse lo antes posible de la vulnerable imagen de la pelinegra, y una vez que estuvo fuera un vacío se alojó en su pecho, recomendándole que mantuviera a la dama fuera de todo eso porque posiblemente el daño que le causase tendría algún efecto sobre él.

¿Por qué le importaba tanto?

Era hermosa, sí. Generosa, también —al menos eso le pareció todas las veces que pudo observarla—. Valiente y leal, no cabía duda de ello, dado que estaba dispuesta a hacerle frente sin importar las consecuencias o sus demandas.

Sintiendo su determinación menguar, Dylan abandonó el salón de baile por la terraza y decidió ir a tomar un poco de aire fresco. No ablandaría su corazón, llevaba años soñando con un momento así y no echaría todo a perder sólo porque la hija del conde le pareciera hermosa e inocente.

Se sentó en una de las bancas de piedra que estaban distribuidas alrededor de la fuente del jardín y por varios minutos dejó que sus pensamientos vagaran.

¿Hasta qué punto podría aprovechar la situación respecto a lady Aline?

Comprendía que una vez que su padre fuera arrestado ella perdería muchos favores de su entorno, ya no sería una amistad digna y el futuro que le esperaba no era muy agradable; no obstante, estaba dispuesto a hacer algo por ella y de cierta manera darle... Una fuente de ingresos.

La necesitaría para poder pagar el alojamiento de su padre en la cárcel de deudores.

Sonrió con desgana, sintiéndose la basura que todo el mundo pensaba que era.

Deseaba tanto a la hija de los condes que estaba dispuesto a hacerla su amante a escondidas de su tía para que ella no se metiera en lo que ese asunto respectaba.

Se quitó su ridículo saco afelpado que lo ayudaba a representar a un lobo majestuosamente y trajo a su mente la sensación del beso que compartió con Aline hace unos minutos. No quería aceptar la realidad, pero estaba abusando de su poder para obtener lo que quería de ella, algo que siempre odió en otras personas y curiosamente gracias a esa mujer estaba implementando sin contemplación alguna.

¿Por qué tenía el poder de hacerlo desvariar de aquella manera?

Unos suaves pasos a la distancia le informaron que no estaba solo y manteniendo su porte relajado, esperó que el individuo se marchara o se anunciara ante él. Como estos se hacían cada vez más cercanos y nadie le decía nada, miró sobre su hombro sorprendiéndose por la recién llegada.

—Milady. —¿Qué hacía lady Answorth allí?—. No esperaba encontrarme con usted aquí, no es adecuado que una dama vague sola por los jardines. —No pensaba guardarse su reprimenda, la dama le caía bien y al ser la cuñada del dueño del club Triunfo o derrota, muchas parias desearían comprometerla.

Él mismo quiso comprometerla cuando Beaufort no se mostró muy predispuesto a entregarle los pagarés del conde.

—Lo estaba buscando, su excelencia. —Su voz rota le recordó que tenían un asunto pendiente y sin perder el tiempo extendió su mano y la invitó a sentarse junto a él—. ¿Por qué está aquí? — Bajó la mirada, fijándola en sus manos.

Tal vez podría desahogarse un poco con lady Answorth, la dama no tenía nada de maldad en el alma y eso le garantizaba su silencio, aunque tampoco pensaba decirle mucho.

—Necesitaba pensar. Creo que estoy perdiendo el control de mi vida.

Y todo por culpa de Aline, quien siempre alteraba sus planes.

—¿Y cree que le será muy difícil retomarlo?

—Es complicado. —Sonrió de lado—. Por años me he dedicado a alcanzar un objetivo, tuve que esperar mucho para conseguir una oportunidad y ahora que la tengo, algo me impide seguir adelante con todo.

En otra ocasión, no habría dudado en usar los pagarés en contra de su enemigo, pero ahora no podía, era ella quien se lo impedía y se convencía a sí mismo que tarde o temprano haría uso de los pagarés y que primero disfrutaría de la dama, cuando con sólo una demanda la dama quedaría desprotegida y fácilmente podría hacerla su querida.

—Quizá no es lo correcto. —Analizó sus palabras y la miró con curiosidad—. Y ahora que su

objetivo perdió solvencia, no está convencido si alcanzarlo le dará felicidad.

—Me daría paz.

Eso era lo único que quería: vengar la muerte de sus padres.

—No lo creo. —Arrugó el entrecejo—. Estar en paz es lo mismo que estar feliz, uno no siente culpas por nada y por el cómo lo veo ahora mismo, alcanzar su objetivo lo está haciendo muy desdichado.

¿Sería verdad?, ¿qué tanto podría afectarlo el odio de Aline?

—¿Qué me sugiere, milady? —Se inclinó hacia atrás, apoyando las palmas en el diván de piedra, y la dama se dio unos toquitos en el mentón.

—El olvido a veces es la mejor cura.

Jamás.

—¿Debería empezar de cero?

No sería grosero con la hermosa rubia.

—A veces es lo mejor. —La mujer sonrió con tristeza—. Si el pasado suele causarnos mucho daño, buscar un nuevo inicio es lo mejor.

Había pensado en cancelar su cortejo y hacer de cuenta que nada ocurrió entre la rubia y él; pero el escucharla hablar hizo que la ternura le llenara el pecho y llegara a la conclusión que la única manera de superar su obsesión por lady Aline era casándose; total, no era como si la pelinegra o él pudieran tener un futuro estable.

—Creo que será una duquesa maravillosa, milady. —Sujetó su mano y la dama se sobresaltó.

—¿Por qué yo?

Esbozó una sonrisa sincera.

—Creo que es la ideal.

«Porque la mujer que tengo en mente jamás será la adecuada».

—¿Y si no lo soy?, ¿y si la mujer ideal para usted está en el salón de baile?

—Si ella está allí, dudo que sea para mí. —Miró al cielo, dejando que su triste semblante se refugiara en la oscuridad.

¿Por qué le dolía esa dura realidad que le decía que Aline jamás podría ser algo suyo?

—Siento que sufre mucho, excelencia —confesó ella con preocupación.

—Lo hago. —La miró a los ojos. A diferencia de lo que todo el mundo pensaba de él, sí tenía sentimientos y no un corazón de hielo como solía decirse—. Soy víctima de unos sentimientos que creí que jamás sería capaz de sentir.

—¿Ama a alguien más? —preguntó asombrada.

No podía decir que la amaba, pero tampoco podía explicarle a la inocente dama lo que la pelinegra despertaba en él, por lo que simplemente asintió.

Por esa noche lo llamaría amor.

—No puedo casarme con usted, su excelencia. —Volvió el rostro hacia ella al escuchar aquellas palabras—. Es un hombre maravilloso y también es muy apuesto. —Se rio entre dientes—. Pero no lo amo y ambos merecemos más. ¿Cómo podríamos ser felices cuando nuestros corazones pertenecen a otras personas? Si no somos sinceros ahora, en un futuro seremos nuestra propia destrucción.

—Lo sé —susurró, pensativo—. Usted también me agrada mucho, milady, y no me siento orgulloso por la razón que me llevó a acercarme a su persona. —Era algo bueno saber que nunca llegó a lastimarla—. Quizá en un futuro me lamente por no haber insistido con usted, pero ahora mismo le deseo la mayor felicidad y sé que no soy el indicado para brindársela.

La vio atravesar por una serie de emociones y frunció levemente el ceño al verla jugar con sus manos con nerviosismo.

—¿Sabe?; hace un momento lo vi salir de un salón y me encontré con lady Aline. —Se tensó irremediadamente, ¿habría visto algo? Lo dudaba—. ¿Es verdad que enviará a su padre a la cárcel de deudores? ¿No hay nada que se pueda hacer para evitarlo?

Un largo e incómodo silencio se instaló entre ellos hasta que Dylan dijo:

—Siempre hay una solución para todo.

Mientras ella hiciera lo que él quisiera, más se dilataría el triste destino que le esperaba a su padre; a no ser que el conde quisiera pagarle con algo mucho más sustancioso el costo de los pagarés.

—¿Realmente lo cree? —jadeó emocionada y Blandes asintió, mirando a la nada.

—Pero no creo que el conde quiera pagar el precio.

Ni estaba seguro si sería capaz de proponer tal intercambio.

—Yo creo que sí. Hable con él, estoy segura que llegarán a un acuerdo.

Una sonrisa ladina se dibujó en su rostro.

—Espero que así sea.

¿Qué más podía decirle? Su inocencia no le permitía ver más allá de lo que el tema económico refería.

—Muchas gracias por esto, su excelencia, ver llorar a Aline es mucho para mí, ella es tan buena y está asustada, no sabe qué hacer; sus padres lo son todo para ella.

Blandes se enderezó un tanto incómodo por sus palabras y se puso su saco con parsimonia dando por terminada la conversación. No deseaba hablar del como dejó a Aline hace unos minutos.

Todo indicaba que lady Answorth recordó algo de suma importancia porque su rostro entró en pánico.

—Debo irme. —Exaltada se puso de pie al mismo tiempo que él lo hacía para ayudarla y Dylan se sobresaltó al escuchar su grito dolorido—. ¡Aaaay! —El sonido de la tela rasgarse lo hizo entrar en tensión.

—Milady, ¿qué ocurrió? —Se inclinó para ver qué había ocurrido e hizo una mueca dolorida al ver la piel incrustada de la dama en un largo clavo. Rasgó la tela para aligerar la tensión en la piel lastimada—. Quédese quieta, dolerá un poco —susurró con nerviosismo y la alejó del artefacto de metal agradeciendo que no hubiera sentido mucho dolor en la pantorrilla.

Se alejó de ella informándole que ya podía moverse con libertad y ahogó una maldición al sentir como sus pies resbalaban enviándolo directamente hacia atrás. Ahora fue él quien se tragó su queja de dolor, sintiendo como su mano se clavaba en otro de los fierros puntiagudos que estaban bajo el asiento.

—¡Su excelencia!

Ahora fue ella quien tuvo que ayudarlo a él.

—Lo siento tanto, nunca quise que esto terminara así —dijo entre llanto, desesperada al verlo tan herido y trató de calmarla con una cálida sonrisa.

—Fue un accidente, usted también está herida.

—Iré por ayuda, espéreme aquí.

—¡No hace...! Falta —Su voz perdió fuerza al ver como desaparecía de su campo de visión.

Lo mejor sería retirarse, si la dama regresaba con alguien y los veían en ese estado pensarían lo peor y terminarían casándose a pesar de que ambos ya se habían rechazado.

### Capítulo 3

Aline sabía que no debía meterse donde nadie la llamaba y también que hizo mal al observar desde un salón de la casa la conversación que se estuvo efectuando entre Ashley y el duque de Blandes; no obstante, no podía dejarlo allí, en el piso con el cuerpo herido.

Ella pudo verlo, no sólo se lastimó la mano, la caída no fue favorecedora para su pie.

Aceleró su paso, tenía que llegar al jardín y ayudarlo a salir de ese aprieto. Su cuerpo fue a dar contra el brazo de alguien y lanzó una queja adolorida al sentir el duro contacto del choque.

—Lo siento —musitó con voz temblorosa y entró en tensión al ver con quién terminó colisionando—. Con su permiso, milord.

Lo último que necesitaba era hablar con el conde de Ross, quien tiempo atrás fue considerado por ella como el mejor caballero de Gran Bretaña cuando lo cierto era que era simplemente despreciable.

*¿No le da vergüenza colarse del poder de los amigos de su padre?*

*Ha de ser penoso tener que rogarse para que alguien la despose y la salve de la ruina total.*

Nunca encontró una lógica para su repentino desprecio, pero desde que Ross empezó a comportarse así con ella, Aline había perdido cada tipo de sentimiento que albergaba por él: admiración, cariño y respeto.

Él no los merecía.

Cuando estuvo fuera del salón olvidó todo tipo de etiqueta social y corrió hacia la fuente donde se encontraba lord Blandes. No debería sentirse tan preocupada por él, no después del daño que le causó hace unos minutos, pero ignorarlo era simplemente imposible para ella.

Cuando por fin estuvo cerca pudo verlo incorporarse con el cuerpo tembloroso, su pierna no estaba en buen estado, su porte lo delataba.

—Su excelencia... —titubeó, no estaba segura hasta qué punto debería acercarse, aún quedaba la posibilidad de que él rechazara su contacto.

Lord Blandes alzó el rostro sorprendido y trató de enderezarse, cosa que provocó que Aline apareciera junto a él para servirle de apoyo, aunque eso le fue imposible. Era demasiado pesado para ella, pero si trabajaban juntos podrían alejarse de allí.

Sus ojos se clavaron sobre la mano ensangrentada y la garganta se le cerró al imaginarse el dolor que estaba atravesando. Presionó su agarre sobre él, como si eso pudiera brindarle más

fuerza, y las siguientes palabras que escuchó la desconcertaron.

—No llores, encanto, estoy bien —susurró con voz profunda, acariciándole la mejilla.

¿Estaba llorando?, ¿por qué lloraba por él?

—Debe ayudarme, su excelencia, podemos entrar por la ventana de la biblioteca si...—Su voz murió al recibir el cálido beso masculino, ese que le hizo temblar de la cabeza a los pies con violencia por su delicadeza.

¿Qué estaba haciendo?

Una fuerza abrumadora tiró de ella hacia atrás sorprendiéndola y en lo que vio como Blandes perdía la estabilidad de su cuerpo, el vizconde de Aberdeen salió de la nada, sujetándolo.

—No creo que sea buena idea tener un encuentro amoroso justo cuando a unos pasos de distancia se desata un escándalo, milady. —La piel se le erizó por el terrible horror que le generó oír esa nueva voz y no se atrevió a levantar la mirada; sin embargo, el conde de Ross la forzó a levantar el mentón con sus palabras—. Vaya, de veras que no pierde el tiempo, gran idea la de ir a por su acreedor —escupió solo para ella escuchara y tragó con fuerza.

¿Por qué se metía en su vida?! Ella nunca le pidió ayuda a él —aunque en el fondo tuvo la fe de que la ayudaría por voluntad propia—, ¿por qué se ensañaba con ella?

—Encárgate de Blandes, Aberdeen —ordenó con desprecio, presionando con ímpetu su agarre—. Yo escoltaré a la dama.

—Pero... —Abrió los labios, queriendo saber cómo terminaría su herida, pero no llegó a decir más porque Ross tiró de ella para alejarla de la escena y rodear el lugar donde se desataba un escándalo.

—¡Hijo! —Lo que le faltaba, la marquesa de Winchester se veía alterada—. Saca a Aline de aquí, yo hablaré con los condes, Sutherland fue encontrado en una escena comprometedor con Ashley.

Al final Blandes tenía razón, su boda con el marqués de Sutherland sería imposible y ahora su reputación estaría por los suelos porque todo el mundo estaba al tanto del cortejo del noble hacia ella y sus intenciones de pedir su mano. Con este nuevo escándalo, toda la culpa recaería sobre ella por ser una prometida indigna para el marqués y sería mucho más complicado encontrar a un caballero que estuviera dispuesto a desposarla.

—¿A dónde la llevo?

—A nuestra casa, me reuniré con ustedes más tarde junto a los condes, esto se salió de control.

Se frotó las sienes con cansancio y armándose de valentía dijo lo que pensaba.

—Creo que lo mejor será ir a mi casa, milady. —Lo menos que necesitaba era que Ross asociara la sugerencia de su madre como una posibilidad abierta a que él fuera su siguiente pretendiente.

—Opino igual.

—Puedo ir en mi coche, no es necesario que lord Ross me acompañe —agregó agotada, deseando llegar a su cama, y ahogó un jadeo cuando la presión en su brazo se hizo más intensa.

—La dejaré en su casa, madre, encárguense de apaciguar a los invitados aquí.

La marquesa la miró levemente enojada, porque seguramente le estropeó el plan de sugerirle a su madre una boda con su hijo en la presencia de Ross para que no pudiera negarse, y asintió con los labios pegados en una fina línea.

—Quiero verte luego en casa, tenemos que hablar.

¿Es que la marquesa no comprendía que su hijo no quería casarse con ella?

Si bien en un pasado lady Winchester y su madre desearon que ellos contrajeran matrimonio, ambas debían comprender que ahora ella no era una niña y lo menos que quería era convertirse en la condesa de Ross, dado que en su mente sólo estaba... él, el hombre de quien nunca debió enamorarse.

Era una estúpida, ¿cómo pudo terminar enamorada del duque de Blandes?

Dejó que el conde la arrastrara hasta su carruaje y una vez que estuvo dentro se limitó a guardar silencio mientras el carruaje se ponía en marcha y una gran tensión se cernía sobre ellos.

—Lamento mucho que tenga que pasar por esto. —Realmente lo sentía, más cuando en reiteradas ocasiones él le había demostrado su desagrado en cuanto a las viles acciones de sus madres.

Lo miró de reojo, el castaño tenía los ojos puestos en ella y estaba de brazos cruzados, exteriorizando su desagrado sin dignarse a disimularlo un poco.

—Ciertamente es una pérdida de tiempo pero no hay nada que se pueda hacer, milady, por más que le explique a mi madre que no la considero un buen partido ella no entiende de razones.

No le sorprendía que le respondiera mordazmente ni con comentarios despectivos, lo frustrante era saber que en el fondo sí le dolía su dura actitud porque tiempo atrás ellos fueron amigos; cuando su familia aún no estaba en la quiebra.

Ross era como los demás; sólo le interesaba el dinero a pensar de tener toda una fortuna para



tres vidas.

Segura de que si continuaba con la conversación él seguiría humillándola, prefirió guardar silencio.

—¿Sabe lo que se dice en el club de usted, lady Anderson?

No, y tampoco quería saberlo.

—Que usted está desesperada de cazar un esposo. Pese a que aún no se sabe sobre el estado financiero de su padre, su desesperación se huele a kilómetros.

Contuvo el aliento, por un momento pensó que el encuentro que tuvo con el duque sería lo peor que le pasaría esa noche, pero se equivocó.

—No está en la obligación de hablar conmigo si no quiere hacerlo —respondió con voz rota, retirando la mirada.

—Déjeme decirle que me importa muy poco que su compromiso con Sutherland se haya venido abajo, no tengo la más mínima intención de desposarla ni gastar parte de mi fortuna en usted. Así que le voy informando que no albergue falsas esperanzas porque ni aunque mi madre me lo ordene lo haré.

—Está siendo grosero, milord.

—Y usted una embustera, ¿acaso pretende seducir a lord Blandes para que sea paciente con su padre?

Lastimosamente eso estaba destinada a hacer incluso en contra de su voluntad. Él le dijo que le daría tiempo a su padre si ella hacía lo que él quisiera y Aline estaba dispuesta a hacer lo que sea para ayudar a su progenitor.

—Comprendo que le moleste verse involucrado en el asunto, milord —respondió con serenidad, mirándolo a los ojos—, pero el cómo maneje mi vida no es de su incumbencia.

Ross no esperó una contestación de ese calibre y enderezó la espalda aún más, mirándola con enojo.

—Tiempo atrás fuimos amigos y me preocu...

—Pues no se meta donde nadie lo llama —soltó en tono mordaz—. Yo nunca pedí su ayuda, nunca me le insinué y nunca lo haré porque lo menos que deseo es ser su esposa.

Le importaba muy poco si estaba siendo grosera o no, llevaba más de un mes lidiando con el mal temperamento del conde de Ross y estaba agotada, necesitaba ponerle un fin a sus continuos ataques.

—Y en cuanto al duque de Blandes, haré todo lo que esté en mis manos con tal de impedir que mi padre acabe en la cárcel de deudores. Como usted pudo notar, mis opciones son muy escasas, a decir verdad posiblemente no tenga más que una, y si el duque está dispuesto a negociar conmigo, aceptaré cualquiera trato que tenga para brindarme porque lo menos que quiero es seguir importunando a los demás. No se siente bien y menos si usted siempre estará allí para recordármelo.

La voz le tembló al ser capaz de decir la verdad en voz alta. Haría lo que fuera por su padre y si eso implicaba su ruina total; no le importaba.

El carruaje se detuvo fuera de su casa y sin perder un segundo más salió del mismo y se refugió en su hogar, donde una vez sola recordó que lord Blandes no se encontraba bien y no sabría de su estado hasta su próximo encuentro.

El mayordomo volvió a abrir la puerta y con las manos temblorosas observó como el conde de Ross ingresaba con la vista puesta en ella, ¿no pensaba irse?, ¿aún no tenía suficiente y quería seguir humillándola?

—Mi padre no se encuentra y no creo que sea una hora adecuada para atenderlo —dijo con frialdad, recibiendo la aprobación del mayordomo.

—Esperaré a su padre.

¿Sería capaz de contarle lo que vio en el jardín de la casa de los duques?

—Es decisión suya.

Le dio la espalda y después de dar tres cortos pasos y subir un escalón, todo a su alrededor empezó a girar llevándola a buscar desesperadamente un lugar donde pudiera conseguir un poco de estabilidad; no obstante, este nunca llegó y sin explicación alguna se vio atrapada por una profunda oscuridad.

El sonido de unos pasos a su alrededor y un par de voces femeninas llegó a sus oídos al tiempo que inhalaba un olor bastante desagradable y arrugando el entrecejo se vio obligada a retirar el rostro y removerse levemente inquieta.

Le dolía la cabeza, se sentía en medio de un abismo y abrir los ojos le asustaba.

El desagradable olor perdió fuerza y Aline gimió gustosa cuando algo frío acarició su cuello y se deslizó hacia abajo para llegar a sus... Abrió los ojos sorprendida y lo primero que hizo fue cerrarlos y abrirlos con más calma a continuación, acostumbrándose a la tenue iluminación de su alcoba.

Estaba en su cama.

—Pueden retirarse, Norfolk sabe de mi presencia aquí. —La voz del conde la hizo entrar en tensión y el pánico la invadió al ver que era él quien acariciaba su piel con el paño húmedo—. Está enferma, ¿sus padres lo saben?

Con nerviosismo retiró su mano del nacimiento de sus pechos y abrumada intentó cerrarse los botones de su vestido, al menos no le quitó el corsé ni la camisola, pero incluso así se sentía expuesta.

—No es nada.

Apenas tenían para comer y mantener a unos cuantos empleados en su casa, no pensaba cargarle un nuevo gasto a su padre.

—Recuéstate, Aline —la llamó por su nombre de pila, recordándole la época en la que él aún la estimaba, y sin tener fuerza alguna dejó que la regresara al colchón—. He sido muy grosero contigo, de verdad lo siento.

Esas simples palabras provocaron un cúmulo de emociones en su interior y sin ser capaz de mirarlo a los ojos giró sobre su costado para darle la espalda. Nunca imaginó que una disculpa por parte de Ross podría generarle tanta tranquilidad en su interior, era como si un gran peso se le hubiera quitado de encima.

Más relajada dejó que acariciara su cabeza y juntó los párpados con fuerza cuando dejó un casto beso en su coronilla.

—No puedo casarme contigo.

Ella nunca le pidió que hiciera algo así.

—Pero te ayudaré, ayudaré a tu padre a salir de este apuro, sólo es cuestión de tiempo y te pediré que no hagas nada imprudente mientras todo esto sucede.

Tiempo era lo que menos tenían.

—El doctor está en camino, yo cubriré sus servicios, así que deja que te revise como corresponde.

¿No que no pensaba gastar su preciado dinero en ella?

—Gracias.

Aunque quisiera rechazar su ayuda, no podía negar que necesitaba atención médica, últimamente no se sentía del todo bien.

—Debo irme.

Era lo mejor.

—Mantente alejada del duque de Blandes, él es peligroso.

«Y a la vez la única salvación de mi padre».

## Capítulo 4

Apenas había pasado un día desde que vio a Aline en la fiesta de los duques de Beaufort y la desesperación por volverla a ver lo estaba carcomiendo por dentro, era como si no lo hubiera hecho en años.

Maldición, ella lloró por él, ¡se preocupó por él! Eso quería decir que no lo odiaba, Aline no lo odiaba y en el fondo le aliviaba de sobremanera saberlo. Sin embargo, según su criada la dama no salió de la casa de sus padres en todo el día y eso le parecía algo curioso, Aline siempre salía a dar un paseo con su madre.

Aunque... El escándalo del marqués posiblemente le habría afectado de sobremanera.

No podía ir a visitarla a su casa, eso quedaba fuera de toda posibilidad, odiaba ir a la casa de los condes del Norfolk.

Observó la mano que tenía vendada y ladeó la cabeza; desconcertado. No le gustó ver como el conde de Ross se la llevó la noche anterior, si él hubiera estado en perfecto estado habría evitado que eso ocurriera.

Ignorando la leve incomodidad que sentía en el pie, Blandes se dirigió a su despacho para despejar su mente, aún no se sentía lo suficientemente cansado como para irse a la cama.

—Su excelencia —dijo el mayordomo ni bien lo vio atravesar el umbral de la puerta del comedor y frunció levemente el ceño al verlo bajar de las escaleras.

¿Qué hacía en los pisos de arriba?

—¿Dónde está lady Deborah? —preguntó, indiferente.

Era casi un milagro que su tía no le estuviera pisando los talones.

—Su tía se retiró a dormir hace mucho, excelencia —respondió Roman con la voz rígida que lo caracterizaba y asintió.

—De acuerdo, estaré en mi despacho, no quiero que se me moleste.

Quiso continuar con su camino, pero lo siguiente que escuchó lo mantuvo inmobilizado por varios segundos en su lugar.

—Quería informarle que posiblemente la justicia divina exista y por fin los condes de Norfolk reciban su castigo —notificó el hombre y Dylan se giró sobre sus talones para prestarle mayor atención.

Eso le interesaba, ¿en qué nuevo problema estaba metido el conde de Norfolk?

—¿Por qué dice eso, Roman?

—Se dice que su hija se encuentra muy enferma, un malestar que no supieron tratar a tiempo y aho...

Ignorando el hecho de que salía de su casa sin sombrero, bastón ni levita, Dylan se montó a su carruaje y ordenó que lo llevaran a la mansión de los condes. No entendía por qué estaba tan nervioso, ni la razón de que su corazón latiera a un ritmo desbocado que bien podría salir disparado por su boca en cualquier momento, pero necesitaba verla. No esperaba sentir ese nudo en su garganta con semejante noticia.

Era verdad que odiaba a la familia, pero desear la muerte de alguno de ellos no estaba en sus planes. Menos la de ella. Por los santos, Aline no podía estar tan enferma, él mismo la vio el día de...

¡Era un imbécil! ¡¿Cómo no pudo cerciorarse de su pésimo estado?!

Cuando el carruaje se detuvo en la entrada de la casa de los condes, Dylan no dudó en salir disparado y aferrarse a la aldaba dorada para golpear la gran puerta principal sin pudor alguno. Era tarde para recibir visitas y lo sabía, pero no pensaba esperar ni un minuto más, necesitaba conocer cuál era el estado de Aline.

—Por los cielos, ¿qué está sucediendo? —interrogó el mayordomo en bata, totalmente ofuscado mientras acomodaba el marco de sus anteojos.

—Quiero hablar con el conde. —Mantuvo la compostura y el hombre entró en pánico sin saber exactamente cómo proceder.

Por supuesto, le fue fiel a su señoría.

—Es muy tarde, su excelencia.

Inspiró algo de aire para ganar un poco de calma y luego lo expulsó con pesadez, tratando de hacer hincapié a su paciencia.

—Llame al conde, no me interesa la hora.

El mayordomo, como si fuera todavía posible, quedó más blanco que una hoja y empezó a boquear. Lord Norfolk no iba a recibirlo, ni siquiera comprendía que hacía lord Blandes allí.

—Per...

—¡Llámelo! —ordenó, exasperado.

—¿Qué sucede, Walter?

Esa voz... Sólo esa voz hizo que hiciera a un lado al criado y atravesara el umbral de la puerta

de una casa que no era suya a las once de la noche.

Que lo matasen si se rehusaba a observarla, era tan preciosa que dolía. Sin embargo, sus ojeras y delgadez lo preocuparon al instante, sus prendas de dormir la hacían ver aún más vulnerable. Quiso avanzar, pero el pavor que vio en sus ojos lo obligó a permanecer en su lugar.

—¿Qué hace aquí?

Aline dio dos pasos hacia atrás y se aferró a la pared antes de caer por el violento mareo que atravesó. Sus manos se empuñaron en su salto de dormir y trató de cubrirse de la mejor manera posible.

No era el momento ni el lugar para que él la buscara.

—Quiero hablar contigo —confesó, incapaz de creerse sus propias palabras.

Ella negó atropelladamente, no podían hablar allí.

—Milady —chilló el mayordomo—, regrese a su alcoba, se lo suplico, ahora le mandaré a una doncella para que la atienda.

Aline no se hizo de rogar e intentó subir las escaleras.

—Si no va a quedarse, llame a su padre, lady Anderson —espetó con frialdad, dolido por su rechazo y dispuesto a usar sus peores artimañas con tal de mantenerla a su lado.

—¡Aline! —El grito del conde la hizo trastabillar y Dylan quiso acercarse a ella, no obstante, aún no era el momento—. ¿Qué sucedió? Deberías estar en cama —indicó Birger Anderson ni bien llegó a la altura de su hija.

—Papá...

Dylan no necesitó estudiar sus facciones para saber que con angustia le advertía de su visita. Norflok se volvió hacia él y la rabia que vio en su semblante no consiguió amedrentarlo.

—¿Qué diantres haces aquí, Blandes? —ladró furibundo y luego le pidió a su esposa que subiera con su hija.

—Vine a verlos —soltó él, sorprendiéndolos a los tres.

El mayordomo estaba seguro que ese día perdería su trabajo.

—Lárguese, no estamos en el mejor momento para recibirlo, venga mañana —ordenó el conde.

—¿Mañana? —Enarcó una ceja, burlón—. ¿Quiere que venga con los agentes de Bow Street o directamente los mande a ellos? —Esbozó una sonrisa maliciosa al ver como la palidez se alojaba en los rostros de los condes.

—¿Cómo? —preguntó Norfolk.

—¿Qué se supone que haré con los pagarés que tengo bajo mi poder si no puedo hablar con mi deudor? —ironizó con perversidad, chasqueando la lengua con exagerada inocencia.

—No es el momento, Blandes —susurró el pelinegro, casi implorándole con la mirada.

—¿Qué ganaría mintiendo, su señoría? —Conectó sus miradas—. Deme diez minutos con su hija —soltó, sorprendiendo a todos los presentes. Lady Camyl ladeó la cabeza al instante, no se veía muy dispuesta a aceptar su propuesta—. Denme diez minutos para hablar con su hija y juro que el día de mañana seguirán siendo los respetables condes de Norfolk.

Era una locura, pero en ese momento se sentía desesperado, le valía un cuerno lo que los condes estuvieran pensando de él, lo único que quería era poder conversar con Aline y no se iría hasta conseguirlo.

—No puedes aceptar —chilló la condesa, importándole muy poco la amenaza que él podría representar aún más molesto.

Sin embargo, estaba seguro que el conde le haría caso con tal de salvar su pescue...

—Lo estaré esperando mañana, Blandes, puede venir o enviar a quien quiera.

Aquella afirmación lo dejó helado, ¿realmente estaba dispuesto a ir a la cárcel con tal de no cederle unos minutos con su hija?, ¿por qué? Ningún padre haría algo así y no era como si Dylan pudiera hacerle algo a Aline, ¿sólo quería hablar con ella!

—¡No, no, espere, padre! —musitó Aline, regresándolo a la realidad. Sonrió de lado al saber que ella sería más sensata—. No puede rehusarse, él tiene los pagarés.

Sólo serían unos minutos, no haría nada malo, jamás podría dañarla, no a ella.

—Aline, no digas tonterías —expuso la condesa.

—Por favor —imploró la pelinegra con los ojos acuosos y Norfolk terminó aceptando.

En el fondo el conde temía que las cosas se salieran de su control. Más seguro era darle unos minutos a Blandes que ver como su esposa e hija se quedaban sin nada el día de mañana.

—Muy bien —sentenció sin tener más opción—. Busca a una doncella —le ordenó al mayordomo, puesto que la única que estaba a la vista había ido por un abrigo para su hija.

—No. —Blandes dio un paso hacia adelante—. Quiero estar a solas con ella durante los diez minutos.

Ambas damas jadearon y el mayordomo se desesperó en su lugar.

—¿Usted está demente?! —Se exasperó el conde, eso sí sería un rotundo «no».



¿Qué demonios tenía su hija con ese hombre?

—Ante todo soy un caballero, Norfolk, no haré nada que pueda perjudicarme —habló con altanería.

La condesa recibió el abrigo que la criada le alcanzó y cubrió a Aline con preocupación. Sabía lo que estaba pensando: ella debería estar descansando, no allí escuchando como pedía una audiencia.

—Está bien, sólo serán unos minutos —dijo Aline, bajando con delicadeza los pocos peldaños que ya había subido.

No tenía la más mínima intención de hacerlo enojar.

El conde se pasó la mano por el pelo con frustración y observó a su esposa, quien no estaba en mejor estado. Ninguno comprendía lo que le sucedía a Blandes, ¿por qué estaba en su casa buscando a su hija?

Tendrían que hablar con Aline mañana a primera hora respecto al tema.

—Guíalos al salón dorado —le indicó al mayordomo y éste así lo hizo—. Blandes, sólo serán...

—No quiero que nos interrumpen —zanjó, dejándolos helados en su lugar.

Le entregó el brazo a la dama, quien temblorosa lo aceptó, iniciando así un corto recorrido hacia la sala que se les fue asignada.

Ingresaron en silencio y Dylan se encargó de cerrar la puerta tras de sí, cerciorándose de que nadie los estuviera siguiendo. Ella se soltó sutilmente de su agarre, buscando alguna manera de implementar distancia.

Respiró profundamente, necesitaba entrar en calma antes de volverse hacia ella.

—¿En qué puedo servirlo, excelencia?

Dylan se giró hacia ella y sin poder evitarlo le recorrió el cuerpo con la mirada. Se veía tierna e inofensiva aferrándose a su abrigo. Todo sería más sencillo si tan sólo fueran dos simples capas de ropaje lo que la alejasen de él; pero no, había todo un mundo de conflictos separándolos.

—Acércate —pidió mientras se sentaba en el sofá aterciopelado.

Así lo hizo y trepidó cuando le solicitó que se sentara junto a él.

—¿De qué quiere hablar?

No lo obedeció.

—Siéntate, Aline. —Esta vez lo ordenó y no le pasó desapercibida la mueca que puso al oír su nombre de pila.

¿Prefería que le dijera encanto?

—Milady —corrigió tímidamente y Blandes se puso de pie, sintiéndose un iluso.

Su intento de retroceder fue apaciguado por su amplia mano que la llevó hacia él.

—Encanto; siéntate, te lo estoy implorando.

La hizo sentarse junto a él sin soltarle la mano. Se veía afligida y nerviosa, pero ni eso impidió que su cuerpo acortara las distancias.

—¿Qué te pasó? —interrogó acariciando su pálida mejilla, por suerte no presentaba síntomas de fiebre alta.

Sin sorprenderlo la dama retiró el rostro como si su tacto quemara y no alzó la vista en su dirección. Odiaba su rechazo, dado que ni siquiera él pudo repudiarla cuando se enteró quien era en realidad. Era verdad que se enojó y sintió diversas emociones en cuestión de segundos, pero incluso así no pudo detestarla como lo hacía con sus padres.

—¿Qué hará con los pagarés? —cuestionó con frialdad, informándole que sólo por ellos accedió a reunirse con él.

—Si me miras a los ojos; nada —convino con voz autoritaria y sujetándola del mentón la obligó a hacerlo.

—¿Qué quiere? —Sus ojos fueron víctimas de las lágrimas que empezaban a aflorar—. ¿Por qué no puede dejarme tranquila?

Le respondió con otra pregunta.

—¿Cómo te sientes? —No se sentía preparado para darle una respuesta a esa pregunta—. ¿Sientes mejoras?, ¿el doctor está haciendo un buen trabajo?

Ella abrió los ojos con desmesura ante su notoria preocupación e intentó huir de él nuevamente. Sin embargo, Dylan se lo impidió posando la mano en su nuca y acercándose peligrosamente hacia ella.

—Váyase, su excelencia —imploró—. Si no me dirá qué puedo hacer para ayudar a mi padre no sirve de nada que me quede con usted. —Cada vello de la piel femenina se erizó cuando el duque deslizó el abrigo por sus hombros—. ¿Qué ha...?

—Shhh... —Se inclinó sobre ella y sus labios rozaron su mentón, descolocándola.

—Su excele... —su voz se quebró, pero fue incapaz de apartarse.

—Sólo cúrate —susurró, abriendo los botones de su fina camisola.

Se mostró inquieta por la libertad que se estaba tomando, pero cuando sus labios acariciaron la cremosa piel de su esbelto cuello, Aline inclinó el rostro para brindarle un mayor acceso, sorprendiéndolo.

¿Ella también lo deseaba?

Era una lástima que no pensara llegar más lejos. Lentamente se alejó de ella y procedió a cerrar los botones de su camisola con parsimonia, disfrutando de su confusa mirada color chocolate.

—Ya me oíste, encanto, quiero que te cures, quiero verte caminar por Hyde Park, por el teatro, por las veladas y por donde quiera que yo esté. Sólo eso impedirá que liquide a tu padre.

«Al menos por ahora».

Rodeó su cuello con ternura y clavó la vista en ese hermoso rostro que lo miraba con timidez, ¿había esperado que le pidiera más? Sabía que su proceder de la noche anterior no fue el mejor, pero una cosa llevó a otra y terminó perdiendo el control, ella no podía juzgarlo tan prontamente.

—¿Cuánto tiempo nos dará? —musitó Aline y en un impulso sujetó sus manos, esperanzada, por alguna extraña razón el temor se había evaporado en el aire.

Le gustaba saberlo.

Se perdió en el tibio contacto de la delicada mano y a los segundos respondió:

—Eso estará en tus manos. —Se las llevó a los labios y las besó con deleite, frustrado, de no poder hacer más en ese lugar.

## Capítulo 5

¿Qué podría hacer ella para impedir que el duque de Blandes efectuara sus planes de venganza?

*Eso estará en tus manos.*

¿Por qué era tan bueno con ella?, ¿no se suponía que la odiaba?

Aquel pensamiento le hizo fruncir el entrecejo con disgusto y su doncella se sobresaltó al pensar que el gesto se debía a su desayuno. Con una cálida sonrisa le dijo que todo estaba en orden y siguió comiendo sus tostadas con mantequilla. Debía alimentarse mejor y dejar de estresarse, no le estaba cayendo nada bien y ahora tenía una razón de sobra para recuperarse físicamente.

En tres días sería la boda de Sutherland y Ashley, quienes fueron hallados en una situación comprometedoras en la fiesta de los duques de Beaufort, y estaba claro que no podría asistir.

En ese momento mientras menos vista fuera; mejor.

Era la dama que dejaron plantada por otra mujer; y si bien la culpa de todo la tenía lord Sutherland, eso jamás importaría para los demás: las mujeres siempre pagaban los platos rotos.

Alguien llamó a la puerta y su doncella recibió el mensaje que tenían para ella.

—Su padre pide una audiencia, milady —le informó y pasó saliva.

Sabía que tarde o temprano eso iba a suceder, sus padres querían saber cómo era que conocía al duque y por qué el mismo se presentaba a horas inadecuadas de la noche para pedir hablar con ella.

Con ayuda de su doncella se preparó para hacerles frente a sus padres. No podía decir que se sentía bien, pero definitivamente estaba mejor. Se dirigió al despacho de su padre y llamó a la puerta con dos suaves toques.

—Permiso —musitó después de recibir la autorización para ingresar al despacho.

Su padre estaba tras el escritorio concentrado en su libro de cuentas, tratando de encontrar una solución a su desgracia. Toda la desdicha de la familia se debía a que Birger Anderson había sido estafado, el conde había accedido a préstamos con la intención de que el nuevo negocio fuera rentable y el socio mayoritario había desaparecido con sumas estrafalarias de dinero dejando a muchas personas endeudadas. La persona que poseía dichos pagarés los había perdido en Triunfo o derrota haciendo que el duque de Blandes pudiera hacerse de ellos con facilidad.

—Toma asiento —espetó sin mirarla y ella así lo hizo.

Norfolk cerró el libro.

—¿De dónde conoces a Blandes? —exigió saber y Aline ahogó un lamento, había esperado que su madre también estuviera allí.

—Es... Una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Aline empezó a narrarle sobre su primer encuentro con el duque, detectando cada una de las emociones que se plasmaban en el rostro de su padre; todas relacionadas con el enojo y rechazo.

—¿Por qué me lo dices recién? Siempre nos oíste hablar de Blandes, tu deber era acudir a mí en el instante que te sentiste amenazada por él.

—Pero él nunca me hizo daño.

Al menos no hasta la noche que discutieron en la casa de los duques.

—Te quiero lejos de él y todo lo que le rodee —aseveró autoritario, rojo de la rabia e impotencia. Al conde le quedaba más que claro que Blandes pretendía hacer algo con su hija y lastimosamente no tenía los indicios de ser algo decoroso.

—Cómo usted ordene, padre.

Por más que quisiera seguir su orden, eso sería imposible. ¡Ella podía ayudarlo a evadir la cárcel de deudores! Por primera vez en su vida sería de utilidad para su padre, quien nunca pudo tener a su heredero. No pensaba hacerse la de la vista gorda y esperar que la desgracia cayera sobre ellos.

—¿Qué te dijo ayer?

—No usará los pagarés.

—¿A cambio de qué? —Entornó los ojos.

—No lo sé, sólo dijo que estaba en mis manos —confesó y terminó respingando cuando su padre se puso de pie bruscamente y golpeó el escritorio con un puño.

—Vas a alejarte de ese hombre. —Birger temió lo peor, no podía ser verdad que Blandes pensara usar a su hija como medio de venganza—. Tú y tu madre saldrán del país.

—¿Qué? No —soltó con impotencia, no podían dejarlo solo en un momento así.

—Es lo mejor, el conde de Ross me ofreció formar parte de un negocio en Escocia y pienso ir; pero no puedo dejarlas aquí bajo la amenaza que representa Blandes para ustedes. Si él decide

ejecutarme, prefiero que ustedes estén lejos para no tener que presenciarlo.

—No puedes, papá, él no ha...

—¡Birger! —El estridente grito de su madre hizo que ambos se sobresaltaran y antes de que pudieran girarse la condesa ya estaba frente a su esposo con una revista cotillera en la mano—. Estamos perdidos, ya se sabe cuál es nuestra situación, Aline nunca podrá encontrar un buen esposo.

Un jadeo brotó de su garganta y su padre le arrebató la revista a su madre.

—¡Es un malnacido! Fue él quien lo hizo, ¡nos está acorralando!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, jamás pensó que lord Blandes sería capaz de hacerle algo así, llevaban semanas tratando de mantener todo en secreto y él hacía algo así justo cuando su reputación ya estaba siendo pisoteada.

Quizá... estaba esperando mucho de alguien que no lo merecía.

—Debes alejarte de ese hombre, Aline, él va a arruinarte.

Asintió.

¿Cómo decirle que por más que ella quisiera ponerle un fin a sus encuentros con lord Blandes eso era imposible? El hombre los tenía bajo su poder, estaban atados de pies y manos y aunque ella quisiera olvidarse de su existencia eso era improbable.

Él no se lo permitiría.

—¿Puedo retirarme? —preguntó con un hilo de voz, deseando estar en su alcoba.

—Sí, ve a descansar —dijo Camyl con rapidez, acunando sus mejillas—. Quiero hablar con tu padre, no te preocupes por nada, nosotros encontraremos una solución.

¿Es que acaso existía una?

Ese día permaneció enclaustrada en su alcoba, pensando en cómo su vida se estaba derrumbando de la noche a la mañana. Era como si hubiera sido ayer cuando en su casa no existían problemas económicos y todos los criados podían ejercer sus funciones sin verse agobiados ante la idea de que nuevamente hubiera un recorte de personal.

Después de cenar le prepararon el baño y Aline se deslizó gustosa dentro de la bañera, disfrutando de la sensación de por fin poder relajar su cuerpo. Los días anteriores había transpirado más de lo normal por su malestar y había tenido que conformarse con simples aseos por la debilidad que sentía en el cuerpo.

Esa noche no pudo aguantar más y demandó que le prepararan todo para tomar un digno baño.

Lanzó una suave carcajada al ver que su doncella se tambaleaba en su lugar y ladeó la cabeza, divertida.

—Puedes ir a descansar, Elizabeth.

La doncella regordeta respingó y rápidamente negó con la cabeza, azorada.

—No se preocupe, milady, me quedaré aquí para ayudarla.

Rodó los ojos con aburrimiento.

—Estoy segura que podré secarme y prepararme para dormir totalmente sola, puedes retirarte.

De todas formas ya iba siendo hora de que se acostumbrara a hacer esas tareas sin ayuda de su doncella, no era como si una vez que la bomba explotase y su familia cayera en desgracia ella pudiera mantener a Elizabeth.

El tiempo pasó y no fue hasta que sintió el frío del agua que decidió salir de la bañera. Si por ella fuera podría pasar toda la noche allí dentro siempre y cuando tuviera la certeza de que un agradable calor la rodearía.

Se paró frente a la chimenea y sin prisa alguna empezó a pasar la toalla por su cuerpo, secando la mayor parte del mismo mientras de su cabello varias gotas de agua se desprendían y marcaban un delgado camino sobre su piel. Sujetó otra toalla y la usó para su cabello, tardaría un poco en secarlo.

Juntó los párpados, gustosa. El calor del fuego abrasaba su cuerpo y relajaba sus músculos tensos brindándole paz.

El recuerdo de la intención de su padre de sacarla del país a su madre y a ella llegó a su cabeza y se deprimió. No quería irse, no podía dejar a su padre en una situación así, si él era enviado a prisión ella tendría que estar aquí para ayudarlo.

Sin embargo, la noticia que salió esa mañana respecto a su familia tampoco era un buen presagio para ella, todos sabían que estaban arruinados y lo menos que querrían sería involucrarse con la familia Anderson, su ruina estaba tan cerca que las manos le temblaban por el temor.

¿Qué les esperaría más adelante?

Siempre estuvo rodeada de lujos y comodidades, decir que no le asustaba perderlo todo sería una vil mentira.

—¿Por qué una doncella no hace eso por ti?

Oír aquella voz profunda y aterciopelada hizo que Aline entrara en pánico. Velozmente rodeó su cuerpo con la toalla que tenía en mano y lamentó no haber podido cubrir gran parte puesto que

sus hombros y brazos quedaban muy expuestos al igual que sus largas piernas.

—¿Qué hace aquí? —La voz le tembló y se volvió hacia él horrorizada, no era ni el momento ni el lugar para que él la visitara.

¡¿Cómo hizo para entrar en su alcoba sin que ella lo sintiera?!

Blandes no le respondió y por lo que le pareció una eternidad la escudriñó de pies a cabeza sin pudor alguno. Estaba tenso, su espalda lo delataba al igual que la presión que ejercía sobre su mandíbula. Se estaba conteniendo.

O se estuvo conteniendo.

Cuando el duque dio un paso en su dirección, Aline no pensó con claridad e intentó retroceder sin darse cuenta que detrás de ella estaba el hogar. Gracias a los santos Blandes fue lo suficientemente rápido como para llegar a ella, rodear su cintura y girarla sobre su lugar para alejarla del peligro.

Jadeó sorprendida por la cercanía de sus cuerpos y con las manos sobre el pecho masculino lo buscó con la mirada. Las piernas le temblaron por la intensidad de su mirada, sus hermosos ojos color miel estaban tan oscuros como la noche, informándole sobre el peligro que corría junto a él.

—¿Por qué nadie está atendiéndote? —insistió, acariciando una hebra mojada—. Deberías estar durmiendo, encanto, no encargándote de ti misma.

Intentó romper el abrazo, pero tragó con fuerza cuando Blandes presionó aún más su agarre, indicándole que no sería posible implementar distancia.

Era verdad, ella debería estar durmiendo, debería estar tranquila y feliz; pero nada de eso era posible por su culpa, porque no importaba qué tanto se lo rogara, él jamás dejaría a su familia en paz.

Siempre buscaría una manera de torturarlos.

—¿No quería esto? —musitó, sintiéndose profundamente dolida por todo el daño que le estaba causando—. ¿No quería esta humillación para mí? Sólo me preparo para lo que nos espera.

Se abrazó a sí misma, aferrándose a su toalla. Estaba prácticamente desnuda ante él.

¿Podía pasarle algo más vergonzoso?

El abrazo se hizo más fuerte, más asfixiante, y rogó porque ese encuentro sólo fuera un mal sueño. Pero no, su olor y cercanía la abrumaban lo suficiente como para saber que era real.

—No, no quiero esto para ti —soltó Blandes con la voz quebrada—. Dime que estás bien, que te sientes mucho mejor —imploró con el rostro enterrado en su cuello—. Si necesitas una



doncella enviaré tres para ti.

¿Por qué lo sentía tan... inestable?

—Me siento mejor —le dio la respuesta que pedía— y no, no necesito nada de usted.

—¿Por qué? —Levantó la mirada, ofuscado—. Puedes pedirme lo que desees, encanto.

Aline se rio sin humor alguno, ¿qué tenía ese hombre en la cabeza?

—¿Qué le hace pensar que quiero su ayuda? —Estaba siendo dura con él, pero no podía perdonarle tan fácilmente, no después de que divulgara su secreto a los cuatro vientos—. Usted es peligroso, jamás estaría lejos del peligro si decido acercarme a...

—¿Por qué crees que soy un peligro para ti?! —explotó—. ¡¿Acaso te agredí en el pasado?! ¿Es que no te basta ver cómo me preocupo por ti para saber que sería incapaz de lastimarte? Contesta.

Era un hipócrita.

—Usted divulgó el rumor sobre mi ruina, gracias a usted me he tragado miles de humillaciones y todavía queda la de hoy; me tiene a su merced prácticamente desnuda, en una estancia en la que usted no debería estar. ¿Puede arruinarme más? ¿De qué otra manera pretende humillarme ahora?

—Yo no lo hice —confesó, anonadado, y rompió el abrazo para quitarse el saco y cubrirla por los hombros. Quería creerle, pero ¿podía confiar en él?—. Nunca divulgué la información de los pagarés, guardé toda esa información únicamente para mí y si lo hice fue justamente por ti.

Aunque él le permitió alejarse, Aline simplemente terminó rendida entre sus brazos por voluntad propia. Se sentía cansada, desolada y frustrada, todo por no poder decirle lo que realmente sentía por él.

—¿Por mí...? ¿Si quiera piensa en mí cuando lastima a mi familia? Porque déjeme decirle que sus golpes son tan fuertes que creo que pronto me retiraré de esta absurda batalla que se empeña en tener con nosotros. No creo salir ilesa.

Empezaba a sospechar que ese era su castigo por anhelarlo, por querer saberlo suyo aun sabiendo que eso jamás sucedería, que su padre nunca lo aceptaría.

Blandes se enfureció, y a la vez se exasperó.

—La única razón de que tus padres sigan donde están eres tú —declaró, inclinándose sobre ella—. Porque la sola idea de ser el culpable de tu infelicidad me destroza, me corrompe y me asusta. —Acunó sus mejillas y levantó su rostro para mirarlo. Se veía tan sincero, tan triste... era como si fuera un reflejo de sus propias emociones.

Aline dejó que una lágrima bajara por su mejilla, ¿qué le sucedía? ¿Por qué le decía todo eso si una vez que él se retirara de su alcoba todo seguiría siendo igual para ellos?

—Porque si estoy aquí no es para humillarte, es porque no puedo con tu lejanía y necesito saber que estás bien.

—Se está confundiendo.

—No... —Besó la punta de su nariz—. Estoy aquí porque realmente lo deseo. Eres muy importante para mí.

Ella sollozó. ¿Por qué sus palabras le dolían y a la vez la emocionaban?

—No llores, pronto estarás bien. Si te sientes mal, solo dímelo y haré que todo doctor de Londres venga a revisarte.

Su problema no podía curarlo un doctor.

—Debe irse. —Se abrazó con mayor fuerza, aspirando el aroma de la prenda masculina que la calentaba.

—No me echas. —Volvió a abrazarla con suavidad—. Quiero quedarme contigo.

—Eso es imposible.

—Aline...

—Me iré de Londres. —No tenía la menor idea del por qué le contaba aquello, pero era algo que necesitaba revelar o se ahogaría en su propia desesperación.

—¿Qué?

Se alejó de ella como si su tacto quemara y con lágrimas en los ojos asintió.

—Mi padre prefiere que mi madre y yo estemos lejos cuando usted efectuó su grandiosa venganza. —Le dio la espalda e implementó más distancia entre ellos. No comprendía como llegaron a esto, pero su deber era ponerle un fin a sus extraños encuentros—. Olvidemos todo. El destino quiso que usted tuviera esta oportunidad para vengarse de mi padre y haga lo que haga nadie lo va a detener, deje de pensar en mí que para eso están mis padres.

No retrocedió ni se inmutó cuando él la alcanzó en un abrir y cerrar de ojos, pero algo en su interior se rompió en mil pedazos cuando él sujetó su mano con precisión.

—No puedes irte, no lo permitiré.

—¿Por qué lo hace más difícil?, ¿cuál es su obsesión conmigo?

¿Por qué nunca pudo olvidar su primer encuentro?, ¿por qué la besó en dos ocasiones?, ¿qué

era lo que lo movía?

Al no recibir una respuesta, fue ella quien se llevó las manos del duque a los labios para besarlas. No llevaba guantes, por lo que sentir su calor le fue bastante grato.

—Nunca podré interponerme entre sus planes de destrucción hacia mi familia, en el fondo creo que comprendo sus razones y por eso me es difícil odiarlo, su excelencia. Siempre le estaré agradecida por lo que hizo por mí en nuestro primer encuentro; en el fondo, por más que lo intentara: nunca pude odiarlo.

Jadeó cuando los brazos del hombre la encerraron en un fuerte abrazo y gimió al sentir la dureza de su cuerpo. Su abrazo era posesivo, casi salvaje. Juntó los párpados cuando las grandes manos acariciaron su espalda y un fuego abrasador se alojó en su interior.

Posiblemente ese sería su último encuentro y aunque era una locura, no quería lamentarse toda una vida por no haber aprovechado ese último momento con el duque de Blandes.

Con las manos temblorosas lo abrazó por el cuello y se pegó aún más a él, desvistiendo su alma. La toalla se arremolinó a sus pies y de no haber sido por el saco que él le cedió, ella se habría asustado al saberse tan expuesta.

Se estremeció en sus brazos al sentir como sus dedos se clavaban en su cintura y muy lentamente alzó el rostro, asustada. Todo era tan íntimo, tan fuera de lugar para ellos dos.

—¿Cuánta es la probabilidad de que por primera vez desde que nos conocemos me des un beso por voluntad propia? —preguntó él, arrastrando sus palabras, y Aline sonrió con ternura.

Blandes comprendió su respuesta porque prontamente inclinó el rostro y unió sus labios con suavidad, gimiendo contra su boca. Las suaves caricias que implementó sobre su boca la ayudaron a relajarse, a olvidarse por completo cuál era su posición y con un gemido separó los labios para brindarle un mayor acceso. A diferencia de sus primeros besos, este hizo que algo en su interior se llenara de calor, sus suaves caricias la colmaban de pasión y en su mente la única idea que le parecía adecuada era dejarse llevar por él.

Su lengua se enredó con la suya y jadeó cuando la curva de su nalga fue apresada por su mano, instándola a pegarse a la dureza que golpeaba su vientre bajo. Su cuerpo ardía en llamas, fuego que sólo él podía encender.

—No te vayas —imploró sobre su boca.

—No puedo quedarme.

«No contigo, un hombre que jamás podré tener».

—No le haré nada a tu padre. —Bajó sus besos por su cuello—. Le daré el tiempo que él

quiera.

—Nunca nos sentiremos seguros. —Retrocedió a traspiés mientras él la guiaba hacia su cama.

—Mientras seas mía siempre lo estarán —musitó, recostándola sobre el mullido colchón, y un pensamiento la golpeó con fuerza, tensándola mientras él se cernía sobre ella.

«Casándonos también seré sólo tuya».

Una boda con el duque de Blandes... Esa podría ser su única salvación, pero él jamás aceptaría algo así, estaba segura que ni en sus más locos planes él pensó en desposarla y unirse a la familia Anderson. Sin embargo... quizá podría hacerle cambiar de parecer.

—No puedo ser tuya —musitó con un hilo de voz, sintiéndose muy expuesta ahora que él le quitó el sacó con parsimonia.

Arqueó la espalda, deleitándose de la larga caricia que él le estaba brindando a los laterales de su cuerpo y se retorció de placer cuando sus manos se alojaron en sus muslos para separarle las piernas.

—Puedes, vas a ser mía. —Se inclinó sobre ella, besando la frágil piel de su pecho, y abrumada miró a los laterales de su alcoba.

Al comprender que estaba desnuda debajo de él, la cordura la golpeó con fuerza.

—No, para, no puedo seguir.

—No me detengas ahora —imploró, rodeando su cintura con determinación.

—¡Ah! —Tiró la cabeza hacia atrás y se negó a continuar con esto—. No, Dylan —lo llamó por su nombre de pila sin siquiera pensarlo—, si continuas tendrías que casarte conmigo.

Los besos cesaron y el duque se enderezó con rapidez, manteniendo los ojos abiertos de par en par por la sorpresa que le generaron aquellas palabras.

¿Ella pensaba en un matrimonio con él?

De pronto la rabia se alojó en el semblante del duque y Aline retrocedió sobre su lugar y se cubrió con una de sus almohadas lo mejor que pudo. Nunca debieron llegar tan lejos.

—Eres una víbora —la acusó, lleno de rencor, y Aline sintió como su mundo se venía abajo por su dura acusación.

—No, yo no hice nada. —Intentó sujetarlo del brazo, pero él no se lo permitió—. Su excelencia...

—Estás muy equivocada si crees que me dejaré seducir por una niña —escupió con desprecio, malinterpretando la situación. Ella nunca quiso seducirlo, ¡jamás sería capaz de hacer algo así!

Nerviosa se cercioró que no podía levantarse de la cama porque él aún estaba sobre ella e intentó retroceder todo lo que pudo. Estaba demasiado alterado para su propio bienestar.

—Nunca fue mi inte...

—¡Mientes! —Golpeó el colchón, obligándola a tenderse otra vez, y el miedo se alojó en su interior—. Sabías que vendría, me esperaste así para que cayera como si fuera un adolescente sin control alguno.

—Dyl...

—¡No vuelvas a decir mi nombre! ¡No te lo permito!

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, empañando su visión.

—¿Quiere jugar con fuego, milady? —Farfulló, sujetando duramente su barbilla, y en un abrir y cerrar de ojos la sentó sobre el colchón para tenerla a tan sólo unos centímetros de su rostro—. Pues ahora mismo le demostraré lo horrible que es quemarse.

Aline lo miró horrorizada, tenía miedo de todo lo que sus palabras podrían significar, su agarre era brusco y en cierto modo lastimaba su cuero cabelludo. Su visión se empañó al recordar la advertencia de su padre.

¿Cómo pudo pensar que él sería diferente?

El duque de Blandes jamás le tendría respeto alguno.

Un gruñido brotó de la garganta de Blandes y la llevó hacia él, rozando sus labios con una amenazadora pasión, como si quisiera tomar todo de ellos.

—¿Por qué lo hiciste? —bramó, zarandeándola.

—Yo no hice nada —musitó con voz quebrada—. Por lo que más quiera, déjeme ir —sollozó, viéndose inmediatamente liberada.

Aline trató de salir huyendo de aquella incómoda posición en la que se encontraba, pero consciente de que después de eso ella no querría verlo más, Blandes sujetó su pantorrilla y tiró de ella hacia abajo recostándola nuevamente en el colchón. Le quitó la almohada a la que se aferraba con tanto ahínco y la envió lejos de su alcance.

Quiso gritar, pero con un envolvente abrazo y seguridad aplastante tomó posesión de sus labios con suavidad. Empezó a temblar sin control alguno y ni siquiera que él acunara sus mejillas con cariño la ayudó a encontrar un poco de paz. Podría lastimarla, sus cambios de humores eran escalofrantes.

Él insistió, deseoso de recibir una muestra de afecto a la contestación de su beso, pero Aline

no cedió.

—¿Por qué no puedo odiarte? —susurró Blandes con impotencia, incapaz de dejarla en libertad.

Era la misma pregunta que ella se hacía una y otra vez, ¿por qué a pesar de todo no podía odiar al duque de Blandes?, ¿es que acaso...?

—Te amo.

Esa simple confesión provocó que el cuerpo masculino entrara en tensión y en cuestión de segundos el duque estuviera de pie, lejos de la cama. No le sorprendió su reacción, pero sí la hirió profundamente. Con las manos temblorosas tiró de las sábanas y cubrió su desnudez, agradecida de que él hubiera retrocedido.

Blandes se puso su saco con rapidez, como si de pronto quisiera salir huyendo de aquel lugar, y después de lo que le pareció una eternidad, él se giró hacia ella para hacerle frente a su reciente confesión.

—Nunca pedí su amor. A decir verdad, es lo que menos deseo —espetó con frialdad, rompiéndole todas las esperanzas que albergaba hacia él—. Nunca creí que sería tan ilusa como para creer que yo podría fijarme en usted; o peor aún, pensar siquiera que podría intentar desposarla.

—No hay más que decir, ya pue...

—Eres la hija del asesino de mi padre —escupió con rencor, mirándola con un odio que le encogió el corazón—. Lo único que quiero para tu familia es la ruina y ahora que tú confundiste todo, me encargaré de abrirte los ojos; tú no puedes amarme.

Y por primera vez en el día, agradecía saber que pronto estaría en un barco que se alejaría más y más de Londres. Dudaba tener el valor para verlo a la cara otra vez.

—Ya no haga esto más difícil, salga de mi alcoba y...

—Tú vas a ser mía, Aline —decretó con frialdad—. Les demostraré a tus padres y a ti que yo siempre consigo lo que quiero.

Boqueó confundida, jamás podría ser suya porque nunca sería su esposa.

Como si él hubiera leído sus pensamientos sonrió con sorna.

—De mi parte siempre tendrás un lugar para ser mi querida. —Abrió los ojos de par en par, atónita—. Un trabajo que te caerá de maravilla cuando necesites mantener a tu padre encarcelado y a tu madre que no sabe hacer nada más que llevar el funcionamiento de una casa.

Se cubrió la boca con ambas manos para no romper en un llanto desesperado y con el corazón en la boca lo vio retirarse de su alcoba. ¿Eso era lo que él quería de ella?, ¿todo este tiempo sólo la estuvo preparando para hacerla su querida?

Dios santo... Tenía que salir de Londres lo antes posible.

## Capítulo 6

¿En qué diantres estuvo pensando al llegar tan lejos con Aline?

Maldita sea, ¡ella quiso seducirlo!

No se conmovió por sus lágrimas, estaba desesperada y seguramente alguien le sugirió que lo sedujera, ir directamente con el acreedor de su padre era un plan maravilloso desde la perspectiva de cualquiera; no obstante, lo que ella no sabía era que su simple comportamiento había despertado algo muy grande en él.

El deseo de poseerla, de hacerla suya y no compartirla con nadie más.

No le importaba el precio, Aline Anderson terminaría en su cama y no precisamente con el título de duquesa, dado que jamás sería capaz de dárselo a la hija del asesino de su padre.

—¡Tienes que usarlos, Dylan! —exigió su tía, quien gracias a esa estúpida noticia que salió a luz el día de ayer andaba pisándole los talones para apresurar la ruina de la familia Anderson—. No puedo creer que sigas perdiendo el tiempo, es nuestra oportunidad de vengarnos, ¡debes liquidar a Norfolk!

Esa era una de las razones por las que no quiso comentarle a su tía sobre los pagarés. Deborah estaba más obsesionada que él con la ruina de los condes, era un sueño que no podía olvidar y Dylan podría jurar que esa mujer no moriría tranquila si no veía a los Anderson revolcándose sobre su miseria.

Ahora qué lo pensaba, ¿cómo fue que la noticia sobre los pagarés salió a la luz?

El único de sus conocidos que sabía sobre su existencia era Grafton.

—Debo irme.

—¿Cómo que quieres irte?! ¡Encárgate de los condes! ¿Por qué te estás tocando el corazón justo ahora? Tu madre habría dado todo porque recuperases Edevane Park, esas tierras te corresponden. No olvides que Norfolk se aprovechó de los deslices de tu padre para robárselas.

Su mandíbula se tensó, esas tierras no cubrirían ni la cuarta parte de lo que Norfolk le debía, por lo que seguramente podría quitarle mucho más al conde.

—Prometo que recuperaré esas tierras, tía, pero no es el momento para hablar de ello.

Quería saber por qué Grafton lo traicionó, él era el único que pudo haber brindado esa información tan confidencial. Por culpa de su amigo tuvo un gran encontronazo con Aline, ¡por su culpa estaba como estaba!



—Entonces te informo que no pienso ir a la boda del marqués de Sutherland —espetó tajante y la miró con sorpresa.

—Creí que lady Answorth le agradaba. —O al menos eso le dijo ella mientras la cortejaba.

—No tengo ningún problema con la dama, me hubiera encantado que la hija de Norfolk se casara con el marqués.

Dylan se tensó.

—¿Por qué?

Él hubiera odiado aquello con cada fibra de su ser, más ahora que sabía que el corazón de Aline era suyo, ella lo amaba.

—Estoy segura que ellos sufrirían si su hija fuera infeliz; y Sutherland, claramente la habría hecho muy desdichada, ya conoces su reputación.

Entrecerró los ojos, perspicaz, nunca lo pensó de esa manera. Era... Bastante interesante. Los condes adoraban a su hija y ningún padre querría ver a su hija bajo el poder de un hombre que podría destruirla con tan solo desearlo.

—¿A quién odia más, tía? —Deseó saber aquello— No veo porque ir en contra de lady Anderson. —En el fondo ella no tenía la culpa de las acciones de sus padres.

—Es una arribista, quizás no lo sepas pero después de la fiesta de los duques de Beaufort ella se fue a solas con el conde de Ross y él entró a su casa y no se marchó hasta horas muy altas. Una de las criadas me informó todo, él estuvo con ella cuando se desmayó y también pagó los servicios del doctor. No pudo con Sutherland y decidió ir por el amigo, es una cualquiera igual que su madre.

—¿Cómo? —apretó la mandíbula, furibundo.

¿Ross estaba pretendiendo a Aline? Eso era imposible, él pudo haberla desposado desde hace mucho si así lo hubiera querido.

¡Ella no se entregaría a nadie!

—Como oyes, creo que el conde piensa cortejarla, debes acelerar todo antes de que te arrepientas.

—¿Por qué no me caso con ella? —Se oyó preguntando y su tía lo miró con horror y profunda rabia.

—¿Has perdido el juicio?

—La haría muy infeliz, la alejaría de su familia y nadie podría evitar que haga de ella lo que

se me antoje.

Por unos segundos los ojos de Deborah brillaron con emoción contenida; sin embargo, el recelo llegó pronto y lo miró con desconfianza.

—Te veo muy dispuesto a sacrificarte —espetó con perspicacia.

Acomodó su chaqueta con indiferencia.

—En realidad, sólo bromeaba y ya debo irme —desvió el tema, dejando un delicado beso en la mano enguantada de la mujer.

—Más te vale, cariño. Esa mujer no es una santa, podría dejarte muy mal parado.

—Cúidese tía, no me espere. —Fue su respuesta al mordaz comentario.

Maldición, ¿por qué pensó en reconsiderar la opción a un matrimonio con Aline?

¡Eso no podía suceder!, ¡jamás la honraría con el título de su padre!

¡Ella no lo merecía!

Cuando llegó a la casa de Grafton, esperó a que su amigo lo atendiera y cuando por fin lo tuvo frente a él, se contuvo para no estrellarle un puño en el rostro.

—Eres el único que sabe sobre los pagarés, ¿¿por qué lo publicaste?! —bramó fuera de sí y Grafton lo miró con incredulidad.

—Yo no hice nada, ¿por qué me metería en tus asuntos?, ¿qué ganaría yo delatando la penosa situación de los condes?

Dylan tragó con fuerza al comprender que había cierta lógica en sus palabras y alborotó su cabellera desesperado, tenía muchas cosas en la cabeza y estaba al borde de la locura.

—¿Entonces quién fue? Las personas que conocemos este hecho somos los suficientemente listos como para no querer que nadie más sepa del mismo.

—No estoy seguro —musitó el conde, pensativo. Sin embargo, después de varios segundos en silencio él se enderezó y empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo.

—¿En quién piensas? —inquirió ofuscado y el castaño lo miró con recelo.

—Creo que la culpable puede ser Alanis.

Contuvo el aliento y se frotó el puente de la nariz con cansancio. Esa mocosa era una entrometida.

—Debes ponerle un alto a tu pupila o será incontrolable, Grafton. Acaba de ocasionarme muchos problemas y poner a una familia en muchos aprietos, esa chiquilla no tiene idea de lo que

su acto ocasionó.

—Ya no la soporto. —Se fregó el rostro con frustración, él tenía razones de sobra para culparla.

—Debemos encontrarle un esposo lo antes posible, jamás toleraría tener que lidiar con ella si llega a ser tu esposa.

Grafton asintió, mirando a la nada.

—Pronto encontraré a alguien.

—Lady Anderson dijo que me ama —soltó de pronto, desesperado por contarle a alguien lo ocurrido.

—¿Y qué le dijiste tú? —Grafton trató de mantener la calma, no deseaba exteriorizar lo mucho que aquella noticia le había sorprendido, Blandes podría ponerse a la defensiva.

—No puedo estar con ella.

—¿Eso quiere decir que la amas?

Sí, la amaba y no estaba dispuesto a entregársela a nadie más, pero tampoco quería desposarla.

—Es complicado.

—Quizás tú lo haces más complicado.

No supo qué responder y lo único que pudo hacer fue encogerse de hombros. Se sentía confundido, desesperado de no saber cómo proceder, y como si fuera poco nuevamente su mal carácter le había llevado a comportarse como un salvaje.

¿Cómo podía amarlo si durante todo ese tiempo fue un grosero con ella?

—Hoy escuché en el muelle que el conde de Norfolk compró dos pasajes a Italia para mañana. —Aquel comentario hizo que por un momento se olvidara de como respirar—. No quiero ser pesimista, pero presiento que enviará lejos del peligro a su esposa e hija, Blandes. Así que si planeas tomar una decisión, hazlo rápido. El tiempo no espera.

*Mi padre prefiere que mi madre y yo estemos lejos cuando usted efectuó su grandiosa venganza.*

Era verdad, Aline nunca le mintió al decirle que su padre pensaba enviarla lejos, por un momento llegó a pensar que todo fue parte de sus artimañas para atraparlo. Tragó con fuerza, ¿y si su intención nunca fue seducirlo?, ¿y si nuevamente había sacado conclusiones apresuradas?

¡Era un imbécil!

—Te lo preguntaré una vez más, Blandes —Su miradas se encontraron—: ¿La amas?

—Tengo muchos asuntos que atender ahora.

Dichas esas palabras abandonó el despacho de su amigo y posteriormente su casa para dirigirse a comer, posiblemente, la peor de las locuras.

Sabía perfectamente donde encontraría a Norfolk, él siempre se reunía con Winchester y Kent en *White's*, el club de caballeros exclusivo al cuál sólo podían ingresar los nobles que obtenían una membresía; y si Norfolk no sabía negociar correctamente con él, nunca más volvería a poner un pie dentro del establecimiento.

Localizarlo fue sencillo, siempre estaba en una de las mesas privilegiadas gracias a la influencia del duque de Kent.

—Norfolk —lo llamó con dureza, haciendo que los tres hombres lo miraran con sorpresa, y sonrió con sorna hacia su enemigo al tiempo que saludaba a los otros dos presentes—. Creo que tenemos algo de qué hablar.

Como si el conde meditara lo mal que podía irle si decidía rechazarlo, analizó sus siguientes palabras en silencio. No dijo nada cuando se puso de pie y accedió a seguirlo hacia una de las mesas que estaban más apartadas.

—Muy bien, seré directo contigo: quiero mi dinero —espetó ni bien estuvieron sentados y Norfolk se mantuvo sereno, sin dejar de mostrar esa seguridad que desprendía su ser.

—Empezaré un negocio de importación de textiles con el conde de Ross, si todo sale bien, podría pagarle...

—¿Qué le hace pensar que tengo todo el tiempo del mundo para esperarlo?

—La misma razón que lo trajo hasta aquí para pedirme el dinero cuando lo único que quiere es verme arruinado —contraatacó con tino y Dylan apretó la mandíbula—. ¿Qué es lo que quieres, Blandes, que hasta el día de hoy, teniendo el poder en sus manos, no hiciste nada?

Se tensó.

—Tengo mis razones —farfulló.

—Deme dos meses.

Fingió meditar la propuesta y se acarició el mentón con pericia, como si evaluara las ventajas y desventajas de su futura respuesta. Esos minutos de incómodo silencio preocuparon a Norfolk.

—Quiero dos cosas a cambio —soltó, sorprendiéndolo.

El conde entrecerró los ojos con recelo, invitándolo a continuar.

—La primera: entrégame Edevane Park, no la vi en los pagarés.

—Son las tierras que mejor producen, sin ellas estaría hundido.

—Lo sé, pero no se lo pregunté. Debieron ser más después de todo.

El conde pensó por un tiempo en sus siguientes palabras y lo miró con cautela.

—¿Con eso olvidaría la deuda? —Se aventuró a preguntar.

—No, esas tierras no valen tanto, pero... Si me las entrega con lo segundo que pediré, le devolveré todos los pagarés y le remuneraré veinte mil libras para sus futuros negocios. Usted sabrá administrarlas.

Toda la serenidad que Norfolk estuvo mostrando quedó en el olvido y desencajó la mandíbula con incredulidad, sin poder dar crédito a lo que escuchaban sus oídos. ¿Por qué le pagaría el duque veinte mil libras? Él no tenía nada de valor, nada que equivaldría a esa cantidad, lo más valioso que tenía era su mujer e hi...

Apretó la mandíbula.

—¿Qué es lo que quiere? —Empuñó ambas manos por debajo de la mesa.

Dylan esbozó una sonrisa malévola y resueltamente respondió:

—A tu hija, Norfolk, entrégame a tu hija y te liberaré de tus deudas.

Estaba cometiendo una locura, entregar esos pagarés por tener a Aline como su amante sólo lo llevarían a arrepentirse tarde o temprano, pero no podía perderla, si la enviaba lejos tardaría mucho en encontrarla y no tendría manera de convencerla para quedarse a su lado porque ella lo odiaría, por lo que lo mejor sería someterla a una nueva responsabilidad por salvar a su padre.

¿Qué hombre rechazaría una oferta así?

Cualquiera preferiría salvar su pescuezo; es decir, Aline no era el orgullo del conde, él nunca tuvo un hijo y terminó conformándose con su hija, quien tarde o temprano estaba destinada a ser un bien de intercambio para el bien de su familia.

—Dado que estoy en mi sano juicio, le pido que prosiga a hacer lo necesario, Blandes —soltó el conde con voz dura y distante—. Sin embargo, le advierto que jamás volverá a saber de mi mujer e hija porque tengo algo para ellas: algo que implica alejarlas de Londres y su sed de venganza.

—¿Cómo? —preguntó Dylan, dejando de sentirse tan confiado como hace unos segundos. ¿Estaba rechazando su oferta?—. ¿Y quién pagará tu estadía en la cárcel? —farfulló furibundo.

—Prefiero morir antes de atar a mi familia a dicha desgracia. Tengo algo ahorrado, familia y

conocidos, eso me bastará para alejarlas de ti.

Nadie le quitaría a Aline, ¡ella debía quedarse con él!

—Pero...

—Si me permite —se puso de pie e hizo una venia—, debo preparar la partida de mi hija y esposa.

Y dichas esas palabras, Norfolk lo dejó perplejo en su lugar, consciente de que si hacía algo, eso bastaría para que el conde alejara a Aline de su lado para siempre. Lo siguió y lo interceptó antes de que saliera del club.

—No haré nada —espetó con frialdad e ira contenida—. Doy mi palabra de que aún no haré nada, pero... Si la envías lejos, no querrás saber de lo que soy capaz.

Norfolk se acercó peligrosamente hacia él.

—Aléjate de mi hija, Blandes, ambos sabemos que nada bueno saldrá de todo esto. Mi hija fue criada para ser la señora de un hogar, no la amante de un hombre que no tiene corazón. No sé cuál es tu obsesión con Aline, pero ella es una inocente y no merece pagar los platos rotos de un enfrentamiento que tu padre y yo tuvimos en el pasado.

—Mantenla donde pueda verla y tu vida seguirá siendo tan buena como hasta ahora.

El conde sonrió con sorna y lleno de confianza se inclinó en su dirección para susurrarle al oído:

—Antes muerto que poniendo a mi hija a tu alcance, Blandes.

## Capítulo 7

¿Por qué tanta devoción por su hija?

Otros nobles estarían odiando a su única hija por no ser el tan esperado varón, pero Norfolk... él estaba empeñado en proteger a Aline y eso lo estaba sacando de quicio. Jamás imaginó que rechazaría su propuesta, lo único que esa negativa había conseguido era empeñarlo aún más en obtener lo que tanto quería.

Acabó el líquido amarillento de un solo trago y gruñó por el ardor generado en su garganta. Se acercó a la caja fuerte y sacó los pagarés que actualmente podrían considerarse su mayor tesoro y los tendió sobre su escritorio para mirarlos con fijeza.

Tamborileó los dedos sobre su escritorio e ideó un plan, algo que le ayudara a conseguir a Aline, tal vez se debía al alcohol ingerido pero su determinación esa noche era inquebrantable; la quería, la deseaba y por los cielos que no descansaría hasta hacerla suya. Además, no era como si pudiera seguir perdiendo más tiempo.

Norfolk fue claro, la enviaría lejos ahora que sabía que su hija era su mayor debilidad.

Dylan se sirvió otra copa de whisky —la quinta para ser exactos— y se maldijo en silencio. El conde estaba soñando si pensaba que no haría nada al respecto, que acataría su orden y se alejaría de su hija. Fue ella quien se puso en su camino y ahora él no iba a permitir que se hiciera a un lado.

Se puso de pie. Iba a cometer una locura pero no le interesaba. La visitaría, le dejaría las cosas claras y la traería con él aprovechando que su tía había salido de viaje hace apenas unas horas. Una sonrisa lobuna se formó en sus labios, ella sería más fácil de manejar que Norfolk, Aline aceptaría su propuesta.

Salió de su despacho a sabiendas que era más de media noche y unas voces en el hall llamaron su atención.

—Le pido que se retire, esto es impropio de una dama —ordenó su mayordomo, tajante, y él rodó los ojos con aburrimiento. Para Roman, toda mujer era una dama y la única mujer capaz de aparecerse en su casa a esas horas era Malorie, una cortesana de renombre, tan preciosa como cualquier flor inglesa.

Arrugó el entrecejo.

¿No se suponía que ya tenía un nuevo protector?

Dylan nunca fue dado a mantener amantes; no obstante, la mujer siempre estuvo encaprichada

con él, pero... Ahora tenía un amante, alguien que la tenía como reina y era nada más y nada menos que el conde de Ross. ¿Por qué visitarlo? Blandes jamás le dio nada de valor, algo que la hiciera regresar a su lecho.

—Sólo serán unos minutos.

Sus pasos perdieron coordinación y trastabilló al querer llegar con más prisa al hall.

—Tendré que llamar a un lacayo para que la eche —indicó Roman, como si fuera el señor de la casa y él apretó la mandíbula.

—Hazte a un lado o yo mismo te sacaré —ordenó con voz profunda, captando el leve temblor en el cuerpo femenino que estaba algo oculto tras la ancha silueta del mayordomo.

Roman en ese mismo instante siguió la orden, dejando que su amo apreciara a la dama asustadiza que no dejó de tartamudear desde que entró a la propiedad.

—Su excelencia, lady Anderson no comprende que usted no va a recibirla a es...

—Puedes retirarte —Ni lo miró, sólo tenía ojos para ella—. Yo me encargaré de la dama.

El mayordomo apretó la mandíbula, exteriorizando su desagrado hacia la mujer, y terminó despidiéndose con una perfecta venia.

Dylan no supo qué santo estaba de su lado, pero prácticamente le había enviado un regalo del cielo.

Aline vio como el grotesco hombre se retiraba y juntó sus manos temblorosas sobre su pecho. Era una locura estar allí, pero cuando su padre le dijo que el día de mañana su madre y ella abandonarían Londres, temió lo peor. No podía dejar a su padre solo, no en esa situación.

—Su excelencia...

—Pasemos a mi despacho —musitó con voz aterciopelada, abrazándola por la cintura y guiándola hacia la estancia.

El miedo la carcomió por dentro al notar como su calor la abrasaba, las libertades que se estaba tomando eran peligrosas pero ella tenía mucho que perder si decidía rechazarlo. Temía que perdiera el control, pero más temía por el futuro que podría esperarle a su padre si lo dejaba totalmente solo en Londres.

Llegaron al lugar y ella lo escudriñó con curiosidad, era elegante y en ese momento era cálido y acogedor. Los estantes de libros eran altos y poblados, el hogar estaba prendido y los muebles ubicados frente al mismo para aprovechar su calor.

El sonido del pestillo le alarmó y giró sobre sus talones con rapidez, ¿qué estaba haciendo?



—Es para tener mayor privacidad —le comunicó y pasó saliva, no podía creer que estuviera en la casa del duque. Su padre la mataría si llegaba a enterarse de que hizo algo así—. ¿A qué viniste, encanto? No es propio de una dama salir de casa a estas horas de la noche.

Aline retrocedió cuando Blandes se desplazó por la estancia con movimientos escuetos.

—Quiero mostrarte algo —le informó, acercándose a su escritorio, y Aline logró visualizar unos papeles.

Se acercó un poco y el aliento se le cortó al ver los pagarés de su padre. ¡Eran bastantes!

—Tu padre hoy rechazó una generosa oferta que decidí hacerle. Se rehusó a tener todos los pagarés bajo su poder, así que mañana lamentará su mala toma de decisiones —le contó, amontonando los papeles para meterlos a su caja fuerte.

—¿Qué oferta? —preguntó con la voz quebrada, llena de desesperación.

¡¿En qué estuvo pensando su padre al rechazar su oferta?!

Dylan esbozó una sonrisa, aprovechando que estaba de espalda a ella.

—Las negociaciones no son para las damas —zanjó e intentó cerrar la caja fuerte.

—Espere —le sujetó del brazo, conectando sus miradas—. ¿Cuál fue su oferta?

Se giró hacia ella, expectante.

—¿Realmente quieres saberlo? —inquirió y dejó nuevamente los pagarés sobre el escritorio. Ella asintió con la vista fija en ellos.

¡Tenía que recuperarlos!

—Haré lo que sea si me promete que al final de la noche podré llevarlos conmigo.

No podía arriesgarse a que él cambiara de opinión. Tragó con fuerza cuando se acercó a ella y no objetó cuando rodeó su cintura con un brazo, haciéndola respingar mientras se ponía tras de ella y acariciaba su vientre con pericia.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por tu padre? —Tiró el cuello a un lado cuando le quitó la capa, jadeando por la tibia lengua que lamía su piel con descaro.

—¿Qué es lo que usted quiere? —Ahogó su llanto al sentir como sus manos abrían los botones de su vestido.

—A ti —susurró él, deslizando su vestido hasta el piso con la vista perdida en la hermosa piel descubierta y la hizo girar para deleitarse de lo que ya no era prohibido para él.

Aline se tragó sus propias lágrimas y con lentitud deslizó los tiros de su camisola hacia abajo,

dejando que la tela se amontonara a sus pies junto a su sencillo vestido.

—¿Si me entrego a usted, me cederá todos esos pagarés? —Inquirió con un hilo de voz, agitada por las manos que amasaban sus pechos con lujuria—. Aceptaré pasar la noche con usted... —una lágrima bajó por su mejilla—, así que por favor, no envíe a mi padre a la cárcel de deudores.

Dylan sonrió satisfecho y regocijó en silencio su nuevo triunfo. La besó con ferocidad sin ser consciente del daño que su desenfrenado deseo estaba causando en la dama y tiró de las enaguas y luego de los pololos, dejándola desnuda ante él. Aline tiritó entre sus brazos y muy lentamente Dylan la tendió sobre el piso alfombrado mientras mermaba la intensidad de su beso, permitiéndole a la pelinegra adaptarse a él.

—Espere... —suplicó, sujetando las manos masculinas que se abrían paso entre sus piernas torpemente.

—No, tiempo es lo que menos tengo.

Se liberó de su agarre para deshacerse de sus prendas. No iba a detenerse. Por fin la tenía donde quería y él no daría marcha atrás, la haría suya de tal manera que ni la mismísima reina podría oponerse.

Después de esta noche, Norfolk ya no tendría voz para manejar a su hija.

La camisa terminó sobre el sillón de bordados color oro y su pantalón próximo a la misma, sus prendas estaban desparramadas por todo el lugar y Dylan sólo pudo enfocarse en el hermoso cuerpo que estaba bajo el suyo.

¿La amaba?

No... Sólo la deseaba y una vez que la hiciera suya superaría esa absurda obsesión.

Se percató que estaba muy tensa y pensó en una manera de tranquilizarla. En ese estado ella no la pasaría muy bien, tenía que relajarla.

—Ven, encanto —Le ayudó a sentarse con delicadeza y Aline se abrazó los pechos por inercia—. Lo siento, estoy siendo un bruto y salvaje contigo —susurró, besando su frente con ternura—. Me vuelves loco —dijo sobre su oído, retirando las manos femeninas con delicadeza. Quería verla, cubrirla debería ser un delito—. Te deseo, te anhele, siento que si no me uno a ti pronto moriré por falta de amor.

Si bien Aline escuchaba cada una de sus palabras, las manos que acariciaban su cuerpo, estimulándolo, robaban su atención. Estaba siendo cuidadoso y sabía muy bien lo que hacía, puesto que con un suave beso logró que ella cediera a su juego de seducción y lo abrazara por el

cuello.

—Eso es, mi amor, déjate llevar. —La apremió, deslizando sus dedos por su intimidad, y lanzó un gemido lastimero cuando un dedo la invadió sin advertencia alguna—. Entrégate a mí, encanto, déjate llevar.

—Pero mi honor... —Trató de recuperar algo de su cordura, pero lo cierto era que su mente sólo podía enfocarse en los hábiles dedos que se deslizaban dentro su tibia piel, estimulándola.

Dylan la inclinó nuevamente, recostándola sobre la alfombra.

—Yo me encargaré de eso. —Pasó la punta de su lengua por la erizada piel de su hombro y se dirigió hacia sus pechos—. Soy un duque, nadie jamás osaría en decirte algo.

Ni la boca de Dylan absorbiendo su areola evitó que Aline se deprimiera. Entendía el peligro que Blandes representaba para su familia, él mismo se lo había dicho: nadie osaría en decirle nada a un duque, menos por alguien como ella; y aunque lo más lógico sería obligarlo a responder por lo que estaban a punto de hacer, Aline sabía que eso era una locura de tamaño colosal.

Junto a Blandes ella peligraba más de lo que quisiera aceptarlo.

Un agudo dolor la sacó de su ensoñación dejándola helada y lo buscó con la mirada. Él tenía la mandíbula apretada y cerraba los ojos con fuerza, concentrado en su labor. Tragó con fuerza y gimió cuando nuevamente sintió como algo se abría paso en su intimidad.

—Va a dolerte un poco —susurró él, tenso por la estrecha entrada que lo consumía y la miró con fijeza.

Aline retiró el rostro y ahogó todo su dolor en lágrimas que bajaron por sus mejillas cuando él acabó con su cometido desgarrándola por dentro. Su cuerpo tembló por la dureza que penetraba en ella, le ardía y eso la asustaba, dado que por más que ella quisiera pensar en algo totalmente ajeno al encuentro, no podía olvidarse del sufrimiento que sentía en su ingle.

—Relájate, encanto, ya pasará. —Dylan limpió las lágrimas de su rostro y nuevamente tomó posesión de sus labios buscando la manera más adecuada para distraerla eficazmente.

Sin embargo, para Aline eso era imposible. ¿Cómo podía relajarse cuando acababa de arruinarse?, ¿cómo podía disfrutar del momento cuando el cuerpo y el corazón le dolían?

Contuvo el aliento cuando Blandes se retiró con suavidad y jadeó adolorida cuando volvió a ingresar de igual manera. Repitió la acción una y otra vez, al mismo ritmo, hasta que simplemente él no pudo controlarse más y empezó a acelerar sus arremetidas.

Aline se mordió el labio inferior para no quebrar en llanto. Le seguía doliendo. Al parecer el duque se dio cuenta que estaba yendo muy rápido porque se detuvo, sorprendido por su poco tacto

a la hora de desvirgar a una dama.

—Lo siento, encanto, esto va más allá de lo que puedo manejar.

Detalló sus hermosos rasgos y se deprimió al percatarse de que no estaba siendo correspondido, de que ese momento que debió haber sido especial para ambos estaba resultando un suplicio para ella.

—Te amo, Aline —confesó, poniéndola aún más rígida y consciente de que su primera vez no sería muy agradable, unió sus labios con rapidez y volvió a bombear en su interior.

Y es que el dolor que sentía allí abajo no se podía comparar en lo absoluto al que sentía en el alma. No estaba destinada a él y ahora por capricho se ataba a unos brazos que no le correspondían como ella quería.

El dolor empezó a ser más tolerable y sin poder controlar su propia voz, comenzó a emitir suaves gemidos vergonzosos. Se aferró a la fuerte espalda masculina y tiró el rostro hacia atrás al sentir como le separaba aún más las piernas, elevándolas a su antojo.

—Eres mía —gruñó él, separando sus labios, y Aline jadeó por las fuertes arremetidas—. Desde hoy eres únicamente mía, encanto —susurró entrecortadamente, concentrado en su tarea de poseerla.

Eso jamás podría ser por más que ella quisiera ser suya.

—¡Ah!

¿Cómo algo tan doloroso podía llegar a sentirse tan bien?

—Di mi nombre.

No lo hizo y no lo haría jamás, ya tuvo una mala experiencia en cuanto a ese tema. Gritó ahogadamente cuando sus embistes se hicieron más fuertes y con un gruñido ahogado por parte de Blandes todo llegó a su fin, permitiéndole recuperar la compostura y el aire que se le había sido arrebatado por el agitado encuentro.

Un extraño líquido la llenó por dentro y no supo cómo reaccionar cuando él se dejó caer sobre ella sin aplastarla y mantuvo sus miembros juntos, como si quisiera que ella absorbiera todo su placer.

Blandes besó su cuello, deleitándose de su olor a limón y sexo, y suspiró rendido.

—Te haré el amor todas las noches de mi vida —aseguró anhelante.

Aline no respondió y evitó emitir ruido alguno cuando él salió de su interior para incorporarse y ataviarse con sus prendas. Ignorando su lamentable estado hizo lo mismo con incomodas

sensaciones en el cuerpo y empezó a vestirse.

—Debemos irnos.

Rápidamente giró el rostro y lo vio ponerse el chaqué. ¿Qué fue lo que dijo?

—¿Perdón?

No comprendía nada, ¿a dónde quería llevarla?

—No te preocupes, en una posada te asearás, ahora debemos partir si no queremos que tu padre nos alcance.

Su cuerpo tembló fieramente y con las piernas inestables retrocedió.

—¿Cómo? —No lo comprendía, ella sólo accedió a pasar esa noche con él, nunca le dijo que se iría con él para convertirse en su querida.

Blandes caminó hacia la caja fuerte y después de abrirla sacó una pequeña caja de terciopelo.

—Nos iremos a Gretna Green, encanto, serás mi duquesa y pobre del que ose lastimarte.

Si su tía no la quería cerca, él con gusto le asignaría una casa de campo para que se fuera y lo dejara ser feliz con su esposa. No pensaba renunciar a Aline, menos ahora que sabía lo mágico que era tenerla entre sus brazos. Serían felices y una vez casados Norfolk no podría hacer nada, él tenía razón, su hija fue criada para ser la señora de un hogar, él no podía degradarla al puesto de una simple cortesana.

—No —Los vellos de la piel se le erizaron y la observó con fijeza, ella ladeaba la cabeza en modo de negación—. No puedo casarme con usted.

—¿Qué? —musitó, sintiendo la rabia crecer en su interior—. ¡Debemos hacerlo! ¿De veras pensaste que serías mi amante? ¡Te quiero como mi es...!

—¡No lo haré! —gritó fuera de sí.

Y por primera vez en todo el tiempo que la conoció, pudo ver el enojo y determinación en sus ojos. ¿Por qué no lo quería?!

—Aline —farfulló en tono mordaz—, no compliques las cosas.

—Mi padre lo matará y luego me enviará lejos. Él... jamás lo aceptaría —dijo con voz quebrada, huyendo hacia la puerta.

Él fue más rápido y la levantó a volandas lanzándola hacia el diván.

—No lo permitiré —Se subió a horcajadas sobre ella—. Si te casas conmigo, yo te cuidaré, nadie te alejará de mí, estarás bajo mi ala y seremos felices —dijo con desesperación, acunando

sus mejillas.

—No lo acepto; no quiero ir con usted.

Y esas palabras lo hicieron perder el control.

¡Ellos tenían que casarse!, ¡ella pudo quedar embarazada! Y si no lo hizo, él mismo se encargaría de que esa noche se engendrara su heredero.

Olvidó todo por ella; sus promesas, su venganza y su odio; un rechazo era algo que no pensaba aceptar.

## Capítulo 8

Con las piernas temblorosas Aline ingresó a su casa y el alma se le vino abajo al ver a sus padres allí, en el recibidor totalmente angustiados por su ausencia. Su madre se aferraba al pecho de su padre mientras lloraba sin consuelo alguno y Birger enviaba órdenes para empezar con la búsqueda.

Los había defraudado, pero en el fondo se sentía aliviada porque al fin pudo hacer algo digno por ellos.

—¡Hija! —gritó su madre y Aline paró en seco al ver que corría hacia ella—. ¿Dónde te metiste? Nos tenías tan preocupados, pensamos que huiste, que no querías irte de Londres —espetó desesperada y rompió en un suave llanto.

—No quiero irme.

Aunque ahora la idea le parecía de lo más tentadora.

—Ahora mismo me dirás dónde te metiste, Aline.

Si bien su padre estaba igual de preocupado que su madre, él no pensaba tolerar su falta y dejar pasar por alto el hecho de que no pasó la noche en su casa como correspondía.

Sin saber qué decir boqueó con nerviosismo y miró al mayordomo, quien al final optó por retirarse junto a todos los criados para brindarles mayor privacidad. Su padre les pidió que se dirigieran a su despacho y aferrada al abrazo de su madre, como si eso pudiera ayudarla de alguna manera, Aline ingresó a la estancia con el corazón en la boca.

—¿Qué pasó, Aline?, ¿dónde diantres te metiste? —exigió saber su padre con la poca paciencia que le quedaba y sin poder contenerse más Aline rompió en un llanto desgarrador y se derrumbó allí mismo, escuchando el grito de sus padres—. Dime lo que sucedió, ¿alguien te hizo daño?

Todo el enojo se había evaporado de la voz de su padre y ahora sólo se podía escuchar su preocupación. La abrazó por los hombros, buscando darle mayor estabilidad, y Aline tembló con mayor fuerza y negó con rapidez. Le era imposible controlarse, pero no quería que existieran malos entendidos.

—¡Dinos lo que pasó, hija! —suplicó su madre, sentada junto a ella, y sin poder contener su cuerpo tembloroso, sacó todos los pagarés que traía consigo para entregárselos a su padre.

No tenía caso esconderlos, el sólo pensarlo era imposible, su padre tenía que tener esos documentos bajo su poder.

—¿Qué son es...? —La voz de su padre murió mientras leyó el primer papel que estaba por encima de los otros y bajó el rostro apenada al comprender que él sabía perfectamente lo que tuvo que haber ocurrido para que ella llegara con los pagarés a su casa.

—¿Qué sucede, Birger, por qué te quedas callado? —inquirió su madre, angustiada, sin llegar a comprender las cosas.

—Voy a matar a ese malnacido —farfulló su padre y se alejó de ella en menos de un segundo para dirigirse a su escritorio.

—¡No, no puede hacerlo! —chilló angustiada, llegando a él para hacerlo entrar en razón.

—¡Se aprovechó de ti! —bramó el conde fuera de sí, provocando que su esposa jadeara—. La muerte es lo que mer...

—¡No! ¡Lo hice por voluntad propia! Yo fui a su casa, yo le pedí los pagarés; él sólo puso un precio —explicó desesperada.

¡No podía hacerle nada a Blandes!

¡Ella lo amaba!

—¿Te estás escuchando? —El conde la zarandeó, estaba fuera de sí, era como si no reconociera a su propia hija—. Él...

—No le hagas nada, papá —suplicó con voz rota, contactando sus miradas—. Yo lo amo, no hagas esto más insoportable de lo que ya es —imploró devastada, suficiente tenía con el hecho de que Blandes jamás podría ser suyo como para lidiar con un posible duelo entre los hombres que más amaba.

El impacto que su confesión tuvo en sus progenitores dejó la estancia en un pulcro silencio y el único sonido que pudo llenarlo fue el de su llanto.

Su vida era tan frustrante.

Una cálida sensación se alojó en su pecho cuando su padre la envolvió en un fuerte abrazo y se aferró a él como si de eso dependiera su vida.

—Prométeme que no le harás nada.

Norfolk no le dijo nada.

—Papá... —suplicó y se vio obligada a añadir una información que habría preferido guardarse para sí misma—. Quiso llevarme a Escocia, él estaba dispuesto a desposarme pero yo...

—Jamás te entregaré a ese hombre, Aline. —Su mirada se encontró con la de su padre y se



preocupó al ver la determinación en su semblante—. No le haré nada, pero tú debes salir de Londres lo antes posible. Ambas vendrán conmigo y el conde de Ross a Escocia, nos hospeda...

—No quiero ir a Escocia —musitó con tristeza.

Lo cierto era que no quería irse a ningún lugar donde estuviera el conde de Ross, él disfrutaría de su desgracia.

—No podemos dejarte, hija —agregó su madre con ternura, acariciando su coronilla—. Hiciste mucho por nosotros y ahora corres peligro.

¿Peligro?

—No dejaré que Blandes se acerque a ti, te enviaré a un lugar donde estarás lo suficientemente protegida como para que ese hombre se mantenga a muchos kilómetros de distancia de ti.

De pronto sintió un escalofrío recorriendo su espalda, ¿dónde la enviaría? No quería abandonar Londres, no quería irse a Italia, se suponía que recuperar los pagarés le permitiría quedarse en su hogar.

—No quiero dejar mi hogar.

Su padre sonrió con ternura, retirando las lágrimas de sus mejillas.

—No te irás de Londres, cariño, sólo te dejaré en el lugar más seguro de Gran Bretaña.

Asintió no muy segura, tratando de adivinar el lugar a donde su padre pensaba enviarla.

Su madre la llevó hasta su alcoba y después de pedir que le preparasen un baño, Aline se encontró lista para abandonar su hogar por el tiempo que su padre creyera necesario. Al final él terminó aceptando el método que implementó para recuperar los pagarés y aunque le dolía en el alma haber tenido que dejar a Blandes esa mañana, estaba segura que hizo lo correcto.

Su amor estaba prohibido, ellos jamás podrían ser felices cuando en su pasado existían tantos fantasmas atormentándolos.

\*\*\*

¿Cómo pudo quedarse dormido en un momento así?!

Maldita sea, Aline se le había escapado y en vez de preocuparse por los pagarés que se llevó consigo, se preocupaba ante la idea de que ahora sería mucho más difícil llegar a ella porque su padre le pondría un sinfín de barreras por cruzar.

Sin embargo, Dylan estaba dispuesto a todo con tal de dar con ella y desposarla de una vez por todas. Era su mujer, habían consumado una unión y esta debía efectuarse a como dé lugar.

Cuando llegó a la casa de los condes de Norfolk no le sorprendió ser atendido ariscamente por

el mayordomo, en esa casa nadie lo quería, como era de esperarse la servidumbre le era fiel a su señor y él no era precisamente un allegado del mismo.

—¿Cómo? —preguntó sintiendo un nudo en la garganta y el miedo emergiendo en su interior.

—Los condes y lady Anderson partieron esta mañana, su excelencia. No tengo un dato específico para decirle cuando regresaran, pero su señoría dejó esto para usted. —Le entregó un sobre sellado e imaginando el contenido, Dylan decidió retirarse antes de perder el control frente a un simple criado.

Mantuvo la calma hasta que estuvo en su despacho y abrió el sobre sin cuidado alguno.

“*Blandes:*

*Le dejo esta misiva para exigirle que deje en paz a mi hija. Sé sobre todo lo ocurrido y lo libero de toda responsabilidad, jamás estaré dispuesto a entregarle a mi hija en sagrado matrimonio. Ya obtuvo lo que quería; ha arruinado la vida de una de las mujeres que más amo en mi vida y no permitiré que siga usándola como su medio de venganza. Le entregaré Edevane Park y cuando recupere mi dinero pagaré la deuda que tengo con usted.*

*Si decidí no retarlo a duelo y matarlo en el mismo, fue para impedir que cometiera el mismo error que su padre y mi hija siguiera sufriendo más de lo necesario. Ella es sólo una inocente más.”*

¡Él no quería ni las tierras ni su dinero!

¡Norfolk tenía que entregarle a su hija!

Arrugó el papel, furibundo, y alborotó su cabellera desesperado. Sopesaba que él no le cedería la mano de Aline, siempre lo supo y por eso ni bien la desvirgó decidió que huir a Escocia sería lo mejor para ellos; no obstante, lo que nunca esperó fue que ella lo rechazara, menos cuando ambos habían confesado el amor que se tenían el uno por el otro.

«Tú la confundiste».

Se frotó el rostro con frustración.

¿Por qué Aline se casaría con él de buenas a primeras si en casi todos sus encuentros fue víctima de su mal humor?

¡Era un maldito miserable!

El conde le dijo que partiría a Escocia, pero también estaba la posibilidad de que su esposa e hija hubieran subido al barco que zarpó hacia Italia. Ladeó la cabeza desesperado, no tenía tiempo que perder, era de suma importancia que pusiera a su gente a investigar hacia donde envió Norfolk

a su hija.

Aline era su mujer y una vez que la hiciera su esposa, Norfolk dejaría de entrometerse.

En un lapso de dos semanas Dylan tuvo a su gente buscando a Aline y a pesar de que no pudo conseguir mucho, su único consuelo era saber que no se fue a Italia como el conde lo tenía planeado. Sin embargo, no conocer su paradero lo estaba desesperando, había enviado a media docena de sus lacayos a Escocia para saber si estaba con su padre y ese día le informaron que no, que el conde sólo estaba con su esposa y Ross.

¿Dónde diantres envió a Aline?!

La idea de que la hubiera aislado en un convento lo aterraba, muy difícilmente podría llegar a ella de ser así.

Como estaba siendo de costumbre, esa noche se encontraba en su despacho ahogándose en alcohol y en su miseria. Quién diría que la hija de su enemigo podría llevarlo a sentirse así: tan vacío y perdido.

La amaba, siempre fue así, desde el primer momento que la vio no pudo quitársela de la cabeza y ahora sus acciones estaban dando sus frutos; unos frutos prohibidos que lo estaban matando en vida.

Aline lo odiaba, no lo quería y por eso accedió a irse.

—Creo que ya hemos tenido suficiente de esto —dijo un alterado Grafton ingresando abruptamente a su despacho. Dylan no se inmutó, pero sí escuchó como cerraba la puerta con una fuerza bruta—. Tu tía está preocupada, no entiende qué te sucede y ciertamente debo confesar que me siento igual que ella.

No le prestó atención. Algo dentro de él se oprimía y el picor que en algún momento lo sintió en su garganta, ahora lo percibió en sus ojos.

—Me rechazó —susurró, arrastrando sus palabras. Necesitaba hablarlo con alguien y Grafton siempre sería el adecuado—. No le importó nada, ella... Cuando desperté, ya no estaba; me dejó allí, sólo y confundido.

Grafton temió lo peor y cautamente se sentó frente a él.

—¿Hablas de lady Anderson?

Empuñó sus manos alrededor de su copa y apretó la mandíbula.

—Mi mujer —corrigió, ignorando la mirada anonadada de su amigo—. La futura madre de mis hijos, mi duquesa.

No se imaginaba otra posición más digna para ella.

—Por los clavos de cristo, estás hablando incoherencias. El conde jamás te aceptará, ni siquiera estoy seguro si ella consideraría tu propuesta.

Lo menos que necesitaba era recibir ese tipo de apoyo. Norfolk podría irse a la mierda, tarde o temprano encontraría a Aline y la secuestraría para llevarla a Gretna Green.

Sí, eso haría.

—Cuando sea mi mujer él no tendrá voz ni voto sobre ella.

Grafton suspiró.

—Lo tendrá en el corazón de su hija, Blandes, ese que anhelas tener y por eso te encuentras dividido, sabes que allí están tus peores enemigos.

Pero en algún determinado momento Aline tendría que escoger y el amor que sentía por él lo pondría primero, estaba seguro de eso.

—En su vientre podría estar un hijo mío —soltó, bebiendo de su copa.

Un largo silencio espesó el ambiente y cuando Grafton comprendió sus palabras, se puso de pie, horrorizado.

—¿Deshonraste a la dama? —Estaba histérico.

—Le pedí matrimonio, lo hice cada vez que la hice mía y, a pesar de ser mantequilla en mis brazos, su determinación fue firme, dura e inamovible. No me quiere en su vida.

—Estás de broma, ¿verdad? Deben casarse, lejos de lo que esa chiflada quiera deben hacerlo.

—Lo haré... —Se incorporó, perdiendo el equilibrio—. Esa mujer será la dueña de mi casa como ya lo es de mi corazón y vida.

—¿Sabes dónde está?

—Sigo buscando.

—Creo que alguien puede ayudarnos con eso.

Ese comentario hizo que le prestara toda su atención.

—Alanis siempre está al tanto de lo que ocurre en Londres, es una pequeña cotilla.

La pupila de Grafton podría ser de utilidad, ella sí podría ir por la ciudad preguntando por Aline sin levantar sospecha alguna.

—Pero no será fácil, no si los condes quieren mantenerla oculta.

—Me tomó un año aceptar que la amo. —Su amigo abrió los ojos de par en par, anonadado—. No me interesa invertir toda una vida con tal de encontrarla.

\*\*\*

—He de confesar que creí que su hija vendría con nosotros, milord —comentó el conde de Ross, mirando a la nada mientras disfrutaba de su copa de brandy, y Norfolk retiró la vista del fuego de la chimenea.

Le dio una larga calada a su puro y a su mente llegaron los turbios recuerdos de su hija entregándole los pagarés.

Se sentía dichoso de tener una hija tan noble y leal a él, pero también algo en su pecho se oprimía cada vez que recordaba que su pequeña estaba enamorada del duque de Blandes, un hombre que jamás sería bueno para ella porque él sólo quería vengarse de su familia.

Sus actos estaban condenando a su pequeña y no tenía la menor idea de cómo cambiar ese hecho, puesto que en el corazón jamás podría mandarse.

—Ella no deseaba venir a Escocia. —Lo miró de reojo y arrugó levemente el entrecejo al ver la tensión en su rostro.

—¿Puedo saber dónde la dejó?

—Le causaría algo de gracia saberlo, Ross, pero por ahora prefiero mantener todo en secreto.

¿Por qué le interesaba el paradero de Aline?

Se concentró en el apuesto rostro del conde y lamentó que él nunca hubiera podido corresponder a los sentimientos de su hija antes de que esta fuera presentada en sociedad, se habría ahorrado muchos problemas si Aline se hubiera convertido en la condesa de Ross desde un principio.

—Aún nos queda mucho tiempo en Escocia, llevamos más de un mes aquí, ¿no teme por su seguridad?

Carcajeó roncamente.

—Puede estar seguro que mi hija está en el lugar más seguro de Gran Bretaña.

—Ya veo... —susurró el conde con desgana.

Norfolk tragó con fuerza ante una extraña posibilidad de interés del conde hacia su hija y sin pensar en las consecuencias dijo:

—Está con tu madre en Hampshire.

La única mujer dispuesta a proteger a sus pupilas a capa y espada con tal de impedir que

alguien quisiera burlarse de ellas. La marquesa conocía parte de la historia, fue de suma importancia que él le hablara sobre la situación para que tuviera cuidado sobre sus visitantes. Ahora mismo, Aline estaba bajo su tutela y Noelle Stanton le prometió que haría lo que mejor le pareciera en cuanto a su hija, empezando por cuidar su delicado estado de salud.

\*\*\*

—¿Podrían mostrarse más predispuestos a disfrutar de la noche? —farfulló Portman, irritado porque ninguno de sus amigos disfrutara de la compañía femenina que tenían esa noche en la mesa.

Blandes miró a las hermosas rubias que merodeaban a su alrededor e hizo una mueca de disgusto. No deseaba regodear con ninguna mujer que no fuera Aline, desde que la tuvo entre sus brazos ninguna otra mujer le pareció más adecuada para esa labor que ella.

Desde su cuerpo hasta su olor lo tenían hechizado y en ese momento le parecía sentir una desagradable fragancia por parte de las cortesanas.

—No es un buen momento —respondió tajante, advirtiéndole a su amigo que no insistiera.

Portman no tenía remedio, su libertinaje parecía no tener fin y a pesar de tener casi treinta años, no se veía predispuesto a sentar cabeza con ninguna mujer. Además, tomando en cuenta que el vizconde sufría de un complejo de superioridad, Dylan no creía que existiera mujer lo suficientemente hermosa como para atraparlo; y como Lucien Pierce no podía casarse con su reflejo, dudaba que algún día pudiera concebir a su heredero.

El pelinegro de mirada color gris ahogó un juramente y no muy conforme despachó a las tres mujeres que él gustosamente habría complacido esa noche.

—¿Qué sucede? Llevan dos meses actuando así y creo que me esconden algo.

—Estamos buscando a una dama. —Miró a Grafton, ofuscado. Nunca acordaron decirle algo a Lucien.

—¿A quién?, ¿la conozco?

—Lady Anderson.

Eso captó la atención del vizconde porque sonrió con malicia.

—¿Y para qué la buscan?

—Desapareció, nadie sabe sobre su paradero.

—¿Y a ustedes por qué les importaría eso?

Dylan conocía a Lucien, por lo que con el corazón en la boca le sujetó de las solapas de su camisa con vehemencia.

—Sabes dónde está, ¡dímelo!

¿Cómo era posible que él conociera su paradero?

Eso era lo de menos, ¡necesitaba ubicarla lo antes posible!

—No lo haré si no me sueltas y explicas qué está ocurriendo.

—Muchachos, no es el momento —pidió Grafton con preocupación, puesto que Blandes se veía demasiado molesto para el bienestar del hermoso rostro que Portman tanto amaba.

—Te destruiré tu linda cara si no me dices donde se encuentra.

Portman chasqueó la lengua, divertido.

—Y mi venganza sería ocultarte el paradero de la dama.

Dylan lo soltó con enojo y regresó a su lugar, impaciente.

—Necesito encontrarla, tengo un asunto pendiente con ella.

—¿De qué tipo?

—Hay cosas que simplemente él no nos las puede decir, Portman —espetó Grafton y su amigo tamborileó la mesa con un semblante curioso.

—No creo que puedas llegar a ella con tanta facilidad, lleva dos meses allí y desde que se fue, su nueva tutora ha negado muchas visitas.

—¿Con quién está? —Tragó con fuerza, temiendo lo peor.

—Con la marquesa de Winchester en Hampshire.

¡¿Es que podía tener peor suerte?!

Definitivamente enfrentarse a la marquesa sería mucho más difícil que sacarla de cualquier otro convento.

## Capítulo 9

Llevaba dos meses en Hampshire y no negaría que su estado de salud había mejorado notablemente y ahora se sentía un poco más tranquila al saber que los negocios de su padre estaban marchando perfectamente, quizá un poco lentos pero bien después de todo.

Sin embargo, había algo que la tenía abrumada y por más que pensara y repasara el asunto una y otra vez, no podía encontrar una solución para su terrible error: estaba embarazada, pronto se cumplirían dos meses y sus manos no dejaban de temblarle ante la idea de que su vientre empezaría a abultarse en cualquier momento. No se lo quería vendar, no sería bueno para su hijo, pero... ¿entonces qué haría?

No era como si pudiera contarle a la marquesa sobre su estado de gestación. Noelle sería práctica y preferiría recomendarle una boda con Blandes, algo que ella no podía aceptar porque él era demasiado cambiante y peligroso para su propio bien; sus padres jamás estaría de acuerdo con algo así.

Cuando su padre le informó que quedaría bajo el cuidado de la marquesa de Winchester, su peor temor fue toparse con el conde; no obstante, luego Birger le informó que Ross estaría con él en Escocia por cuanto tiempo durasen sus negocios y tranquilizó sus inquietudes al instante.

—Ten, son para ti.

Salió de su ensoñación al ver el hermoso ramo de margaritas que lady Riley Stanton le entregaba y sonrió con ternura. Encontrarse con la hija menor de la marquesa fue algo verdaderamente grato, gracias a la compañía de la diminuta morena no se sentía sola, era una excelente compañía y siempre la mantenía ocupada tratando su invernadero o pintando bajo el hermoso cielo.

—Ponlas en tu cuarto, harán tus días más alegres —afirmó risueña y sujetó los otros ramos que seguramente cortó para ella y su madre.

—Gracias, Riley.

Ambas salieron del invernadero y Aline estiró el cuerpo bajo los cálidos rayos del sol. El clima era agradable, un día maravilloso para...

—¿Deberíamos pintar? Le pediré a Clarke que prepare todo en el jardín.

Riley jamás tenía una hora específica para descansar, adoraba estar fuera de su casa la mayor parte del tiempo.

—No creo que Aline pueda acompañarte, cariño —acotó la marquesa apareciendo tras de



ellas y ambas respingaron, sorprendidas.

¿Cómo es que no la sintieron llegar?

—¿Por qué no, madre? —inquirió la joven de diecisiete años.

—Quiero que me ayude con las invitaciones para la fiesta campestre que realizaré antes de regresar a Londres.

Era un evento muy esperado por todos, las fiestas campestres de la marquesa siempre fueron las más acaudaladas y la mayoría de los residentes de la ciudad casi que rezaban para ser tomados en cuenta cada año.

—Haré mi mejor esfuerzo para ser de gran ayuda. —Se sintió halagada de que quisiera involucrarla con la preparación de todo.

—Claro que lo serás. Te prepararé para ello, toda dama debe saber organizar tal acontecimiento, en un futuro serás la anfitriona de alguno.

Lo dudaba. Estaba arruinada, ningún hombre la aceptaría como esposa.

—Tiene razón, debes aprovechar esta oportunidad —espetó Riley.

—Si quieres puedes ayudarnos, Riley.

La morena hizo una mueca.

—Siempre la ayudo, madre, esta vez prefiero dejarle el honor a Aline y dedicarme a mis cuadros.

¿Fue sarcasmo lo que oyó en la tierna voz de la muchacha? Esperaba que no, no quería sentirse muy presionada por la organización de la fiesta más esperada del año.

Regresaron a la casa y tal y como lo había imaginado, Riley la abandonó y la dejó a disposición de su madre para que iniciaran con los preparativos de la fiesta campestre.

—Estoy muy contenta de que estés aquí, como puedes ver Lisa ya tiene su propia familia y difícilmente podría ayudarme con los preparativos. A veces me siento sola, Riley está tan bien preparada que todo esto llega a aburrirle un poco, y ni qué decir de Ross, él prefiere la ciudad, nunca vendría al campo por voluntad propia, sólo las fiestas pueden traerlo hasta aquí.

Algo que lo agradecía de sobremanera.

—Está su esposo —comentó con diversión.

—Por supuesto, pero Brant tiene sus obligaciones y yo lo comprendo, no puedo ser inoportuna y pedirle que pase la mayor parte del día conmigo.

Cierto, toda dama debía brindarle su espacio a su esposo.

—Milady, ¿es mucha molestia si pido que me preparen un té? Tengo algo de hambre.

El estómago empezaba a molestarle, no se creía capaz de esperar otra hora más para disfrutar de un buen bocado de comida.

—Hoy avanzamos lo suficiente, debes sentirte agotada.

Lo estaba, pero no precisamente por algún desgaste, era el ser que crecía dentro de ella quien alteraba su vitalidad.

—Es un poco temprano para tomar el té, pero últimamente tu apetito es insaciable. Pediré que preparen unos bollos para ti.

Eso sonaba maravilloso.

Noelle se encargó de solicitar que prepararan todo para tomar el té y unos gritos en el exterior hicieron que ambas se pusieran alerta, salieron de la salita a paso apresurado y se dirigieron hacia donde Riley pintaba.

¿Qué estaba ocurriendo?

Ignoró el leve mareo que amenazó con desestabilizarla y siguió a la marquesa.

—¿Qué está ocurriendo? —El marqués de Winchester se sumó a ellas y ya un poco más relajada de que la marquesa no saliera sola pudo aligerar levemente la velocidad de sus pasos.

No se sentía del todo bien.

Los perdió de su campo de visión y cuando llegó a la puerta que conectaba al jardín, un relinchido llamó su atención. Un lacayo se llevaba hacia las caballerizas al semental color caramelo que conocía muy bien, era Kenny, el caballo del conde de Ross, y tragó con fuerza al imaginarse lo que eso podría significar.

El miedo se acrecentó en su interior y rápidamente buscó con la mirada a la familia Stanton, quienes ahora recibían alegremente al primogénito de la familia. Trató de ver si estaba con sus padres y lastimosamente no encontró a nadie, sólo estaba él.

No se sentía lista para enfrentarlo.

Entre lo que meditaba si debía acercarse a saludarlo o salir huyendo hacia su alcoba, Aline no fue consciente de que un par de ojos color chocolate estaban sobre ella. La voz de la marquesa la regresó a la realidad.

—Hijo, qué alegría tenerte por aquí.

Con las piernas temblorosas se acercó al grupo, Riley se veía muy emocionada por la llegada

de su hermano.

—Decidí visitarlos. —Acarició la coronilla de su hermana con ternura y luego posó los ojos en ella.

—Milord.

Hizo una venia, tratando de mantener distancia. Lo menos que quería era que pensara que estaba allí para atraparlo en matrimonio o conquistar a sus padres y que ellos tomaran la decisión por él.

Al no traer los guantes puestos, buscó la manera de esconder sus manos entre las telas de su vestido.

—Lady Anderson, qué sorpresa tenerla aquí.

Se puso frente a ella, dándole a entender que no daría un paso atrás si no besaba su mano, y resignada le entregó una. Ahora tendría que evitarlo a como dé lugar porque él reprimiría su presencia en su hogar.

—Su padre la dejó bajo nuestro cuidado —espetó el marqués de Winchester, mirando atentamente como su hijo se tomaba la libertad de acariciar la palma de la dama mientras besaba el dorso.

Brant Stanton se percató de la incomodidad de la dama y dándole una palmada en el hombro a su hijo le pidió que avanzara; sin embargo, este le entregó un brazo a Aline y otro a su hermana para que los sujetaran, dado que su padre se encargaría de escoltar a su madre.

—Tenía entendido que regresarías con los condes —indagó el marqués mientras tomaban el té y Aline se lo agradeció en silencio.

—Decidieron quedarse un par de semanas para asegurarse que todo estuviera en orden. —El conde le dio un breve sorbo a su taza y Aline ignoró el hecho de que tenía la vista fija en ella.

Tal vez ahora sí podría irse con sus padres.

—¿Por qué no fue con sus padres, milady?

Alzó el rostro y si no fuera porque la marquesa le informó que el glaseado se había adherido a sus labios, ella hubiera estado con la mancha blanca mientras contestaba. Estaba claro que esa era la señal que estuvo esperando, él buscaría la manera de echarla de su casa lo antes posible.

—No me sentía del todo bien para hacer el viaje, milord. —Noelle asintió—. Y su madre se ofreció a cuidar de mí hasta que ambos regresaran.

—¿Tiene la tutela por ahora, madre? —inquirió el conde muy interesado.

—He decidido escribirle a mi padre, lo más probable es que me una con ellos en Escocia.

No quería que la echara, prefería irse con la cabeza en alto.

—No lo creo, cariño —acotó la marquesa—. Tú estarás mejor conmigo, además la fiesta campestre es una oportunidad maravillosa para buscarte un esposo. Recuerda que tengo autoridad para aceptar cualquier proposición matrimonial.

Estas nunca llegarían.

—¿Tanta confianza tiene en usted el conde de Norfolk, madre?

Las manos de Aline temblaron justo cuando tuvo la taza en sus manos y todos la observaron. ¿Se estaba burlando de ella? No parecía que estuviera divertido por la situación, quizás estaba molesto de que se aprovechara de las influencias de su familia.

¿Cómo decirle que no tenía intención alguna de casarse?

—¿Te sientes bien, Aline? Estás muy pálida —comentó Riley, preocupada.

—Yo... ¿puedo retirarme? —No tenía energía alguna para seguir enfrentando esa situación, el conde de Ross conseguía alterar sus nervios.

El castaño se puso de pie y no muy segura imitó su acción. Cuando intentó avanzar hacia la puerta, la piel se le erizó en el instante en el que el conde sujetó su mano y se la llevó a los labios.

—Descanse, milady.

Besó el dorso descubierto y tanto fue su malestar que no le dio tiempo a sorprenderse, sino a perder el equilibrio. Los marqueses se sobresaltaron y Riley gritó al verla caer hacia atrás; no obstante, Ross llegó a sujetarla y aferrarla contra su cuerpo para evitar el golpe.

—¿Aline, qué te sucede? —escuchó la pregunta distante y negó débilmente.

Después se sintió flotando y el sueño le invadió antes de que fuera arrojada en el mullido colchón de su alcoba.

Con la llegada del conde, su paz se había evaporado por completo.

Cuando su cuerpo se sintió lo suficientemente preparado como para despertar, Aline se encontró bajo los tiernos cuidados de Riley, quien merodeaba por su alcoba mientras se cercioraba de que su temperatura estuviera a una altura razonable.

—¿Qué sucedió?

—Te desmayaste —le informó con suavidad, sentándose junto a ella—. El doctor sólo pidió tu reposo, posiblemente estés recibiendo impresiones fuertes.

—Es posible —dijo no muy convencida.

—¿Deseas que pida algo de comida para ti? Nosotros ya cenamos.

—Sí, me gustaría.

Engulló su cena en menos de media hora y cuando las doncellas retiraron todo, Aline se encontró totalmente sola en su habitación, acurrucándose contra las sábanas para dormir. Riley se había retirado mucho más tranquila al verla en mejor estado y le había prometido que mañana a primera hora iría a visitarla.

Se durmió con aquel pensamiento, esperando sentirse como nueva a la mañana siguiente, y no fue hasta que sintió una caricia en la mejilla que su sueño se vio interrumpido por la conmoción.

Su cuerpo se puso rígido ante el extraño tacto y separó los párpados, asustada. Volvió a cerrarlos cuando la luz del día la tomó por sorpresa. ¿Qué hora era?

El colchón se hundió junto a ella y rápidamente buscó con la mirada a su acompañante del día. A poco estuvo de lanzar un grito cuando vio que se trataba del conde de Ross. Se sentó velozmente y aferrándose a las sábanas lo miró con recelo.

—¿Qué hace aquí?

—Quería saber cómo te sientes.

—Ya me siento mucho mejor, muchas gracias por preocuparse.

—No debes temerme, Aline, nunca hice nada para lastimarte.

Sí que la había lastimado.

Como si le leyera los pensamientos, agregó:

—Físicamente.

—No es adecuado que esté en mi alcoba, podemos hablar más tarde si usted lo desea.

—Todos están dormidos, nadie vendrá a verte, aún es temprano.

—Si lo que quiere decirme es que me aleje de su familia pienso obedecerlo, hoy le escribiré a mi padre y le pediré permiso para alcanzarlo en Escocia, nunca qui...

—No te estoy echando.

Parpadeó varias veces, confundida.

—Le traje esto.

Aún más consternada aceptó la caja que le tendía y sin poder controlar su curiosidad la abrió. Sonrió al ver que se trataban de bombones, desde muy pequeñas Lisa y ella habían adoptado

cierta fascinación por los chocolates y era él quien solía darles el gusto de comer muchos.

—Muchas gracias, milord.

No había esperado un presente por parte suya.

—Creí que ya estabas sana —comentó mientras retiraba la mirada y ella suspiró.

—Pensaba lo mismo.

—Debes cuidarte más, mi madre me comentó que debes ayudarla con la fiesta campestre, le pedí que te dejara descansar.

—No es necesario, yo...

—Y ella cree exactamente lo mismo, así que no harás ningún esfuerzo mientras vivas con nosotros.

No muy segura, asintió.

—¿Cuándo se va, milord?

A él no le gustaba el campo, lo más proba...

—Me quedaré por un tiempo. —Su cuerpo entró en tensión—. Por lo que espero nuestra amistad vuelva a ser la misma de antes.

Lo dudaba, no se creía capaz de volver a ver al conde de Ross como su héroe; no cuando él sólo se ocupó de humillarla cuando más ayuda necesitaba.

—Sería maravilloso —mintió.

Y aunque quisiera hacer de cuenta que no vio su última expresión, algo en su interior le dijo que él no se creyó su vil mentira.

## Capítulo 10

Durante los siguientes días la marquesa prefirió liberarla de toda tarea y optó por permitirle pasar la mayor parte del tiempo con Riley, quien también se salvó de las obligaciones que la marquesa podría imponerle más adelante.

—¡Déjame conducir, hermano! —pidió la morena, risueña, y el conde de Ross ladeó la cabeza, divertido.

—No lo creo, Riley, dudo que puedas con la calesa.

Ella también lo dudaba, pero no podría decirlo en voz alta.

—Entonces acelera, así no llegaremos al pueblo ni mañana.

—¿Estás insinuando que soy lento? —inquirió Ross, sonriente.

—El ritmo es el adecuado, Riley —susurró con nerviosismo, no había necesidad de acelerar la marcha.

—Oh... —La morena hizo un mohín y se acomodó en su lugar, dispuesta a guardar silencio.

Cuando llegaron al pueblo lo primero que hicieron fue ir a la tienda de cintas y accesorios que Riley quería visitar. Le pareció curioso lo predispuesto que el conde estuvo a acompañarlas y siendo guiada por Riley ingresó a la tienda.

—Necesitas accesorios para la fiesta de mi madre, Aline.

—¿Qué? —chilló, exaltada—. Tengo todo lo necesario, no pienso comprar nada.

—Mentira, llevas usando las mismas cintas desde que llegaste —farfulló Riley, apreciando el material y colores de los arreglos para el pelo.

—Son las necesarias. —Quiso abandonar la tienda dado que no pensaba gastar el poco dinero que su padre le dejó en eso y paró en seco cuando el conde sujetó su brazo con delicadeza.

—Veamos un poco, mi hermana tiene un gusto maravilloso.

¿Cómo decirle que no contaba con los recursos suficientes como para hacer esas compras? Resignada paseó por la tienda, respondiendo a las preguntas de Riley y evitando verse tentada a comprar algún arreglo de cabello.

Efectivamente Riley tenía un gusto maravilloso, pero por más que le gustaran las cintas que le ofrecía, Aline no pensaba comprar nada. Prácticamente estaban perdiendo el tiempo.

—Te he mostrado más de veinte diseños y ninguno te gustó —espetó la morena, poniendo las

manos en jarras, y Aline sonrió con diversión.

Le gustaron más de siete diseños, pero no pensaba llevar ni uno.

—Simplemente no son mi estilo, ¿por qué no vamos a la librería? —Sabía que el punto débil de Riley eran los libros—. Una vez dijiste que Ross era bueno comprándote libros.

—Cierto. —Aplaudió con emoción contenida—. Buena idea, iré por él, no sé dónde se metió.

Cuando estuvo sola en medio del pasillo, abandonó la tienda para tomar un poco de aire fresco y acunó sus mejillas con cansancio. Dio un paso hacia atrás al ver como una bolsa se ponía frente a su rostro y miró a los hermanos Stanton con curiosidad.

—Le gustaron, ¿no?

Consternada se rehusó a sujetar la bolsa y miró a Ross con vergüenza.

—No es nece...

—Debes aceptarlo, Aline, es un regalo de ambos para ti —espetó Riley con determinación, tensándola.

—Acéptalos, por favor —agregó el conde con amabilidad.

—Gracias. —Sujetó la bolsa, temerosa, y no supo cómo interpretar la sonrisa de Ross.

—Perfecto. —Aplaudió Riley con emoción contenida—. Hermano, cómprame un libro.

Aline se sintió levemente cautivada al ver el semblante aliviado de su primer amor.

—El que tú quieras.

Hicieron un par de compras y después de una hora de caminata por el pueblo regresaron a la casa de los marqueses antes de las seis. Una vez en su alcoba miró sus nuevos cintos, emocionada al ver que efectivamente habían elegido sus favoritos.

Meditó un poco la situación, ¿por qué Ross se comportaba así? A decir verdad, ella había perdido esperanza alguna de que él volviera a ser su amigo, pero quizás no todo estaba perdido, estaba volviendo a ser el mismo de antes.

Los días en los que Aline no pudo liberarse de la marquesa fueron en los que los invitados empezaron a llegar a la casa, Riley ya estaba exiliada en su alcoba y por ende ella era la única que podía ayudar a Noelle.

No era tan difícil, simplemente acompañaba a la anfitriona y saludaba a los invitados como correspondía. Gracias a los santos, el tema de los pagarés había quedado como un chisme no justificado y había sido olvidado fácilmente; no obstante, esa paz no le duraría mucho tiempo porque cuando su embarazo saliera a luz, estaría en serios problemas.



También tenía entendido que Blandes no estaba dentro de la lista de invitados, lo cual la ayudaba a sentirse más tranquila y segura, puesto que no estaba segura cómo reaccionaría el duque ante un posible embarazo. Él la odiaba y cualquier cosa que le hubiera dicho en el pasado pudo haberse tratado de algo del momento por causa del placer, por lo que sabía que era un secreto que él no podía descubrir inmediatamente; no hasta que su padre decidiera qué sería lo mejor para ella y la criatura.

Sin embargo, toda paz se esfumó cuando vio ingresar por la puerta principal al duque de Blandes junto a los marqueses de Sutherland y Seraphina.

No comprendía, la marquesa no le dijo nada al respecto y no se veía sorprendida por la llegada del duque. ¿Por qué no le dijo nada? No era estúpida, algo tendría que haberle comentado su padre para que ella prohibiera las visitas por meses.

¡Ella debió informarle que él estaría allí!

—¡Qué gusto tenerlos aquí! —Se regocijó la marquesa y Aline evitó a toda costa hacer contacto visual con el duque—. Los lacayos pronto subirán sus baúles a sus alcobas, el personal de la casa los guiarán a las mismas.

Se encargó de llamar a las doncellas que atenderían a los recién llegados mientras la marquesa conversaba con ellos y todos sus músculos se tensaron al oír la descarada sugerencia de Noelle.

—Mis disculpas, seguro la mayoría del personal está preparando todo para la cena. Aline, cariño, ¿por qué no llevas a lord Blandes a su habitación? Es la que está ubicada junto a la del vizconde de Portman.

Esa petición quedaba fuera de lugar, pero Aline sabía que la castaña estaba aprovechando que la mayoría de los invitados estaban en su alcoba descansando para pedir algo así.

Sus ojos se encontraron con aquellos que destilaban odio y desdén y no muy segura le pidió que la acompañara, por suerte el lacayo que los seguía llevaba el baúl del duque y no estarían del todo solos.

Debió deducir que estaría molesto con ella, con Blandes nunca sabría qué esperar.

Abrió la puerta para que él ingresara y Blandes así lo hizo, dejándola atrás. Por nada del mundo entraría a esa alcoba. El lacayo lo siguió y dejó el baúl donde se le ordenó.

—Si me permiten —susurró.

—Espere —dijo él con sequedad y no le quedó más remedio que quedarse plantada en su lugar. El sonido de unas monedas llamó su atención y levantó el rostro, sorprendida—. Quédate afuera y vigila que nadie nos moleste —ordenó Dylan y caminó hacia ella. La sujetó del brazo y la

metió a la alcoba con rapidez.

El lacayo bajó el rostro, azorado, y Blandes susurró:

—Haz bien tu trabajo y te daré más.

Juntó los ojos con fuerza cuando la puerta del dormitorio se cerró y trató de serenarse, nada malo sucedería. No tenía por qué alarmarse, si armaba un escándalo todo terminaría peor, por lo que mejor escucharía lo que él tenía para decirle.

Dylan la soltó.

—¿Piensas casarte?

La piel se le erizó al escuchar su extraña pregunta y se volvió hacia él, quien estaba rojo de la cólera.

—¿Por qué piensa eso?

—La marquesa de Winchester: una de las mejores celestinas de Londres; qué buena táctica. — Avanzó peligrosamente hacia ella y Aline titubeó—. ¿Cómo crees que tomará una propuesta formal de mi persona?

—¿Qué? —Abrió los ojos, sorprendida.

¿Todavía quería casarse con ella?

—No me importa el medio, Aline; eres mía y vas a serlo frente a todos, ¿me entiendes?

—Pero...

—Estoy muy molesto por el modo en el que desapareciste, pero ya te encontré y me alegra saber que tu padre no será un impedimento para mí.

—Usted dijo...

—Dije que te amo. —Sujetó su rostro con suavidad, pegándose a ella—. No regresarás a Londres si no es con mi apellido y el título de duquesa —musitó, enviándole una oleada de desesperación a su vientre bajo porque nada le daría más gusto que eso, y antes de que ella pudiera hablar y hacerlo entrar en razón, él unió sus labios en un beso voraz y posesivo.

\*\*\*

—¿Por qué no me informó que Blandes estaría entre los invitados, madre? —exigió saber el conde de Ross, totalmente ofuscado por la llegada del noble que no era de su agrado.

—No lo vi necesario —respondió Noelle con sencillez, prestándole poca atención.

—¿Soy el único que se percató que lady Aline no volvió después de llevarlo a su alcoba?

La castaña curvó sus labios con diversión.

—No sabría decirte, puede que saliera a caminar por el jardín, suele hacerlo muy seguido.

Ignoró el escudriño de su hijo y revisó la lista de todos los invitados que ya estaban hospedados.

—¿Norfolk le dijo cuándo estaría de regreso? —inquirió Ross, pensativo.

—Me dijo que le tomará alrededor de un mes.

—No pienso perder más tiempo, madre, usted es su tutora y estoy respetando los protocolos.

—Noelle sintió como la sangre se le congelaba y miró a su hijo con incredulidad—. Acepte mi propuesta.

Por primera vez en la vida Aaron Stanton vio cómo su madre boqueaba sin poder emitir sonido alguno gracias a la conmoción que sus palabras le generaron. No había marcha atrás, estaba decidido a seguir adelante con todo.

—Hijo...

—Quiero casarme con Aline.

Por muy patético que sonara, dado que la rechazó rotundamente cuando sus padres y amigos le pidieron que la desposara, Ross estaba desesperado por hacerla suya.

Ella... Lo había cautivado.

\*\*\*

Aline sintió como su espalda acariciaba el mullido colchón y abrió los ojos de par en par, prontamente entrando en razón. No podía entregarse a él, no podía cometer el mismo error otra vez.

Rompió el beso con el corazón en la boca y no supo qué emoción la invadió al ver la mirada color miel llena de amor, pasión y temor. Dylan tenía tanto miedo como ella sobre el qué sucedería después.

—No lo entiendes, encanto, no puedo hacer de cuenta que nada ocurrió entre nosotros. Eres mi mujer en cuerpo y alma, ahora sólo falta que los demás se enteren, ¿es tan difícil entenderme?

—Sí —confesó y una lágrima bajó por su mejilla—, no puedo entenderte porque... No sé lo que quieres.

Y hasta que no estuviera segura de nada, no le diría sobre su embarazo.

—Te quiero a ti.

—¿Por cuánto tiempo?

¿Cuánto tiempo duraría la magia de aquel momento?

—Hasta el último día de mi vida, por ti estaría dispuesto a morir y seguir protegiéndote desde el más allá.

—¿Y mi fami...?

—Está bien, podrás verlos, pero no me obligues a convivir con ellos. Lo único que me interesa eres tú, no dejaré que te hundas en desgracia.

Aline emitió un sollozo y Dylan se arrodilló en el colchón para cobijarla entre sus brazos.

—Ya no puedo seguir así, te necesito, encanto. Cásate conmigo.

Ella asintió, tampoco podía ser tan egoísta y quitarle a su hijo todo lo que le correspondía, pasase lo que pasase, el bebé merecía tener un lugar dentro de su familia. Tal vez... Con el tiempo Dylan podría entenderse con su padre.

—¿Qué? —susurró él, sorprendido.

—Me casaré contigo, yo... Acepto.

La sonrisa de Blandes se extendió por todo su rostro y volvió a besarla, esta vez con mayor ahínco y entusiasmo.

—Gracias, gracias, mi amor —musitó mientras abría los botones de su vestido—. Vas a ser mi duquesa, mi fortuna será la tuya y olvidaremos el pasado; un pasado que no nos corresponde sufrirlo. Hoy... Dejaremos de ser víctimas de los errores de nuestros padres.

Aline no supo en qué momento la desvistió, pero lo besó con fervor cuando lo tuvo entre sus piernas totalmente desnudo. La invasión le robó un gemido lastimero y recordó su primera noche, esa en la que Blandes no le dio tregua y llegó a lastimarla un poco.

A diferencia de la primera vez, ahora él iba suave y eso le fascinaba porque le daba su tiempo, su espacio y momento de deleite. Podía sentir su dureza, el placer que ella generaba en él y sólo deseaba sentirlo cada vez más.

Su vaivén era tortuoso y la elevó a la cima cuando empezó a penetrarla con mayor fuerza, lanzando gruñidos ahogados que iban en sintonía con sus gemidos lastimeros.

—No grites, mi amor, pueden escucharte.

Lo dudaba, todos estaban muy ensimismados en su hospedaje, pero... Se mordió el labio inferior para seguir su petición.

Un calor asfixiante se expandió por su vientre bajo y los labios masculinos sellaron el grito de

placer que pensaba emitir. Él gruñía dentro de su boca y seguía arremetiendo para encontrar su liberación. Y entonces, lo sintió... En ella se quedó su placer, uno que la llenó por completo y la hizo llorar en silencio por la tranquilidad que empezaba a visitarla.

Su hijo nacería en la cuna que le correspondía.

Él se dejó caer junto a ella y la envolvió en un tierno abrazo.

—¿Por qué lloras, mi amor?

—Promete que jamás vas a odiarme, que vas a cuidarme y... Nunca dejarás de amarme.

Necesitaba oír su promesa, estar segura que su hijo y ella siempre serían queridos por Dylan.

—Lo prometo, encanto. —Besó su frente, consolándola. No entendía por qué estaba tan sensible—. Mientras yo cuide de ti, nadie podrá lastimarte jamás.

—Es una promesa; no puedes romperla.

Dylan asintió, sintiéndose un poco vacío al recordar que había roto la promesa que les hizo a sus difuntos padres; esa que prometía cobrar venganza contra los condes de Norfolk.

Ya no podía pensar en ello, se había enamorado perdidamente de Aline y no deseaba perderla. De ahora en adelante se preocuparía por su esposa y formaría su propia familia. Ellos... No serían víctimas del pasado de sus padres.

## Capítulo 11

Una vez en su alcoba, Aline lanzó un suspiro de alivio por el cómo las cosas se habían dado con Dylan y se miró en el reflejo del espejo, pensativa. Su vientre aún estaba plano, pero tarde o temprano empezaría a notarse su embarazo.

¿Cuándo se lo diría? No quería que Dylan se exaltara y se dejara llevar por sus impulsos. Deseaba que su padre les diera su bendición, quizás si le escribía una misiva y le explicaba todo él podría comprenderla, lo menos que quería era perder la confianza de sus progenitores.

Para la hora de la cena le pidió a su doncella que no presionara mucho el corsé de su vestido, no se sentía lo suficientemente envalentonada como para pasar por ese suplicio por las siguientes horas. Cuando se dispuso a abandonar su alcoba, un suave toque hizo que se sobresaltara y su doncella se encargó de abrir la puerta.

—Milord —jadeó la mujer y Aline abrió los ojos de hito a hito al escucharla.

¿Por qué Dylan iría a verla hasta su alcoba? Ellos quedaron que se verían en el invernadero después de la cena.

—Retírese, quiero hablar con la dama, mi madre sabe que estoy aquí.

Esa voz causó tanta conmoción en ella que terminó sentada sobre el diván, esperando lo peor. En su campo de visión apareció el conde de Ross y no supo cómo interpretar su visita. Estaba ataviado con su pulcro traje color azul real y su cabellera peinada hacia atrás.

—¿Qué lo trae por aquí, milord? —preguntó con las manos temblorosa, no podía perder la compostura.

—Necesito hablar contigo —espetó sin formalidades, estudiando el lugar.

—¿Debe ser justo aquí? —No necesitaba decir más para que él comprendiera que no era adecuado que ambos estuvieran solos en su alcoba.

—Es de suma importancia y prefiero hablarlo contigo antes de que la cena dé inicio.

—Está actuando extraño —se sinceró cohibida y no le gustó la cálida sonrisa del conde.

—Lo siento mucho, Aline.

Se confundió, durante ese breve tiempo que compartieron juntos él no le hizo nada malo, ¿por qué se disculpaba?

—No tengo nada que perdonar, milord.

—Tienes —musitó, acercándose más de lo permitido—. Yo debí ayudarte cuando más lo necesitabas. —Sujetó sus brazos con suavidad, desconcertándola—. Sé que llegué tarde, pero tienes que saber que tú y tu familia ya no deben preocuparse por nada. —La piel se le erizó cuando acunó sus manos entre las suyas—. Sus problemas terminaron.

—¿Qué? —jadeó cuando el conde la apresó de la cintura, pegándola a su fornido pecho.

—Cásate conmigo, Aline, yo cuidaré de ti. Confía en mí y me encargaré que Blandes nunca más vuelva a torturarte ni a ti ni a tu familia.

¿Aún no sabía que su padre tenía los pagarés bajo su poder?

—No, espere, yo...

Su voz fue apagada, los gruesos y suaves labios del conde le pusieron un fin, dejándola helada. Sin embargo, pudo reaccionar a tiempo porque con un empujón consiguió que el conde saliera disparado hacia atrás, confirmando que toda fuerza implementada sobre su cuerpo mermó al unir sus labios.

—¿Qué le sucede?! —chilló, espantada.

—Vamos a casarnos, esto es algo normal.

—No me casaré con usted.

Ross apretó la mandíbula.

—No estás pensando con claridad. Soy socio de tu padre, gracias a mí recibirá una fuerte suma de dinero, los estoy ayudando por ti.

—Nunca pedí su ayuda —soltó con un hilo de voz, asustada.

¿Por qué sentía repentinamente ese interés hacia ella?

—Pero lo hice, has despertado mi interés y ahora quiero que seas mi esposa.

—No, no acep...

—Mi madre autorizó mi cortejo —espetó altanero, incapaz de aceptar un rechazo.

—No necesito su dinero. —Dio un paso hacia atrás, manteniendo la calma.

—Su padre podría ir a la cár...

—Voy a casarme —musitó, empuñando sus manos sobre la falda de su vestido.

El silencio espesó el ambiente.

—Dudo que alguien te acepte.

Le fulminó con la mirada.

—Él esperará a mis padres y pedirá mi mano.

Aunque en realidad Dylan nunca le dijo que haría algo así.

—¿Quién es «él»?

—Lord Blandes —levantó la barbilla, dejando al conde ojiplático.

Al salir de su asombro, Ross carcajeó por lo bajo.

—Tu padre no va a aceptarlo jamás, Aline.

Por instinto ella se abrazó el vientre bajo y clavó la mirada en el piso.

—Mi padre... No tendrá otra opción.

Estaba embarazada, esa era una razón de sobra para aceptar la unión con Dylan.

Una abrumadora fuerza la trajo a la realidad y un nuevo temor nació en ella al ver los ojos almendrados del conde llenos de rabia contenida.

—¿Qué diantres hiciste, Aline?

No estaba segura qué le asustaba más: si la fuerza que implementaba en su agarre o el brillo amenazador que destellaba de sus ojos.

¿Por qué se ponía así?, ¿acaso no era Ross quien decía que quería a una heredera como esposa para incrementar su fortuna?, ¿cuál era la razón que lo llevaba a comportarse tan salvajemente?

—Voy a casarme con él —lo enfrentó y forcejeó para que la liberara de su agarre; no obstante, poco a poco se fue dando por vencida.

Ross no tenía intención alguna de dejarla ir. En ninguno de los aspectos referidos.

—¿Te entregaste a él? —farfulló irritado, inhalando y exhalando con dificultad.

—Fue hace mucho, él me entregó los pag...

—¡Te dije que no hicieras nada! —bramó fuera de sí, zarandeándola—. Yo iba a solucionarlo todo.

—¿Cómo esperabas que confíe en ti, Ross? —Se olvidó de las formalidades—. Estuve meses así, esperando por tu ayuda y no quisiste dármele; es más, me diste la espalda —soltó con lágrimas en los ojos y el conde abrió los ojos, sorprendido—. Olvida todo lo ocurrido, este asunto no te incumbe. —Trató de hacerlo entrar en razón, pero él ladeó la cabeza con sequedad.

—Claro que me incumbe. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Después de todo, es mi apellido el que se le dará a un bastardo.



—¡Suéltame! —bramó furibunda. ¡¿Cómo se atrevía?!—. Mi hijo no será ningún bastardo, voy a casarme.

—Su padre no lo aceptará, no reconocerá al niño y usted quedará arruinada.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Eso es mentira, Dylan me ama y yo lo amo a él.

—El amor es una mentira; no existe y tarde o temprano él terminará aborreciéndola y por su casa caminarán las amantes del duque.

—No es cierto. Que usted piense hacer eso una vez casado no quiere decir que todos pensarán igual.

—Yo no haría algo así jamás.

—¿Y por qué Dylan sí? —Dio un paso hacia atrás, tratando de mantener una distancia razonable—. Él me pidió matrimonio, sólo estamos esperando...

—Tiempo es lo que menos tiene. Eso —señaló su vientre— es una amenaza para su reputación.

—No será un bastardo y nada sucederá una vez que me case con Dylan.

Ross contuvo el aliento y la miró con fijeza, como si tratara de encontrar una solución al problema. Sólo existía una: ella debía casarse con el padre de su hijo.

—Esto no se quedará así —espetó y salió de la alcoba con cuidado, evitando ser encontrado de infraganti.

Aline se dejó caer sobre el diván y lloró en silencio, no debería estar asustada, Dylan la cuidaría, pero... El hecho de que el conde no se alejara por su embarazo le asustaba, ¿por qué ella? ¿Qué era lo que él había encontrado en ella para prestarle un poco de atención?

Enterró en rostro en ambas manos. Las cosas se le complicaban y lo mejor sería decirle la verdad a Dylan, él sabría qué hacer. Durante la cena no pudo ni mirarlo y no porque no quisiera, sino porque podía sentir los ojos almendrados del conde sobre ella; le estaba vigilando.

Aline alzó un poco la mirada y sus ojos se encontraron con los de Dylan, quien frunció el ceño consternado por su actitud. Le sonrió débilmente para tranquilizarlo y él asintió, sin embargo, tuvo que retirar la vista porque lord Grafton le habló y eso no hizo más que empeorar su estado.

Quería hablar con él, estar entre sus brazos y escuchar cada una de sus promesas.

Cuando la cena terminó, tanto las damas como los caballeros fueron separados y no fue hasta dentro de quince minutos que volvieron a reunirse en el salón de té. Decidió tocar el piano la

mayor parte de la velada para evitar al conde de Ross y cuando por fin pudo huir hacia el invernadero, fue el olor de Dylan el que la abrazó junto a sus fuertes brazos que la rodearon por detrás.

—Creí que no vendrías —susurró en su oído y sonrió.

—No podía salir detrás de ti. —Se giró hacia él y algo tímida lo abrazó por el cuello.

—Cuando seas mi esposa saldrás de mi brazo —notificó en tono confidencial.

—Haces que me dé ansiedad —confesó con picardía—. ¿De verdad te alegra todo esto?

—Desde el primer día que te vi desee esto. —Juguetó con las puntas de sus narices.

Con las manos entrelazadas tomaron asiento en uno de los asientos de piedra, sabían que su tiempo era escaso, lo menos que necesitaban era levantar sospechas.

—¿Tan difícil era ser sincero? —preguntó acariciando su mejilla—. Me asustaste, parte de mi primera temporada la pasé muy mal por tu culpa.

—Lo siento, pero si no marcaba un límite, hubieras sido mía desde hace mucho tiempo —le confesó con voz rasposa, besando sus manos.

—Te seré sincera: no sé en qué momento empezaste a gustarme.

Blandes hizo una mueca.

—¿No fue a primera vista?

—Me atrajiste, es verdad, pero... esto: lo que siento ahora y es muy intenso, llegó hace poco.

—Es un milagro —bromeó sin ningún deje de diversión—, no creo haber hecho nada para ganármelo.

Le dio la razón.

—Es extraño.

—A veces nos gusta lo que no puede ser nuestro. —Con delicadeza la subió a su regazo y rodeó su cintura con su amplia mano—. Nos atrae lo imposible.

—Pero...

—Creo que tú te acostumbraste a mi presencia, esa que siempre te asechaba y amenazaba con quedarse para siempre mientras te ahuyentaba a los pretendientes.

Sin darle una respuesta, apoyó la mejilla en su hombro.

—Ross quiere cortejarme —soltó de sopetón, dejándolo helado.

Lo sintió tan tenso que por unos segundos se preocupó.

—¿Qué sucede? —Se enderezó y él conectó sus miradas.

—No podemos esperar a tus padres —fue lo primero que dijo—. Entre mi propuesta y la de él... ambos sabemos a quién elegirán.

Se deprimió. Era verdad, su padre preferiría al conde y no solamente porque el otro era Dylan, sino porque Ross lo estaba ayudando a recuperar parte de su fortuna.

—¿Y el escándalo? —hizo un tierno mohín con los labios.

—Los duques de Beaufort se fugaron y se ven muy felices, los marqueses de Sutherland fueron encontrados de infraganti y también se ven dichosos. ¿Tú crees que nos afecte a nosotros si igual seremos felices?

Ladeó la cabeza con una tierna sonrisa.

—¿Acepta huir conmigo, milady?—musitó con voz aterciopelada y sin dudarlo asintió—. Pero no puede ser hoy —espetó el castaño—, la marquesa me agrada y no me gustaría echar a perder su fiesta campestre desde ahora.

—Pienso igual —dijo con mayor soltura y él la miró con fijeza.

—Me encanta cuando sonrías y no te ves asustada por mi presencia.

Ahora que lo pensaba, todo ese tiempo la estuvo pasando muy mal.

—Gracias.

—Bueno, qué te parece dentro de dos semanas.

Era mucho tiempo, dudaba que Ross pudiera mantenerse al margen por tanto tiempo.

—¿Qué tal una?

Dylan lo pensó.

—De acuerdo, no queremos que tus padres nos alcancen.

—En efecto —Besó su mejilla y él la miró, sorprendido—. ¿Qué?

Entrecerró los ojos, divertido.

—No sueles ser tan tierna conmigo.

Se ruborizó.

—Es porque mis oportunidades fueron nulas, pero ahora... estamos comprometidos y...

—Olvida eso, encanto, tú sólo sigue besándome —imploró robándole un beso y entre juego y

juego, sus labios se rozaron una y otra vez hasta que llegaron al punto donde ya no pudieron desprenderse más.

Aline se arqueó cuando las manos del duque deslizaron el ribeteado de su vestido hacia abajo y gimió gustosa sintiendo como tomaba posesión de su piel turgente con la boca.

—Iré a tu alcoba esta noche —le informó él, lamiendo con ahínco su endurecido pezón. Si seguían así la tumbaría en el piso y le haría el amor allí mismo.

—No, es imposible —jadeó y buscó sus labios para que le besara—. Él nos vigilará, no quiero tener problemas con la marquesa, ella fue muy buena conmigo.

—¿Por qué Ross haría algo así?

Aline se enderezó y acomodó el escote de su vestido.

—No lo sé, pero prefiero prevenir.

No podía decirle que el conde estaba muy predisposto a aceptar al hijo que llevaba en su vientre con tal de desposarla, eso sólo enloquecería de celos a Dylan y lo haría actuar sin pensar.

—Dime que al menos aceptarás verme en el día. —Se puso de pie, tratando de disimular el placer que se apretaba en sus pantalones.

—Siempre y cuando los invitados estén descansando —le dijo con picardía y él enarcó una ceja, socarrón.

—No conocía esta faceta tuya.

—Hay varias que aun te quedan por descubrir.

—Si me miras así sólo harás que te secuestre ahora mismo. —Pasó saliva y meditó su tentadora oferta.

—Debo volver —avanzó hacia él y poniéndose de puntillas unió sus labios con rapidez.

—Espera. —La hizo girarse sobre su lugar—. Ajustaré tu vestido, trata de arreglar un poco tu peinado, si los invitados de la marquesa te ven así sabrán donde estuviste y te desearán como condenados.

Por alguna extraña razón no se ruborizó, sino que sonrió risueña.

—Estarás por ahí para cuidarme, ¿verdad?

—Tengo la pistola conmigo —bromeó y ambos rieron por lo bajo, totalmente relajados.

Terminó de arreglar los tiros del corsé y besó su nuca con cariño.

—Ve, encanto, yo entraré dentro de poco.

Así lo hizo, no podían volver juntos, pese a que se casarían seguía siendo muy arriesgado. Tenía que admitir que ahora se sentía mucho más tranquila, no tenía que temer, Ross no podría hacer nada para separarlos, ella ya estaba embarazada del duque y pronto sería su esposa ante todas.

## Capítulo 12

—Hijo. —Ross se volvió hacia su madre, quien irrumpió en el despacho mientras buscaba un poco de paz mental, y esperó que dijera lo que tenía que decirle—. ¿Cómo te fue?, ¿Aline aceptó?

Noelle no estaba muy segura de cómo debía proceder. Si bien sabía que Aline sentía algo muy fuerte por el duque de Blandes, en los ojos de su hijo podía ver un interés muy fuerte hacia la pelinegra; y ella casi siempre ayudaba a obtener a sus hijos lo que realmente querían.

—Ella terminará haciéndolo. —Le dio un largo sorbo a su copa de whisky.

¿Por qué Blandes?, ¿qué hizo él para ganarse su amor? ¿No se suponía que ella lo amaba desde hace muchos años?! ¿Cuándo cambió de parecer?

—Pero para ninguno de los dos es un secreto que ella ama a lord Blandes —acotó su madre, tratando de hacerle entrar en razón.

—¿Amor? —bufó con desprecio—. ¿Cree que Norfolk aceptará esa unión, madre?

—Pero sería un error no hacerlo, eso lastimaría a Aline.

—Es lo mejor para ella. —Arregló los gemelos de su manga con indiferencia. No pensaba entregar a la mujer que debía ser suya—. Además, tal vez no lo sepa, madre, pero ella y yo tenemos una historia.

Noelle entrecerró los ojos, recelosa. No le creía, definitivamente Ross le estaba mintiendo.

—Tiene que aceptar mi propuesta, porque lady Aline está encinta.

Noelle sintió como la piel se le erizaba y abrió los ojos de par en par al comprender lo que Ross pretendía hacer. Ese hijo no era suyo, pero con tal de arrastrar a Aline al altar, él estaba dispuesto a reconocer al hijo del duque de Blandes como suyo; porque sí, Noelle estaba segura que entre Aline y el duque existía mucho más que un simple amorío.

Era una locura, Ross necesitaba entrar en razón.

—En unos días iré por una licencia especial, será lo mejor. No tenemos tiempo para esperar a los condes.

Se tomó unos segundos para pensar y terminó asintiendo.

—Está bien, cariño, tú ve a Londres y yo les enviaré una carta a los condes. La ceremonia se llevará acabo aquí y diremos que iniciaron el cortejo desde hace un tiempo. —Fingió que le creía y que estaba de su parte.

—Es lo mejor. No quisiera que nuestro desliz arruinara su reputación, la aprecio mucho y creo que el hecho de que Sutherland ya le haya rechazado es algo que la está perjudicando.

¿Era sólo aprecio?

—En efecto, nadie la querrá por un tiempo.

«Él la quiere». Pensó Ross, enfadado.

—Pediré su permiso para hablar nuevamente con ella esta noche.

—¡No! —chilló su madre, confundiéndolo.

—Creí que ya me había aceptado.

—Por supuesto. —Alzó el mentón—. Pero no son horas de visita.

Hizo una mueca, en el fondo ella tenía razón.

—¿Qué actividad tiene para mañana, madre?

—Visitaremos el mirador, creo que podrías aprovechar estos días para ir a Londres y conseguir la licencia especial. Así llegarías para el jueves y pedirías su mano en el primer baile, trata de llegar temprano porque ese día saldrán de caza a primera hora.

—Me parece, eso le dará más realismo.

—En efecto —fue lo único que dijo y después se despidió de su hijo para dirigirse a su habitación.

¿Qué haría para que Blandes se llevara a Aline antes de que Ross cometiera aquel error? Necesitaba pensar y mientras más rápido lo hiciera, mejor. Llegó a su alcoba y la torpeza con la que entró, hizo que el marqués respingara.

—¿Sucedió algo? —Brant Stanton enarcó su oscura ceja y ella asintió, avanzando hacia él.

—Aaron quiere casarse con Aline, es imposible.

El marqués se sorprendió y la miró con fijeza.

—Es mejor opción que Laurine Gibbs —espetó con dureza y Noelle negó con rapidez. Su esposo no aceptaba a la dama que ella había elegido para su hijo.

—No, no lo es. Aaron debe casarse con la hermana de Devonshire, tendrá la mejor dote de la temporada y es hermosa.

—Pero llegará con escándalos, cuando la vean, todos confirmarán que es una simple bastarda.

Y justamente por eso quería que su hijo protegiera a esa dama en particular, porque en un futuro ella también sería parte de su familia y no deseaba que la gente la condenara por los errores

de su padre.

—Me agrada más lady Anderson. —Se giró para recostarse, dejándola de pie en medio de la habitación—. Nunca me gustaron los escándalos y lady Laurine sólo le traerá problemas a Aaron. Además, dudo que él acepte a la joven.

—Lady Aline está encinta y eso no pareció importarle.

Winchester rápidamente se giró hacia ella.

—¿De...?

—No, no es de nuestro hijo.

\*\*\*

—¿Estás tratando de decirme que vivir con la marquesa de Winchester no es tan malo como parece? —inquirió su mejor amiga, lady Seraphina Aldrich, y Aline la miró con enojo por su tan inapropiada pregunta.

—Lady Winchester es una maravillosa mujer.

Sin embargo, para su amiga jamás lo sería porque Seraphina odiaba todo tipo de protocolo social y repelaba a las damas que lo implementaban con maestría, siendo así reconocidas como matronas ejemplares.

—No puede gustarte pasar tiempo con ella, menos en el campo —chilló horrorizada. La hija del duque de Kent odiaba la vida tranquila del campo, prefería la ciudad.

—Es agradable cuando crees tener suficiente de Londres y su entrometida población —bromeó y Seraphina se llevó una mano al pecho con fingida indignación.

—¿Me estás diciendo entrometida?

Carcajeó por lo bajo.

—Habla en general, pero gracias por decirme a qué lado perteneces. —Le guiñó el ojo y la rubia regordeta se sonrojó.

—¿Cuánto falta para llegar al mirador? Odio las caminatas largas —refunfuñó Seraphina y Aline recordó que su amiga no era en lo absoluto atleta, odiaba ejercitarse de cualquier manera habida y por haber.

—Quedan como diez minutos, pero si gustas podemos descansar un poco.

—Ni en broma, ¿acaso no viste que lady Victoria no deja de seguirme? Y ni qué decir de su nieto, lo menos que quiero es toparme con la familia Pierce.



—Cierto, ¿no te parece extraño? —indagó con preocupación, mirando hacia atrás. Se podía decir que llevaban mucha ventaja de los demás invitados.

—Portman siempre suele molestarte, pero su abuela... Es algo que me preocupa, mi madre quiere que sea amable con ella pero simplemente no puedo, esa mujer no me agrada.

No era para menos, lady Victoria era la matrona de la cual toda muchacha en edad casadera que quería ser considerada un buen partido requería su aprobación; una dama respetable y alabada por casi toda la sociedad londinense a excepción de Seraphina, claro está.

—Lady Victoria siempre te ayuda a salir airada de tus problemas, deberías ser agradecida —comentó distraída.

—No pienso seguir hablando de eso.

Porque sabía que tenía razón, gracias a la anciana era que Seraphina aún no había sido repudiada en sociedad por todos los problemas que solía ocasionar en su día a día.

—¿Escuchaste que el conde de Ross salió hoy a Londres? —La piel se le erizó con la sola mención—. ¿Tienes idea de a qué pudo haber ido a la ciudad?

Era una cotilla de primera.

—No tengo la menor idea —respondió sin humor alguno.

—¿De verdad? Creí que lo sabrías dado que ayer no pudo quitarte los ojos de encima durante toda la cena y velada.

—Si lo que quieres saber es si tengo algo con el conde, desde ya te informo que no.

Seraphina refunfuñó por lo bajo.

—Deberías considerarlo; es todo un caballero, tiene dinero, belleza y un título. Muchas mataríamos por estar en tu lugar.

—Pueden empezar la matanza porque no estoy interesada en el conde.

—¿Entonces en el duque de Blandes?

Alarmada la buscó con la mirada y la sonrisa victoriosa de su amiga le informó que había caído en su vil trampa.

—Él también te estuvo observando mucho ayer.

—No deberías de meterte donde nadie te llama —sugirió con enojo.

—Cuando tu vida es demasiado aburridísima, no hay otro camino que seguir. —Se encogió de hombros con descaro y Aline blanqueó los ojos, divertida.

—Es algo de lo que hablaremos después.

—¿Por qué no ahora?

—No es el momento ni el lugar.

—¿Tus padres saben que el hombre que te interesa es el duque? No sé por qué presiento que podría disgustarles un poco ese hecho.

Suspiró con congoja. Ella les había dicho que lo amaba, pero ellos nunca le comentaron nada al respecto.

—Además, ¿qué intenciones tiene el duque contigo? Debes cuidarte, recuerda que es un tempano de hielo, ¿qué tal si te está utilizando para vengarse de tus padres?

Él no era así, Dylan la quería y deseaba protegerla. Confiaba en él y en su amor, pero ciertamente habían muchas adversidades y trabas en el camino que les esperaba por recorrer; no obstante, estaba segura que juntos superarían todas las adversidades.

—No hablaré de eso contigo, Seraphina. —Fue sincera, no deseaba hablar sobre la relación que tenía con Dylan con nadie; es más, mientras menos personas lo supieran, mejor.

Llegaron al mirador y Seraphina se dio el tiempo necesario para recomponer su estado y ahorrar energías para la caminata de regreso. Aline se rio con diversión por cada una de sus ocurrencias y lamentó que Ashley no se sintiera del todo entusiasmada como para reunirse con ellas.

\*\*\*

Dylan observó a lo lejos la hermosa sonrisa de Aline y se sintió satisfecho al saberla tan tranquila y relajada, no quería ni imaginarse lo mortificada que estuvo durante esos meses que no supo más de él, puesto que en el fondo ella ya no tenía muchas opciones sobre su futuro.

Él la había arruinado para los demás hombres.

—No es una belleza excepcional, pero definitivamente es de buen ver —comentó Portman, menospreciando a su hermosa mujer, y Dylan le lanzó una mirada mordaz—. ¿Qué? No es mi estilo. —Se encogió de hombros, indiferente.

—Te aseguro que a Blandes le encanta saber que la dama no es tu estilo, Portman, pero que no sepas reconocer la belleza de lady Anderson deja mucho que desear —acotó Grafton con diversión y Dylan decidió relajar los músculos.

Portman siempre fue un idiota y eso nunca cambiaría, al menos no por ahora.

—Nunca dije que la dama fuera fea; es preciosa.

—Estás al tanto que no puedes casarte con tu reflejo, ¿verdad? —bromeó con malicia y el pelinegro lo aniquiló con la mirada—. ¿Qué? Sólo te recuerdo cuáles son tus obligaciones como el vizconde de Portman, estás algo grandecito como para seguir rebelándote.

—Haciendo un análisis, la única mujer cuya belleza es considerada digna de mí es lady Alanis —Grafton estiró el cuello, interesado ante la mención de su pupila—. Pero me casaré con ella cuando la dama cumpla veinticinco.

Grafton bufó.

—Dudo que la encuentres soltera, tengo a alguien interesado y posiblemente le conceda la mano de Alanis.

—¿Quién?

Dylan frunció el ceño. ¿Por qué no le comentó nada al respecto?

—Dudo que lo conozcan, pero pronto escucharán de él.

—¿De verdad piensas entregarla así como así? —Sintió algo de pena por la hermosa rubia, apenas era una niña.

—No creo poder seguir soportándola, ella debe salir de mi casa.

Portman silbó por lo bajo, claramente el conde estaba siendo muy duro con su pupila.

—Por cierto, ¿cómo hiciste para llegar hasta aquí? Tengo entendido que no estabas invitado y aun no comprendo cómo fue que el marqués de Sutherland te añadió entre sus acompañantes. Ustedes se odian a muerte —espetó Portman con curiosidad y eso hizo que Dylan recordara la promesa que le hizo a Sutherland.

Tenía que saber que se traía entre manos su amigo con lady Seraphina Aldrich.

—Sutherland y yo arreglamos nuestras diferencias —respondió con sencillez, no quería redundar en el tema ni que Portman sospechase algo.

—¿Ah sí? —inquirió con recelo.

—Me comentó algo sobre su hermana y una propue...

—Fue idea de mi abuela. —Lo había sospechado—. Pero ya supéralo, el duque me rechazó.

—¿Quieres a la mujer más bella de la temporada y pides la mano de lady Aldrich? —Grafton carcajeó con incredulidad y Portman le envió una mirada que amenazó con dejar al conde bajo tierra.

Dylan clavó la vista nuevamente en Aline, quien hablaba alegremente con la protagonista de su conversación, y dedujo que lo mejor para lady Aldrich sería alejarse de Portman, puesto que lo

único que él podría querer de ella sería su dinero y dudaba que fuera lo suficientemente caballeroso como para pensar en el bienestar de su futura esposa.

—¿Has pensado qué le dirás a tu tía? —preguntó Grafton, queriendo apaciguar la rabia del vizconde, y Dylan ladeó la cabeza con lentitud.

Era un tema que lo tenía levemente preocupado, Deborah no aceptaría a Aline de buenas a primera pero tarde o temprano tendría que entender que él la amaba, que había decidido formar una familia junto a ella y por ende no podía rechazarla, dado que dentro de poco ella sería la señora de la casa.

—Terminará aceptándola.

—Poner a lady Anderson sobre tu tía es un arma de doble filo —musitó Portman con cautela, todos conocían a Deborah y sabían lo peligrosa que podía llegar a ser.

—Es la mujer que escogí para mí, como mi esposa y duquesa, y ella debe aceptarla.

No había más que decir, nada ni nadie le haría cambiar de parecer. Su tía no sería un impedimento porque gracias a los santos estaba en la ciudad, así que él podría tomar una decisión en cuanto a su matrimonio con Aline sin la interrupción de Deborah.

## Capítulo 13

Los días transcurrieron con normalidad y se sentía satisfecha de que todo estuviera saliendo tal y como Noelle quería, había que reconocer que era una excelente anfitriona y todo el mundo se veía fascinado por cada una de sus actividades. Nadie quería quedar fuera y eso de por sí era algo maravilloso.

Ese día los hombres irían de caza por lo que las mujeres podrían beber el té tranquilas y reunirse en el salón de bordados. Ella no tenía algo planeado, pero si era sincera se le apetecía salir a cabalgar un poco.

—He de admitir que encontrarte totalmente sola por aquí es un golpe de suerte.

La voz del conde de Ross hizo que todo en ella se inquietara y rápidamente se volvió hacia él, ¿por qué estaba en Hampshire? Se suponía que estaría en la ciudad atendiendo unos asuntos que tenía pendiente.

—Milord, nadie informó nada sobre su llegada. —Trató de mostrarse serena, pero lastimosamente fracasó en el intento.

—Llegué a primera hora, me reuniré con los demás en minutos para participar de la actividad del día de hoy.

Asintió, no deseaba seguir hablando con él.

Esperó que se fuera, pero un mal presentimiento llegó a ella al ver como se apoyaba contra la pared, totalmente despreocupado. El pasillo estaba desierto, pero incluso así se sentía nerviosa. No quería que nadie la viera a solas con el conde.

—¿No me preguntarás a qué fui a Londres?

—No creo que sea un tema de mi incumbencia.

—Lo es.

Fruunció el ceño, ¿estaba actuando muy extraño!

—No compre...

—Fui por una licencia especial, le dije a mi madre que el hijo que esperas es mío y ella pensó que lo mejor sería celebrar la boda aquí.

La garganta se le cerró y por lo que le pareció una eternidad, le costó respirar. No podía ser verdad, Ross no pudo haber llegado tan lejos con tal de forzar la unión, ¡ella ya le dejó claro que Dylan se haría cargo de todo!

—Es mentira, este hijo no es suyo —soltó con un hilo de voz, odiándolo con cada fibra de su ser—. Y no me casaré con usted, creí haber sido clara al respecto, ¿por qué no me deja tranquila?

—Porque quiero que seas mía.

La piel se le erizó y dio dos pasos hacia atrás, azorada.

—No existe una lógica...

—Eres la mujer más leal que he conocido, valiente y honesta; me equivoqué al juzgarte en el pasado, pero pienso enmendar mis errores. Blandes jamás te dará lo que tú deseas, es un peligro para ti y el niño que viene en camino, ¿de verdad crees que lo querrá?

—Lo hará —dijo con firmeza, rodeando su vientre de manera protectora—. Él me ama.

—Te ama a ti; no a la mezcla de sangres que ambos engendraron.

No comprendió sus palabras y decidió no enfocarse en ellas. El conde era un ser envidioso, insatisfecho con su vida y por ende sólo quería amargarle la existencia.

—No me casaré con usted, déjeme decirle que ir a Londres fue una pérdida de tiempo.

—Eso lo veremos.

Dichas esas palabras el conde le dio la espalda y se dirigió hacia las caballerizas para ordenar que le prepararan a su semental. La opinión de la dama era algo que lo tenía sin cuidado, algún día Aline se lo agradecería, puesto que con el duque de Blandes ella sólo llegaría a ser desdichada.

Desesperada ante la reciente noticia que Ross le brindó, Aline no supo cómo proceder. Si la marquesa decidía cederle la mano a su hijo todo sería más complicado para Dylan y ella; no obstante, no era la hora ni el momento adecuado para contarle a Dylan lo que estaba ocurriendo, puesto que él podía ensañarse con el conde y terminar causando un escándalo de tamaño colosal.

Retiró las lágrimas de su rostro con las manos temblorosas y dedujo que lo mejor sería esperar hasta la cena. También podría hablar con Noelle, pero no estaba segura cómo tomaría el hecho de que llamara a su hijo mentiroso, esa sería una gran falta en contra del conde y no quería ofender a la mujer que la cuidó por tanto tiempo.

Sollozó angustiada.

¿Por qué Ross se empeñaba en complicarle la existencia?!

Salió de la casa por la puerta de servicio para poder tomar un poco de aire fresco y agradeció a los santos que nadie se le acercara por los siguientes minutos. Estaba harta de ser amable con todos, cansada de fingir que todo estaba bien y nada la angustiaba. Tenía miedo de todo, de lo que

el conde de Ross pudiera hacer, de lo que Dylan pudiera hacerle una vez que se hiciera su esposa, de la reacción de su padre... ¡Era demasiado para ella!

Necesitaba paz, descansar y olvidarse por completo de los problemas que la rodeaban y parecían nunca tener fin.

—Te ves muy pálida, ¿te sientes bien? —Si bien quería estar sola, en ese momento escuchar la voz de Seraphina hizo que sintiera un poco de alivio.

—No del todo. —La voz se le rompió y su amiga la rodeó en un suave abrazo.

—Sé que escondes muchas cosas que te tienen angustiada, no soy quien para pedirte que me las cuentes, por lo que simplemente me limitaré a apoyarte como la buena amiga que creo ser.

Se rio por lo bajo.

—Gracias.

Lastimosamente había cosas que era mejor tenerlas en secreto.

—Yo que tú mejoraría esa cara porque pronto Ashley y su hermana se unirán a nosotras.

Asintió lentamente. Estar acompañada le sentaría mucho mejor que permanecer sola, ahogándose en su propia miseria. Cuando la duquesa de Beaufort y la marquesa de Sutherland se unieron a ellas, Aline se imaginó de todo menos que terminarían iniciando una competencia para ver quién era más veloz entre Ashley y ella, puesto que el estado de gestación de la duquesa era un impedimento para que ella corriera.

Con lady Beaufort apoyando a su hermana y Seraphina apoyándola a ella, Aline logró eliminar los malos pensamientos de su cabeza por largos minutos en los que sólo pudo divertirse como solía hacerlo tiempo atrás con sus amigas cuando sus problemas eran minúsculos.

—¡Tú puedes, Aline! ¡Ganaste! —chilló Seraphina eufórica, aplaudiendo con regocijo.

—Gané —susurró jadeante y con las mejillas sonrojadas, pocas veces alguien podía alcanzarla. Si bien no era propio de una señorita el que le gustara correr, ella amaba hacerlo.

—Sólo porque no estoy en forma. —Ashley se dejó caer en el césped y respiró profundamente para recuperar el aire perdido—. Fui considerada.

—¿Ah sí? —preguntó con sorna, su amiga era una mala perdedora.

—Claro, estoy encinta, no puedo hacer muchos ademanes, podría ser peligroso, por eso no implementé todas mis energías para derrotarte.

Se tensó bruscamente.

—¿Acaso es malo correr cuando una está encinta? —inquirió con nerviosismo.

—Mi esposo prefiere que sea cuidadosa. Mira a mi hermana, ni siquiera puede unirse a nosotras por su embarazo.

Pero era diferente, lady Beaufort llevaba un estado de gestación mucho más avanzado.

—Beaufort sólo descansaría tranquilo si su esposa estuviera en cama, caliente y tranquilita — bromeó Ashley, robándole un sonrojo a Rachel—. Ahora estamos aprovechando que el duque está de caza, puesto que de no ser así él estaría pegado a ella.

Aline sonrió abiertamente.

—Nosotras tampoco podríamos correr de ser otra la situación. —Con los invitados cerca, su obligación era comportarse como los protocolos lo exigían, pero ahora estaban solas y podían ser libres de pensar y actuar abiertamente por ese corto lapso.

—¿Qué les parece si damos un paseo a caballo? —sugirió Ashley, incorporándose con el entusiasmo renovado.

—No lo sé... —susurró Rachel no muy segura.

—Yo me conformaré con observarlas. —Era normal, Seraphina odiaba la equitación.

—No es mala idea.

Todo indicaba que Seraphina y Rachel las observarían porque ninguna estaba muy dispuesta a participar de la actividad.

De camino a las caballerizas hablaron sobre el baile que habría esa noche y Aline deseó todo menos asistir, no quería ni imaginarse lo que Ross podría estar planeando para someterla a un matrimonio no deseado.

«Debes decirle la verdad a Dylan», exigió una vocecilla, pero decidió ignorarla y olvidar nuevamente sus problemas.

Como no había ningún lacayo en las caballerizas, ellas mismas se encargaron de ensillar a las yeguas que usarían. Las hijas del conde sabían mucho de la materia porque habían vivido en el campo la mayor parte de su vida, así que Aline no dudó de sus habilidades.

Una vez que estuvo sobre su yegua, una voz la llevó a tambalearse sobre la montura.

—Lo primero que una viene a encontrarse.

Lentamente giró el rostro y se estremeció al encontrarse con la sonrisa maliciosa de lady Deborah, la tía de Dylan, una mujer que la odiaba con cada fibra de su ser y de la cual jamás tendría su aprobación.

—Milady —musitó intimidada, ¿por qué se aproximaba a ella?



—No esperábamos su llegada —comentó Rachel con sinceridad.

Ella no estaba dentro de la lista de invitados, ¿con qué cara se atrevía a presentarse?

—Me enteré que mi sobrino está aquí y decidí venir a verlos. —La castaña le respondió amablemente a la duquesa y luego volvió a fijar la vista en ella.

—¿Van de paseo? —Miró a la yegua con curiosidad.

—¿Desea unirse? —preguntó Ashley, risueña.

—No, milady, pero muchas gracias por su oferta.

—Lady Deborah, le pediré que le asignen una habitación.

Rachel ingresó a la casa de la marquesa con el afán de atender a la recién llegada.

—Lady Aldrich, me haría el favor de localizar a la marquesa de Winchester por mí.

Seraphina hizo una mueca de disgusto y no muy conforme con la petición siguió los pasos de Rachel, no era como si pudiera hacerle un desplante a la odiosa mujer.

—Bueno, milady, nosotras ya nos íbamos —informó Ashley, azuzando suavemente a su semental y Aline agradeció saber que pronto estaría a varios metros de distancia de la castaña.

—No se detengan por mí.

Siguió la marcha de Ashley y tragó con fuerza mucho más tranquila al saberse lejos de esa mujer. Si había algo que su padre siempre le pidió, era mantenerse lejos de lady Deborah a como dé lugar.

¿Dylan sabría sobre la llegada de su tía? Si era así, ¿por qué no le dijo nada? ¿Qué pasaría ahora que su tía estaba en Hampshire? La idea de que él se dejara influenciar por ella la asustó, Deborah podría acabar con todo lo avanzado en cuestión de segundos.

El potente relinchido de su yegua la sacó de su ensoñación y un grito brotó de su garganta cuando el animal empezó a correr sin control alguno.

—¡Aline! —chilló Ashley y lo único que pudo hacer fue aferrarse al lomo del animal—. ¡Tira de las riendas!

Lo hizo, realmente lo intentó, pero de nada le sirvió; la yegua estaba fuera de sí.

—¡No se detiene!

Se aferró con mayor ahínco al sentir como sus caderas empezaban a resbalar de la montura de amazona. Esto era malo, nunca antes se había encontrado en una situación así, esa yegua era bastante mansa, ¿qué pudo ponerla en ese estado?

—¡Aline!

Se adentraron por la arboleda y pudo escuchar el trote del semental de su amiga, Ashley estaba intentando alcanzarla.

—¡Sujétate con fuerza!

Eso estaba haciendo, pero la fuerza del animal doblaba la suya. Juntó los párpados con frustración. No debió arriesgarse, hizo mal, si algo le sucedía a su hijo Dylan jamás se lo perdonaría.

—¡Ashley!

El reconocer la voz del marqués de Sutherland hizo que la esperanza creciera en ella, podía escucharlo, su semental se acercaba a ellas a una velocidad impresionante.

—¡Connor, la yegua de Aline perdió el control!

A pesar de que la visión se le empañó, pudo ver claramente como un semental se acercaba a la altura de su yegua. Empezó a respirar con dificultad, no quería imaginarse como terminaría todo aquello.

—¡Aline!

Era él... lentamente giró el rostro y lo vio a la par de ella. Estaba tan pálido como una hoja, pero incluso así trataba de mantener la calma para no angustiarse aún más.

—Debes saltar, encanto. —Se acercó aún más, pero eso pareció poner nervioso al animal que aceleró su trote.

—No puedo —titubeó.

—¡Salta ahora! —ordenó el conde de Ross y supo que tenía que hacerlo, él iba a ponerse delante del animal y este lo lanzaría en el momento que frenase.

—Aline —observó a Dylan, quien se aproximó a ella quedando muy próximo de la yegua.

Él pareció percibir que no se movería porque con su fuerte brazo rodeó su cintura y tiró de ella alejándola del peligro. Su único reflejo fue abrazarse a él y llorar en silencio mientras el conde detenía al animal. Cuando los gritos de todas las personas cesaron, ella intentó regularizar su respiración, su pecho bajaba y subía a una velocidad alarmante, estaba muy nerviosa.

—Ya estás bien, mi amor —le susurró él al oído e intentó dejar de temblar.

No consiguió nada.

—No me siento bien —confesó con un hilo de voz y conectó sus miradas.

—¿Qué te sucede? Estás muy pálida. —Acarició una de sus mejillas, desesperado, ya no le interesaba que todos los estuvieran viendo.

—Dylan...

Él empezó a respirar con dificultad, se estaba poniendo nervioso.

—Ya estás bien, mi amor.

Dylan no lo comprendía, ¿qué demonios hizo ella para que el caballo reaccionara así? La revisó, trató de ver si se hizo algún daño físico que él no haya percibido, pero no halló nada. La arropó entre sus brazos y sintió la presencia de Ross junto a él.

—Llama al doctor —pidió mientras sus párpados se iban juntando, estaba muy débil—. Estoy embarazada.

Aline pretendía guardar su secreto hasta sentirse segura, pero se sentía tan mal que sabía que él debía conocer la verdad cuanto antes.

## Capítulo 14

Había pasado más de media hora desde que el doctor entró a atender a Aline en compañía de la marquesa de Winchester y Dylan sentía que respirar se le estaba haciendo una tarea cada vez más difícil.

Embarazada... Ella estaba embarazada y claramente llevaba tiempo sabiéndolo.

¿Por qué no se lo dijo?, ¿sería su hijo?

Odió la reciente pregunta que se formuló. ¡Claro que era su hijo!

¿Acaso no era eso lo que buscó la noche que la obligó a quedarse con él por horas? ¿Cómo pudo olvidar algo así? Después de una noche descontrolada, un embarazo era algo demasiado probable.

—Estás actuando extraño, querido —espetó Deborah con indiferencia, abanicándose—. No me diste la bienvenida, ¿acaso no me echaste de menos?

No le contestó, por lo que fue Grafton quien tuvo que hablar por él.

—No esperábamos su visita, milady, pero es grato tenerla por aquí. ¿No desea pasear por el jardín? Creo que no tuvo la mejor bienvenida.

—No, todos están muy alterados por algo sin sentido y no deseo encontrarme con alguien para hablar sobre lo ocurrido.

—¿Perdón? —Dylan se giró hacia ella velozmente y su mirada bastó para que su tía sintiera un escalofrío en su espalda.

—Tú sabes a lo que me refiero —titubeó—, fue algo sin sentido, nada malo le sucedió.

—Pudo haberse matado —bramó con ira contenida—. No es nada sin sentido, Deborah. Dentro de esa habitación está lo más importante de mi vida.

Ella era importante, pero... ¿y su hijo?

Tanto su tía como Grafton abrieron los ojos de par en par, anonadados por su reciente arrebató.

—¿Por qué la defiendes, qué de importante puede tener la hija del asesino de tu padre?

Empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo y no le contestó. No entraría en discusión con Deborah; si era sincero, poco le importaba su opinión. Salió del salón y esperó por noticias a unos pasos de la alcoba de Aline, no deseaba llamar la atención pero necesitaba saber que estaba sucediendo.

Si no hubieran escuchado los gritos mientras retornaban de su casería, la habría perdido, a ella y a su... Hijo.

Se frotó las sienes con cansancio.

La puerta del dormitorio se abrió y se asomó a uno de los desniveles de la pared para no ser visto. La marquesa hablaba con recato con el doctor y este asentía una y otra vez. Comprendía la tensión del momento, lo más probable era que ellos ya se hubieran dado cuenta de cuál era el estado de Aline.

—Mi esposo pagará sus honorarios, Brown.

—Espero pueda encontrar una solución, milady —expresó el doctor, seguramente el rompe corazones de muchas de sus pacientes, puesto que no todos los días se veía un doctor joven, con rizos dorados y mirada color cielo.

Cuando por fin tuvo a la marquesa totalmente sola en el pasillo, se acercó a ella a paso apresurado.

—Milady.

Ella lo miró.

—Espero esté aquí para hacerse responsable de sus actos, su excelencia. El tiempo es un arma peligrosa para ustedes.

Tragó con fuerza.

—¿Puedo verla?

Se hizo a un lado.

—Estaría más agradecida si hiciera más.

—Vamos a casarnos.

—Sería inaudito que no —siseó.

—Íbamos a huir —trató de calmar su histeria.

—¿Y qué espera? —Puso las manos en jarras—. ¿Mi permiso? Juraría que para eso no existe previa solicitud.

Después de todo, lady Winchester era una persona muy entregada a sus seres queridos y Aline claramente formaba parte de ellos.

—Con su permiso, lady Winchester.

Se adentró a la habitación y las doncellas salieron inmediatamente del lugar. Para su mala

suerte ella dormía, ya no estaba pálida pero su respiración era débil.

—Ambos están bien —respingó. La marquesa había optado por seguirlo—. Debe actuar rápido, su excelencia.

Eso haría. Pero ahora tenía miedo de que el viaje a Gretna Green le sentara mal.

—Quiero estar a solas con ella.

—Lo dejaré por unas horas, los invitados están muy exaltados por lo ocurrido, supongo que no lo notarán. Cancelaré el baile de esta noche para el sábado, es lo mejor para todos.

Se lo agradeció en silencio y una vez solo se recostó junto a ella para acunarla entre sus brazos.

—Al final lo conseguí, encanto —musitó con arrepentimiento—. Esa noche hice todo lo que estuvo en mis manos para atarte a mí sin pensar en ti ni en las consecuencias de mis actos. Fui egoísta y salvaje. —Se relamió los labios con nerviosismo—. ¿Cómo lo tomarías si te digo que me arrepiento? Que lo que ahora menos quiero es saber que cometí el error de engendrar a mi heredero con la hija del hombre que asesinó a mi padre.

La quería tanto que le dolía saber que su padre era el conde de Norfolk. Nunca se había puesto a pensar qué pasaría después de la boda, cómo reaccionarían todos a su unión. Si bien ellos serían felices, ¿podrían con la carga social?

Ladeó la cabeza ante el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. No debería importarle, no ahora que su deber era casarse con Aline sin importar si quería o no hacerlo. Las dudas ya no estaban permitidas para él.

Un suave movimiento le anunció que ella se estaba despertando.

—¿Cómo te sientes? —Tomó algo de distancia.

—¿Mi bebé?

El corazón se le estrujó al ver como sus ojos se le cristalizaban.

«Debes quererlo, debes intentarlo».

—Nuestro bebé está bien —acunó sus mejillas y la besó con delicadeza—. Y por ahora te libras de una serie de preguntas que tengo para ti, Aline —le advirtió y ella sollozó.

—Tenía miedo —confesó y él frunció el ceño.

—¿De qué?

—De que dudarás, de que no lo quisieras. De que... Te afectara tener un hijo con la hija de tu enemigo.

Se tensó. ¿Cómo podía conocerlo tan bien? Era verdad que le afectaba saber que parte de la sangre de su hijo sería la de un Anderson. Lo mejor —y más sensato— habría sido evitar embarazarla y dejar que otro miembro familiar tomara posesión del ducado en un futuro.

—No sucedió nada de eso —mintió. No deseaba angustiarse más de lo necesario y tampoco estaba seguro si algún día podría perdonarse si algo llegaba a sucederles a Aline y a la criatura.

Su padre seguro estaría revolcándose en su tumba al saber que el heredero del ducado tendría la sangre de su asesino.

«Deja de pensar en eso» se advirtió, no era sano, le nublaría el buen juicio.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Nos iremos el sábado, quiero que descanses por unos días —musitó con la mirada perdida. Aprovecharía el baile para huir con ella.

—¿Estás feliz?

—Sí —dijo solamente para complacerla, dado que felicidad no era exactamente el sentimiento que lo estaba invadiendo.

Se parecía más a la resignación.

Pidió que le subieran una merienda, puesto que el hambre la visitó sin previo aviso, y se sorprendió al ver lo mucho que comía.

—¿No te hará daño?

Se sonrojó.

—No solía comer mucho, pero... —posó su mano en su vientre— desde que está aquí no puedo dejar de hacerlo.

Asintió. Así que el embarazo le aumentaba el apetito.

—¿Y te duele algo? —Quiso saber.

Ella meditó un poco todo lo que le pasó en los últimos dos meses.

—Cuando me deprimó, mi estómago se encoge, sufre conmigo. Cuando pienso mucho en algo, solo quiero vomitar. No lo sé, es algo complejo. —Se encogió de hombros.

—Así parece. —Sonrió con desgana mirando su plano vientre.

Su hijo... Cuando lo imaginó tiempo atrás, todo le parecía maravilloso, pero ahora era asfixiante. Cometió un terrible error al embarazarla.

—Me siento muy bien, Dylan —dijo ella y conectó sus miradas.

—Me alegro, encanto.

Ella sonrió.

—Vámonos hoy.

Su cuerpo se estremeció.

Era un cobarde. Ahora que menos podía arrepentirse, era donde miles de dudas rondaban por su cabeza.

—Debes descansar.

—Tienes razón. —Aline abrazó su delicado vientre y Dylan volvió a pasar saliva.

Esperar era peligroso, esperar podía ser igual a huir, y ese huir se podría volver una amenaza para los do... Tres.

Ahora su familia era de tres.

«¿En qué demonios te metiste, Dylan?» Se preguntó frustrado.

Se cercioró de dejarla plácidamente dormida y cubriéndola correctamente abandonó la alcoba sintiendo un nudo en su garganta. Hace un tiempo había deseado que ella se convirtiera en su esposa, en la madre de sus hijos y su compañera de vida, pero ahora que estaba ocurriendo se daba cuenta que lo que menos quería en la vida era tener hijos con Aline Anderson.

Pero ya estaba todo hecho, la había embarazado y dudaba que un rechazo de parte suya fuera del agrado de la mujer de su vida, por lo que no le quedaba más remedio que cargar con esa cruz e impedir a toda costa que ese error volviera a repetirse en un futuro.

Se fijó la hora en su reloj de bolsillo, ya eran las cuatro de la tarde y muchos de los invitados estarían descansando después de la ajetreada mañana que tuvieron ese día. Se dirigió hacia el salón de juego, deseoso de tomar un buen brandy, y paró en seco al ver al conde de Ross al final de las escaleras aguardando por él.

—¿Qué hacías en la alcoba de Aline?

No le gustó el tono de voz autoritario que Ross implementó en su pregunta, ¿quién demonios se creía para hablarle así?

—No es asunto tuyo. —Lo pasó de largo, no tenía por qué darle algún tipo de explicación.

Como lo dedujo, el conde lo siguió.

—Lo es, es la alcoba de mi prometida en la que estuviste por horas.

Agradeciendo estar dentro de la sala de juegos, Dylan se volvió hacia el conde con su



semblante duro y poco amigable. ¿Había escuchado bien?

—Creí haber dejado claro que no quería que ni tus amigos ni tú intervinieran en esto —espetó con frialdad, recordando la pelea que tuvo con Sutherland en el ring con tal de conseguir que él se alejara de Aline.

Ellos no podían meterse, él tenía una libreta que su padre le dejó heredada y en ella estaban todos los secretos más oscuros que cualquier noble querría esconder a como dé lugar y lastimosamente para el conde de Ross; sus padres aparecían en ella.

—No lo hago por los condes, Blandes, tus amenazas no me harán cambiar de opinión.

—¿Estás seguro? Podría jurar que hace unos meses fuiste el único que me dijo: «haz con los pagarés lo que te venga en gana, pero deja a mis padres tranquilos».

—Quiero hacerla mi esposa, no pedí su mano bajo extorsión.

—Olvidalo, Aline es mía.

—No quieres esto, Blandes, ambos sabemos que tu conciencia está acabando contigo. No quieres desposar a la hija del asesino de tu padre —Apretó la mandíbula, rojo de la cólera—. El amor, atracción o lo que sea que crees sentir hacia ella se acabará tarde o temprano cuando recuerdes quién es y de dónde viene. Si te casas con ella será para toda la vi...

—Está embarazada, no hay marcha atrás —siseó con impotencia porque en el fondo algo le decía que él tenía razón.

¿Por cuánto tiempo podría mantener el amor que decía sentir por Aline?, ¿sería fácil hacer de cuenta que su padre nunca mató al suyo?

—Yo me haré cargo de ella y del niño.

Las palabras del conde hicieron que la sangre se le congelara y lo miró atónito. ¿Por qué aceptaría al bastardo de otro hombre?, ¿por qué accedería a casarse con una mujer mancillada?, ¿cuál era la razón que lo movía tan arrolladoramente?

—Ella nació para ser mía, desde pequeña nuestros padres así lo quisieron y fue mi culpa que ella se hubiera acercado a ti. Ahora enmendaré mis errores y me haré cargo de las consecuencias.

Empuñó las manos a ambos lados de su cuerpo y sin poder contener los celos espetó:

—Ella me ama, no puedo defraudarla.

Él no regalaría ni a su mujer ni a su hijo; ellos eran suyos.

—Estabas dudando.

—Y gracias a ti: ahora sé lo que realmente debo hacer.

—No seas necio, Blandes, ¡Aline no te merece!

—¿Y a ti sí? —Enarcó una ceja, divertido, y toda emoción se esfumó de su rostro al comprender la situación—. ¿Estás enamorado de ella?

Ross retiró el rostro, como si no quisiera que leyera sus sentimientos con una sola mirada, y toda determinación se duplicó en él al saber que no era el único que anhelaba poseer a Aline.

—Ella es mía, Ross, aléjate de mi mujer.

—Eso lo veremos, Blandes. —Lo desafió sin pudor alguno, sorprendiéndolo.

—¡Está embarazada! ¿Cómo puedes aceptarla así?

—Si te sintieras igual que yo; lo comprenderías.

Claro que se sentía igual que él, estaban en la misma posición porque Dylan estaba aceptando a un niño que no quería por amor, porque amaba a Aline y lo menos que quería era defraudarla.

Ross la amaba.

¿Aline lo sabría?, ¿qué opinaría ella al respecto?

La garganta se le cerró, lo mejor sería dejarla en la ignorancia en cuanto a lo que el conde respectaba y seguir con sus planes de fugarse ese sábado durante el baile. Alguien ya le había comentado que el primer enamoramiento de Aline en su infancia fue con el conde de Ross y lo menos que deseaba era verla confundida. Ahora más que nunca debía ser rápido y cuidadoso, al conde de Ross pocas cosas se le salían de las manos y seguramente ahora los tendrían bien vigilados tanto a él como a Aline.

Durante los siguientes días Aline estuvo encerrada en su habitación bajo el cuidado de la marquesa de Winchester, quien no dejaba que nadie visitara a la dama con el único fin de impedir que su hijo pretendiera hacerlo.

Blandes se cercioró que el carruaje y el equipaje estuvieran listos y miró la casa con la mirada perdida. Nadie sabía sobre sus planes de huida, ni siquiera sus amigos estaban al tanto de la misma porque lo menos que quería era que al hacerlo de conocimiento público el rumor se divulgase.

Aline sabía que partirían esa tarde, la marquesa la tenía al tanto de todo lo planeado y para impedir que el conde se diera cuenta de su partida lo tendrían muy ocupado con ayuda de lady Stanton, según la marquesa lady Riley sería el mejor cebo para distraer al conde.

Nunca había visto a la dama, pero ya se sentía en deuda con ella.

—Todo listo, milord —le informó su lacayo y asintió, ya no había marcha atrás.

Le escribió a la marquesa para que pudiera enviar a Aline por las gradas de servicio y a los minutos la tuvo frente a él mucho más reanimada y mejorada. Eso lo alivió de sobremanera, pero también le generó un desazón en la boca.

Ella confiaba mucho en él.

—Dylan —lo llamó por su nombre de pila antes de subirse al carruaje—, ¿estás seguro que quieres esto? —preguntó con voz temblorosa, buscándolo con la mirada—. No quiero obligarte a nada.

Elevó la comisura de sus labios.

—No hay nada que desee más en este mundo.

Era una mentira a medias; sí deseaba casarse con ella, pero sabía que el trasfondo de la pregunta de Aline incluía un: «¿Estás seguro que quieres aceptar a este niño?»; y la respuesta para esa pregunta era un: «no lo sé». No obstante, si Ross era capaz de aceptar a su hijo por amor, él también lo sería.

La sonrisa de Aline hizo que por unos segundos todas sus dudas se esfumaran, ella confiaba en él y estaba dispuesta a formar una familia aún en contra de la voluntad de sus padres, ¿qué hizo para merecer todo ese amor?

No estaba seguro de nada, pero respondió con pasión al beso que la pelinegra le brindó. Lastimosamente fue algo breve porque no tenían tiempo que perder, debían huir antes de que alguien notara su ausencia.

## Capítulo 15

Salieron de la casa campestre sin mirar atrás y durante las primeras horas de viaje ella se acurrucó contra su pecho para protegerse del frío desgarrador. A Dylan no le pasó desapercibido que estaba más receptiva de lo normal. Su cuerpo, entre sueños, atravesaba por cortos escalofríos que le preocupaban; ya la había cubierto con mantas, con su capa y todo lo que tenía alrededor, sin embargo, su naricita seguía roja y fría.

Quiso parar en una posada para que ella pudiera dormir mejor, pero ella se rehusó a hacerlo, al parecer ansiaba ser su esposa. Él también lo quería; pero también quería que estuviera bien y no se martirizara por su culpa.

En una de las posadas consiguió un calentador de pies, el cual funcionó de maravilla una vez que estuvo lleno de agua caliente. Le quitó los botines para que apoyara sus pies en él y Aline se lo agradeció y volvió a abrazarlo como si jamás quisiera soltarlo. Él hizo lo mismo y una vez que la supo más tranquila, pudo dormir plácidamente. Eso era lo único que le importaba, que estuviera cómoda.

A esas alturas posiblemente todos estarían al tanto de su huida, pero ya nada le importaba, ya nadie los alcanzaría porque esa noche sacaron la ventaja suficiente.

Los tres días de viaje fueron agotadores, al final Aline accedió a descansar en posadas las siguientes dos noches y eso lo relajó de sobremanera, merecían estar en una buena cama por largas horas y alimentarse de manera correcta.

El herrero los casó sin objeción alguna y como testigos consiguieron a dos transeúntes que se emocionaron ante la idea de presenciar una boda de amor verdadero. Él tenía el anillo familiar, ese que no dudó en deslizar por el dedo femenino y el cual le quedó de maravilla.

Pactaron su amor con un beso y su unión ya era una inseparable porque entre ellos había un lazo mucho más fuerte que una boda apresurada.

Había un bebé.

«Un bebé que aún no sé si quiero».

Quisiera o no a su hijo, él sabía que amaba a Aline y ya no podía dar marcha atrás. No ahora que oficialmente era su esposa, la duquesa de Blandes.

—¿Regresaremos a Hampshire? —preguntó ella con curiosidad mientras él le quitaba el vestido.

—No, nos iremos directamente a Londres, no quisiera ver a mi tía todavía.

A decir verdad, Aline tampoco quería ver a lady Deborah. En el fondo, algo le decía que ella tuvo mucho que ver con el incidente que tuvo con su yegua. No quería mencionarle nada a Dylan porque no le parecía algo prudente iniciar su vida matrimonial de esa manera.

Una vez desnuda, Aline entró en la bañera que le habían preparado y suspiró satisfecha. Sonrió de lado, era algo grandioso verla a gusto con todo a pesar que no estaban en la posada más lujosa ni haciendo el viaje más cómodo.

—Me he dado cuenta que tu cuerpo percibe hasta el más mínimo roce —comentó mientras se desvestía, observando como sus delgados dedos acariciaban la tersa piel de su cuello.

La boca se le hizo agua, la había tenido entre sus brazos en muchas ocasiones pero nunca se había dado el tiempo necesario para detallar su hermoso cuerpo y apreciar su belleza.

—Odio sentir frío —respondió escuetamente—, pero efectivamente me siento más sensible.

—¿Qué más odias? —curioseó, ahora que lo pensaba bien habían muchas cosas que desconocía de ella.

—La oscuridad y el encierro.

Terminó de desvestirse e ingresó a la bañera, posicionándose tras de ella.

—Cosas que conmigo nunca vivirás —le susurró con suavidad y besó su hombro con descaro, chupando la tierna piel con ahínco.

Aline se contuvo, lo cierto era que prefería limpiar su cuerpo antes; sin embargo, con Dylan incitándola no conseguiría nada. Él se encargó de bañarla, le limpió la espalda y le ayudó con su larga cabellera; cuando terminó, fue ella quien se giró para poder ayudarle mientras Dylan besaba su cuello, clavícula y pechos... No se quedaba quieto.

Fue la primera en salir de la bañera y cuando se estaba secando, él se puso de pie.

—No te vistas —le pidió y así lo hizo, permaneciendo cerca a la chimenea para no congelarse. Secó su cuerpo con una lentitud intimidante mientras él la miraba de pies a cabeza.

Su cuerpo le sorprendía, parecía esculpido por los dioses y pintado por el mismísimo Miguel Ángel a la luz de las velas. Avanzó hacia ella y la sintió nerviosa, era la primera vez que se exponían así ante él por tanto tiempo.

—Eres preciosa.

Aline sintió como su cuerpo se estremecía y con el calor en las mejillas aceptó la mano que le tendía y se sentó en el sillón que estaba frente a la chimenea. La ansiedad la carcomió por dentro al ver la lujuria destellando de sus hermosos ojos color miel y tragó con fuerza, no era la primera

vez que harían el amor, pero algo le decía que esta vez sería diferente, mucho más especial para ambos.

Le alzó una pantorrilla y el pulso se le disparó cuando la posicionó sobre el posabrazos del sillón. Hizo lo mismo con la otra y la dejó totalmente expuesta para él sin posibilidad alguna de cerrar las piernas.

—Dylan —gimió pesadamente y él se relamió los labios, ansioso.

—Hoy, que ya eres mía ante todos, haré contigo lo que vengo soñando hacer por más de un año.

—¡Ah! —Tiró la cabeza hacia atrás cuando sopló ahí abajo, robándole la cordura.

—Me encanta tu olor. —Lamió la fría hendidura y ella gritó desesperada—. Tu sabor. —Besó su botón con ahínco y lo mordisqueó la piel con astucia.

—Dylan, por favor...—Se retorció de placer y tiró la cabeza hacia atrás, confundida por el apasionado beso que le estaba brindando en su intimidad.

—Sí, mi amor, así te quiero ver; suspirando, gimiendo y pidiendo más. Hoy te quiero dar todo de mí.

La lengua masculina arremetió con fuerza sobre los labios internos y Aline jadeó perdida en las agradables sensaciones que el beso hambriento le estaba desatando allí abajo. Empuñó su castaña cabellera como si de eso dependiera su vida y lo instó a ir por más, a entrar más y conseguir más para ella.

Lo necesitaba.

Dylan no perdió el tiempo y subió sus manos para amasar sus pechos, esos que tenían las cúspides puntiagudas y firmes gracias al placer del momento y los frotó sin compasión alguna.

—Oh... —gimoteó ella, desesperada. Al tener las piernas inmóviles no pudo hacer mucho para aplacar la intensidad del momento—. Sí... Dylan...

Él siguió disfrutando de su sabor y llevó su mano a sus labios, donde sin dudarle se abrió paso e introdujo dos de sus dedos a la cálida boca femenina. Se separó de ella y la miró con pasión. Sus ojos brillaban gracias a la lujuria.

—Chúpalos —ordenó y con la mano libre rodeó su falo.

Aline lo obedeció con la mirada clavada en su prominente miembro que ahora se alzaba gracias a su mano y la piel se le erizó por la anticipación.

—Usa más saliva —gruñó Dylan al borde de un colapso, necesita clavarse en su mujer.

Aline lubricó sus dedos perfectamente y no entendió por qué él se los arrebató de su boca hasta que los tuvo entrando deliberadamente en su interior sin contemplación alguna. Suspiró con deleite y se arqueó delirante, la humedad le impidió sentir dolor alguno.

—Dime qué sientes —le pidió él mientras movía sus dedos en manera circular, buscando torturarla un poco.

—No... No me... Hagas... Hablar.

—¿Prefieres gritar? —Metió un tercer dedo y ella juntó los párpados, adolorida por el placer.

—Siento que quiero más —soltó de pronto y eso bastó para que él llevara su miembro hacia su entrada una vez que retiró sus dedos por completo.

No entró, quiso jugar con ella y pasó el falo por toda la hendidura.

—¡Dylan! —lo llamó desesperada.

Él se detuvo y ágilmente se puso de pie levantándola sin dificultad alguna para que lo rodeara con las piernas por la cintura.

—Por lo que más quieras... —le suplicó.

—¿Qué sientes por mí?

La pegó contra la pared, haciéndola deslizar sobre su falo.

—Te amo.

La penetró completamente y ella gimió entre adolorida y extasiada.

—Dilo otra vez —salió lentamente de ella.

—Te amo, Dylan.

No pudo más, desde ese momento Dylan se dedicó a poseerla escuchando sus palabras, esas que repetían una y otra vez lo mucho que lo amaba.

—Te amo, Aline —susurró antes de terminar en ella, ansioso por llegar a la cima.

—¿A los dos?

Casi paró en seco, pero en lugar de eso prefirió embestir con seguridad, haciendo que la pregunta se esfumara en el aire gracias al placer.

Su amor era hacia Aline.

Y su hijo... Era un error. El error que él cometió al unir ambas sangres y con el que tendría que cargar por años viendo cómo su gente lo preparaba para heredar el ducado.

Ella cayó rendida entre sus brazos y saliendo lentamente de su interior la recostó sobre el mullido colchón y la cubrió cuidadosamente, se veía agotada y lo único que ahora quería era que durmiera lo suficiente como para realizar todo el viaje de regreso hasta la ciudad.

No podían quedarse por mucho tiempo en Gretna Green, los condes de Norfolk estaban lo suficientemente cerca como para importunarlos en cualquiera momento y aún no se sentía preparado para hacerle frente al padre de Aline, menos ahora que comprendía que le había arrebatado toda autoridad sobre su hija y que no sería muy misericordioso con él.

Sonrió con malicia, ¿cómo tomaría Norfolk la noticia de que su amada hija lo había escogido a él por sobre todo?

No se había puesto a pensar sobre el tema, pero definitivamente le brindaba muchos beneficios tener a Aline de su lado y bajo su poder, no era que pretendiera lastimarla, sino todo lo contrario; no obstante, el conde no tenía por qué conocer esa parte de la historia, ¿verdad?

\*\*\*

Con los nervios a flor de piel Aline aceptó la mano que su esposo le tendía y descendió del carruaje de un salto como si de una niña pequeña se tratase. Sin embargo, eso pareció alarmar a Dylan porque rápidamente la abrazó por el vientre.

—Con cuidado, por favor —farfulló un tanto disgustado por su imprudente acción.

—Tranquilo, nuestro hijo está en perfecto estado.

Un leve temblor se presentó en las manos de su esposo antes de que la soltara y Aline frunció ligeramente el ceño, no comprendía sus razones pero desde que salieron de Gretna Green estaba actuando extraño.

—Estoy muy nerviosa —confesó, decidida a no hacerse falsas ideas en la cabeza.

—No hay porqué.

—La primera vez que vine pude captar el desprecio por parte de tu servidumbre, ¿crees que me acepten?

Él no le respondió, pero su gesto delató sus pensamientos: en esa casa nadie apreciaría a un Anderson. ¿En qué estuvo pensando al hacer una pregunta tan fuera de lugar? Era una tonta.

—No tienes que preocuparte por algo tan banal, ahora eres la duquesa de Blandes y su deber es aceptarte.

—¿Crees que ya lo sepan?

Su pregunta fue algo insulsa, era un hecho que todos lo sabrían; es más, no le sorprendería que



la noticia ya hubiera llegado hasta a sus padres.

—No temas, nada malo sucederá. —Presionó su mano con determinación—. Entremos.

Con las manos entrelazadas subieron la corta escalinata y antes de llegar al portón principal, este se abrió de par en par y apareció Roman, el mayordomo de la mansión, frente a ellos.

—Su excelencia. —Hizo una perfecta venia y Blandes la instó a pasar por el umbral mientras miraba por el lugar con la mandíbula tensa.

—¿Y lady Meyer?

En lo que él preguntaba por su tía, Aline sintió como las piernas le temblaban al ver como la servidumbre se reunía en el hall para recibirlos como correspondía.

—Sigue en Hampshire, milord, la fiesta campestre sigue efectuándose con normalidad gracias al reciente compromiso de lord Portman y lady Aldrich.

¿Qué?, ¿Seraphina y el vizconde de Portman?

Eso era una locura, su amiga detestaba a ese hombre con cada fibra de su ser y definitivamente el vizconde no se quedaba atrás en cuanto al tema. Si bien la noticia le generaba un poco de pena por su amiga, también aliviaba sus temores porque ese compromiso habría servido para apaciguar de alguna manera el escándalo que su huida generó.

Esperaba que lady Noelle fuera lo suficientemente hábil como para manejar a las multitudes, ella dijo que se encargaría de todo y en el fondo confiaba en la marquesa.

Los hombros de su esposo se relajaron de sobremanera y una leve sonrisa se dibujó en su rostro, se veía mucho más tranquilo con la noticia de que su tía aún no estaba en la ciudad.

—Muy bien. —Se dirigió a todos los criados—. Quiero que conozcan a la nueva señora de la casa, lady Aline Edevane, la duquesa de Blandes.

No supo qué le generó más temor, si el tono con el que él unió su nombre con su nuevo apellido o la gélida mirada que recibió por parte de la servidumbre que hizo una perfecta reverencia para ella.

—La tratarán como corresponde.

No pudo ver el semblante de Dylan, pero de pronto todos los criados entraron en tensión y miraron al piso, azorados.

Se sintió disconforme.

¿Por qué tenían que odiarla si ella no hizo nada para merecer ese desprecio? Haría todo lo que estuviera en sus manos para ganárselos, le demostraría a Dylan que después de todo su unión y

convivencia sí era algo que podría tener buenos resultados.

—He de suponer que tienen preparada su alcoba —comentó Dylan y Roman asintió escuetamente.

—Por supuesto, su excelencia. —El hombre adulto miró hacia los criados—. Josephine —llamó con frialdad y Aline relajó un poco los hombros al ver a una diminuta muchacha de cabellera castaña salir de entre la multitud. Se veía bastante joven y era la única que parecía no odiarla— Lleva a lady Blandes a su alcoba.

Reflejando su falta de experiencia Josephine titubeó y Aline sonrió con calidez observando su timidez. La siguió sin decir nada para evitar asustarla y cuando ingresaron a su alcoba la felicidad la visitó sin remedio al ver todo limpio y la comodidad con la que podría dormir esa noche. El ambiente era cálido gracias a la chimenea, todo indicaba que el personal los estuvo esperando.

—Esta es la puerta que conecta a la alcoba del señor —le explicó Josephine después de enseñarle las instalaciones de su alcoba.

—Muchas gracias.

La pequeña enderezó la espalda con mayor seguridad. No estaba segura pero suponía que tendría unos diecisiete años.

—¿Gusta que le preparen un baño?

—Nada me daría más gusto. Como mi doncella espero pueda pedírtelo a ti primero.

—Oh, no, no soy su doncella, yo recién llegué a Londres.

Eso la hacía todavía más indicada para el puesto.

—Nada de eso, desde hoy lo serás.

Era en la única persona que podía confiar por ahora; y además, era muy amable.

—¿De veras? —chilló la pequeña con emoción contenida y Aline sonrió—. Lo siento, es sólo que mi sueldo incrementaría de sobremanera si usted me permite ser su doncella y sé que no debería decirle esto pero me alegra mucho que sea tan considerada; no obstante, debe saber que mi preparación no es tan buena como para considerarme apta para el puesto pero aprenderé rápido.

Era perfecta, su inocencia permitía que la sinceridad desbordara por sus poros.

—No se diga más. —Le guiñó el ojo, brindándole todo su apoyo, y la joven salió de la alcoba decidida a ayudar en todo a su señora.

Una vez sola se lanzó en su cama y rio por lo alto. Era tan lindo saberse la esposa de Dylan,

ser únicamente suya.

—¿Te gustó? —Se apoyó sobre sus codos y lo buscó con la mirada. Estaba apoyado en el umbral de la puerta que conectaba sus alcobas.

—Sí, es muy cómodo.

—No te acostumbres porque dormirás en mi cama.

—¿De verdad? —Se sentó, sorprendida.

—¿Por qué? —Terminó de ingresar a su dormitorio y se acercó a ella.

—No lo sé, lo normal es que durmamos en habitaciones separadas, tal vez quieras tu espacio.

—No, quiero dormir contigo. Usarás esta alcoba para hacer tus menesteres, pero el lugar donde dormirás será en mi cama.

—De acuerdo —Se puso de pie y lo abrazó por el vientre—. Me encanta estar así, nunca creí que este sueño llegaría a hacerse realidad —confesó, risueña.

—Muy pronto todos llegarán a la ciudad y estoy seguro que mañana mismo mi tía estará al tanto de que estás aquí.

—¿Lady Meyer sabe que le perdonaste la deuda a mi padre? —Se aventuró a preguntar y Dylan ladeó la cabeza en modo de negación.

—No debe saberlo nunca, si algún día pregunta le diré que tu padre me pagó la deuda; es lo mejor para todos.

Pasó saliva con fuerza.

—Eso quiere decir que mi padre quedó libre de toda deuda, ¿verdad?

Necesitaba cerciorarse de que su padre no pudiera ser víctima de la ira de Dylan o su tía, no era que dudase de él, pero con lady Deborah una no sabía qué esperar.

—A decir verdad debo arreglar unos detalles con mi abogado para liberarlo completamente de la deuda, encanto.

¿Qué?, ¿todo este tiempo él tuvo el poder de hacerle algo a su padre y ella no lo sabía? Sintió algo de alivio en el pecho al percatarse de que había sido fiel a su promesa y había dejado intactos a sus padres.

—¿Cuándo será eso?

—Tranquila, no te exaltes —pidió con suavidad—. Tú y mi hijo no caerán en desgracia por unos pagarés, mi deber es dejar todo el asunto lo más claro posible.

—Gracias —susurró, presionando su abrazo mucho más relajada—. Yo sé que si le das tiempo, él te pagará todo.

—No quiero su dinero.

¿Entonces qué quería de él?

No era que tuviera un mal concepto de Dylan, pero conocía la historia de sus familias y le era difícil creer que él no querría nada de su padre, eso era casi imposible y por ende le estaba escondiendo algo de suma importancia.

—Pero...

—Shhh... —La calló, uniendo sus labios con suavidad—. Ya dijimos mucho —musitó entre beso, rodeando su diminuta cintura—, ¿por qué mejor no hacemos el amor?

Se oía tan ansioso por el encuentro que Aline casi lamentó el tener que despacharlo de su alcoba, prefería tomar un baño antes de tener un encuentro con Dylan porque estaba segura que él no le dejaría moverse una vez que estuvieran en la cama. Además, necesitaba pensar con claridad cómo enfrentaría a lady Deborah en un futuro, no deseaba tener una relación incómoda con la mujer que acompañó a Dylan durante la etapa más difícil de su vida, era el único familiar que le quedaba a su esposo.

No quería sacar teorías, porque algunas podrían ser erróneas, pero estaba segura que Dylan no pensó mucho en su tía cuando se fueron a Gretna Green; no obstante, una vez que la hizo su esposa él pudo sentir que la traicionó de alguna manera. Sin ir lejos lady Deborah podría estar sufriendo al saber que su sobrino desposó a la hija del hombre que provocó la muerte de su cuñado e indirectamente de su única hermana.

Suspiró con frustración.

Todo era tan complicado, ¿cómo podría ser la señora de una casa donde todos la odiaban?

Tal vez si era perseverante podría ganarse la devoción de lady Deborah, pero tampoco quería ser muy optimista en cuanto al tema cuando sus posibilidades eran casi nulas.

La noche llegó y con ella la visita de Dylan, quien tomándola en brazos la llevó hasta su alcoba, donde la tendió cautelosamente sobre el mullido colchón.

—¿Te gusta tu nuevo hogar? —preguntó, dejando un camino de besos por la curvatura de su cuello.

—Sí —gimió gustosa—, pero más me gusta mi nuevo esposo.

No negaría que la diferencia de lujos que poseían sus padres y Dylan era abismal, claramente

se podía apreciar que esa era la casa de un duque bien posicionado económicamente; sin embargo, a Aline eso no le importaba, el dinero nunca sería más importante para ella ni lo pondría sobre su felicidad.

Él carcajeó roncamente por su picaresca respuesta y bajó su camisola con escuetos movimientos hasta dejarla totalmente desnuda.

—Eres hermosa —susurró fascinado y nuevamente se vio a sí misma admirando su belleza masculina.

La primera vez que lo vio desnudo significó una gran impresión para ella, pero con el pasar de los días aprendió a disfrutar del momento y ahora no le gustaba perderse detalle alguno del cuerpo de su esposo.

—Ven conmigo —extendió las manos con un tierno mohín en los labios y separó las piernas seductoramente para que él se posicionara sobre ella.

—Tttt... —chasqueó la lengua, divertido, y sujetando sus manos la estiró para que se sentara —. Quiero que te arrodilles —susurró en su oído, posicionándose frente a ella y así lo hizo, sintiendo un nudo en la garganta gracias a la anticipación—. No tengas miedo, confía en mí.

Asintió y la sonrisa lobuna de su esposo hizo que las piernas le temblaran.

—Date vuelta.

—¿Qué? —Respingó sorprendida y sin tener opción alguna le obedeció y terminó dándole la espalda, desconcertada.

—Inclínate para mí, encanto, sujétate del cabezal de la cama.

—Pero...

—Sólo hazlo.

—¡Ah! —Dio un brinco en su lugar cuando mordió su hombro con lujuria y le dio una palmada en el trasero.

Siguió su orden e inclinó su cuerpo hacia adelante, posando sus manos contra el cabezal de la cama. La boca se le hizo agua al sentir como se movía tras de ella. Contuvo el aliento cuando acarició sus muslos, rodeándolos, y con el corazón en la boca siguió la silenciosa orden que indicaba que los separara para él.

No comprendía, ¿cómo algo así podía sentirse tan bien?

Sintió como él se deslizaba bajo sus piernas y cuando quiso cerrarlas fue demasiado tarde para ella, dado que él ya estaba allí abajo, besando sus muslos internos.

—Dylan... —No se sentía cómoda, no estaba acostumbrada a algo así.

—Siéntate, encanto, déjam...

—¿Qué? No. —Intentó alejarse, pero él afianzó sus caderas con dureza, inmovilizándola—. No puedo, yo...

—Confía en mí, esto es algo muy normal.

Quiso decirle que no le parecía en lo absoluto normal, pero él no se mostró muy paciente porque tiró de ella hacia abajo, obligándola a caer sobre su rostro, y sumida en la desesperación al sentir como su boca arremetía contra sus labios internos, besándolos con pasión, se aferró nuevamente al cabezal de la cama lanzando un grito de placer.

Se sentía tan bien... No se creía capaz de tolerar esa tortura por mucho tiempo. Captó el suave vaivén que Dylan le marcó en sus caderas y dejándose llevar empezó a seguirlo, permitiéndole por fin relajar los brazos para acariciarla sin pudor alguno mientras su boca hacía lo suyo allí abajo.

Podía sentir cada caricia indecente, como su lengua se infiltraba en su interior y luego saboreaba su sabor más secreto. Él presionó su nalga con fuerza, haciéndola respingar, y Aline se arqueó fascinada por la nueva experiencia.

—Sí... Ya no puedo más —susurró con voz rota, sintiendo como su cuerpo se preparaba para alcanzar un orgasmo, y lamentó cada una de sus palabras cuando él se retiró, dejándola frustrada y ansiosa.

Incapaz de reclamarle por su proceder —porque no era adecuado que una mujer hiciera algo así con su esposo—, se mordió el labio inferior con frustración; sin embargo, sonrió de lado cuando él sujetó su cadera por detrás y tiró de ella para elevarle la cola.

—Dylan... —imploró con un hilo de voz y él empujó su espalda para que quedara nuevamente con los brazos sobre el cabezal de la cama y el cuerpo extendido—. Hazme el amor, por favor.

Sintió como el glande se posicionaba en su entrada y juntó los párpados con frustración por su quietud.

—Ah —gimió cuando presionó sus pechos, amasándolos con dureza, y gritó por lo alto cuando se hundió en su interior sin piedad alguna, llenándola por completo—. Sí, Dylan, no te detengas.

Con los cuerpos sudorosos, su espalda contra su pecho masculino y sus manos sobre sus senos, el placer se desató por toda la habitación mientras el sonido de sus cuerpos delataba la intensidad del encuentro.

No quería que ese momento acabara, lo único que necesitaba era tenerlo en ella por una

eternidad. Era tan diferente a sus primeros encuentros y no podía negar que le gustaba mucho más, que esa posición la hacía sentirse plena y deseada por el cómo sus manos sondeaban su cuerpo con necesidad.

—Eres mía —gruñó él en su oído, mordiendo su lóbulo con deseo y ella le respondió entre jadeos, pidiéndole más—. Te deseo tanto.

—¡Ah! —chilló cuando con un ágil movimiento la tendió sobre el colchón y le elevó una pierna para posarla sobre su hombro mientras él seguía arremetiendo en su interior.

—Déjate llevar, encanto, no tengas miedo.

Lo buscó con la mirada, su hermoso rostro estaba tenso y sonrojado, estaba concentrado en su labor buscando complacerla a ella, dándole todo lo que tenía para ofrecerle esa noche. No esperó más, dejó que su cuerpo alcanzara la liberación y no fue hasta que ella encontró un poco de tranquilidad que él también lo hizo, dejando que su placer se deslizara en su interior.

Se dejó caer junto a ella, envolviéndola en un fuerte abrazo, y sin necesidad de palabras ambos comprendieron que ese encuentro había marcado la diferencia en la relación, dado que por primera vez desde que se entregó a Dylan, ambos habían accedido a entregarse plenamente.

Él la instó a girarse sobre su eje y sin decirle nada tomó posesión de sus labios con hambre desmedida, informándole que esa noche apenas y estaba iniciando para ellos.

## Capítulo 16

—¿Por qué ella? Es sólo una niña —inquirió Dylan mientras le ayudaba con el corsé y Aline se miró en el espejo, satisfecha por su trabajo como doncella improvisada.

—Josephine parece ser muy buena, quiero que sea mi doncella y esté todo el tiempo a la par mía.

—De acuerdo. —Terminó aceptando—. Hoy haré que le asignen su uniforme; ella deberá adorarte, con este ascenso su sueldo mejorará con creces.

Se sintió contenta, fue lo mismo que Josephine le dijo.

—Sin embargo, con unas atenciones como las tuyas tal vez no necesite doncella —bromeó por el como él la ayudaba a vestirse desde que partieron a Escocia y recibió una sonrisa lasciva como respuesta.

—Déjame informarte que los peinados no son lo mío —siguió el juego y ambos rieron por lo bajo—. No me molestaría que lo trajeras suelto —acarició los bucles color azabache—, me fascina verlo así.

—En el campo sería más accesible, aquí sería muy mal visto.

Él suspiró.

—Lástima que falte mucho para irnos al campo, ahora más que nunca debemos estar presentes en la temporada para hacer frente a nuestro matrimonio.

—¿Crees que nos inviten a fiestas? —susurró con congoja.

—Al menos la marquesa de Winchester está de nuestro lado —Se encogió de hombros.

—Algo bueno para nosotros.

—¿Qué quieres hacer hoy?

—No lo sé, ¿por qué no me das un tour por la casa? Aun no conozco nada.

Blandes asintió y terminó de ayudarla con su vestido para después proseguir con su camisa, chaleco y pañuelo. Salieron de la alcoba con una radiante sonrisa en los rostros, siendo observados desde los rincones más sombríos por los criados de la casa. Fueron salón por salón, cuarto por cuarto, hasta que lady Blandes conoció perfectamente la distribución de su nuevo e inmenso hogar.

—Me gusta mucho el salón de música —confesó y Dylan entró en tensión.



—Mi madre solía pasar mucho tiempo ahí, era su salón favorito.

—Oh. —Se incomodó por el comentario, nunca habían hablado de sus padres.

—El almuerzo ya debe estar listo, ¿pasamos al comedor?

Aline asintió y tomando el brazo de su esposo, salieron de su despacho.

Terminando el postre, la puerta principal de la casa retumbó y tanto Dylan como Aline se pusieron de pie. Ella dio un paso hacia atrás al ver a lady Deborah acercarse al comedor.

—Espera, mantén la calma, encanto. Ahora eres la señora —susurró Blandes con el fin de tranquilizarla, su esposa estaba muy pálida.

—Me sorprendes, Blandes —espetó la castaña de mirada amenazante—. Creí que eras un hombre sensato e inteligente, pero ya veo que tu padre y tú tienen cierta obsesión por madre e hija.

Ese comentario desconcertó a Aline, si otra hubiera sido su situación habría pedido una explicación al respecto. No obstante, estaba tan asustada que apenas y podía respirar.

—Mida sus palabras, tía, es mi esposa de la que está hablando.

Deborah bufó.

—¿Cómo pudiste? De todas las mujeres hermosas que sueñan con ser tu esposa, la elegiste a... ella —espetó despectivamente y Aline bajó la mirada, apenada.

—Suficiente. —Dylan elevó la voz, haciéndola respingar—. Respete a mi esposa, tía.

—¿Tu esposa? La hija del hombre que mató a tu padre y a tu madre. ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?! Ahora le diste la razón a la familia Anderson, todos pensarán que fue tu padre quien causó la enemistad; esta unión, para todos, no es más que un tratado de paz entre ambas familias —chilló desesperada y Blandes sintió como cada músculo de su cuerpo entraba en una terrible tirantez.

—Eso no es cie...

—¿Es eso lo que querías?! Tus padres deben estar revolviéndose en sus tumbas a causa tuya. Te felicito —soltó con los ojos llenos de lágrimas y él tragó con fuerza—. Acabas de traicionarnos a todos. No sólo le faltaste el respeto a tus difuntos padres, sino a tu casa, a mí y para empeorar todo rompiste tu promesa.

Aline no supo con exactitud qué debía hacer o decir, pero cuando trató de articular palabra, él la detuvo.

—Ahora no, Aline —le pidió con un movimiento de mano.

—Pero que hable, que cante y disfrute su victoria, te engatusó para conseguir todo esto, para

ser la dueña de todo esto.

—Eso no es cierto —susurró con un hilo de voz y buscó la mirada de su esposo, una que no se dignó a encontrarla—. ¿Dylan?

Lady Deborah casi gritó desesperada por el cómo lo llamó y Aline sintió un nudo en la garganta al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo: él pensaba de igual forma que su tía y empezaba a arrepentirse de sus acciones.

—Yo... —temblosa dio un paso hacia atrás—, si me permiten —Sujetó la falda de su vestido dispuesta a salir del comedor, pero no llegó a dar ni tres pasos, lastimosamente, la oscuridad la invadió en el momento menos adecuado.

—¡Aline!

Lo escuchó, pero el dolor en su frente le confirmó que él no llegó a tiempo para atraparla.

*Uno, dos, tres.*

Contaba Aline una y otra vez para armarse de valor y separar los pesados párpados, lista para enfrentarse al dolor que su frente estaba atravesando. Sin embargo, nuevamente prefirió iniciar el conteo. Tenía miedo, no quería enfrentarse a él, no sabía que podría sucederle ahora.

—Milady...

Era Josephine y para su sorpresa lloraba. ¿Estaba llorando por ella? Frunció el ceño y poco a poco fue separando los párpados.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó exaltada y a la vez contenta de que despertara—. El doctor dijo que tenía que descansar, pero ya es muy tarde y aún no abría los ojos, lamento si la desperté.

Hablaba mucho.

—Estoy bien —musitó débilmente y el sonido de la puerta abrirse la asustó.

—Puede retirarse.

Era Dylan y se oía muy serio.

—Excelencia, su gracia despertó.

El colchón se hundió casi al instante junto a ella y sus miradas se encontraron, él se veía muy decaído. Josephine salió de la alcoba dándole su espacio y Aline liberó la primera lágrima.

—¿Mi bebé?

—Ambos están bien, encanto, el golpe lo recibiste en tu frente.

Dylan acarició la venda que rodeaba su frente y se culpó mil veces por no haber detenido a Deborah cuando debía.

—Sabes que no es cierto, yo te amo —soltó devastada y él la abrazó, incapaz de seguir manteniéndose alejado de ella.

—Lo sé, mi amor, y yo también te amo.

Aline empezó a respirar con dificultad.

—¿No estás molesto?

—Lo estoy, pero no contigo. Deborah está advertida; una vez más, y se irá a vivir a una de mis propiedades lejos de nosotros.

—¿De verdad? —Su visión se empañó—. ¿Harías eso por mí?

Dylan asintió.

Si bien las palabras de Deborah lo hicieron sentirse miserable y por unos segundos no le permitieron pensar con claridad; ver herida a Aline superó a creces su malestar.

¡Él tenía que cuidarla!

—Descansa, mañana lo hablaremos con más calma.

Aline barrió el lugar con la mirada, estaba en la alcoba de su esposo.

Sonrió. Todo seguía siendo igual entre ellos.

—¿Y tú?

—Yo me dedicaré a cuidarlos. —Acarició su vientre, relajándola—. Duerme, ¿sí? —Besó su frente con delicadeza.

Aline aceptó la propuesta y rendida dejó que el sueño la venciera.

Dylan permaneció junto a ella por largos minutos, acariciando una y otra vez el lugar donde crecía su hijo. Su tía aún no sabía sobre la existencia del niño y él tenía que admitir que ese día temió perderlo, jamás se lo habría perdonado de ser así.

Nunca lo había notado, pero Aline era como una niña pequeña, siempre con la sonrisa risueña y los hoyuelos marcados. Su inocencia la cegaba y si bien eso lo ayudaba a camuflar su tirantez y egoísmo, comprendía que no podría engañarla siempre, tarde o temprano ella notaría que su matrimonio no era algo que lo tuviera muy satisfecho.

Se puso de pie ante el suave toque en su puerta y abrió sin causar mucho revuelo.

—¿Qué quiere? —preguntó tajante y Deborah tragó con fuerza.

No era muy común que el duque le llamara la atención y no sabía cómo lidiar con ello. Su sobrino prácticamente le había insinuado que podía largarse si no le apetecía ver a la duquesa de Blandes.

—Quería saber cómo se encuentra.

—Bien, está descansado.

—Vine a decirte que puedes llevarla a su alcoba, yo cuidaré de ella.

Dylan rio sin humor alguno.

—Aline duerme conmigo, soy yo quien la cuida. Pero, gracias de todas formas.

No confiaba en su tía.

—¿Cómo que duerme contigo? ¿Es que acaso no piensa en tu comodidad?

Apretó la mandíbula.

—Ella piensa mucho en eso, por eso sabe que su lugar es junto a mí. Puede irse a dormir, tía, no olvide que desde mañana la quiero a una distancia razonable de Aline. No toleraré un comentario despectivo hacia ella por más insulso que sea.

—Pero Blandes, soy tu tía, no puedes olvidarlo.

—En efecto —Se enderezó—. Pero ella es mi esposa y eso no debe olvidarlo.

Despidiéndose de ella, cerró la puerta de su alcoba y regresó hacia donde Aline descansaba. Por el cómo se habían tornado las cosas, lo más sensato sería que alejara a Deborah de su esposa, pero... Deborah no tenía a nadie, él era su única familia y alejarla podría ser un golpe grotesco para ella, no se lo merecía.

Suspiró con cansancio, sus problemas apenas y daban inicio.

A la mañana siguiente, mientras Aline desayunaba en la cama, Blandes aprovechó para conversar con ella.

—¿Te duele mucho?

Captó su atención.

—Un poco —le contestó con calidez y él terminó de atar su pañuelo.

—Hoy vendrá la modista, Josephine está al tanto de todo y se quedará contigo.

—¿Dónde irás? —preguntó asustada.

—Volveré pronto. No temas, mi tía no puede entrar a esta alcoba.

—¿Demorarás mucho?

—No tanto. —Le guiñó el ojo y besó la comisura de sus labios antes de despedirse y dirigirse hacia ese lugar que lo llamaba a gritos.

Habían pasado años desde que visitaba las tumbas de sus padres y si era sincero consigo mismo necesitaba estar allí, no podía con la culpabilidad y sentía que la única manera de acabar con ella era presentándose ante sus padres.

No se atrevió a decir nada, sentía que cualquier palabra sería una ofensa para ellos. Sin embargo, antes de irse, enderezó la espalda y fue muy claro con sus palabras.

—La amo, no puedo perderla. De verdad lo siento.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a salpicar en las lápidas de piedra y acomodó su sombrero en un escueto movimiento. Ya todo estaba dicho, no se quedaría por más tiempo.

No regresó a su casa, dejó que el carruaje anduviera por la ciudad. El clima como de costumbre era frío y eso sólo lo ayudaba a sentirse más miserable.

La amaba, no podía negarlo; pero como odiaba a sus padres, cuanto daría por conseguir su venganza. Con esos sombríos pensamientos se bajó en Hyde Park y bajo el resguardo de su paraguas anduvo sin rumbo alguno.

La deuda... ¿De verdad cancelaría todo con su abogado? Hizo una mueca. Ni siquiera le entregaron Edevane Park.

«Pero tienes a su hija».

Era distinto.

Todo aristócrata deseaba casar a sus hijas; es más, siempre implicaban un gasto, quizás y los mismos condes se sentirían muy aliviados al ver que su hija, sin dote, terminó convirtiéndose en una duquesa.

Paró en seco ante el nuevo descubrimiento.

—¿Qué lo aturde, hermoso caballero?

Se giró hacia la mujer que emergía de los setos.

Era una gitana.

—Nada, en realidad.

—No le creo —espetó coqueta—. Hay dos mujeres que lo tienen en conflictos, ambas muy cercanas a usted.

—Supongo que es adivina. —Metió la mano en su chaqué para darle unos peniques, si no lo hacía no lo dejaría irse.

—En efecto.

Dylan le dio dos peniques y prosiguió a marcharse, pero ella le dijo:

—No es de caballeros romper una promesa, pero tampoco traicionar a su pareja.

Detuvo su marcha.

—¿Cómo dijo? —Se volvió hacia ella.

—Es lo que veo en sus ojos: muy pronto traicionará a su compañera.

—No la comprendo.

—Usted rompió una antigua promesa y la culpabilidad lo carcome, por lo que sin remordimientos romperá otra, pensando que eso lo liberará de la culpa.

—Jamás traicionaré a mi esposa.

—Pero usted será traicionado por un hombre y una mujer.

Se tensó, ¿Aline sería capaz de engañarlo?

—Es más, ya lo traicionaron. La mujer que permanece junto a usted no hace más que mentirle.

—Está equivocada, mi esposa...

La mujer rio sonoramente.

—Cuide lo que tiene, señor, si bien ahora su luz es débil, en un futuro podría ser mucho más fuerte que la de usted.

Frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

La mujer le sonrió y girando sobre sus talones se alejó de él, disfrutando de la fría brisa.

—¡Espere!

¿Por qué? ¿Por qué esa mujer le dijo que Aline iba a traicionarlo y no dejaba de mentirle? No podía ser verdad, ¡ella no podía mentirle!

Se quitó el sombrero, frustrado. Deborah no podía tener razón, él sufrió a creces para recibir un sí por parte de su esposa, ella nunca lo engatusó ni instó a llevar a cabo ese matrimonio. Fue él quien provocó todo.

Seguro era una mentira, no podía creer en las palabras de una simple gitana.

## Capítulo 17

A las dos semanas del indeseado accidente, Aline por fin salió de su habitación luciendo uno de los sencillos vestidos mañaneros que le solicitó a madame Gale, quien en tan poco tiempo le tuvo listo una gran cantidad de atuendos.

—Se ve preciosa, milady, me alegra verla tan renovada.

Josephine no se desprendía de ella y en el fondo se lo agradecía, era su única aliada en esa casa. Como era de esperarse ella no sabía leer, por lo que esos días que estuvo reposando, le propuso brindarle unas clases para que aprendiera. Su doncella aceptó gustosa.

Josephine había llegado a Londres hace unas semanas, estaba sola y venía desde Boston dispuesta a iniciar una nueva vida por lo que ella le ayudaría en lo que fuera posible.

—¿Y lord Blandes ya lo sabe? —Hizo un gesto con los ojos hacia aquel punto que ambas tenían en la mira.

El calor abordó sus mejillas y sonrió con una ternura hechizante.

—Se lo diré hoy, no sé cómo reaccionará.

—Estoy segura que bien, su excelencia la adora.

Eso renovó su entusiasmo y acelerando su paso se dirigió hacia el estudio de Blandes. Si bien pasaron mucho tiempo juntos esos días, habían cosas que él no había notado y ella se moría por enseñárselas.

Llegó al piso en el que él se encontraba y tocó con suavidad el portón de roble, escuchó un suave pase e ingresó con una sonrisa risueña.

—Dylan.

Se detuvo al ver quien estaba en el sillón de la estancia, bebiendo el té junto a su esposo.

—Aline.

Blandes se puso de pie al instante y lady Deborah enderezó la espalda.

—Lo siento, yo... No quise interrumpirlos.

—No, no lo haces, ven, toma asiento —pidió él, indicándole el espacio vacío que había junto a él.

Aline obedeció su petición con elegancia e ignoró la fría mirada de Deborah, no se dejaría intimidar. Ella era la señora de la casa.

—Deborah debe decirte algo.

Asintió, esperando una disculpa por parte de la mujer.

Ella no dijo nada.

—¿Verdad? —instó él.

Si Aline no hubiera puesto toda su atención en ella, no se habría dado cuenta del gruñido inaudible que lanzó.

—Lamento todo lo sucedido, *su excelencia*, no volverá a suceder. Debe comprender que el cambio de los hechos me llevó a actuar así, no es fácil ver como mi sobrino se emparenta con la hija del asesino de sus padres.

—¡Deborah! —Dylan se puso de pie, furibundo, y Aline le sujetó del brazo para detenerlo.

Cada palabra dicha destilaba veneno, pero eso era lo de menos, le bastaba con saber que él la apoyaba.

—No se preocupe, excelencia.

—Si me permiten. —Deborah se puso de pie con fría indiferencia—. Debo ir a verificar que todo esté listo para el almuerzo, la señora de la casa no suele llevar bien las labores del hogar.

Se tensó.

—Retírate, Deborah, si has terminado sal de mi despacho.

Aline se sorprendió por la frialdad que destilaron sus palabras, se oía molesto y no era para menos; si su tía seguía con aquella actitud, convivir bajo el mismo techo sería un suplicio para todos.

La puerta se cerró bruscamente y Aline se puso de pie, algo incómoda por la penosa situación.

—Al parecer nunca tendremos paz. Tu tía no me aceptará jamás. —Sonrió sin mucho entusiasmo.

—Déjame a mí, encanto, ella tarde o temprano asimilará la situación.

Suspiró.

—No me gusta. —Fue sincera—. No sé cómo está todo afuera de este gran refugio, pero sospecho que mi reputación está por los suelos. Todos regresaron, la temporada ya dio inicio, y sé que no llegaron invitaciones.

Él sonrió.

—¿Y no estás aliviada por eso? ¿Quieres ir a esos tediosos bailes?



—Sabes que no me refiero a eso —espetó con congoja y Dylan besó su frente con el fin de aliviarla.

—Quiero comentarte algo.

Hizo un gesto con la mano para que se lo contara.

—Tus padres estarán pronto en Londres, lady Winchester me informó al respecto por medio de una misiva.

—¿Cómo crees que lo tomarán?

—Si tenemos suerte mejor que Deborah.

Eso era casi un hecho, sus padres jamás serían como aquella mujer.

—Está bien. —Suspiró.

—¿Me buscabas? —inquirió él, deseoso de saber por qué fue a buscarlo hasta su despacho.

El calor se asomó a sus mejillas.

—En efecto, quería decirte que me siento muy bien.

Su suave risa la derritió.

—¿No me ves diferente? ¿No notas algo distinto en mí?

Blandesladeó la cabeza en modo de negación.

—Lastimosamente, no. Sigues igual de hermosa.

Suspiró sonoramente y con lentos movimientos se acercó a él y le sujetó de las manos guiándolas con lentitud hacia sus labios para besárselas.

—¿Sucede algo? —Dylan se confundió lo suficiente como para preocuparse.

Aline guió sus manos hacia su vientre y ni bien él rozó la curvatura abultada, abrió los ojos de par en par.

—Cada vez está más grande —dijo con un hilo de voz y sorprendiéndola la tomó por los hombros y la giró para que quedara de espalda a él—. ¿Qué sucede?

Sonrió cuando él acunó su vientre con suavidad y se apoyó en su pecho. No le decía nada pero estaba segura que se sentía feliz. Es decir, ahí crecía su hijo, el heredero, su legado.

¿Qué hombre no deseaba algo así?

—¿Te sientes cómoda? ¿Debería pedirle a madame Gale nuevos vestidos?

Ella sonrió.

—Ya pensé en eso —Se giró y lo abrazó por el cuello—. Los nuevos vestidos son más sueltos, al igual que las prendas adicionales, pedí unos abrigos, espero no te moleste, no traía mucho conmigo y por el embarazo es un hecho que necesitaré...

La calló aplastando sus labios.

En el fondo él era muy bueno con ella, la mimaba como si fuese una niña pequeña, sólo hacía falta que lo pidiese para que él le diera todo lo que quisiera.

—¿Tu tía ya lo sabe?

Perdió su calor al instante.

—No. —Le dio la espalda, confundiéndola.

—¿Cuándo se lo dirás? El tiempo pasa y lo tomará muy mal si no se entera por ti mismo.

No recibió una respuesta.

—Pasemos al comedor, luego iremos a caminar un poco por Hyde Park, necesito pensar en cómo se lo diré. —Se volvió hacia ella.

—Siempre estaré contigo. —Acarició su mejilla y él se aferró al cálido contacto.

—Lo sé, encanto.

Almorzaron en silencio pero el disgusto de Deborah por su presencia fue más que claro, por lo que Dylan prefirió no invitar a su tía al paseo. A diferencia de lo que esperaba —miradas acusadoras e indolencia—, Aline se sorprendió por las sonrisas y saludos que les llegaban por Hyde Park, comprendía que al ser duques, todos sabrían comportarse, pero... ¿Por qué Blandes estaba tan tenso? ¿No era esa una buena señal? No los repudiaban.

—¿Me compras un helado? —preguntó con una radiante sonrisa en el rostro y él le sonrió.

—¿Tienes mucha hambre?

Asintió. Por supuesto que la tenía, ahora comía por dos.

Una vez terminado su helado de limón, tuvo que asimilar con tristeza que era hora de regresar a su casa.

—¿Alguna vez traicionaste a alguien?

La pregunta de su esposo la tomó por sorpresa, por lo que se concentró en su penetrante mirada mientras escuchaba como el carruaje iba a una velocidad moderada sobre el suelo adoquinado.

—Sí.

Él apretó la mandíbula y Aline continuó.

—Estoy aquí, contigo, en vez de haber hecho lo que mis padres esperaban. Los traicioné y a pesar de que las cosas son difíciles en nuestra casa, no me arrepiento de nada. Lo volvería a hacer una y mil veces.

Tal vez seguiría hablando si él no la hubiera tomado del brazo y pegado a su pecho de un solo tirón, asaltando sus labios sin opción a darle tregua alguna. Su cuerpo reaccionó bastante bien a sus besos y con su ayuda se subió a horcajadas sobre su regazo.

Sus manos ascendían por sus mulos, acariciando sus medias y tirando de ella para rozar sus pelvis, cosa que no hacía más que hacerla gemir ahogadamente.

El carruaje se detuvo y él le dio el chance de respirar, pero bajó del carruaje de un salto y la ayudó a hacer lo mismo para así subir las gradas casi corriendo. El mayordomo les abrió la puerta pero ninguno se detuvo, sino que una vez dentro corrieron más rápido para llegar a su alcoba. Allí se quedaron, sin bajar a cenar, por horas se amaron y ella lo observó mirando su vientre, un punto que de vez en cuando ganaba su atención y caricias.

No supo en qué momento fue, pero cayó rendida. El sueño la acompañó por un corto tiempo, hasta que escuchó como alguien llamaba a la puerta.

No hubo respuesta.

Volvió a sonar y se removió inquieta sobre el pecho de Dylan, quien con gruñidos preguntó:

—¿Qué sucede?

Él también ya estaba dormido.

—Tenemos visitas, excelencia.

—Es más de media noche, no pienso recibir a nadie, Roman.

Era lo más sensato, no le parecía adecua...

—Es el conde de Norfolk.

¿Qué?

Ambos se sentaron con rapidez, buscándose con la mirada, y fue Dylan quien abandonó la cama y se puso su bata de dormir con una velocidad impresionante.

Su padre estaba allí, ¡por fin podría verlo después de tanto tiempo!

—No salgas de aquí, Aline, yo te mandaré a llamar.

—Pero...

—Obedéceme y quédate aquí, ¿me entiendes?

No muy conforme asintió, comprendía que tenían muchas cosas de qué hablar pero ella también quería ver a su padre. Lo vio abandonar la alcoba y no muy segura siguió la orden de Dylan, o al menos eso intentó hacer la mayor parte del tiempo.

## Capítulo 18

Dylan ingresó a su despacho con paso altivo, consciente de que era él quien tenía el poder sobre Norfolk ahora. En el fondo tenía el plan perfecto para conseguir todo lo que deseaba y eso incluía Edevane Park, esa tierra le correspondía a él, era un legado que su abuelo materno trabajó y no quería que Norfolk se lo apropiara por más tiempo.

—¿Dónde está mi hija? —Escuchó que le preguntaba y se sentó en su lugar tras el escritorio, impertérrito a su mirada penetrante y cargada de odio.

—¿Te refieres a mi esposa? —Sonrió socarrón, enfureciendo aún más al conde.

—¿Qué tienes en mente, Blandes? ¿Qué puede darte mi hija? Ni siquiera tiene una dote, estoy seguro que tú no quieres mezclar sangres, ¿por qué casarte con ella?

Claro que no deseaba mezclar sangres, pero ya estaba hecho. En un principio la desesperación no le dejó ver la realidad, pero ahora sabía que hizo mal, nunca debió plantearse la idea de tener un bebé con Aline.

—Tu hija es preciosa. —Se odió así mismo por no poder decir que la amaba.

—Quiero verla.

—Lamento decirte que no será posible, está descansando.

Se puso de pie y como si de su mejor amigo se tratase, le sirvió un vaso de whisky.

—Pero aprovechemos este momento para negociar.

—No tengo nada en este momento, ¿cómo pretendes negociar? —preguntó exasperado, seguramente deseoso de ver a su hija.

Ahora su mujer.

Chasqueó la lengua con diversión.

—Sabes lo que quiero: los pagarés por Edevane Park. Ambos sabemos que pronto tendrás mucho dinero, no pierdas el tiempo y pon a tu hija segura, no querrás que ella vea a su esposo molesto, ¿verdad?

Nuevamente se odió a sí mismo por dar a entender que pensaba lastimar a su esposa.

—Te mataré —bramó el conde y lo sujetó de la bata, mirándolo de manera amenazante. Sus ojos destilaban rencor.

—Ella no te lo perdonaría. Me ama, Norfolk, por eso me siguió, ni tú ni tu esposa tienen tanto

poder sobre Aline como el que yo tengo sobre ella.

Él lo soltó y rugió con fuerza, lleno de impotencia. En el fondo Dylan tenía razón.

—Mi abogado me trajo todos los documentos, hagamos de cuenta que Edevane Park es su dote. No perderás nada. —El conde quiso hablar y él le cortó el monólogo—. Sólo a tu hija. Dentro de este contrato ordeno que tú y tu esposa se mantengan lejos de ella.

Norfolk abrió los ojos, sorprendido.

—¿Ella lo sabe?

Blandes usó todo su ingenio para no delatarse.

—La estás engañando. —Pero el conde lo descubrió—. ¡Te estás aprovechando de la inocencia de mi hija! Aline jamás aceptaría algo así.

—Es mi esposa —le corrigió elevando la voz—. Ella hará lo que yo deseé, prometió obedecerme. Es parte del matrimonio.

—Aline jamás habría permitido algo así, tú la engañaste. Quiero hablar con ella.

—Primero firma y luego te despides de ella.

—¡No lo haré! ¡Puedes meterme a la cárcel si así lo deseas, pero no me iré si no veo a mi hija ahora mismo! —gritó a todo pulmón.

—¡Papá!

Dylan entró en tensión al ver como la puerta de su despacho se abría.

—Regresa a la alcoba, Aline —ordenó y avanzó hacia ella.

¡No podía meterse!

Las manos empezaron a sudarle al ver como lo ignoraba.

—Aline, ¿por qué lo hiciste? —El conde la zarandeó con suavidad y supo que si no los separaba, nada terminaría bien.

—Por todos. No lo ves, él es muy bueno conmigo. Me ama, papá. Te devolvió los pagarés, nunca te denunció. Esa es la prueba del amor que siente hacia mí. Estás a salvo, podrás seguir en sociedad y ahora las cosas mejorarán para nosotros.

No supo cómo tomar el silencio del conde, pero pasó saliva con nerviosismo.

—Hoy lo vi en Hyde Park, nuestro matrimonio aligerará los rumores en cuanto el odio entre ambas familias.

Un escalofrío recorrió su espalda y sus manos se apretaron en dos firmes puños,

exteriorizando el disgusto que aquella afirmación le causaba. Su intención nunca fue aligerar la tensión entre ambas familias, él nunca quiso implementar paz entre ellos.

—¿Cómo es posible, Blandes?!

Maldijo en silencio al ver como Deborah ingresaba a su despacho roja de la furia.

—Retírate, Deborah.

—¿Pagaste por esta mujer?! Preferiste darle un título a la hija de tu enemigo en vez de pisotearlo en la miseria que es donde se merecía estar. ¿Cuándo entregaste los pagarés? ¿Por qué nunca me lo dijiste? Y tú. —Se giró hacia Aline y Norfolk envió a su hija hacia atrás, poniendo su cuerpo como barrera—. ¡Engatusaste a mi sobrino! Eres igual de ramera que tu madre.

—¡Suficiente! No permitiré ese insulto —farfulló el conde y Blandes llegó a sujetar a Aline antes de que él tirara de ella para sacarla de su despacho.

—Es mi esposa, se queda aquí.

—¡Pues has algo por ella, la están insultando en tu cara!

—Blandes... —susurró ella con voz llorosa y no la miró, por esa razón las mujeres debían obedecer a sus maridos.

—Pediré la demanda de divorcio —decretó el conde—. Hablaré en la cámara de lores, debe haber una solución para esto. Ustedes no pueden estar juntos.

—Al fin alguien dice algo sensato —espetó Deborah, mirando a su sobrino—. Esta muchacha es un error, deja que se largue con su padre.

Dylan podía soportar peleas, insultos e incluso que discutieran frente a Aline, pero de ahí que dejara que alguien más se la llevara había una distancia abismal.

Ella era suya.

—Nadie se los llevará a ningún lado —aseveró con frialdad, haciendo que todos en la sala se estremecieran—. Mi esposa e hijo estarán donde yo lo decida.

—¿Qué?! —bramó el conde y Deborah se dejó caer sobre el sillón, mirando un punto determinado en el piso—. Aline, ¿acaso tú...?

—Lo siento, papá —susurró ella con los ojos llorosos y Blandes sonrió victorioso.

Ese era su triunfo, el momento que estuvo esperando por años. Ver ese semblante en el rostro del conde valía más que mil pagarés.

—No les daré nada —soltó de pronto el pelinegro y Aline trató de liberarse de su agarre—. ¿Lo elegiste a él? Perfecto. No quiero saber nada de ti, tú ya no eres una Anderson.

—No, espera, por favor —imploró, pero Norfolk se giró dispuesto a abandonar el despacho.

Dylan vio cómo se libraba de su agarre y sujetaba la muñeca de su padre.

—Papá.

—¡Suéltame! —bramó su padre y grotescamente la dejó de lado.

Aunque sintió algo de pena por Aline, era lo mejor para su futuro. Ella no podía tenerlos a ambos, eso era imposible.

—¡Papá! ¡Espérame!

Se percató que pensaba seguirlo y no se lo permitió, atenzó sus brazos con fuerza y con un zarandeo le ordenó que parase, que dejara de humillarse, pero incluso así ella no lo obedeció, sino que reaccionó de una forma inesperada.

—¡No me cumpliste, Blandes! —gritó fuera de sí y logró liberarse de su agarre—. Dijiste que llevarías las cosas en paz.

—Debiste sospechar que eso sería imposible.

Se sintió fatal al ver la decepción en su semblante. Ella salió corriendo del despacho para seguir a su padre e intentó seguirla, pero esta vez fue su tía quien le impidió avanzar.

—¡Eres un imbécil, Blandes!

—Hazte a un lado, Deborah.

—¡Debiste liquidar a Norfolk mientras contabas con la oportunidad!

Aún la tenía, su abogado no había concretado la liquidación de los pagarés.

—Tengo a su hija, eso basta...

—¡No es su hija, por eso le dio la espalda! ¡Aline es la bastarda de tu padre!

Todos sus músculos entraron en tensión y miró a su tía con los sentimientos a flor de piel. Tenía que ser una mentira, ¡Deborah no podía estar hablando en serio!

—Eso no es verdad. Ella...

—El conde no puede tener hijos, es por eso que aún no existe un heredero para el condado. Aline es una de las claras pruebas de como tu padre engañaba a tu madre.

—¡Eso es imposible! No creeré esa barrabasada.

—Eres un idiota, Blandes. Norfolk y su hija te utilizaron, ambos buscaron liberarse de la deuda. Ella te engatusó, usó su belleza para atraparte y así poder redimir de la deuda y los rumores; ¡ella misma lo dijo aquí, delante de ti!



—No, no, no. —Alborotó su cabellera con desesperación. Aline no podía ser hija de su padre, no podían ser medios hermanos, ¡tenía que ser una mentira!

—¿Qué harás ahora?

«Te devolvió los pagarés, nunca te denunció».

«Esa es la prueba del amor que siente hacia mí».

«Estás a salvo, podrás seguir en sociedad y ahora las cosas mejorarán para nosotros».

El aire empezó a faltarle al darse cuenta de la realidad. Ella lo había utilizado, hizo que le diera su palabra y se había asegurado con un embarazo, su inocencia lo había cegado, al final la gitana le dijo la verdad: Aline lo traicionó vilmente junto al conde de Norfolk.

Su semblante se endureció y con lentitud enderezó la espalda.

—Es normal, cariño, esa familia tiene la mala costumbre de aprovecharse de todo Edevane —musitó Deborah con suavidad y él la miró con ira contenida.

Sin decirle nada salió de su despacho con paso resuelto, nada ni nadie sería capaz de detenerlo. Llegó al hall y vio como Aline lloraba frente a la gran entrada, junto a ella estaba su nueva doncella.

—Roman —habló con fuerza, ganando su atención, y el hombre apareció por la puerta de servicio.

—¿Su excelencia?

—Preparen el equipaje de lady Blandes y dígale a los lacayos que alisten el carruaje —siseó sintiendo pudor hacia el título, hacia ella y hacia ese niño que crecía en su vientre.

Era la bastarda de su padre.

La prueba del dolor de su madre.

Y él acababa de cometer incesto.

—¿Ahora? —preguntó el mayordomo, sorprendido. Pronto sería la una de la mañana.

—Dylan... —Ni siquiera su tierna voz lo amedrantó, alzó la mano para acallarla.

—Se irá a Yorkshire.

—No hay servidumbre en la propiedad de Yorkshire. Sólo una criada, el mayordomo y la cocinera, su excelencia —le recordó el mayordomo.

—Con todo respeto, milord, pero son cinco días de viaje, lo mejor sería partir mañana a primera hora. —Esta vez la que habló fue la pequeña doncella.

—¿Usted desea acompañarla? —preguntó con malicia.

—Dylan, por favor —susurró Aline atemorizada y la doncella la observó con pena.

—Sí, iré con ella —dijo con suavidad.

Era una tonta, le habría ido mejor quedándose en la ciudad.

—Perfecto.

Se dio media vuelta para subir a su habitación, pero a los dos pasos sintió como sus manos lo sujetaban por el brazo.

—Dylan, no hagas esto, por favor, yo... prometo que no lo volveré a hacer.

Se volvió hacia ella, haciendo que por primera vez Aline notara su gran tamaño.

—Es tarde, ya no te quiero cerca —soltó con sequedad sin mirarla a los ojos e intentó avanzar otra vez, ella volvió a sujetarlo—. Si no vas a decirme nada, suéltame de una maldita vez.

—Mis padres —musitó con un hilo de voz y sus ojos se agrandaron peligrosamente—. Prométeme que no les harás nada, no me iré si no sé qué están a salvo.

—Que poco confías en mí, esposa —se soltó de su agarre como si su contacto le repelara.

—Dime que hablaste con tu abogado, que los pagarés ya no tienen valía.

—¿Qué si decido cambiar de opinión?

—Huiré.

Todos sus músculos se tensaron y la sujetó del mentón con rudeza.

—No te atreverías, no llegarías muy lejos.

—Ambos sabemos que cualquier lugar es mejor que al que me envías —espetó sin expresión alguna en el rostro.

Blandes la soltó y se dirigió hacia su despacho con prisa. Ingresó al lugar y evitó mirar como su tía disfrutaba de la situación y de sus errores, tal vez debió escucharla desde un principio. Sacó los documentos que quería que Norfolk firmara y los firmó él con rapidez.

Regresó al hall y vio como Aline se cubría con elegancia con una capa que Josephine le tendía, como si estuviera a punto de ir a dar un paseo en vez de enfrentarse a algo a lo que nunca estuvo acostumbrada.

—Su excelencia —observó cómo Roman se acercaba a él—. ¿Cuántos carruajes las escoltarán?

Aline y Josephine se giraron hacia él mientras los lacayos sacaban los baúles.

—Con dos será suficiente.

Le entregó los documentos con un ímpetu movimiento y la doncella le ayudó a meter los papeles en el ridículo.

—Quédate donde te corresponde —ordenó y ella no le miró, simplemente abrazó el pequeño bolso a consecuencia de la fría brisa que entró por la puerta principal—. Cada mes se les enviará diez libras.

—Eso es muy poco para mantener toda una casa, más si no hay servidumbre.

—¿Tal vez prefiera quedarse, señorita Josephine? —ironizó.

No se arriesgaría a enviar más, Aline realmente podría huir si se lo proponía.

—No. —Le sorprendió su fidelidad hacia Aline, claramente ella había conseguido una aliada.

—¿Eso es todo?

Su mirada buscó la de Aline.

—No quiero cartas.

—¿Y cuando nazca el niño?

No se había fijado de que la doncella era una cotorra sin control alguno.

—Tampoco, no quiero saber nada de ese niño.

—No me refiero a una carta para darle la noticia de su nacimiento, sino para cubrir los gastos: el doctor, la ropa y todo lo que trae consigo un bebé.

—Veo que sabe mucho de números.

Todos guardaron silencio.

Dylan la observó por última vez y sin emitir palabra alguna se volvió hacia las escaleras y subió por las mismas sin mirar atrás, ni cuando alguien las llamó para que pudieran subir al carruaje ni cuando la puerta se cerró.

Aline pagaría cada lágrima que su madre derramó por la traición de su padre.

## Capítulo 19

Blanco.

Sus mil hectáreas de terreno estaban totalmente blancas gracias a la gran capa de nieve que ahora las cubría. Hacía un frío infernal, casi doloroso, pero no se comparaba en nada a la temperatura que sentía por dentro.

Las fiestas navideñas estaban llegando a su fin. Habían pasado cinco meses desde que no sabía nada de ella, tres desde que estaba en Sheffield y sentía como si no la hubiera visto en años.

—¿No piensas disfrutar de tu trago?

Miró sobre su hombro, Grafton estaba tumbado en su sillón, con una pierna sobre la rodilla y el cuerpo relajado.

—¿Tú te crees muy capaz de disfrutar del tuyo?

El conde conectó sus miradas y en sus ojos pudo ver arrepentimiento, algo que cada noche veía en los suyos.

—Al menos yo la entregué en matrimonio a un hombre adinerado.

—La enviaste a América con el primero que te pidió su mano.

—Pero no la exilié en una casa que se cae en pedazos.

Volvió la vista hacia la ventana.

Grafton no sabía su secreto, por eso se creía un hombre capaz de juzgarlo. Él no podía mantener a Aline a su lado, no si era su hermana y él querría besarla cada vez que estuviera cerca; no si en su vientre crecía un niño producto del incesto. Por los santos, ¿cómo no pudo pensarlo antes? Su padre y Aline tenían similitudes; sus ojos, su cabello, sus labios... ¡Maldición! Las pistas siempre estuvieron allí, en sus narices y no quiso verlas.

—¿Cuándo irás por ellos? No es bueno que una mujer casada y embarazada permanezca sola por tanto tiempo.

—En realidad no pienso ir por ella. —Cruzó los brazos, reprimiendo el dolor que se manifestaba en su pecho.

No podía volver a verla si pretendía mantenerla intacta. No quería lastimarla, estaba dispuesto a dejar todo como estaba siempre y cuando supiera que ella seguía siendo suya. Al menos de nombre.

—¿Y sigues enviando tus míseras diez libras?

No le contestó, ese era un error que ya había enmendado. Se había encargado de enviar más criados a Yorkshire y había asignado una suma razonable para sus gastos mensuales. Después de hablarlo con su tía determinó que treinta libras, aparte de los gastos que supondría el manejo de la casa en Yorkshire, serían para Aline y su hijo.

—Devonshire me comentó que el costo del carbón está mucho más alto, ¿no pensaste en que este frío podría estar complicando su existencia? Recuerdo que esa casa no tenía mucha servidumbre, ¿crees que está consiguiendo hacerlo todo por sí sola? Es una dama; la cocina, la limpieza y la supervivencia no es algo que se le hayan inculcado en su educación.

—Está muy bien. Nadie me envió ninguna carta.

*No quiero cartas.*

—¿Cuándo crees que se dé el nacimiento de tu hijo? Estoy seguro que irás a recibirlo, ¿no es así? Debes reconocerlo y presentarlo en sociedad, los rumores sobre tu esposa ya son muy malos, sino fuera porque lady Seraphina se encuentra en una situación similar gracias a Portman, lady Blandes estaría completamente arruinada.

—Iré cuando lo crea conveniente.

Y sobre el niño... ¿Cómo decirle que no tenía intención alguna de reconocerlo? Si era sincero, ni siquiera quería conocerlo.

—¿Por qué la alejaste? —inquirió el conde, consternado—. No lo comprendo, te veías tan decidido y contento con la idea de desposarla. ¿Por qué no iluminas a tu pobre amigo? Creí que serías feliz una vez que estuvieras junto a ella, pero sufres como un miserable y ella me da lástima.

—Es lo mejor para ambos, lo nuestro es imposible.

—¿Por qué?

—Desde que puso un pie en mi casa no fue aceptada, mi tía no fue capaz de aceptarla y eso sólo complicó las cosas.

—Debiste sacar a Deborah de tu casa, no a tu esposa.

Blandes endureció su semblante.

—Mi tía fue la única que estuvo para mí cuando mis padres murieron, o mejor dicho cuando Norfolk los mató.

—O moría tu padre o moría el conde. Norfolk no iba a dejar que tu padre lo matara.

Eso lo enfureció aún más. ¡Todo era culpa de Aline! Estaba seguro que fue una de las razones para que el duelo se efectuara. Muchos decían que el conde había encontrado en pleno acto a la condesa con su padre, otros por unas cuentas que arreglar entre ambos caballeros, pero ahora él estaba casi seguro que siempre hubo una bastarda de por medio.

—Odio a toda esa familia, no entiendo por qué no los destruí cuando tuve la oportunidad.

—¿No la tienes todavía? ¿Qué hiciste con la deuda?

—Perdoné al conde, fue el trato que hice con Aline para que no huyera.

—¿Te dijo que huiría?

—No lo hará —garantizó recordando la tristeza en su mirada, esos ojos color almendra que aquella noche lo miraron con decepción y resignación.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Lo prometió.

—Pues que mujer más admirable, yo habría huido esa misma noche que me enviaban a enfrentar una mísera vida. Oh, claro, las mujeres tienen que obedecernos, casi lo olvido —Sonrió sin ganas—. Si algún día vas a verla, avísame, me gustaría conocer a tu hijo.

—Hablas como si no nos fuéramos a ver en meses. ¿Piensas regresar a tu casa vacía? Si mal no recuerdo, entregaste a tu pupila sin remordimiento alguno hace unos meses.

—Lo hice por ella.

Dylan no le miró.

Simplemente no le creía. Lo hizo por él, porque él también hizo lo mismo: envió a Aline lejos por su beneficio, para no perder el poco juicio que le quedaba. Lo menos que quería era lastimarla y seguir amando a su media hermana.

Se pasó la mano por el rostro con frustración y se acercó a su escritorio, el lugar donde la carta que el conde de Norfolk le envió reposaba.

*"Edevane Park por el paradero de mi hija"*

No lo entendía, al fin tenía la posibilidad de recuperar esa tierra, pero ahora no le interesaba; no si estaba seguro que el conde se la llevaría lejos una vez que diera con Aline.

¿Por qué tanta devoción por una bastarda?

Ladeó la cabeza; abrumado. El envío de cartas estaba prohibido para Aline en Yorkshire, por lo que ella jamás podría comunicarse con sus padres mientras él no se lo permitiera.

—Amas esa tierra, acéptala, Blandes. Deja que se la lleve, igual el escándalo caerá sobre ella, tú quedarás inmune y ya si deseas un hijo con otra mujer podrás tenerlo. Nadie sabe sobre su embarazo. —Miró a Grafton sin expresión alguna en el rostro, ¿de verdad pensaba que iba a dejar libre a Aline?—. Devonshire te ayudará en la cámara de Lores, todos te apoyarán.

—Yo sé sobre la existencia del niño.

—Y ya lo estás ignorando. —Sintió un nudo en la garganta—. Dudo que el reto se te haga una tarea difícil; no lo quieres.

—Lárgate —farfulló y Grafton asintió quedamente.

—Eso haré. No tiene caso seguir aquí, no conseguiré nada.

—¿Le dijiste a alguien sobre el paradero de Aline?

—Sólo lo sabe Devonshire, pero dudo que lo haya comentado con alguien, está muy ocupado conociendo a su prometida.

—¿Cuándo se casará?

—Devonshire tiene previsto alargar un poco las cosas hasta julio del próximo año.

—¿Debería llevarla a la boda de Devonshire con lady Stanton?

Buscó la peor excusa para saber sobre su esposa.

—Dudo que ella desee asistir, su excelencia —ironizó—. Tendrá un niño que cuidar.

—Hay niñeras —soltó con desdén y Grafton chasqueó la lengua.

—Claro que las hay, pero para las personas que cuentan con más de diez libras mensuales.

No deseaba decirle que Aline se encontraba económicamente bien solventada, sentía que las acciones buenas no debían gritarse a los cuatro vientos; sin embargo, traerla a la boda de Devonshire sería algo sumamente peligroso para él, quien soñaba con ella cada noche desde el día que la envió lejos de su alcance.

Lo mejor sería dejar las cosas tal y como estaban.

Al siguiente mes recibió la visita de su tía, quien había preferido quedarse en la ciudad esa temporada, y el pulso se le disparó al recibir la noticia de que Aline había enviado una carta hace unos días.

Mostrándose tranquilo y relajado la aceptó y sin hacer mucho revuelo se retiró a su despacho para leer el contenido. Estaba sellada, algo bueno porque su tía no pudo leerla. Desdobló la hoja con rapidez y no supo exactamente qué sintió al leer el contenido.

*“Lord Blandes:*

*Le escribo esta carta para informarle que su hijo ha nacido en perfecto estado, es un varón saludable y hemos podido cubrir los gastos médicos con el dinero que estuvo enviando estos meses. ¿Vendrá a Yorkshire para conocerlo? Debemos anunciar el nacimiento de su heredero y elegir un nombre adecuado para él.*

*Espero su pronta respuesta.*

*Lady Aline.”*

Un varón... El mayor de sus temores se había llevado a cabo y ahora lo menos que quería era saber sobre la criatura.

Un suave toque en la puerta lo hizo regresar a la realidad y rápidamente guardó la carta que Aline le envió. Deborah ingresó con un semblante preocupado a su despacho y se sentó frente a él, angustiada.

—¿Qué te dijo?

—Fue un niño, quiere que lo reconozca y me presente en Yorkshire para elegir su nombre.

Su tía sollozó amargamente y no supo cómo consolarla, comprendía el desazón que estaba sintiendo porque él se sentía igual.

—Al final ella consiguió lo que quería, tuvo al heredero del ducado y ahora exigirá sus derechos —soltó con tristeza, poniéndolo tan rígido como una vara—. Sólo eso puede explicar que envíe una carta justo ahora que el niño nació, cuando todo Londres sepa de su existencia ese niño será adorado y respetado.

—No tienen por qué saber de él, tía —respondió con frialdad, tomando una nueva decisión.

Deborah lo miró con esperanza en los ojos.

—¿No lo reconocerás?

—No pienso responderle, ese simple gesto bastará para que ella comprenda que me niego a reconocer al fruto de una relación incestuosa.

Era lo mejor, esa criatura no sería su heredero, tendría todo lo que uno necesitaba para vivir bien, pero nunca le cedería el ducado al hijo que tuvo con la bastarda de su propio padre.

Eso era impensable.

—¿De verdad, cariño? —Inquirió su tía con lágrimas en los ojos y asintió, provocándole un gran alivio—. Es lo mejor, pero... le dije al mayordomo en Yorkshire que le permitiera enviarte cartas a tu esposa, creo que debe...



—Está bien —respondió con rapidez, al menos de alguna manera podría saber más de ella y el niño—. Creo que será bueno que nos mantenga al tanto de lo que está haciendo.

Aunque no tenía pensado responderle una sola carta.

Durante los siguientes meses empezó a recibir cartas mensuales y no había una que no quisiera leer; en ellas Aline le decía que estaba bien y evitaba la mención del niño como si supiera que ese era un tema que él no quería tocar; no obstante, a veces él se perdía en las letras queriendo saber cómo se encontraba la criatura.

Su hijo... ¿Cómo se llamaba?, ¿se parecería a él o a ella?, ¿cómo estaba?, ¿estaría bien sin él?

Las continuas visitas de Norfolk lo atosigaban, ya no sólo le ofrecía Edevane Park sino una gran fortuna; y todo por saber dónde estaba la hija de la mujer que amaba. Dylan siempre rechazaba su visita y ordenaba que lo echaran de su casa, no pensaba decirle donde estaba su familia.

—¿A ti no te pesa la consciencia al saber que tu esposa está exiliada en el campo, Portman? —preguntó con la mirada perdida en la nada y el pelinegro lo miró con el ceño fruncido.

—Mi esposa se fue porque quiso, yo no la exilié.

—¿Y no la extrañas?

Su amigo rompió a carcajada limpia, como si acabara de decirle el mejor chiste de la temporada.

—Estás de broma, ¿verdad? Gracias a ella soy rico, cubrí mis deudas y tengo a la amante que quiero, ¿por qué querría que ella regrese a la ciudad? El sólo verla es una ofensa para mis hermosos ojos.

Ahora comprendía por qué lady Seraphina prefería estar en el campo; Portman era un desgraciado.

—No comprendo por qué te lamentas por lady Blandes, pronto se cumplirá un año desde que la enviaste a Yorkshire y ella no muestra indicio alguno de necesitarte. —Apretó la mandíbula con disgusto, odiaba que tuviera razón—. Y no quisiera creer que desde ese entonces no has vuelto a disfrutar del cuerpo de una mujer.

Efectivamente no lo había hecho, simplemente no conseguía concebir algo así.

—Eres un idiota, Blandes. Eres rico, bien parecido y tienes un título que genera suspiros en las féminas, ¿por qué sufrir por alguien a quien no quieres en tu vida?

Porque a pesar de todo, él la amaba.

—Si por último sientes pena por tu esposa, tráela a la ciudad e implementa la estrategia de Devonshire, la tiene aquí pero eso no quiere decir que sea un buen marido con ella; una esposa siempre estará sometida a la voluntad de su esposo y no hay nada que se pueda hacer para cambiar ese hecho.

No era tan sencillo, a diferencia de Devonshire, él sí amaba y deseaba a su esposa, pero lastimosamente no podía tenerla como quería. Ellos eran medios hermanos.

—Tu consejo apesta —soltó con enojo y Portman se encogió de hombros.

—No puedo aconsejar correctamente a un hombre que ni siquiera sabe lo que quiere.

¡Sí sabía lo que quería! Pero lastimosamente no podía tenerlo.

Recibió la navidad junto a su tía y al mes se preguntó qué fecha habría nacido su hijo, Aline nunca se lo dijo pero deducía que pronto cumpliría un año, dado que esos últimos meses no supo nada de ella y lo más probable era que estuviera ocupada con... ¿De verdad no podía escribirle una carta para pedir el nombre de su hijo?

Quizá podría hacerlo, enviaría una carta antes de que la temporada diera inicio y así podría preguntar cuál era el nombre del pequeño. Tal vez el tiempo pudo haber mermado el odio de Aline, estaba seguro que si ella conocía la verdad de su nacimiento apoyaría sus decisiones.

No obstante, la necesidad de reconocer a su hijo empezaba a carcomerlo por dentro.

Se sentía solo y el miedo al desprecio de Aline se había convertido en una nueva cadena que le impedía visitar Yorkshire, ¿con qué excusa podría presentarse ante su familia?, ¿qué les diría después de tanto tiempo de abandono?

Más de un año, para ser precisos.

Si bien envió dinero, servidumbre y todo lo que ellos podrían necesitar, comprendía que el panorama en el amor que Aline alguna vez sintió hacia él no sería el mismo.

Estaba decepcionado de su proceder, de su cobardía e incluso así no era capaz de enfrentarla. Era un milagro que siguiera estando cuerdo cuando lo único que quería era salir corriendo en su búsqueda, se sentía fatal, muchas cosas habían dejado de interesarle y su vida había sucumbido en la depresión.

En la ciudad en la que alguna vez fue un tempaño de hielo, ahora era un duque desolado. Ya ni siquiera Grafton soportaba su compañía. Ese año había evitado todo evento social y pocas veces era visto fuera de su casa, prefería pasar el día ensimismado en su libro de cuentas o haciendo cualquier cosa que mantuviera su mente lejos del recuerdo de su esposa.

Una vez Portman le preguntó por su bienestar, si todo estaba bien en su vida, y él sólo pudo

decirle que sí, que se encontraba bien, cuando en el fondo se sentía perdido porque había perdido al amor de su vida y ahora no tenía la menor idea de cómo podría mirarla a los ojos si se diera un reencuentro entre ellos.

Si hasta el día de hoy no había sucumbido en el alcohol, era gracias a Grafton y Devonshire, quienes sin éxito alguno intentaron quitarle el peso de su consciencia y fueron un gran apoyo moral para él.

Cuando la temporada dio inicio, Dylan se sintió fatal al percatarse que su carta no había obtenido una respuesta. Aline se rehusaba a darle información sobre su hijo y no podía culparla por nada, fue él quien se negó a recibirla en primera instancia.

La extrañaba, deseaba verla, conversar con ella y sentir su dulce aroma.

A veces se preguntaba cómo sería todo si decidiera olvidar su pecado, tal vez serían felices, fingiendo ser una pareja de esposos en vez de hermanos. Tiempo atrás había optado por obtener la venganza de su madre por medio de Aline, pero con el pasar de los días se había dado cuenta que esa venganza le generaba mucho dolor, por lo que había decidido dejarla totalmente tranquila, pero lejos de su alcance.

«Pero ella te engañó».

¿Por qué eso ya no le parecía tan importante?, ¿su amor era capaz de incluso borrarle la memoria?

Tal vez por eso nunca más volvió a necesitar más de él: ella tomó los documentos, aceptó sus treinta libras mensuales y siguió con su vida haciendo de cuenta que él no existía en ella.

«Tú hiciste lo mismo».

Se tentó a servirse una copa de whisky, pero su mano quedó en medio camino hacia el aparador. Si empezaba no podría detenerse y recordar que le había roto todas sus promesas de amor era algo demasiado doloroso para él.

Se frotó el mentón, molesto por la barba espesa que se acentuaba en su rostro.

—Blandes.

Deborah... Juraría haberle dicho que no podía entrar a su despacho.

—¿Qué?

No le interesó sonar grosero, desde hace un año que todo dejó de interesarle.

—Acabo de aceptar la invitación de lady Victoria Pierce, ella abrirá la temporada con un baile de bienvenida y será mañana. Debemos asistir.

—Irá sola.

—No puedes seguir ausentándote, muchos creen que ella te abandonó, muéstrales lo contrario.

—Soy una rata, para el colmo es ella la que carga con las piedras de nuestro escándalo.

—Por favor —bufó su tía—. Ella ni lo notará, seguro está muy ocupada cargando a tu hijo.

Su hijo... Un pequeño que aún no conocía y al que debería haber presentado en su momento.

—Salga de mi despacho.

—No hasta que me digas que irás.

—Iré —Se frotó las sienes con frustración—, ahora largo.

—Perfecto, mañana será. Deberías rasurarte la barba, dudo que con ese estado tan deprimente puedas conseguir una amante, cariño.

Los músculos se le tensaron.

—¿Cómo dijo?

—Una amante, Blandes, creo que requieres de una mujer.

Requería de su mujer, no de una fulana.

—Déjeme solo, Deborah, aún estoy a tiempo de arrepentirme.

Su tía no dijo más y abandonó la oscura estancia en silencio, dejándolo más solo que antes. Tenía un hijo al que aún no conocía y le picaban las piernas por subirse a su semental e ir a buscarlo y traerlos a ambos de regreso a la casa que nunca debieron dejar.

Se deprimió, no conocía el nombre de su hijo.

Se pasó la mano por el cabello con frustración.

¿En qué demonios estuvo pensando al no querer aceptarlo?

## Capítulo 20

—Tomando en cuenta tu situación, creo que lo mejor es que la olvides —espetó Grafton, mirando por la ventanilla del carruaje—. Ella no te quiere ver, tú ya cometiste tu error, olvidarla es lo mejor. Ella debe odiarte.

—¿Devonshire vendrá?

No pensaba seguirle la conversación si el tema principal implicaba abandonar a Aline.

—No, rechazó todas las invitaciones que le llegaron.

Hizo una mueca.

—En un principio, cuando no conocía a la dama, creí que su idiotez se debía a que su prometida era poco agradecida, pero lady Devonshire es...

—Diferente a una flor inglesa. Está lejos de las preferencias de nuestro amigo.

—Nunca debimos casarnos, somos muy malos como esposos.

—En efecto, hicieron mal.

Dylan no le dio la razón, el matrimonio era mágico si era con la persona correcta. Él sí la encontró, sólo que en tiempo y espacio equivocado.

—¿Sabes algo de lady Blandes? Ya pasó mucho tiempo, dejarla así no puede ser algo sano.

—No, no respondió la carta que le envié, creo que me odia.

—Yo también te odiaría si me hubieras hecho eso. Sin embargo, no es bueno que dejes a una dama, una muy hermosa por cierto, sola en una de tus más deprimentes propiedades con un niño.

—Ella debe tener más, la suma que le envió es estafalaria, Aline debe estar rodeada de comodidades.

—Eso esperemos. Los días cada vez son más fríos y supongo que todo ser humano con sentido común busca una fuente de calor.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño confundido y Grafton no le miró, sino que continuó hablando.

—Tu esposa podría tener un amante, Blandes.

Sus manos se empuñaron y se odió a sí mismo por repudiar la idea. ¡Ella era suya! Y si ahora no la podía tener porque era su hermana, nadie más la tendría.

—Alguien que la proteja a ella y al niño, que les brinde calor y amor, algo que tú no estás

haciendo por más de un año.

¿Cómo contarle la verdad? No quería divulgar el secreto sobre el nacimiento de Aline, pero tampoco deseaba quedar como el malo de la historia; no cuando él era una víctima más en el juego del destino.

—Los condes van a solicitar hablar contigo, lady Norfolk está desesperada por su hija, aun no entiendo como es el que el conde no te mató. Si alguien tocara a la mía, lo mataría con mis propias manos.

—No tienes una hija —intentó desviar el tema.

—Pero la tendré algún día, supongo. —Se encogió de hombros.

—Y tendrás que darle una buena parte de tu fortuna para que alguien la quiera, a no ser que la cedas a un donnadie, algo así como un abogado, doctor o comerciante sediento de una buena posición social.

—Un donnadie será mucho mejor que un duque si es igual que tú.

Era hora de parar, su amigo estaba molesto.

—Siempre te burlaste de Norfolk porque nunca pudo engendrar un heredero.

Sus músculos se tensaron, no quería tocar ese tema, no quería recordar el por qué no existía un heredero para el condado.

—No le veo nada de malo a tener hijas, cuando yo tenga una querré lo mejor para ella.

Retiró la mirada. Nunca se puso a pensar que hasta Aline había sido víctima de sus prejuicios, la hija única de un conde, un gasto cuando no tenían el capital suficiente para invertir en ella y... Lo mejor que alguna vez pudo haberle pasado en la vida.

Aun recordaba cuando su padre le dijo que las niñas eran un problema; que ellos, como todo Edevane, tenían que tener puros varones, pues el primer hijo siempre era uno, había sido así por años.

El carruaje se detuvo e inspiró con fuerza. Ese día tendría otra batalla con el conde de Norfolk y pese a que ya lo sabía no le daría la información de donde se encontraba su hija.

Nadie sacaría a Aline de sus dominios.

Como era de esperarse, el solo poner un pie dentro del salón de baile hizo que todas las miradas cayeran sobre él. Deborah le dijo que asistiría más tarde, por lo que estaba seguro que usó una treta para arrastrarlo hacía allí. Saludó a los presentes y fingió estar a gusto con la compañía aristocrática por casi dos horas hasta que una pregunta llegó con descaro por parte de

lady Dolby, una belleza decidida a follarse a toda la población masculina de Gran Bretaña.

*¿Y su esposa, milord?*

Su respuesta fue simple, dio a entender que Aline se había retirado al campo porque le sentaba mejor que estar en la ciudad. Tal vez nadie le creyó, pero no le interesó, puesto que mañana mismo partiría a Yorkshire y la traería de regreso a Londres junto a su hijo. Ya no podía más, si seguía así, terminaría dándose un tiro en la frente.

No sería lo mismo, pero al menos ellos estarían allí, en un lugar donde él pudiera verlos.

La usó como medio de venganza y ahora se daba cuenta que fue una estupidez. Ella no se lo perdonaría jamás, pero aún estaba a tiempo para no perderlos a los dos. Y quizás, con el tiempo, podría recuperar el amor de Aline.

—Buenas noches, su excelencia. —El parloteo cesó al instante y Blandes dirigió su gélida mirada hacia la condesa de Norfolk, la mujer era tenaz, la manera en la que alzó el mentón le dio a entender que no lo dejaría tranquilo hasta obtener lo que quería.

—Milady. —Hizo una venia y la saludó como correspondía—. Ha pasado un tiempo.

—Me gustaría hablar con usted.

—¿Y su esposo, lady Norfolk?

—En la sala de juegos con el marqués de Winchester —respondió recelosa.

Hacía meses que no veía al conde, al final se había dado por vencido con sus constantes visitas y decidió iniciar una búsqueda por su cuenta; una búsqueda que por supuesto él llevaba saboteando.

—¿En qué la puedo ayudar? —fingió ignorancia y vio desesperación acompañada de decepción en el brillo de sus ojos.

—Quiero saber dónde está mi hija y mi nieto, ¿o fue una niña? Deseo conocerlo, quiero verlos, llevo más de un año sin saber de Aline, nunca debí haberla dejado con Noelle.

Se tensó. Abrió la boca para responderle, pero apenas y pudo susurrar.

—Fue varón —contestó perplejo.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé. —La condesa abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo qué no lo sabe? ¿Qué es lo que no sabe? ¿No conoce el paradero de mi hija?

—No, claro que sé dónde está —dijo esta vez más fuerte y seguro. Sin embargo, el sudor

empezaba a humedecerle la frente. Aflojó un poco su pañuelo e ignorando a la mujer salió hacia el jardín para poder respirar un poco de aire fresco.

Lo siguió y quiso gritarle que se alejara de él.

—¡Su excelencia!

—Milady, no sé si no es capaz de darse cuenta, pero me estoy alejando del ajetreo de la velada para disfrutar de mi soledad, ¿podría dejarme tranquilo? —siseó con ira contenida y la condesa paró en seco, apenada.

—Quiero saber dónde está mi hija —confesó con la voz quebrada y la mirada llorosa—. Usted nunca me recibe, a mi marido no le da una respuesta y ambos sabemos que podemos cuidar de ellos si usted no desea hacerlo.

—¿Cómo? —Algo dentro de él se encogió.

—De Aline y mi nieto. Usted no los quiere, tal vez tema que los enviemos a América, pero si usted nos permitiera protegerlos se quedarían en Londres. Jamás le pediremos nada, mi marido recuperó su fortuna y esta crece cada vez más. Podemos cuidarlos, se lo suplico, díganos donde está nuestra hija.

Entonces no pudo contener sus palabras.

—Norfolk es muy bueno —dijo despectivamente y lady Camyl frunció ligeramente el ceño y asintió.

—Es el mejor hombre que he conocido, a diferencia de mi hija; yo sí he tenido suerte.

Empuñó sus manos.

—La ha tenido, no cualquiera acepta a la bastarda de un duque.

—¿A qué se refiere? —Frunció el ceño y si su confusión no hubiera sido tan notoria, Dylan no estaría sintiendo un escalofrío subir por su espina dorsal. Ella pareció comprender las cosas porque abrió los ojos de hito a hito, horrorizada—. ¡¿Está insinuando que mi hija es...?! —Jadeó y en ese momento Dylan descubrió otro lado muy peculiar de la condesa—. ¡Mi hija es una Anderson de pies a cabeza!

—No mienta —titubeó al dar su respuesta—. Es la hija de mi padre. Lady Deborah me dijo la verdad.

—Oh mi Dios, que Birger me perdone pero ya no puedo más, usted nunca quiso escucharnos y mi marido me pidió que no insistiera, pero esto ha sobrepasado mi paciencia. ¡Mi hija jamás salió de esa paria! Porque su padre, excelencia, era un desgraciado. ¡Un maldito cabrón! —gritó fuera



de sí, sorprendiéndolo por su arranque de ira.

—¿Quién demonios se cree? —apretó la mandíbula y la condesa no contuvo su ira.

—Yo tuve la suerte de que Birger me pidiera huir, porque fue ese día que me liberé de un futuro desdichado junto a su padre.

—Usted lo dejó como un imbécil ante la sociedad.

—Su padre ya era uno —espetó con sequedad.

—La escucho, le doy tres minutos para que me cuente su dichosa versión.

Ya estaba aborreciendo la situación, sino terminaba con eso de una vez por todas se volvería loco. Quería ir a Yorkshire y verlos a ambos, conocer su verdadero estado.

Lady Norfolk se sorprendió un poco por sus palabras, pero asintió eufóricamente.

—Después de que huyera con Birger a Gretna Green, cuando regresamos a Londres tu padre nos buscó, quiso anular nuestra unión, él decía amarme pero lastimosamente yo no podía corresponderle.

—Debí sospechar que fue usted la mujer por la que mi padre ignoró a mi madre.

—Él necesitaba mi dote —susurró y le creyó, su padre era un asno adicto al juego—. No me amaba, sin embargo, fue ahí donde se obsesionó conmigo. La prometida que Birger dejó quedó arruinada, su familia duplicó su dote y eso captó la atención de tu padre, por lo que fue a pedir su mano sin importarle los rumores.

Se tensó, él no había escuchado que Norfolk tuviera una prometida antes de su matrimonio.

—¿Mi madre estaba prometida a lord Norfolk? —se enfureció, esa mujer era una...

—Su tía: lady Deborah —corrigió con voz queda.

¡¿Cómo?! Eso no podía ser cierto, tenía que ser una broma, aunque...

—¿Y qué pasó? ¿Mi padre se comprometió con ella? —preguntó con la ansiedad a flor de piel.

—¿Ahora me dará más minutos? —La condesa sonrió con desgana.

—Hable —ordenó con poca paciencia.

—Los padres de lady Deborah, al ver que era un duque empobrecido, lo manejaron a su antojo.

—¿Haciendo qué?

—Lo casaron con la hija menor, un triunfo seguro en su futura presentación.

—Mi madre se casó a los diecisiete —susurró con un hilo de voz.

—Tuvieron que esperar un año, en el transcurso de ese tiempo las deudas del duque fueron saldadas y...

—¿Y...?

—Él inició un romance con su tía.

—No, no puede ser cierto. —Se rehusó a creerlo, si eso era verdad, la mujer que atormentó a su madre por años fue...

—Lo es, Birger los vio, Deborah quería casarse con el duque porque estaba segura que nadie la aceptaría después de tener un compromiso roto. Lo sedujo, pero nada funcionó, sus padres la enviaron al campo y fue lady Clarisse la que se casó con él.

—¿Y qué pasó después?

—Ella era una beldad, eso era del agrado de su padre. Concibieron al heredero al mes de su unión, eran una pareja envidiada, pero...

—¿Pero qué? —exigió que se apresurara.

—Su tía regresó para cuidarlo, pasó a ser una solterona, ya nadie la observaba y ella tampoco podía casarse porque... —titubeó, pero él sabía la respuesta: su padre la había deshonrado.

—En los años que viví con ellos no vi nada anormal.

—No puedo asegurar qué sucedió en su casa, pero era sabido que su padre engañaba a su madre. Clarisse carecía de buena salud, siempre estaba en cama y él...

—En un salón de juegos —completó la oración y la condesa lo miró con pena, una pena que detestó.

—Yo me embaracé, dimos la noticia alegremente y Norfolk se puso muy contento, más porque había pasado mucho tiempo mientras lo intentábamos. Por un momento perdimos las esperanzas, si bien nos casamos jóvenes, porque yo hui con él a mis dieciséis, el tiempo seguía corriendo.

—¿Quiere decir que usted y mi padre nunca tuvieron nada? ¿Por qué debería creerle? Todos sospechaban que usted fue su amante.

—Porque su padre apareció después de que nosotros diéramos la noticia de mi embarazo —se exasperó—. Se acercó a nosotros fingiendo compartir nuestra alegría, su tía vino con él, era quien siempre lo acompañaba dado que su madre no podía.

El miedo se acrecentó en su interior. Tenía que ser una broma.

—Continúe.

—En una fiesta campestre de la marquesa de Winchester, Birger y yo decidimos quedarnos una noche más porque no me sentía del todo bien. Su padre hizo lo mismo, pues la duquesa para ese tiempo ya estaba muy delicada de salud y fue casi un milagro que pudiera asistir a la fiesta. Noelle nos aceptó gustosa como toda anfitriona y todos, incluida su tía, nos quedamos una noche más en Hampshire.

—¿Y qué pasó?

—Esa noche Birger se quedó con el marqués de Winchester conversando, ya era tarde y yo supuse que estarían compartiendo unos tragos; no obstante, al ver que no subía bajé a buscarlo. Fue fácil dar con él porque en la sala en la que se encontraba sólo se escuchaba el llanto de una mujer.

—Deborah...

Asintió.

—Ella lo seguía amando y Birger trataba de explicarle que él no podía corresponderle porque yo era lo más importante para él. Fue un alivio, siempre tuve miedo que el embarazo lo alejara, una aumenta peso y los hombres suelen ser frívolos cuando lo desean. Quise irme y dejarlos solos, pero las palabras de Deborah me dejaron sorprendida, ella le dijo a mi esposo que yo era la amante de tu padre, que mi hijo no era suyo. Birger se rehusó a creerle con educación, era obvio que la desesperación la carcomía. Entonces ella lo besó. Yo estaba segura que la retiraría y en cuestión de minutos estaría en nuestra alcoba, por lo que salí corriendo.

—Confió mucho en él. —Tragó con fuerza.

La mujer lo miró con ternura.

—Usted no tiene una amante, ¿verdad?

—No.

No la tenía porque en su cabeza y corazón sólo estaba su mujer.

—Yo sabía que él jamás me engañaría, nuestro amor es muy fuerte.

—No lo comprendo, ¿qué tiene que ver todo esto con el duelo que se desató entre mi padre y su esposo?

Que lo matasen si no vio el cuerpo de la dama tiritar en las penumbras.

—Cuando llegué a mi alcoba... jamás creí que me encontraría con tu padre allí.

Se puso rígido al imaginarse qué pudo haber llevado a su padre hasta esa habitación.

—¿Él...? —Dio un paso hacia ella, temiendo lo peor.

Y es que todo coincidía con él, Guillermo Edevane fue el diablo en persona.

—No, pero intentó violarme —soltó de pronto, generándole un gran nudo en el estómago—. Aseguraba que me amaba y que ambos hubiéramos sido muy felices, estaba bebido, intenté gritar pero él me lo impidió cubriéndome la boca con una mano.

—Dios santo. ¿Acaso ellos planearon todo?

—Tal y como lo pensé Birger ingresó a la alcoba a los segundos, tu tía le pisaba los talones pidiéndole más tiempo, pero por suerte él no se lo dio y llegó en el momento preciso.

Dylan se sintió repentinamente mareado. Deborah y su padre siempre pasaban mucho tiempo juntos. Deborah cuidó de su madre y desde que ella llegó a su casa... La salud de su madre terminó empeorando.

—¿Lo planearon? —repitió la pregunta.

—Birger está seguro que así fue. Él no pudo pensar con claridad al encontrarme en un estado tan lamentable, su padre había acabado con todo usando la fuerza para obligarme.

Alzó la mano para que guardara silencio, ella lloraba desesperada y aun así le contaba todo para saber dónde se encontraba su hija.

—Lo retó a duelo —concluyó él. Si él hubiera estado en una situación similar, el duelo jamás se habría efectuado, hubiera matado al malnacido en ese preciso instante.

Entonces pensó en ella, sintiendo un profundo dolor en el pecho. Aline no era su hermana.

La visión se le empañó.

Los condes nunca debieron ser sus enemigos.

*Creo que requieres de una mujer.*

La mujer que lo estuvo traicionando nunca fue Aline, sino su propia tía.

La furia le prendió las venas. Una farsa, todo este tiempo Deborah lo enmarañó con mentiras poniéndolo en contra de su mujer, de su hijo, ¡de su familia! Cuando era de ella de quien debía huir, a quien debía castigar.

—Tal vez no pueda creerme, pero piénselo, nosotros jamás demostramos ser una pareja de actitud sombría, mi marido siempre mostró su devoción hacia Aline, pese a que no fue el heredero que deseaba, él la adoró desde el momento que la tuvo entre sus brazos. Mi hija... ella siempre fue muy consentida, jamás le faltó nada y algo me dice que ella la está pasando muy mal. Si quiere vengarse de alguien, estoy dispuesta a recibir un castigo, pero no siga lastimando a mi hija.

Dylan agradeció que la oscuridad lo protegiera de la lágrima rebelde que bajó por su mejilla.

Odiaba la idea de que alguien pudiera verlo tan vulnerable.

—Los traeré conmigo, pienso ir por ellos ahora mismo.

La había enviado a un lugar alejado, sin importarle la hora, el frío y el peligro que ella podría pasar, y lo había hecho cuando estaba embarazada, saliendo de una reciente decaída. Las manos le temblaron. ¿Por qué fue tan cruel? ¿Por qué no pudo esperar? ¿Por qué no pudo preguntar? ¿Por qué no pudo escuchar a su corazón?

—No —espetó con rapidez, casi espantada—. Su gracia, ya no la lastime, déjenos ir a nosotros. Usted ya le hizo mucho daño, regréenosla, tengan un matrimonio cordial como de todo inglés.

—Tardaré una semana y media en volver —dijo como si ella no hubiera dicho nada— y vivirá en mi casa.

—Por favor, su tía es un peligro.

Su tía saldría ahora mismo de su casa y él no tendría la misericordia de brindarle una asignación.

—Me retiro.

—¿Es qué no escucha?! —Chilló la condesa—. Mi hija debe odiarlo, usted sólo la lastimará, ¡no quiero eso para ella!

—¿Es que no puedo desear un matrimonio como el suyo?! No quiero un matrimonio inglés, no con la mujer que amo.

—Un matrimonio como el mío se basa en la confianza. Usted, estoy segura, le prometió todo un mundo mágico a mi hija, no por nada Aline se habría ido con usted, y mire como la tiene ahora, exiliada del único mundo que ella conoce. Ni siquiera sé si mi hija cuenta con las comodidades que su padre y yo siempre le dimos.

Tragó con fuerza.

No fue así, al menos los primeros meses que sólo envió diez libras no las tuvo. Dios santo, ni siquiera estaba seguro si Aline durmió en una cama decente durante sus primeros meses de embarazo. Él le empezó a enviar treinta libras en noviembre.

—Tengo que irme.

—¡Dígame donde está, cumpla con su palabra!

Lo sujetó del brazo y cuando se giró para decirle que estaba en Yorkshire, el pánico lo invadió al ver como la mujer se doblaba por el dolor.

—¡Ah!

—Milady, ¿qué sucede?

—Me duele. —Rodeó su vientre con agitación y Dylan no lo pensó más, tomó a la condesa en brazos y regresó hacia el salón causando todo un espectáculo para los invitados.

Dos horas, casi dos horas le había tomado esperar a que el doctor revisara a la condesa y en ese tiempo había discutido con Norfolk tratando de explicarle que él jamás le puso un solo dedo encima a su mujer.

Ingresó a su casa casi tirando la puerta hacia abajo y todos los criados salieron de sus aposentos, espantados.

Él también estaría espantado si fuera ellos.

—¡Pero ¿qué diantres sucede aquí abajo?!

Justo a quien quería ver.

Su tía bajaba por las escaleras con su elegante salto de cama de seda, tan costoso que estaba seguro que se necesitaba muchas libras para adquirir uno.

—¿Qué te sucedió? —le preguntó—. Te ves fatal. No me dirás que iniciaste una pelea en la casa de lady Pierce, ¿verdad? —Se puso frente a él y Dylan empuñó sus manos para controlar sus actos.

—¡Roman!

Deborah respingó y el mayordomo se acercó a él, tembloroso. El duque había alzado la voz pese a saber que él se encontraba a su lado.

—¿Su excelencia?

—Preparen todas las pertenencias de lady Meyer.

Deborah abrió los ojos de par en par.

—No pienso viajar, querido.

—Se largará esta misma noche de mi casa —escupió con desprecio y la mujer palideció al instante.

—¿Qu-é te suce-de?

—Por tu bien, Deborah, sal de mi vista y de mi vida. Lárgate, vende tus preciadas joyas y busca un hotel, porque de mí no recibirás ni un penique y no eres bienvenida en ninguna de mis propiedades.

—Pe-pero...

—¡Largo! ¡Muévanse todos! Preparen mi caballo y un carruaje, empaquen mis baúles, iré a Yorkshire. ¡Ahora!

—¿Lo haces por ella? —Si no conociera la verdad, sentiría algo de pena por las falsas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Deborah—. Me dejas por...

—Lárgate —escupió con desprecio—. El que seas mi tía y el que hayas sido la amante de mi padre no me obliga a mantenerte. Sal de mi casa antes de que empiece a averiguar más cosas y se me permita presentar una denuncia en Bow Street.

Su tía quedó tan pálida como una hoja y dio un paso hacia atrás, mientras rodeaba su cuello, angustiada.

Jamás le perdonaría todo el daño que le causó a su familia, ¡era una sinvergüenza!

—Está bien, me iré —soltó con voz queda, recuperando la compostura—. Pero antes debo entregarte esta carta, llegó hace unas horas.

Una carta de Aline.

¿Le diría cuál era el nombre de su hijo?

Sin dudar le arrebató el sobre de las manos y lo abrió con rapidez, ya nada le importaba, quería que todos en esa casa supieran lo importante que era su esposa para él.

Empezó a leer el contenido de la carta y se desconcertó al ver que no fue escrita por Aline, estaba firmada por el mayordomo.

Las manos empezaron a temblarle mientras leía que su esposa cayó enferma hace unos meses y por varios segundos olvidó de como respirar cuando al final de la carta le informaban que Aline y su hijo habían fallecido hace más de dos semanas por la fiebre.

¿Muerta?

Empezó a respirar con dificultad, eso no podía ser real, ¡Aline y su hijo no podían estar muertos! Las piernas le temblaron y pronto estuvo de rodillas en el piso, permitiendo que todos sus criados vieran su estado de vulnerabilidad.

*Promete que jamás vas a odiarme, que vas a cuidarme y nunca dejarás de amarme.*

*Lo prometo, encanto. Mientras yo cuide de ti, nadie podrá lastimarte jamás.*

Nunca cumplió ninguna de sus promesas, nunca la amó ni cuidó como ella había esperado que lo hiciera. Terminó matándola, fue él quien los llevó a terminar así, nunca estuvo para protegerlos.

En el fondo... hizo lo que la gitana le dijo que haría: rompió todas las promesas que le hizo a

Aline, esas que juraban lealtad, amor y protección. La envió lejos, la abandonó y al no responderle ninguna de sus cartas le demostró un desprecio que no existía.

Ella se fue y lo hizo sin saber lo mucho que la amaba y el por qué hizo lo que hizo.

Todo fue una mentira, nunca pudo deducir que la mujer que lo traicionaba era su tía.

Por defender el honor de un hombre que no lo valía, terminó matando a su propia familia.



## Capítulo 21

—Entonces, si sumamos los tres dados más los cinco de aquí: tenemos ocho —contestó Michael, el pequeño pelirrojo que hablaba desde su lugar.

—Muy bien, vamos mejorando. ¿Tú qué opinas, Ginger? —Miró a la pequeña niña y ella observó los dados.

—Yo creo que está bien —Dudó un poco, pero al ver la cálida sonrisa de su maestra ganó más confianza—. Si le quitara dos dados: tendríamos seis.

—Señora Peterson. ¡Abrió los ojos!

Su felicitación se vio interrumpida y sin tener más opción se puso de pie, pidiendo permiso a sus pupilos para alcanzar la cuna prestada que el mayordomo de la casa solía disponer para su uso.

—¿Está despierta? —preguntó Elizabeth con curiosidad, apoyando las manitas al borde de la cuna.

—Claro que está despierta, la señorita Nicole abrió los ojos —respondió Michael receloso, apartando a Elizabeth con delicadeza.

Él solía ayudarla mucho con el cuidado de su hija y en el fondo se lo agradecía, si no fuera por Michael, Nicole estaría sola y no tendría con quien pasar la mayor parte del tiempo.

Tomó a su hija en brazos y regresó a su lugar agradeciendo la tranquilidad de Nicole ante las vocecillas chillonas de sus alumnos. Como de costumbre, la pequeña castaña aguardó que todas sus energías regresaran a su pequeño cuerpecito para levantarse y mirar hacia los niños del salón. Sonrió risueña, pero gracias a los santos no pidió que la dejara en el piso, sino que se apoyó contra su pecho mientras ella seguía dando la lección.

Desde que su hija empezó a caminar, Aline sentía más presión de la normal. Temía que se hiciera algo en el momento menos oportuno, no quería que ella se lastimara o cayera enferma.

Aún recordaba lo difícil que fue su parto, el sólo recordar que llegó en un momento imprevisto hacía que la piel se le erizara, según Brown su parto se había adelantado un mes y eso pudo ser muy riesgoso para ella y su hija, más cuando fue en navidad donde por casualidades del destino él estaba de camino a Yorkshire y tuvo que pedir asilo en la casa que ellas alquilaron por la fuerte nevada que se presentaba en el exterior.

Si no hubiera sido por el doctor, no estaba segura si hubiera podido conocer a su hija.

Comprendía que no había sido del todo sensato huir de los lacayos que debían llevarla hasta la casa que Dylan determinó como su nuevo hogar, pero...

—Debemos huir, milady —susurró Josephine, angustiada, y la miró horrorizada.

—No puedo, él lastimará a mis padres.

No podía permitir que eso ocurriera, fue ella quien perjudicó a su padre y la única manera de ayudarlo era sometiéndose a la voluntad de Dylan. Además era su esposa, su deber era obedecerlo.

—Sus padres podrán defenderse —espetó la castaña con tristeza—, pero su hijo y usted no.

—¿Cómo? —La garganta se le cerró y le dolió ver la pena en los ojos de su amiga.

Porque eso era lo que Josephine era, una gran amiga por acceder a irse con ella en vez de quedarse en la comodidad de la casa del duque de Blandes.

—Siento mucho decirle esto, pero dese cuenta, milady; acaba de echarla a media noche y ahora nos dirigimos a Yorkshire, le dijo que no quería saber nada de la criatura. ¿Se siente segura con ese hombre? No quiero sonar grosera, pero algo me dice que no reconocerá a su hijo.

—Pero soy su esposa, no pued...

—¿Anunciaron el embarazo?

—No. —Sintió como su pecho se oprimía ante la dura realidad y miró por la ventanilla del carruaje—. No tengo nada, me casé sin tener nada y ahora resulta que al hacerlo también perdí a mi familia. No tengo a nadie.

—Creo que la comprendo —espetó la joven con tristeza, captando su atención—. Hace unos meses vivía con mi abuela y si bien no éramos ricos, nunca nos faltó nada. Ella me dejó sus ahorros y me dijo que viniera a Londres y me presentara en la casa del duque de Blandes, di sus datos como ella me dijo que hiciera pero lo único que lady Deborah hizo fue enviarme a la cocina. No comprendía nada, mi abuela me garantizó que mi vida mejoraría aquí; pero luego llegó usted y fue un apoyo para mí porque dentro de ese tétrico lugar se podía sentir un respiro en su compañía.

—Lo siento —musitó con voz débil y la castaña sonrió quedamente.

—No hizo nada.

—Usé un mal término, no estoy tan sola, tú estás conmigo, gracias por venir, Josephine.

—Oh, mil...

—Aline, puedes decirme Aline.

*No quería que le pusieran un título, no cuando sentía que acababa de perderlo todo.*

—Debemos huir, Aline, tengo unos ahorros, si alquilamos una casita y buscamos un trabajo podremos salir adelante. No confío en esta gente —confesó con recelo y asintió con tristeza.

*Ella tampoco lo hacía; es más, podría jurar que corría un grave peligro bajo la protección de los lacayos que el mayordomo eligió para que la escoltaran.*

—¿Y si él...?

—No te buscará —dijo cautamente, acunando sus manos—. Sé que soy joven, pero mi abuela siempre me habló de la maldad de los hombres y yo pude ver lo cruel que puede llegar a ser el duque. Date cuenta, te envié lejos para que sufras, ahora mismo siento que te expuso a un gran peligro, no le interesas y tampoco le interesa su hijo.

*Una lágrima se deslizó por su mejilla y sin poder presentar una objeción ante las duras palabras de la castaña, Aline asintió con tristeza. Ella tenía razón, todas las promesas de Dylan fueron una mentira, si él la hubiera amado de verdad nunca habría reaccionado como lo hizo.*

—No sé cómo hacerlo, nunca en mi vida he escapado de alguien.

Josephine le sonrió con ternura.

—Una vez lo hiciste para casarte con un hombre que amabas, ¿crees que no podrás enfrentar esto por tu hijo?

*Su pregunta la tomó por sorpresa y como si un nuevo sentimiento se hubiera apoderado de ella, terminó asintiendo. Claro que podría, ella tenía que cuidar de la única familia que le quedaba y si para ello tenía que enfrentar un sinfín de retos, así lo haría.*

*Tal y como Josephine lo predijo, a las dos horas pararon en una posada. Era un establecimiento pequeño, con suerte tendría cinco cuartos —notó Aline—. Le asignaron una alcoba junto a Josephine y esperaron a que todas las luces del establecimiento se apagaran para huir por la ventana.*

*Huir a las cuatro de la mañana era peligroso, más cuando no tenían nada en manos. Acudió a un humilde hogar para pedir cobijo haciéndose pasar por una viuda que tuvo un accidente en la carretera junto a su doncella y no pudo encontrar una posada donde resguardarse.*

*Por suerte las aceptaron ofreciéndoles un cuarto sencillo y esa noche durmió sólo un par de*

*horas por la angustia. No tenía la menor idea de cómo terminaría todo, ni siquiera estaba segura si realmente Dylan no acudiría en su búsqueda cuando descubriera que terminó huyendo, pero algo en su interior le decía que era lo correcto.*

*Sin embargo, lo que Aline no esperaba era que a la mañana siguiente le llegara la trágica noticia de un incendio en la posada y que, según los dueños, sólo se hubieran registrado daños materiales y dos muertes de dos jóvenes que no dieron ninguna referencia familiar a la hora de hospedarse.*

Él había intentado matarla... En un principio esa verdad la golpeó con fuerza, llegó a pensar que lo mejor sería evitar que su hijo naciera, pero fue Josephine quien la ayudó a abandonar ese pueblo y seguir adelante con su vida. Fueron meses difíciles, aún no comprendía como su amiga pudo lidiar con ella, otra la hubiera abandonado en su miseria.

No fue hasta que tuvo a Nicole entre sus brazos cuando su vida cambió por completo, todo su mundo dio un giro de ciento ochenta grados y sus prioridades cambiaron. Si bien había logrado superar parte del trauma que le dejó aquel día, Aline no podía imaginarse un reencuentro con el duque de Blandes. Pensar que quería matarla era angustiante, dado que ese plan no vendría dirigido únicamente hacia ella, Nicole también correría peligro.

Se había inventado una identidad falsa para poder recibir un trabajo como institutriz y si consiguió uno fue gracias al doctor Brown, la única persona que conocía su verdadera identidad y quien ahora era prácticamente su principal fuente de ingresos gracias a Josephine, quien al poco tiempo del nacimiento de Nicole terminó convirtiéndose en su querida.

Todo mejoró para ella cuando el nuevo dueño de la tierra vecina de donde ella vivía había decidido hacer una pequeña escuela para los hijos de sus criados, fue ahí cuando aprovechó la oportunidad para presentarse. La paga era buena y si era sincera lo necesitaba, no quería sentirse una mantenida. Josephine no tenía obligación alguna con ella.

Los primeros meses no fueron sencillos. La idea de que el dueño de la tierra la conociera la horrorizaba, pero con el tiempo se dio cuenta que él no radicaba allí, sino en Londres. Cuando el mayordomo la vio llegar con Nicole el primer día de clases, le dijo que no podría seguir dándole un trabajo si no lo consultaba con su amo primero. Fueron tres días de larga espera pero al final, por suerte, el señor de la casa aceptó que mantuviera su empleo y se comprometió en ayudarla con lo que fuera posible.

Llevaban más de un año así y vivían bien, quizá no con lujos pero eran felices. Aunque muy a su pesar, Josephine terminó enamorándose perdidamente del doctor Brown, quien en reiteradas

ocasiones le había pedido que no se hiciera falsas ilusiones.

—¿Aline, ya nos iremos? —susurró Michael en todo confidencial y ella le sonrió con ternura.

Él era el pequeño hombre de su hogar y a pesar de que en un principio estuvieron llenas de necesidades, ni Josephine ni ella lamentaban el haberle dado un techo donde refugiarse. Aún recordaba el día que lo conoció. Ella vagaba sin rumbo alguno por la tierra —apenas y habían pasado dos meses desde que Josephine alquiló su nueva casita—, pensando en que no tenía a nadie y su vida era lo suficientemente dura como para querer seguir viviendo hasta que lo vio a él; herido y tirado junto a un lago.

El niño sólo tenía siete años y solía recibir maltratos en su anterior trabajo y al parecer quisieron deshacerse de él, por suerte Aline lo encontró a tiempo y se encargó de brindarle techo, comida y protección. Ahora él iba con ella a sus clases y le ayudaba a cuidar a Nicole.

—Para mañana deben resolver los ejercicios que les dejé como tarea. No quiero peros —recalcó firmemente.

—Sí, señora Peterson —dijeron los niños en uníson.

—Muy bien, entonces esto es todo por hoy.

Los niños recogieron sus cuadernos y lápices y ella se acercó a la pequeña cuna para sujetar las mantas de su hija. Nicole era igual que ella, temblaba con sólo recibir un poco de la fría brisa y lastimosamente el clima no estaba siendo muy amable con ellas.

—¿Y el papá de Nicole no vendrá por ella? —inquirió el pequeño pelirrojo con curiosidad.

—No, él no vendrá.

Para él: ellas estaban muertas. Blandes nunca se imaginó que Josephine y ella saldrían huyendo de la posada y lograrían salvarse.

—¿Por qué?

—Porque a los hombres no les gustan las niñas, corazón —resumió su respuesta en una posible teoría que pudiera satisfacer al niño.

Blandes jamás tomaría bien el hecho de que su primer hijo hubiera sido una niña. A decir verdad ni siquiera ella se planteó esa opción, siempre pensó que su bebé sería un niño, pero no... Era una hermosa niña que muy a su pesar era idéntica a su padre.

—¿Por qué? Ella es muy linda.

—Ahora sí, podemos irnos, ponte tu capa —le pidió y el niño de cabello rojizo siguió su orden en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Dejarás que hoy nos lleve el carruaje?

—No es posible, caminaremos los veinte minutos que nos tocan. Ya sabes, ellos no pueden saber dónde vivimos.

El niño asintió.

—¿Por qué si eres una duquesa estás aquí? —le preguntó a mitad del camino y ella sonrió, divertida. Michael sabía algunos de sus secretos dado que siempre estaba junto a ella cuidando a Nicole y Josephine no era tan discreta como ella hubiese querido—. ¿Lady Nicole crecerá como nosotros?

Se tensó.

No era que le pareciera algo malo, pero ella quería más para su hija. Sin embargo, no estaba segura si la suerte estaría de su parte en un futuro. Para triunfar no sólo se necesitaba belleza y educación —algo que su hija tendría— sino un título y una dote.

Una dote que el padre suele asignar a sus hijas.

También estaba el hecho de que su hija no crecería en la ciudad y si alguna vez decidía enviarla no podría acompañarla, no si quería evitar que el duque descubriera que esa noche que mandó a quemar la posada ella no murió como lo tenía previsto.

—¿Crees que es malo ser como ustedes? —Lo miró con ternura y el niño se sonrojó, apenado.

—Sí.

—¿Por qué?

—Nadie nos quiere, sólo nos utilizan para hacer trabajos pesados.

—Yo los quiero mucho.

El niño se ruborizó aún más.

—No todos son como Josephine y tú.

—Tendrán una buena vida, Michael, esos niños tienen la suerte de estar en una casa donde a su amo le importan. Como puedes ver no soy la única que se preocupa por ustedes.

—Dicen que en América es fácil hacerse de fortuna.

—¿Te gustaría irte a América? —Nunca vio como una posibilidad el hecho de irse a otro continente, pero pensándolo bien... Sonaba bastante agradable.

Si se alejaba de Londres nunca más volvería a sentir el peligro que hasta el día de hoy le carcomía por las venas, sentiría paz y podría empezar de cero sin miedo a ser vista y que alguien

la reconociera.

—Me gustaría ser muy importante. —Volvió a centrar su atención en Michael.

—Sé que lo conseguirás.

—¿No te cansas de cargar a Nicole? —inquirió el niño indicando a la pequeña que otra vez dormía en sus brazos.

—Es cansador, pero una llega a acostumbrarse.

—Si fuera más grande podría ayudarte. —Su vocecita la enterneció. Adoraba ver a Michael así, en esa posición de hombre maduro deseoso de cuidarlas de todo mal.

—Eres de gran ayuda, gracias a ti no me siento sola; y aquí entre nos, siempre me das la fuerza para seguir luchando.

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—Porque me hiciste ver que mi vida no es tan complicada.

O al menos eso pensó después de verlo curado después de la golpiza que le propinaron para deshacerse de él.

—Claro que lo es. ¡Eres una lady! Las ladies no limpian, no se meten a la cocina, no caminan kilómetros para conseguir carbón ni mucho menos se fían el mismo, no trabajan y, lo más importante, contratan nodrizas para que cuiden a sus hijos. Sufres mucho, Aline.

Ella pensó en las palabras del niño. Dios, realmente sabía mucho. Si bien en un principio fue difícil, pues no toda dama decidía dejar los guantes de lado para empezar a vivir bien, no se arrepentía de nada. Gracias al exilio del duque comprendió muchas cosas, se dio cuenta que el poderapestaba y era algo que no quería para su hija, no quería que esté sometida a su padre, no quería que la alejaran de ella y tampoco deseaba que los rumores y chismes cayeran sobre ella.

—Soy muy feliz.

Tenía a gente que la quería a su alrededor, eran pocos pero su amor era verdadero. No mentiría al decir que no deseaba contactar a sus padres; no obstante, no sabía cómo reaccionarían, decirle a su padre que su esposo intentó matarla en un incendio planificado en una posada era una razón de sobra para que ellos fueran a duelo y temía por la vida de su papá. Blandes era más joven y ágil, no estaba segura si Birger contaría con la misma suerte que con el difunto duque.

—¿Te duele no tener el cabello largo? —Tensó los hombros ante su repentina pregunta—. Las ladies siempre lo tienen largo pero el tuyo no lo es.

Sonrió con congoja, antes solía tener el pelo hasta la altura de la cadera pero ahora le llegaba

a los hombros. Lo cierto era que al no tener doncella ni muchos recursos, Aline había preferido cortárselo, era la única manera en la que podría tenerlo limpio y sentirse cómoda con él.

—Había una temporada donde los peinados no eran lo mío y mi tiempo era muy escaso.

—¿Josephine no podía peinarlo?

—Josephine tenía que aprender a leer, no teníamos tiempo para juegos.

Además ella no estaba en calidad de criada, ambas eran dos amigas tratando de subsistir.

—No es un juego, Aline. No soy de sociedad pero he oído hablar de ella.

—Es escalofriante, ¿no crees? —bromeó y el niño se exasperó—. Michael, soy feliz, juro que lo soy, no necesitas sufrir por mí porque no sufro.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, y déjame decirte que yo no rompo mis promesas.

Al menos no como las había roto el duque de Blandes.

—¿Y si él viene por ustedes?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Eso jamás sucederá —Él no iba a encontrarlas—, aquí soy la señora Peterson y Nicole, Josephine, tú y yo, nos iremos a América algún día.

—¿De veras? —Abrió los ojos de par en par.

Asintió. Quizás no sería pronto, pero algún día llevaría a su hija lejos de Londres.

Era lo mejor para ella.



## Capítulo 22

Ingresaron a la pequeña casa de dos plantas que se encontraba a más de media hora a pie de Yorkshire y Aline se alarmó al ver el pálido semblante de Josephine, quien caminaba de un lugar a otro mientras la única criada que las ayudaba con los quehaceres de la casa la miraba con pena.

Puso a Nicole en el piso para que pudiera caminar un poco y le pidió a Michael que se fuera con ella a la cocina. La casa no era muy grande y lastimosamente no tenía otro lugar a donde enviarlos.

La criada siguió a los niños para vigilarlos y les dio su espacio para que pudieran conversar a solas.

—¿Qué ocurrió? —Se acercó a su amiga y acunó sus mejillas para retirar las lágrimas de angustia que adornaban sus pecosas mejillas blancas.

—Me dejó, Aline, Jamie ya no quiere estar conmigo —sollozó y la envolvió en un fuerte abrazo, buscando su consuelo.

Sintió pena por su amiga, pero era algo que ya lo veía venir. Ellos habían iniciado la relación hace más de un año y en cualquier momento Brown cortaría los lazos, más cuando era obvio que Josephine había desarrollado sentimientos emocionales hacia el apuesto rubio.

—Tranquila, cariño, duele ahora pero con el tiempo lo superarás.

—Yo lo amo.

—El amor a veces es muy doloroso.

Y ella lo sabía de primera mano.

—Dejó la casa llena de alimentos, pagó las cuentas que debíamos y seis meses de alquiler por adelantado, también le pagó a la criada para que se quede con nosotros un año. Odio que sienta pena por nosotras, es como si no le importara.

Dudaba que eso fuera verdad, Jamie apreciaba a Josephine, ningún hombre haría algo así por una simple muchacha sin educación y desde que él empezó a tratar con la castaña se preocupó por su bienestar, ni siquiera le interesó tener que mantener a Michael y a ella también, sino todo lo contrario, trató de llevarse bien con todos y demostrar que su ayuda era sincera. Les dio ropa, cobijo y protección médica, algo que pudo haberles salido muy caro cuando nació su hija.

—¿Acaso volverá a Londres?

—No, seguirá siendo el doctor del pueblo, sólo se deshizo de mí.

Suspiró con congoja, ¿qué podía decirle en una situación como esa? La razón era lo que menos le importaba a Josephine ahora, estaba dolida y triste, había perdido a su primer amor y por más que quisiera ser optimista esa depresión no la superaría hasta dentro de muchos meses.

—No te preocupes del dinero, ahora tengo un empleo y Brown nos dio la oportunidad de ahorrar un poco. Lo he estado pensando y quizá lo mejor sería irnos en un futuro cercano a América, empecemos de cero, tú conoces gente allá.

La hermosa castaña de mirada color miel conectó sus miradas y sorbió de su nariz ruidosamente.

—Cuando hace un tiempo te hablé sobre el falso amor del duque de Blandes, nunca creí que te dolería tanto. Ahora que estoy en tu lugar puedo decirte que comprendo tu dolor, perdóname, Aline, fui muy dura contigo.

—Eras sólo una niña —carcajeó roncamente y Josephine no dijo más, siguió abrazándola para desahogar su desasosiego.

Sin embargo, en ese momento Aline sólo pudo pensar en el gran parecido que acababa de ver en los ojos llorosos de Josephine con los de Nicole. Tragó con fuerza y se rehusó a seguir pensando en eso, no tenía caso complicarse la vida por algo sin importancia.

Durante los dos siguientes meses, Josephine guardó la esperanza de que el doctor Brown viniera a buscarla; no obstante, eso nunca ocurrió y Aline empezaba a preocuparse por su amiga, dado que ni siquiera era capaz de pasar bocado en la mayor parte del día y ella debía obligarla a comer ni bien llegaba de su trabajo.

—Con estas pieles no pasaremos frío en julio —espetó satisfecha, dejando los abrigos que el sastre le trajo desde Yorkshire sobre el sofá del pequeño recibidor.

Nicole y Michael tocaron la suave textura y ambos sonrieron, pero fue su hija quien hizo un extraño bailecito con su cuerpo y estiró las manos hacia su madre para que la tomara en brazos.

—Muchas gracias, señora Peterson —espetó Lamia con emoción contenida al recibir su costoso abrigo.

—Creo que no debiste hacer este gasto, Aline —susurró Josephine, acurrucándose en su abrigo—. No hace mucho llenaste la despensa y no podemos desperdiciar el dinero.

—No te preocupes, pagaré la deuda en tres plazos. Es necesario que nos abriguemos, nosotros caminamos largos tramos la mayor parte del tiempo.

—Muchas gracias, Aline, me queda perfecto —dijo Michael, contento, y evaluó su estado. El abrigo era una talla más grande de la normal, dado que no quería que él lo dejara tan pronto.

Hizo lo mismo con el de su hija. Nicole era muy sensitiva en cuanto al frío y no pensaba permitir que siguiera padeciendo del mismo, por lo que no le importó gastar un poco más en ella. Le puso el pequeño abrigo a su pequeña y tal y como lo esperaba esta caminó contenta por el reducido espacio hasta quedar junto a Michael, su compañero de juego.

—¿Fuiste al doctor? —inquirió Josephine con fingida indiferencia e hizo una mueca de disgusto.

—No es nada grave, no iré por eso al consultorio de Brown.

Era un simple dolor de cabeza, lo menos que quería era encontrarse con el antiguo amante de Josephine, todo sería muy incómodo si él le preguntaba cómo estaban viviendo ahora que no tenían su protección.

—Ya veo... Entonces cuídate un poco más —pidió la hermosa castaña con tristeza—. Gracias por el abrigo. —Se puso de pie y sonrió cálidamente antes de retirarse a dormir.

Intercambió una rápida mirada con Lamia y ambas lamentaron el estado de Josephine, ella aún seguía esperando algo que no vendría. Se encargó de hacer dormir a su hija y una vez que la dejó en la cama que compartían, despachó a Michael a su alcoba para que él también se fuera a descansar, mañana tenían que ir a la escuela a primera hora.

—Espero no sonar inoportuna. —Respingó al oír la voz de Lamia y se volvió hacia ella—. Pero oí que el señor de la casa donde trabaja llegará pronto.

Un tema que por cierto la tenía muy preocupada, no estaba segura si conocía o no al individuo.

—No eres inoportuna. Sin embargo, no entiendo en qué me concierne ese punto.

Lamia enarcó su rubia ceja y la miró inquisitiva.

—Tiene muchas deudas y, siendo sinceras, sus recursos son escasos para mantener toda esta casa. Sin la ayuda del doctor no podremos salir adelante. Mire a su hija, su piel es tan blanca que es imposible esconder el punto rojo que tiene en la nariz gracias a este clima catastrófico.

—No entiendo a dónde quieres llegar. —Apretó la mandíbula.

—Los estimo mucho, ustedes han sido muy buenos conmigo, pero también tengo el deber de brindarle un consejo: busque un protector.

La piel se le erizó, durante todo ese tiempo había evitado plantearse esa alternativa, pero comprendía el por qué Lamia se lo decía; con ayuda de Brown todo había sido más sencillo para ellos.

—¿Y crees que el dueño de la casa donde trabajo es una buena alternativa? —La garganta se

le cerró.

—No se ofenda, señora Peterson, simplemente quiero lo mejor para todos. Mire sus manos, son un desastre, están secas y llenas de heridas. Usted es hermosa, podría darse y darle a su hija una mejor vida.

Retiró la mirada, sintiendo como la impotencia la invadía por dentro. ¿Por qué ellas no podían tener un digno trabajo con una paga mejor?, ¿por qué las oportunidades eran más generosas con los hombres?, ¿por qué ellas tenían que recurrir a un hombre para sentirse seguras?

Todo era tan injusto.

—No tiene un carruaje para transportar a la niña, siempre la lleva en brazos y caminando. Sé que hasta ahora todo ha marchado bien, pero no siempre será así, el mundo no es seguro.

—No entiendo a dónde quieres llegar, Lamia.

—Que si tuviera un amante, estoy segura que cubriría todos sus gastos y la tendría como una reina.

—Analizaré tu consejo.

—De acuerdo, pero creo que es el mejor consejo que le puedo dar. No merecen esto. Desde que la vi la sentí ajena a este tipo de vida, usted merece más.

—Ve a descansar, Lamia, mañana será un día difícil.

Como todos los que llevaban viviendo desde que la despensa empezó a escasear otra vez. Regresó a su alcoba donde su hija dormía y por inercia acarició su regordeta mejilla.

Estaba fría.

La tomó en brazos y se sentó frente a la chimenea para que ella recibiera un poco de la calidez del fuego. Tenían que comprar más carbón, no estaban en una temporada adecuada para que este escaseara.

Contó el dinero que tenía y lo dejó sobre su cómoda, mañana Lamia tendría que ir por algo de provisiones junto a Josephine al pueblo. No recibiría su sueldo hasta dentro de dos semanas por lo que debía invertir de manera adecuada todo su dinero.

Al día siguiente se presentó en la escuela como de costumbre y la desesperación la golpeó con fuerza al darse cuenta que su hija pronto la volvería loca. Nicole ya no quería quedarse en la cuna, ya no era tan silenciosa como antes y siempre quería permanecer cerca de ella.

Así no podía concentrarse en su trabajo.

Esperó que los niños llenaran sus exámenes mientras mantenía a su hija sobre su regazo,

luchaba consigo misma para no juntar los párpados, pero se sentía tan agotada que no estaba segura si podría soportarlo por mucho tiempo.

¿Hace cuánto que no dormía como Dios manda?

Las preocupaciones cada vez eran mayores, si las cosas seguían así tendría que considerar el consejo de Lamia. Estaba cansada; el trabajo, su hogar y su hija eran mucho para ella sola.

Sentía que su determinación empezaba a menguar.

Ella hacía lo que podía, pero al parecer sus esfuerzos seguían siendo insuficientes.

Acarició la regordeta mejilla y sonrió ante la curvatura de sus labios. Su hija se veía muy tranquila mientras dormía. Se parecía mucho a él, al menos en sus hoyuelos y ojos color ámbar.

Blandes...

¿Cómo pudo ser tan cruel con ellas?

En Londres nadie sabía sobre la existencia de Nicole, no fue presentada, nadie estuvo en su nacimiento ni en su primer cumpleaños, y tampoco estarían para ver el parecido que tenía con su padre porque antes de eso la sacaría de Londres.

En América podrían empezar de cero.

Sin embargo, para alcanzar esa meta necesitaba al menos veinte libras para conseguir los pasajes si pretendía irse con Josephine y Michael, cada pasaje equivalía a cinco libras y no podría dejarlos en Londres, ellos eran su familia. Aunque... no estaba considerando el dinero que necesitaría para sus gastos una vez allá.

Era demasiado, trabajando no llegaría a esa suma ni en un año.

*Busque un protector.*

El consejo de Lamia retumbaba en su cabeza una y otra vez, haciéndolo cada vez más una oferta tentadora. Le dolía el cuerpo, la cabeza y el alma, se estaba llevando al límite e incluso así no era capaz de darles a sus seres queridos lo que realmente quería.

¿Cómo sería el dueño de la tierra?, ¿sería mayor, joven o bien parecido?, ¿estaría casado, soltero o viudo?

Al darse cuenta que realmente estaba considerando la opción de ser la amante del señor de la casa, Aline ladeó la cabeza desconcertada y clavó la vista en su hija de nuevo. Por Nicole sería capaz de mucho. Aprovechando que por fin su hija cayó dormida, la dejó reposar en la cuna y paseó por el aula, mirando el desempeño de los chicos.

Se estremeció por la fría brisa que ingresó al salón de clases y se giró hacia la extraña

presencia que sintió en la estancia. Frunció ligeramente el ceño al ver la ventana abierta y se encaminó hacia la misma para cerrarla. Se alarmó al ver que llovería, lo mejor sería apresurar a los niños, no quería llevar a Nicole y Michael a casa bajo la tormenta. Se giró lista para pedir los exámenes, pero el pánico la invadió al ver como alguien se cernía sobre la cuna de su hija.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó llamando la atención de todos y aceleró su paso con el corazón en la boca. ¡Ese hombre estaba levantando a su hija!—. Suéltela.

El individuo se enderezó con Nicole en brazos y se volvió hacia ella, dejándola helada a medio camino.

—¿Cómo...?

—¡El amo está en casa! —se regocijó uno de los niños y todos sus pupilos se pusieron de pie, entusiasmados.

—¡Lord Ross regresó!

Tragó con fuerza, había pasado tanto tiempo desde que veía un rostro conocido que no supo cómo reaccionar, pero no sabía qué le sorprendía más; que su hija siguiera dormida o que él no tuviera intención alguna de soltarla.

*Su padre no lo aceptará, no reconocerá al niño y usted quedará arruinada.*

La vergüenza se alojó en lo más profundo de su ser. Esa era una de las personas con las que menos quería encontrarse: una que podía reírse de sus errores porque en el fondo ambos sabían que las cosas hubieran sido muy diferentes si ella lo hubiera aceptado a él.

La boca se le hizo agua. Si no hubiera sido tan necia, su hija hubiera sido reconocida como la hija del conde de Ross.

—¿Señora Peterson? —musitó él con los ojos entrecerrados y ella alzó el mentón, altanera.

—Milord —hizo una venia, segura de que perdería su trabajo.

—La imaginaba distinta.

Empuñó las manos a ambos lados de su cuerpo y quiso avanzar hacia él para arrebatarse a su hija, pero el mayordomo ingresó a la estancia, impidiéndole su labor.

—Milord, ya conoció a la criatura...

Aline tuvo que aligerar la tensión de su cuerpo, Josh le profesaba mucho amor a su hija asegurando que hubiera sido un excelente abuelo si su hija no hubiera muerto en su primer parto.

—Te quedaste corto, Josh, ambas son más hermosas de lo que las describiste.

Los niños jadearon ante el halago y Aline se acercó a él, recelosa.

—Si me permite, milord.

—No. —Dio un paso hacia atrás con la niña en brazos—. Termine de impartir sus clases y luego venga a mi despacho, mientras tanto, lad... La señorita Nicole y yo la estaremos esperando.

—No puede. —No dejaría que se llevara a su hija, era una locura.

—No tema, señora Peterson, mi esposa ayudará al conde, además él y los niños suelen llevarse muy bien.

Se espantó. No podían dejarla sin su hija.

—Michael, recoge los exámenes.

Ross sonrió con astucia y se hizo a un lado para que pasase primero.

—Después de usted.

—Devuélvame a mi hija.

—Le recomiendo avanzar, milady —susurró con un tono lleno de advertencia y ella tragó con fuerza, siguiendo la orden al pie de la letra.

La primera y única vez que estuvo en la casa principal fue para su entrevista de trabajo y la comodidad que ahora la arropaba era muy diferente, estaba rodeada de lujos, una gran chimenea y le habían servido el té con un sinfín de aperitivos para que pudiera degustarlos. Todo eso le recordaba de donde venía, lo que había perdido y lo que nunca recuperaría.

—Gena. —Ross llamó a la esposa del mayordomo una vez que le sirvió el té—. Lleva a la pequeña a una de las alcobas principales, la tormenta pronto dará inicio y no les permitirá llegar muy lejos.

—No, nos iremos —dijo aceleradamente, al final dejó a Michael en la escuela.

—Harás lo mejor para las dos y aceptarás mi invitación de pasar la noche aquí —aseveró con dureza y entregó a su hija a la criada.

—Somos tres —susurró con nerviosismo, captando su atención—. Michael, viene conmigo.

—¿El niño que nos siguió y se quedó afuera? —inquirió con curiosidad y ella asintió—. Preparen una habitación para él también.

Al menos no indagó en el tema, no por ahora, dado que Aline sabía que cuando tuviera la oportunidad no perdería el tiempo.

—Creí que era el hijo de uno de los lacayos.

—No, será un caballero, lo estoy preparando para eso. —Se molestó por el desdén en sus

palabras, pero no supo reaccionar ante su leve sonrisa.

—Y preparen la cena.

Guardó silencio. Tenía mucha hambre y estaba segura que comerían muy bien si el conde les hospedaba esa noche, pero no disfrutaría de un buen plato de comida cuando Josephine no contaba con la misma suerte.

—No puedo quedarme. Debo encargarme de la cena, no vivo sola.

Ross asintió y sin mirarla le dijo a la cocinera:

—Envía a alguien por la mujer y la criada que viven con la señora Peterson.

Juntó los párpados con frustración, debió imaginarse que él sabría cuáles eran sus movimientos. Ross no contrataba a su personal así como así, siempre los hacía investigar.

—Como usted ordene, milord.

Gena se retiró con el semblante confundido del despacho del conde y Aline sólo pudo ver como se llevaba a Nicole en sus brazos. Luego tomó una gran bocanada de aire para enfrentar al conde de Ross y se volvió hacia él, dando un paso hacia atrás cuando lo vio tan próximo a ella.

—Tu padre te está buscando como loco, Aline.

—Me dio la espalda —susurró con los ojos llorosos, no quería ese tipo de información.

—Huiste de Blandes, ¿verdad?

Asintió, cabizbaja.

—¿Por qué?

Separó los labios para contarle lo ocurrido, pero luego volvió a sellarlos. Lo mejor sería guardar esa información para ella.

—Él no puede saber que estoy aquí, debes ayudarme a guardar este secreto, te lo suplico.

—Tu padre no te dio la espalda —espetó, desviando el tema—. Él quería que vieras con qué clase de hombre te habías casado. Todo terminó mal para ti y tu hija por tu necedad de quedarte con él.

¿Y qué importaba eso ahora? No podía volver a Londres, él intentó matarla y creía que sus planes habían salido perfectamente bien.

—¿Vas a despedirme? —musitó con tristeza y él meditó su respuesta.

—Debería, ¿verdad?

Ella ladeó la cabeza en modo de negación.



—En efecto, no lo haré —Lo buscó con la mirada, sorprendida. ¿No iba a despedirla?—. Porque ahora sólo quiero abrazarte, Aline.

Y antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo fue arropado por sus fuertes brazos. ¿Por qué temblaba?, ¿acaso su padre no fue el único que la estuvo buscando? La presión de su agarre se hizo aún más fuerte y cuando se dio cuenta de la cercanía de sus rostros, fue demasiado tarde para impedir que Ross la besara.

## Capítulo 23

No supo cómo reaccionar, pero agradeció en silencio que él se retirara por sí solo casi al instante.

—Lo siento. —Le dio la espalda y empezó a alborotar su cabellera, exasperado—. No quise...

—Que no vuelva a suceder —susurró y él se volvió hacia ella.

—Así será, fue un momento de desesperación, aún me cuesta creer que estés aquí, pronto será casi dos años desde que empezamos a buscarte.

—¿Blandes no les dijo acerca de mi paradero?

¿Por qué no dijo que murió en un incendio?, ¿por qué sus padres creía que seguía viva?, ¿esa era su método de venganza?

—No, y por lo que puedo ver no tienen mucho contacto. Él jura y perjura que tú y su hijo están en perfecto estado.

—¿Hijo?

¿De dónde sacó que ella tuvo un hijo?, ¿es que acaso su esposo enloqueció? ¡Él mandó a matarlos!

—Esa fue la poca información que pude sacarle a uno de sus conocidos más cercanos.

—Hijo o hija no interesa, él nunca conocerá a Nicole.

—Esa niña necesita de la protección de su familia y él es su padre.

—Yo soy su familia —soltó con suficiencia y Ross suspiró, frustrado—. A ustedes sólo les interesa el varón, su heredero. ¿No lo ve, milord? Su excelencia me echó y no se preocupó por mí en ningún momento. ¿Cómo cree que tomará la noticia de que su heredero no fue lo esperado y más bien es un ser al que debe asignarle una fuerte suma de dinero si desea casarla? Seamos sinceros; Nicole, para él, será un problema.

—¿A intentando mantener contacto con él?, ¿cómo es posible que no esté al tanto de su escape?

Porque para él ellas eran un problema que ya estaba resuelto.

—No quiero su ayuda, Nicole y yo estamos muy bien.

—Pues al parecer llevas mucho tiempo trabajando y no te ha dado tiempo de mirarte a un espejo. No sólo te ves demacrada, tu aspecto habla mucho de tu salud, Aline. En tu rostro ya no

hay color, ¿dónde están tus mejillas, esas que se teñían de rosa cuando alguien te halagaba?

—No he recibido halagos en dos años —intentó desviar el tema.

—Si lo haces por lady Nicole vas mal, ella necesita que su madre esté sana.

—No se meta, milord, yo no le pregunté por qué está aquí si la temporada está en pleno apogeo.

Los hombros del conde perdieron fuerza y ella se tensó, acababa de tocar un tema algo delicado.

—Estoy aquí porque no pude hacer nada por mi hermana.

—¿Qué sucede con lady Windsor? —El pánico la invadió.

—Por Riley, la condesa de Devonshire.

Aline jadeó.

¿Cómo pudo olvidarse de la pequeña morena? ¿Cómo estaría?, ¿le habría ido bien en su matrimonio?

—Su marido es digno amigo de Blandes, la tiene encerrada y no deja que nadie la vea. Ella misma se rehúsa a recibir visitas, no quiere tener contacto con nadie.

Decidida a no inmiscuirse en un tema demasiado personal, preguntó lo más sensato.

—¿Puedo retirarme?

—Sólo te pido que bajes para la cena.

Tragó con fuerza. ¿Por qué se oía tan devastado? ¿Es que acaso había un mundo entero que desconocía del enigmático conde de Ross?

—Permiso.

No podía preocuparse por aquel hombre, su vida ya era lo suficientemente difícil como para entrometerse en la de alguien más.

La habitación que le asignaron se le hizo fascinante, tal vez se debía a que hace mucho que no disfrutaba de aquellas comodidades, pero terminó rendida sobre el colchón junto a su hija, quien ya dormía plácidamente.

Por primera vez desde que llegó a Yorkshire, durmió toda una noche sin interrupción alguna. Durmieron tan dulcemente que la persona que las observaba no hizo más que deleitarse con la vista por horas.

A la mañana siguiente bajó casi al amanecer, Nicole seguía dormida por lo que prefirió dejarla

en la cama para no molestarla, pocas veces su hija disfrutaba tanto de su sueño. Aline tenía la costumbre de madrugar, pero esa mañana tenía una razón de sobra para hacerlo.

—Sé que sospechan que no he sido del todo sincera con ustedes —espetó con culpabilidad—, pero necesitaba el trabajo y nunca fingí el aprecio que siento hacia ustedes, mis sentimientos siempre fueron reales.

Tanto Gena como Josh se quedaron en silencio. No sabían cómo lidiar en cuanto a la joven, dado que ahora sospechaban que no era la ordinaria muchacha que fingía ser.

—Sé que mentir es de muy mal gusto, pero soy la cabeza de mi casa y... Hacían falta unos ingresos.

Sería lo más sincera posible, no deseaba perder la confianza de las personas que fueron tan amables con ella.

—No nos molesta su mentira, señora Peterson, llevamos meses conociéndonos y comprendemos que debe tener sus razones para hacer lo que hizo.

—Gracias. —Esbozó una tímida sonrisa y Gena le sonrió con ternura.

—Debe tener hambre, le prepararé algo para que pueda desayunar.

—No, no es necesario, además lord Ross aún no despertó. —Ayer no había bajado a cenar con él, por lo que no podría dejarlo plantado esa mañana.

La pareja intercambió miradas.

—El conde es un hombre madrugador, él se encuentra en su despacho.

Dirigió la mirada hacia el piso superior.

—¿Qué suele hacer allí?

—No lo sabemos, pero a diferencia de la primera vez que lo vimos se ve muy afectado.

—¿Podría...?

—Creo que le sentaría muy bien su visita —dijo el mayordomo y ella subió las escaleras para llegar al estudio de Ross. Sin embargo, el llanto de su hija hizo que fuera por ella y se presentara ante él con Nicole en brazos.

Tocó con suavidad y recibió la respuesta deseada.

—Buenos días.

Ross se puso de pie al instante.

—Aline, ¿qué haces despierta tan temprano?

—Lamento no haber podido bajar a la cena, el sueño me venció.

—No te lamentes. No te perdiste de nada, me alegra saber que durmieron muy bien.

Lo miró con fijeza, él observaba la manito de su hija, esa que acariciaba su abrigo de piel con deleite.

—¿Puedo? —Extendió los brazos y para su sorpresa Nicole no se giró, rechazándolo, sino que impulsó sus manos hacia el castaño.

Se la entregó con cuidado y Ross sonrió satisfecho cuando Nicole apoyó la regordeta mejilla en su hombro. Pocas veces su hija actuaba así con extraños.

—Es bastante pesada.

Asintió.

—No sé si es impresión mía pero siempre está en tus brazos, ¿no camina? Ustedes durmieron juntas, ¿acaso no tiene una cuna?

El saber que él las vio durmiendo la sonrojó de sobremanera. No lo habría esperado y al parecer él no se preocupó por haberse delatado, dado que mantuvo la calma.

La señorita Josephine vino a primera hora.

Abrió los ojos sorprendida.

—¿Dónde está?

Ross se hizo al pensativo.

—Me dijo que si iba a tenerte como amante, al menos pague las facturas para mantenerte como a una reina ya que tu esposo no puede tenerte como una duquesa.

Iba a matar a esa mujer. Estaba segura que Josephine lo hizo a propósito, necesitaban pagar las cuentas y comprar más carbón y ella vio una oportunidad en el conde.

—Puede descontarlo de mi paga.

Lo que menos necesitaba era que él, justamente él, pensara que deseaba aprovecharse de su bondad, menos cuando realmente había pensado en hacerlo.

Ross se sentó junto a la chimenea una vez que ella hiciera lo mismo y a Aline le extrañó que su hija estuviera tan tranquila en sus brazos.

¿Hizo más que verlas dormir la noche anterior? Ahora que lo pensaba, su hija nunca dormía toda una noche, ¿podría ser que ella hubiera tenido su tiempo para conocer al conde?

—Estoy en deuda contigo —le contestó, confundiéndola.

—No lo creo, milord.

—Por mi culpa estás aquí.

Se tensó.

¿Qué diantres estaba diciendo?

—No comprendo cómo puede ser el culpable de esto.

—Si desde un principio hubiera aceptado lo hermosa que eres, ahora serías mi condesa. Si no hubiera sido necio ante la idea de casarme con una mujer sin dote, ambos seríamos felices. Tal vez los tres estaríamos muy bien.

Un largo silencio se instaló en el despacho hasta que ella habló.

—Es muy amable, milord, pero si usted hubiera mostrado su interés tiempo atrás, supongo que sólo habría adelantado mi boda con lord Blandes. Lo llegué a querer tanto que estuve cegada, no lo hubiera aceptado a usted y me hubiera ido con él.

Él la miró con curiosidad.

—¿Ya no lo quieres?

—Algún día, seguro no muy lejano, usted se casará y si tiene suerte se enamorará perdidamente.

No le daría ninguna respuesta a esa pregunta.

—No creo que eso suceda dos veces en la vida.

Sonrió con ternura. Él no la amaba, simplemente quería protegerlas.

—Entonces tendrá su familia y se dará cuenta que por ellos daría lo que fuera.

—¿A qué te refieres?

—Yo... Di mis ilusiones por mi hija. Dejé de soñar con su regreso y empecé a salir adelante. Ella llegó y creí que... —Su visión se empañó y el conde se enderezó—. Fue algo complicado, ninguna de las dos tenía la fuerza necesaria, fue casi un milagro que Brown nos hubiera ayudado. Nicole nació antes de lo previsto, nadie la esperaba. —Trató de recuperar la compostura—. El punto es, que viví mucho, y poco a poco él dejó de formar parte de mi vida. Ella es mi prioridad y al darme cuenta que nunca sería la de su padre, me di cuenta que Blandes es innecesario en mi vida; que si todo este tiempo pude sola, meses en lo que realmente necesité de su ayuda, ya no serviría de nada que él volviera.

Menos cuando él quería deshacerse de ambas.

—Y él nunca vino.

—En efecto. Ya nada me une a él.

—Lady Nicole te une a él.

Sonrió sin entusiasmo alguno y recibió las manitas que se estiraban hacia ella. Su hija estaba seria y la miraba con fijeza. Al menos tenía el consuelo de que ella jamás sería consciente del rechazo de su padre.

—No la aceptará. Rechazó a su esposa y a su heredero, ¿qué haría una niña para cambiar eso?

El conde hizo una mueca.

—Puede que todos quieran un heredero, pero un hijo sigue siendo un hijo. Mi padre ama a mis hermanas.

—Ella está muy bien sin su padre y seguirá así —soltó con suavidad y él frunció el ceño.

—Dudo que Blandes planea dejarlas aquí toda una eternidad.

Aline suspiró con cansancio, no quería hablar de Blandes.

—Le seré sincera, milord, estuve esperando otro milagro en mi vida y usted llegó en el momento preciso.

—¿A qué se refiere? —curioseó.

—Ya le dejé claro que por mi hija haría lo que fuera. Así que seré directa: quiero que me ayude, necesito huir y planeo irme a América. Sin embargo, somos cuatro personas, sé que creerá que me estoy aprovechando de usted pero estoy dispuesta a pagarle.

—¿Tiene idea de lo peligroso que podría ser que una dama pise otro continente?

—Necesito cincuenta libras.

Lo ignoró y eso pareció molestarle.

—Milady, creo que...

—Estoy dispuesta a entrar a su lecho.

Lo haría.

El sólo recordar a Dylan, le generaba un gran malestar, ella tenía que salir del país lo antes posible. No le interesaba rebajarse, no si con eso sacaría a su hija de ese mundo en el que sólo sería repudiada por su padre y su tía.

Un suave llanto la hizo salir de su ensoñación y se puso de pie al instante para atender a su hija. Por unos segundos se tentó a mirarlo, pero juntó los párpados con frustración cuando él salió

del despacho sin darle una respuesta.

Acababa de quedar como una...

¿En qué estuvo pensando?

Hasta Nicole le estaba mostrando su rechazo ante la idea de convertirse en la querida del conde. La visión se le empañó y besó la frente de su pequeña. No le importaba el costo, esa misma semana abandonaría Yorkshire.

A las horas Josephine la visitó en su alcoba y no quiso comentarle lo que Ross le contó sobre su temprana visita.

—¿Y qué piensas hacer? Él te conoce —espetó la castaña, encargándose de vestir a su hija.

—Sólo debo pedirle que mantenga mi secreto.

—¿Le dirás que el duque intentó matarte?

—No. —No desataría un caos entre su padre y Blandes, quizás con su supuesta muerte Blandes haya sentido que por fin tuvo su victoria.

Norfolk le quitó a su padre y él prefirió quitarle a su hija.

Nicole empezó a balbucear unas cuantas incoherencias y Aline sonrió con ternura, estaba tan grande que apenas le costaba creer que hace unos meses aún la tenía entre sus brazos porque ella no era capaz de dar sus primeros pasos.

—Él puede ayudarnos y lo sabes.

No le dio una respuesta, era verdad que antes de saber quién era el señor de la casa había pensado en convertirse en su querida, pero ahora que sabía que era Ross... no estaba segura de cómo proceder, esa mañana la había rechazado rotundamente.

Josephine la miró de reojo y una vez que tuvo a Nicole lista, la dejó en el suelo para que la niña pudiera caminar por la alcoba y curiosear con los objetos. No se quedaría quieta en la cama y lo mejor sería satisfacerla.

—Iré a ver cómo le va a Michael.

—Te lo agradecería —respondió Aline con la atención fija en el espejo de la cómoda, causándole algo de gracia a Josephine.

Pocas veces ella tardaba tanto arreglándose, a decir verdad como tenía el pelo corto Aline se conformaba con una horrible cofia, pero ese día estaba muy preocupada por su aspecto. Se sintió contenta por ella, ¿cuánto tiempo había pasado desde que esa mujer dejó de pensar en sí misma?

«Demasiado».



Y si ella no olvidaba a Jamie seguiría sus mismos pasos, la experiencia que tuvo con él fue maravillosa, hizo que se sintiera especial y querida, le enseñó un sinfín de cosas que marcarían su vida para siempre; no obstante, era hora de olvidar todo y empezar de cero.

Jamie Brown no era el único hombre que llegaría a su vida ni el último, ella apenas y tenía diecinueve años y tenía mucho por vivir, o al menos así lo veía Josephine.

Al salir del dormitorio de Aline, avanzó unos cuantos pasos y paró en seco al ver al conde de Ross frente a ella, por su pose relajada podría jurar que la estaba esperando, así que se mantuvo serena y esperó que le hablara de aquello que tan preocupado lo tenía.

—Ahora que está más calmada, quisiera hablar con usted, señorita Josephine.

Asintió no muy segura y siguió su indicación de ir hacia su despacho al pie de la letra.

—¿Por qué Aline huyó de su esposo? —preguntó ni bien estuvieron dentro de la estancia y tragó con fuerza—. No comprendo por qué vive así, siendo la hija de un acaudalado conde. Ella podría acudir a su familia, incluso a la mía.

Se dio unos toquecitos en el mentón, pensativa.

No conocía mucho del conde de Ross, pero era el único hombre en el que podrían confiar por ahora y quizá toda la vida porque Aline no pensaba reclamar sus derechos como duquesa, así que lo más sensato era ser honesta con él desde un principio.

—Verá, milord. —Ganó una gran bocanada de aire—. El día que el conde de Norfolk se presentó en la casa del duque de Blandes, hubo una confrontación bastante fuerte en la cual también participó lady Meyer, no sé exactamente qué ocurrió pero cuando el conde se marchó, el duque dio órdenes para que sacaran las cosas de Aline y la enviaran con todo a Yorkshire a una casa que ni siquiera contaba con servidumbre. —El conde hizo una mueca de disgusto—. Debo aclarar que asignó una mísera mensualidad que no garantizaba el bienestar de la duquesa.

—¿Están seguras que es así? —inquirió calmadamente, como si escarbara dentro de sus pensamientos para encontrar una lógica a sus palabras.

—Sí.

Ella no sentía estima alguna por el duque de Blandes, a decir verdad se le hacía un ser despreciable, por lo que a diferencia de Aline no escondería sus pecados.

—Él siempre aseguró que ella y su hijo se encontraban en perfecto estado.

La mandíbula se le cayó al oír dicha afirmación.

—¡Él mandó a matarlos el día que la echó de casa!

El conde abrió los ojos de par en par y sin poder contenerse por más tiempo, Josephine explotó.

—Esa noche en la que nos echó, le pedí a Aline que entrara en razón y huyera conmigo, que no sería fácil pero saldríamos adelante. —Por alguna extraña razón no pudo dejar a la pelinegra—. Ella aceptó, huimos por la ventana de la posada, pero al día siguiente la noticia del incendio en el establecimiento nos desconcertó; más aún cuando nadie habló de que la duquesa de Blandes y su doncella murieron allí, sino dos simples mujeres que estaban de paso.

—¿Está insinuando que Blandes mandó a quemar la posada con su esposa dentro? —inquirió tajante, como si eso fuera algo improbable, y alzó el mentón altanera.

—No es más que la verdad, ¿por qué esconder nuestras identidades? Los lacayos que nos llevaron no se presentaron, no dijeron nada, simplemente se marcharon y Aline tuvo que ver como su mundo se venía abajo al comprender que ese era el adiós con su antigua vida.

—Estoy seguro que hay una explicación lógica para esto —respondió con determinación—. Si Blandes hubiera querido matarla, habría dado la noticia de su muerte ese mismo día y como viudo le habría ido mucho mejor que como un hombre casado.

Parpadeó varias veces, confundida.

Jamie le había comentado que en Londres nadie sabía de la supuesta muerte de Aline, pero nunca se había puesto a pensar en el por qué. El conde tenía razón; de viudo lord Blandes tenía muchos más beneficios.

La garganta se le cerró, no comprendía nada.

—El punto es que él no las quiere, dijo que no le interesaba saber nada de su hijo.

—Blandes ni siquiera sabe que tiene una niña, no sé por qué piensa que fue un varón.

—Su ego masculino, quizás. —Rodó los ojos con aburrimiento.

—No lo creo —espetó con la mirada perdida, era como si el conde se estuviera atormentando con todas las palabras que le dijo en menos de cinco minutos—. Ella debe regresar, debe recuperar su lugar en la nobleza y la vida que le corresponde. Lady Nicole no puede seguir creciendo en un medio tan inseguro y ella tampoco puede quedarse en él.

—Nosotras queremos irnos —confesó con congoja.

—No se irán a ningún lugar —decretó el conde con firmeza—. Huir nunca debe ser una opción, si Blandes hizo lo que usted me dijo; yo mismo le haré pagar por sus actos, pero la solución nunca será escapar. Hay muchas cosas que se deben aclarar, señorita Josephine, si somos realistas su teoría aún carece de fundamentos y hay muchos cabos sueltos.

Se removió inquieta, la idea de que él tuviera razón la alarmaba de cierta manera. Si era así, todo este tiempo alimentó un odio hacia Blandes que no le correspondía.

—¿Cómo conoció a Aline? —La pregunta la tomó por sorpresa, pero sabía que debía darle una respuesta.

—Cuando ella llegó a la casa del duque como la señora, era una de las nuevas criadas, me hice su doncella y cuando Blandes decidió echarla me fui con ella.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se encogió de hombros con sencillez—. No quería dejarla sola y tampoco quería vivir bajo el mismo techo que ese hombre.

Algo en esa casa no le gustaba, quizá por eso tampoco quería que Aline y Nicole volvieran a ese lugar. Nunca le gustaron los malos tratos hacia las mujeres, su abuela nunca permitió que alguien fuera así con ellas, no estaba acostumbrada a la dura realidad que se vivía en Londres.

—Gracias. —Aquella simple palabra la tomó por sorpresa y sin verlo venir sintió como el conde posaba su mano sobre su coronilla—. Si bien pienso hacer mis averiguaciones sobre lo que me contó del incendio, quiero que sepa que le estoy agradecido por ser un pilar de apoyo para Aline. Siento que la alejó de un gran peligro y tiene mi palabra de que será recompensada por eso.

Ella también lo creía, Aline no estaría nunca a salvo si se quedaba en Londres.

—No es necesario, milord —susurró tímidamente, deseando que alejara su mano de ella—. Ella es mi única familia y la quiero mucho.

El conde iba a darle una respuesta, pero la puerta de su despacho se abrió y Josephine respingó ante el fuerte grito de Michael.

—¡Mira quien vino, Josephine! ¡Es el doctor Brown!

No necesitó girarse para saber que él estaba tras de ella, por lo que trató de mantener la calma y con el corazón en la boca vio como el conde de Ross retiraba su mano con lentitud y miraba al hombre que se había propuesto olvidar.

Poniendo un orden en sus emociones puso su mejor sonrisa y se volvió hacia el rubio de rizos perfectos para saludarlo como si todo estuviera en orden. Hace meses que no lo veía. Michael sin comprender mucho la situación se veía bastante alegre de volver a verlo, por lo que ella no podía mostrar otro tipo de reacción, menos cuando él los ayudó a subsistir por tanto tiempo.

—Milord —saludó al conde con elegancia—, su lacayo fue por mí al pueblo.

—Efectivamente. —Asintió, poniéndose junto a ella—. Quiero que revise a mis invitados, un

control general de todos.

—Estamos en perfecto estado —soltó con un hilo de voz, sorprendida.

Aline no estaría muy contante si él decidía gastar dinero en ellos.

—Prefiero prevenir.

Asintió no muy segura, ¿qué más podían hacer si él quería ser generoso con ellos?

Los llevaron al salón verde y Josephine miró con curiosidad como el conde estudiaba a la pequeña Nicole, quien sonriente caminaba de un lugar a otro, viendo qué levantar y observar. Aline iba tras de ella para evitar que rompiera algo, pero ella estaba segura que eso era lo que menos le importaba al conde.

Cuando terminaron de ser atendidos por Brown, Josephine huyó junto a su reducida familia hacia el comedor para dejar que ambos hombres conversaran a solas. No deseaba quedarse por mucho tiempo en la misma habitación que Jamie, lo cierto era que las heridas del alma aún le dolían.

—Creo que lo mejor es volver a nuestra casa —susurró en tono confidencial hacia la pelinegra y Aline se quedó con la cuchara de caldo a medio camino de la boca de su hija—. El conde es muy bueno pero puede malinterpretar las cosas.

Su amiga hizo una mueca.

—Tienes razón. —Posó el borde de metal en la boquita de su hija quien no tardó nada en devorar el contenido—. Pero no tenemos mucho ahí, Josephine.

Comprendía a Aline, ella no quería quitarle esa comodidad a su hija, puesto que la niña se veía muy animada dentro de esa casa y no se la pasaba acurrucada en los brazos de su madre la mayor parte del tiempo a causa del frío.

—De acuerdo, quédate, pero yo me iré y mañana vendré a verte a primera hora.

—Gracias por comprender.

Y es que no tenía otra opción.

—No te preocupes.

Cuando regresó a su casa se encontró con Lamia y le entregó el cuenco de comida que Aline envió para ella, tal y como su amiga lo dijo su despensa estaba casi vacía, por lo que decidió hacer un inventario para saber qué necesitarían comprar lo antes posible.

No tenían casi nada.

Suspiró con frustración. Ya era hora que dejara su depresión de lado y empezara a trabajar,

Aline no podría correr sola con todos los gastos de la casa, eso era inhumano y casi imposible.

¡Eran cinco personas!

Salió del pequeño cuarto de despensa y vio a Lamia sacando un poco del carbón que les quedaba.

—Avivaré el fuego de su alcoba.

—Te lo agradecería. —La criada se fue y clavó la vista en el carbón.

Todo era más fácil cuando Jamie la proveía de todo, ahora comprendía por qué las mujeres preferían tener un amante, a veces eran muy necesarios.

Totalmente agotada por el largo día se preparó para dormir, pero por más que quiso conciliar el sueño no le fue posible porque alguien se presentó en su casa, obligándola a salir de la cama y atenderlo.

Bajó las escaleras ignorando como Lamia la seguía y ató el cinto de su salto de dormir con fuerza. Al llegar al primer piso, paró en seco al ver como Jamie leía la lista que había preparado para sus siguientes compras.

Observó la palidez de Lamia, ¿por qué no le dijo que era él quien vino a verla?!

—Puedes retirarte.

La joven así lo hizo y cuando se perdió en el segundo piso, Josephine vio como él se dignaba a levantar la mirada para escudriñarla con pericia. Sus risos rebeldes brillaban mágicamente bajo la escasa luz del fuego y eso conseguía alterarle los sentidos, ¿por qué tenía que ser tan apuesto?

—¿Qué sucedió? —Preguntó con voz dura—. Hice lo que me pediste, no volví a molestarte, ¿por qué estás aquí?

Él le había pedido que saliera de su vida y ella había seguido esa petición al pie de la letra, ¿por qué la visitaba entonces?

—¿Es la lista para tu nuevo amante? —inquirió con frialdad, sorprendiéndola—. Debe ser agradable pasar de un simple doctor a un respetable noble, ¿verdad?

Frunció el ceño sin comprender sus palabras y tragó con fuerza cuando sus miradas se encontraron, ¿por qué se veía tan molesto?, ¿a qué había ido a su casa?

Fijó la vista en el reloj que estaba sobre la chimenea y ladeó la cabeza, desconcertada.

—Es muy tarde, dime a qué viniste y márchate.

No supo cómo sucedió, pero en menos de un segundo lo tuvo frente a ella. Intentó dar un paso hacia atrás y jadeó alarmada cuando Jamie atenazó su brazo con firmeza, impidiéndoselo.

Su relación había durado más de un año y jamás lo había visto en un estado tan encolerizado, no comprendía qué fue lo que hizo mal, pero tenía miedo. Él era mucho más alto que ella; es decir, a penas y le llegaba a la altura del pecho y su fuerza jamás podría compararse a la suya.

—Ellos creen que pueden poseer todo lo que quieren sólo por su título. —Arrugó el entrecejo, no comprendía nada, la estaba asustando—. Ya me quitaron mucho y lo toleré, pero tú...

—¡Suéltame! ¿Qué te sucede? —Forcejeó con él para hacerlo entrar en razón, estaba fuera de sí.

—¡Tú eres mía, Josephine! —La zarandeo con fuerza, dejándola perpleja en su lugar.

¿Acaso era un mal sueño?, ¿era posible que estuviera en una pesadilla?

—Y antes muerto que cediéndote al conde de Ross.

La comprensión la golpeó con fuerza, pero lastimosamente los rudos labios de Jamie llegaron a su boca antes de que pudiera decirle que ella no era la amante del conde de Ross. ¿Cómo pudo llegar a una conclusión tan errónea? El conde las estaba ayudando por Aline, ¡no por ella!

Jadeó cuando acunó sus glúteos con dureza y lo abrazó por el cuello con fuerza, deseando congelar el momento. Jamie no le era tan indiferente, él estaba celoso y eso quería decir que en el fondo le importaba.

—Jamie... —gimió entre beso y pronto estuvo entre sus brazos, siendo escoltada hacia su alcoba—. No es mi amante —susurró con voz rota, lamentando sus palabras, eso podría alejarlo nuevamente de ella—. Puedes irte.

La tendió suavemente sobre el colchón y sin decir palabra alguna empezó a despojarse de su ropa. No era la primera vez que lo veía desnudo, pero seguía teniendo el mismo efecto sobre ella.

—Creí que podría mantener distancias, que era lo mejor para ambos —susurró Jamie con voz ronca, besándola con deleite—, pero no, verte con el conde hizo que perdiera el juicio.

El pulso se le disparó, ¿era una manera de decirle que sus sentimientos eran correspondidos?

No, claro no.

Él tenía a su amor imposible en Londres y ella sólo era un punto de desfogue.

## Capítulo 24

Durante las siguientes semanas Aline optó por aceptar la ayuda de Ross y permanecer en su casa. Ahí dentro todo era tan cálido y agradable que no deseaba exponer a su hija a la fría brisa de la temporada. Si era sincera consigo misma, había aceptado esa ayuda porque Ross salió de viaje al segundo día de su encuentro y no sentía la presión de estar siendo vigilada por él.

Por supuesto, hizo que le diera su palabra de que no le diría a nadie sobre su paradero y que respetaría sus decisiones, por lo que estaba segura que él no la defraudaría.

En cuanto a Michael se sentía tranquila por el niño, él nunca la defraudaba y seguía siendo el niño servicial y atento de siempre, no importaba que ahora tuviera a todos los criados sobre ella, él siempre iba a la par suya, preguntándole si necesitaba algo. No obstante, Josephine era un tema aparte, si bien Brown era de su agrado y sabía que no era un mal hombre, no estaba segura como influiría el que ellos regresaran nuevamente, más cuando él tenía el poder de ponerle un fin a la relación cuando quisiera.

A la hora del almuerzo, mientras conversaba en el comedor con Michael, Aline vio como Gena ingresaba para darle una noticia. ¿Ross ya estaba de regreso?

—Milady, el conde dio la orden que le informáramos sobre cualquier asunto que incluyese al duque de Blandes.

La sola mención hizo que la piel se le erizara y la garganta se le cerrara.

—¿Qué ocurrió? —Presionó su agarre alrededor de la pequeña cinturita de Nicole.

—Unos lacayos regresaron del pueblo esta mañana y me informa que vieron llegar los carruajes con el blasonado del duque a Yorkshire.

No... eso no podía ser verdad, eso quería decir que Blandes ya estaba al tanto de que ella no murió en el incendio. ¿Habría venido a terminar su cometido?

—Ya veo. —Trató de mantener la calma, pero cuando Gena se retiró rápidamente se puso de pie y le pidió a Michael que le acompañara. Ni bien ingresaron a su alcoba, empezó a abrigar a su hija.

—Ve y abrígate, tenemos que volver con Josephine.

Y posiblemente luego tendrían que huir, o al menos ella tendría que hacerlo por un tiempo. Ross no estaba, él no podría ayudarla y lo único que le quedaba era ir a su casa para buscar lo necesario y salir de Yorkshire lo antes posible.

Michael siguió su orden y cuando estuvo sola con su hija, una loca idea atravesó su cabeza y sin dudarle se dirigió a la alcoba de Ross y tomó unas cuantas de sus prendas. El conde era rico, algún día le perdonaría el robo de dos pantalones, camisas y levitas.

Mintió diciendo que iría a dar un paseo junto a Michael y ni bien estuvieron fuera de la vista de la casa grande, aceleró su paso y se encaminó hacia su humilde hogar. No debió confiarse de la calma que estuvo viviendo, debió imaginarse que algo grande se acercaba; ella jamás tenía tan buena suerte.

Llegó a su casa y vio a Lamia y a Josephine organizando la despensa que ahora estaba completamente repleta, no le sorprendió ver a Josephine con nuevas ropas y sonriente, ese era el efecto que el doctor tenía sobre ella.

—¿Qué ocurrió? Estás muy pálida —dijo su amiga nada más verla y Aline contuvo el aliento para no explotar allí mismo.

—Él está aquí, debemos huir.

—¿Cómo? —La castaña abrió los ojos de par en par, anonadada.

—Blandes, no sé por qué pero vino a Yorkshire, hoy los criados de Ross vieron sus carruajes.

Su amiga se removió inquieta.

—Saquemos sólo lo necesario, podemos irnos unos días y regresar cuando el duque se marche.

Asintió con rapidez, eso mismo había pensado ella.

—No tenemos tiempo que perder.

\*\*\*

Cuatro días.

Sin saber exactamente cómo lo hizo, Dylan llegó a Yorkshire en un tiempo de cuatro días. Apenas y sentía las piernas, no quería ni saber cuál era el estado de su carruaje y sus lacayos, en ese momento sólo quería comprobar con sus propios ojos que Aline ya no estaba.

Le costaba creerlo, algo en su interior le decía a gritos que no creyera en la carta que su tía le entregó.

Llegó a su deprimente propiedad y sintió una presión en el pecho al ver que efectivamente el recinto se caía en pedazos. Su estado era lamentable, nadie pensaría que ese lugar era la propiedad de un acaudalado duque.

¿Por qué Aline no usó el dinero para ponerlo en mejor estado?

Ingresó al lugar y le tomó por sorpresa ver al reducido personal, por no decir que los únicos



que habitaban esa casa eran el mayordomo, el ama de llaves y sus dos hijos. Tragó con fuerza al ver que los cuatro vestían de luto, barrió el lugar con la mirada; el interior era más presentable y se veía limpio, al menos sí hicieron muchos arreglos por dentro.

No obstante, eso no lo ayudó a sentirse menos miserable.

¿Cómo pudo enviarla a un lugar en esas condiciones?

¿En qué diantres estuvo pensando al enviarla hasta allí?

La cabeza empezó a dolerle y los ojos le picaron, pensar en que Aline y su hijo vivieron sus últimos momentos en ese lugar lo destrozaba. Nunca la cuidó, nunca la amó, nunca cumplió ninguna de las promesas que con tanta ilusión le había hecho antes de hacerla su esposa.

Y todo porque prefirió creerle a la mujer que había arruinado su familia.

—Llévenme donde ellos.

¿Qué más podía pedir en una situación como esa?

Los había perdido, él los había llevado a terminar así y no existía castigo humano que pudiera librarlo de la culpa y el dolor que sentía en el pecho. Era el asesino de su hijo y de la mujer que amaba, él no merecía nada.

Lo llevaron al cementerio y sin poder emitir palabra alguna dio la orden de que aguardaran por él con un movimiento de mano. No deseaba que ellos se acercaran a la tumba de Aline y su hijo, no cuando seguramente ellos estarían muy contentos por lo ocurrido.

Ni siquiera a su personal pudo imponerle un poco de respeto hacia su esposa. Era el peor de todos.

Parpadeó varias veces al ver que las lápidas no contaban con flores y nuevamente se maldijo por no haber traído un ramo consigo; no obstante, no podía engañarse, en el fondo tuvo la fe de que ella estaría viva, esperando por él con su hijo en brazos.

Su hijo... Un niño que ya estaría caminando y quizás diciendo sus primeras palabras.

Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla y terminó de rodillas ante ellos, las únicas personas que debieron tener su amor, protección y confianza.

—Lo siento tanto —soltó con impotencia.

Ni siquiera la muerte de su madre le había dolido tanto como la de su esposa e hijo, jamás pensó que podría sentirse tan miserable y desgraciado ante una situación semejante. Toda su vida se creyó un hombre frío y carente de emociones fuertes, pero ahora... se sentía tan débil y vulnerable que no deseaba seguir allí, que lo único que quería era encontrar una manera de volver

a estar con Aline para tomarla entre sus brazos y pedirle perdón.

Ni siquiera pudo conocer el rostro de su pequeño, saber si era parecido a su madre o tenía rasgos suyos.

Se quedó allí por horas, mirando la lápida como si existiera un poder mágico que le devolviera a su esposa e hijo, imaginándose como fueron sus últimas horas de vida, preguntándose si ella pensó en él antes de marcharse y lo odió tanto como él se estaba odiando a sí mismo.

Un gota cayó sobre la lápida y alzó el rostro sintiendo como con prontitud este se mojaba por la fuerte tormenta que estaba dando inicio.

Sacó aquello que llevó consigo durante todo el viaje. No tenía nada, se había quedado solo por su egoísmo y no importaba cuanto llorase y rogase por una nueva oportunidad, su esposa e hijo ya no estaban y nunca volverían a él.

Sólo él podía ir hacia ellos.

Llevó el cañón hacia su sien, las manos la temblaban por lo que estaba a punto de hacer, pero ya nada le importaba. Su imprudencia no afectaría la reputación de nadie que a él le importase, el próximo duque cargaría con la deshonra de su suicidio pero él no pensaba seguir viviendo así.

Toda su vida había sido un desperdicio y cuando por fin encontró a alguien que lo hizo sentir bien, se encargó de destruirla con sus viles actos y cobardía. No merecía vivir, a decir verdad tampoco quería hacerlo.

Por años soportó la falta de su madre, pero no se creía capaz de soportar la de su esposa e hijo.

Cerró los ojos para recordar su imagen, ese hermoso rostro lleno de inocencia que siempre le sonreía con amor y lo miraba con confianza ciega, las mejillas que se sonrojaban con cada halago y la boca color rosa que se curvaba con alegría cada vez que le decía que la amaba.

Dylan hubiera tirado del gatillo de no ser por la fuerza bruta que se estrelló contra su espalda y lo envió al piso provocando que la pistola saliera disparada y quedara fuera de su alcance.

—¿Qué diantres...? —farfulló mientras forcejeaba y cuando consiguió quedar sobre su espalda, abrió los ojos sorprendido al ver que se trataba del conde de Ross—. ¿Cómo...? —Nuevamente se vio interrumpido, pero esta vez fue por el fuerte puño del castaño que se estrelló contra su pómulo.

—¿Para esto me la robaste?! —Lo zarandó con fuerza, fuera de sí—. Ella pudo haber sido mía, yo la habría amado como tú nunca pudiste hacerlo.

—¡Yo la amaba! —respondió encolerizado y con una hábil patada consiguió que Ross cayera

hacia atrás. Se incorporó con rapidez—. La sigo amando, nunca quise que las cosas terminaran así.

—¡Tú enviaste a matarla! —bramó el conde, confundiéndolo de sobremanera.

—¿Qué?

—Mandaste a quemar la posada en la que se hospedó la misma noche que la sacaste de tu casa.

—No —ladeó la cabeza con el corazón en la boca—, eso no es verdad.

Empezó a desesperarse, el conde no actuaba así porque sí y las manos no podían dejar de temblarle por el cómo la teoría de la muerte de Aline estaba dando un giro de ciento ochenta grados.

—Ellos murieron de fiebre hace poco.

—Mentira —escupió el conde con desprecio—. Murieron hace más de un año.

—¡Eso no es verdad! —Se desesperó y empezó a respirar con dificultad—. Aline me envió cartas todo este tiempo, yo hablé con ella y ella me garantizó que estaban bien. Nunca pasó tal incendio, los lacayos que la escoltaron me garantizaron que la trajeron intacta hasta Yorkshire.

Ross guardó silencio por largos segundos y apretó la mandíbula, acusándolo con la mirada.

—Te mintieron, dejaste que te engañaran y nunca fuiste capaz de comprobar por tus propios ojos si Aline se encontraba bien.

*Te mintieron...*

Esas palabras resonaron en su cabeza una y otra vez, nuevamente había sido víctima del engaño de su tía y había caído como un imbécil porque él tenía razón, ¡nunca vino a verla! Dejó que Deborah manipulara todo, incluso a sus criados les ordenó que le mintieran vilmente.

El dinero que envió por meses nunca llegó a Aline, ella lo usaba a su beneficio.

Un inmenso odio surgió en su interior y supo que no podía morir sin antes encargarse de la mujer que le arruinó la vida, se había jurado que nunca más buscaría venganza pero jamás podría descansar en paz si dejaba que esa víbora siguiera suelta y repartiendo su veneno.

Un pensamiento lo golpeó con fuerza y las manos empezaron a temblarle al recordar un punto de suma importancia.

—¿Quieres decir que mi hijo nunca llegó a nacer?

Fue Deborah quien los mató... La mujer que prefirió poner por encima de su mujer le había arruinado la vida.

—Ni siquiera llegaron a Yorkshire.

Caminó resueltamente hacia su pistola y sin perder el tiempo la guardó dentro de su levita y se encaminó hacia su carruaje. Una vez en Londres se encargaría que todos, incluso toda su servidumbre, pagaran esa alta traición. No caería en el llanto, no cuando ahora más que nunca sabía que merecía morirse vilmente.

Y lo haría, pero primero mataría a Deborah con sus propias manos.

—¿A dónde vas? —preguntó el conde de Ross, sujetándolo del brazo.

—A matar a Deborah Meyer.

—¿Por qué?

Sintió rabia de sí mismo, pero terminó confesando sus errores.

—Porque todo este tiempo confié ciegamente en ella cuando estoy seguro que todo esto ocurrió por su culpa. Ella mató a mi esposa y a mi hijo y yo acabaré con su vida.

—¿Tú crees que esto es lo que hubiera querido Aline?

—No. —La voz se le rompió—. Pero ella merece que venga su horrible muerte, porque con el dolor de mi alma debo admitir que es lo único que puedo hacer por mi familia, porque fui un imbécil al no mantenerlos a mi lado.

—¿Y qué harás luego?, ¿te pegarás un tiro en la frente? —ironizó, mirando el arma de soslayo.

—Me pegaría diez de ser posible. —Se zafó de su agarre y retomó su marcha, no obstante, lo siguiente que escuchó hizo que parara en seco y por un momento se olvidara de como respirar.

—Cómo sé que eso es algo que ella jamás querría; debo decirte que Aline está viva.

## Capítulo 25

Aline terminó de empacar todo lo que creía que sería de uso necesario y las manos empezaron a temblarle al oír los veloces pasos de Michael.

—¡Aline! Alguien viene.

Rápidamente tomó a Aline en brazos y se acercó a la ventana. Era verdad, los cascos de los caballos podían escucharse y eso no era un buen presagio, la casa donde ellos vivían estaba oculta y pocas veces la gente transitaba por allí, por lo que posiblemente él las encontró.

—Debemos irnos.

Sujetó el equipaje que preparó y lamentó alimentar el miedo en el rostro de Nicole, quien se aferraba a ella con fuerza y enterraba su naricita en su hombro. Quizá no entendía muchas cosas, pero claramente su hija comprendía la tensión del momento.

Salió de la casa y el pulso se le disparó al ver a varios jinetes a una distancia no muy larga.

¡No podía ser verdad!

¡Él no pudo dar con ella tan pronto!

Agradeció llevar ropas de caballero y se dirigió hacia Josphina, Lamia y Michael.

—Tenemos que separarnos.

—¿Qué? Claro que no —espetó su amiga, desesperada.

—Si vamos todos juntos nos atraparán fácilmente, lo mejor es dispersarnos. Nos encontraremos en las afueras del pueblo, por la tienda de alquiler de carruajes del señor Foster — dijo aceleradamente, sintiendo como el pulso se le aceleraba por el sonido de los cascos cada vez más próximos.

—Yo los distraeré, huye con Nicole ahora —pidió Josephine, alarmada—. No te seguirán, llevas prendas de hombre.

Quiso decirle que no, que no era necesario que se arriesgara tanto por ellas, pero simplemente no pudo hacerlo, no cuando era la vida de su hija la que corría peligro.

—¡Aline!

Y ese simple grito hizo que la piel se le erizara y todos sus peores miedos se hicieran realidad, Dylan había dado con ellas y por el tono de voz que empleó para llamarla podía deducir que no se sentía muy contento con ella.

—¡Vámonos! —chilló desesperada y se adentró por la arboleda sin dudarlo en dirección contraria a la que tomaron sus amigos. Sin embargo, lo que Aline no esperaba era que su hija lanzara un grito desgarrador y se pusiera a llorar sin control alguno—. Cálmate, mi amor, no llores, ¿sí? Pronto nos reuniremos con ellos —habló con voz rota, implorándole para que se calmara, pero los ojos llorosos de su hija le informaron que estaba muy asustada.

Ni siquiera había podido abrigoarla correctamente, sus bucles color miel danzaban contra el viento mientras ella esquivaba los árboles y ramas del camino.

—¿Casa? —inquirió su hija con voz llorosa y Aline contuvo el aliento para no llorar frente a ella y demostrarse angustiada.

—Volveremos pronto.

Nicole sollozó ahogadamente y como si ella comprendiera la situación, su llanto fue más silencioso y la abrazó con fuerza del cuello.

—¡Aline!

Ambas presionaron su abrazo, al parecer ella tampoco quería que su padre las encontrara. Miró hacia atrás, esperando no ver la imagen de Blandes, y frunció levemente el ceño al no ver a nadie cerca.

Ese grito... se oía muy cercano.

—¡Ah! —gritó fuertemente al sentir como su cuerpo perdía toda la estabilidad por la falta de una superficie donde pisar y con unos reflejos que no sabía que poseía, se aferró a una rama que encontró en su camino para no resbalar duramente por la pendiente.

Nicole rompió en llanto, dado que la vista no resultó ser la más agradable para ella y sin poder obligarla a mirar hacia arriba empezó a llamarla y pedirle que se quedara quieta, algo bastante complicado porque ella parecía no escucharla.

—Mírame, Nicole —aferró su delgado brazo contra el cuerpecito que pataleaba desesperado—. Nicole... —sollozó desesperada, si ella seguía así ambas caerían.

La rama terminó de romperse y si no hubiera sido por la fuerte mano que aferró su muñeca, Aline habría creído que ese sería su final.

Alzó el rostro angustiada y no supo qué sintió con exactitud al ver a su esposo ante ella. Estaba cambiado, su rostro se veía demacrado y tenía una espesa barba que le aumentaba unos cuantos años. Sus ojeras daban indicio de cansancio y un brillo especial se alojaba en sus ojos, ¿estuvo llorando?

Recordó que el hombre con el que se casó nunca existió y bajó la mirada esperando que la

soltara. Era su oportunidad, nadie dudaría de su integridad si su mujer e hija morían en un trágico accidente.

—Pásamelo, no podré ayudarlos a ambos al mismo tiempo.

¿Ayudarlos?

Él las quería muertas y ese deseo incrementaría cuando viera que su hija era una niña.

—¡Debes ayudarme, Aline! —bramó fuera de sí, haciendo esfuerzo para mantenerla ahí, y ese simple grito hizo que su hija levantara la mirada llorosa hacia arriba.

Pudo sentir la tensión en los brazos de Blandes al ver por primera vez a su hija, por lo que sin tener más remedio ella también alzó la mirada.

—¿Seguro que no prefieres soltarnos? —inquirió con rencor.

—Entrégamela. —Extendió la mano libre y Aline titubeó, ¿podía confiar en él para entregarle a Nicole?—. Entrégame a mi hija, encanto —pidió con voz rota, confundíendola de sobremanera por la desesperación que se oía en su voz.

Sacó fuerza para poder elevar a Nicole sobre su hombro y quizá su hija se sintió muy asustada por la situación porque no dudó en aferrarse al brazo del duque que rodeó su pequeño cuerpo con extremada facilidad para alejarla del peligro.

Un peso se le quitó de encima al ver que su hija por fin estaba fuera de peligro y se vio a sí misma ayudando a Blandes a elevarla para llegar donde Nicole se encontraba. Nunca comprendería el poder que su hija tenía para sacarle la fuerza y energía necesaria para seguir luchando.

Llegó a la dura superficie y con la respiración jadeante rompió en un suave llanto al ver como su hija corría hacia ella y la abrazaba por el cuello. Ambas temblaban y lo cierto era que temía por ellas, no sabía con qué intenciones regresó Blandes a su vida y él la asustaba. La abrazó con fuerza y sin importarle el dolor que sentía en las piernas y espalda, se incorporó con el cuerpo tembloroso y su hija en brazos.

—Ali...

—¿Es que simplemente no podías dejarnos tranquilas? —inquirió con impotencia y se tragó el llanto cuando él la abrazó con fuerza, cubriendo incluso el cuerpo de su hija.

¿Qué pretendía?, ¿qué creyera en su repentino amor de padre?

Él era un mentiroso, el peor de los traidores y jamás recibiría su confianza de nuevo.

—No, no podía —susurró con voz ronca, posando su amplia mano en la cabecita de Nicole—.

¿Y sabes por qué?

Ladeó la cabeza en modo de negación, no tenía la menor idea de cómo debía reaccionar ante él.

—Porque ustedes son más.

—¡Aline!

Oír la voz de Michael y la de Josephine hizo que un sinfín de emociones surgieran en su interior y los buscó con la mirada, quedándose sorprendida por la persona que seguía sus pasos.

—Ross... —susurró con un hilo de voz.

Él la había traicionado, al final el conde sí fue por Blandes. Quiso gritarle, reclamarle por traidor; no obstante, el pánico la invadió al sentir como su cuerpo se desvaneció aún en contra de su voluntad y todo a su alrededor se volvió oscuro.

No era ni el momento ni el lugar para descuidar a su pequeña.

\*\*\*

Cuando Ross le informó que Aline estaba viva, Dylan sintió como su mundo se reconstruía ante él, pero a medida que le explicaba el por qué ella había huido todo se volvía más sombrío y complicado.

Su mujer pensaba que quería matarla, la mujer que amaba creía que la quería muerta cuando lo cierto era que había estado dispuesto a morir si eso implicaba tenerla un poco más cerca.

Ross le había informado todo lo que pudo mientras se dirigían al encuentro con Aline, por supuesto, le había pedido que no llevara a sus criados porque no confiaba en ellos y que los suyos los ayudarían en caso de que ellos pretendieran huir.

Cosa que efectivamente ocurrió y tal vez los hubiera perdido de vista de no ser por el llanto de su hija.

Una hija... Incluso en eso su tía decidió engañarlo sin ser consciente, dado que para Deborah: Aline sí murió en el incendio de la posada.

Según los datos que recibió; Josephine era la criada con la cual la echó de su casa hace más de un año y ellas habían empezado de cero, enfrentándose a duras pruebas que él deseaba conocer.

¿Cómo sobrevivieron tanto tiempo sin dinero? ¿Por qué Aline tenía un pupilo?, ¿Por qué ella se veía tan delicada y frágil?

Nuevamente clavó la vista en su pequeña, que jugaba distraídamente con el niño que respondía al nombre de Michael y se frotó el rostro con frustración.



¿Qué destino le habría esperado a su hija si él se daba un tiro?

Era un ser precioso y delicado y se había perdido momentos hermosos de su vida, ella ya caminaba y entendía muchas cosas a su edad. Se veía muy a gusto con el niño y Josephine, ellos eran la única familia que ellas tuvieron durante todo ese tiempo y no tenía la menor idea de cómo agradecerse los.

Había intentado acercarse a su hija, pero el corazón se le había hecho pedazos al ver su profundo rechazo hacia él, su padre, que no era más que un desconocido para ella. También trató de ir a ver a Aline a su alcoba, pero nuevamente Josephine se lo impidió diciéndole que esa no era su casa y las reglas eran muy distintas allí dentro.

Bien podría imponer su voluntad, pero no deseaba hacerlo.

No cuando llevaba tantas desventajas.

Nuevamente presionó las cartas que tenía dentro de su levita y se puso ansioso. Eran la única prueba que tenía para Aline, debía decirle que durante todo ese tiempo fue engañado y le hicieron creer que ella estaba en perfecto estado. Sabía que era un argumento pobre, pero era lo único que tenía y quería luchar, no se daría por vencido.

Ella y su hija volverían a Londres con él.

El doctor Brown había garantizado que Aline se encontraba bien, que sólo recibió leves golpes y seguro fue la impresión lo que la llevó a desvanecerse, por lo que no tenía que alarmarse.

Sin embargo...

—¿Podemos hablar? —Se acercó a Ross, quien a diferencia suya sí recibía la aceptación de su hija.

—Aquí no hay sala a la que pueda llevarte.

¿Qué tan bien conocía esa casa?

Apretó la mandíbula.

Grafton se lo había advertido y él no quiso escucharlo, y lo peor de todo era que viendo como vivía su esposa, no podía culparla por haber buscado un protector.

—Salgamos unos minutos.

Ciertamente la casa era pequeña, un tamaño ideal para cinco personas que lo menos que requerían eran nuevos gastos. Salieron bajo la atenta mirada de Josephine y percatándose del desprecio que la joven sentía hacia él, cerró la puerta con suavidad.

Estaba claro que en esa casa no era bienvenido.

—¿Qué sucedió? —inquirió Ross con el ceño fruncido.

—¿Es tu amante? —soltó sin tapujos, la duda lo carcomía por dentro y necesitaba saber a qué se estaba enfrentando. No culparía a Aline; es más, la perdonaría por todo a cambio que ella también lo hiciera.

No obstante, si sus sospechas eran ciertas era tiempo de ponerle un fin a su relación clandestina.

—No, no es mi amante.

El alivio se asentó en su pecho y pudo respirar con mayor soltura. Ella le...

—Pero se ofreció a serlo cuando nos reencontramos, tenían muchas deudas y ella quiere irse a América con su nueva familia.

Lo miró con odio y el conde se encogió de hombros.

—Tú la dejaste sola, Blandes, no puedes culparla por nada, tenía que cuidar de la hija que no quisiste reconocer.

—Claro que la reconoceré —farfulló.

Nicole era su hija, era su pequeña y la cuidaría como Dios manda.

—No acepté tenerla, sé que no me quiere y no pensaba involucrarme más de lo que ya estoy con ella.

Se tensó, esa era una confesión abierta de que le gustaba su mujer.

—Fue hace unos días, después de ese encuentro salí a hacer mis averiguaciones y efectivamente la posada que ella mencionó sí sufrió un incendio, pero curiosamente a los meses los dueños levantaron otra mucho más lujosa y grande. Luego regresé a Yorkshire y tus criados me dijeron que Aline y su hijo murieron hace unas semanas, ahí deduje que algo no iba bien y te vi llegar, te seguí e impedí que cometieras una estupidez porque en el fondo ellas te necesitan.

—¿Y no te hubiera salido mejor el título de viuda para Aline? —Era imposible no sentirse frustrado, Ross hizo todo lo que él debió haber hecho desde hace mucho.

—No si ella sigue amando a su difunto esposo. Además, está claro que fuiste engañado, y ese tipo de verdades tarde o temprano salen a la luz y Aline jamás se habría perdonado tu muerte.

—Entonces lo hiciste por ella.

—Por amor hacemos estupideces.

—Es mía, no puedes amarla.

—Puedo amarla, pero no puedo faltarle al respeto —corrigió, dejándolo helado.

—Gracias por decirme la verdad.

—Lo hice por ellas, creo que ya sufrieron demasiado.

Él también lo creía, y justamente por eso estaba asustado.

¿Cómo demonios haría para solventar sus errores? Si bien fue víctima de un engaño, su amor no fue lo suficientemente fuerte como para hacerle frente a la dura realidad, prefirió seguir con su vida; y mientras él vivía bajo la comodidad de su mansión y fortuna, su hija y esposa debían ingeniárselas para tener un pan en su mesa.

Se frotó el rostro con frustración.

—No sé qué hacer.

—Debemos encontrar a tu tía, ella cree que Aline está muerta y es una amenaza para ella.

Eso ya lo sabía, pero no tenía un personal confiable, todos lo habían traicionado.

—Ayúdame, Ross —pidió, tragándose su orgullo—. Mi gente son unos traidores, nunca podré dar con ella si me apoyo en ellos.

—Sólo si prometes que nunca más volverás a usar los secretos que conoces de mis seres queridos para extorsionarnos.

—Te doy mi palabra.

Esa libreta era la clara prueba de la maldad que habitaba en el alma de su padre y él había sido lo suficientemente desgraciado como para usarla en contra de las personas inocentes que fueron víctimas del entretenimiento de su padre. Pronto la quemaría y se encargaría de que todos los secretos que su padre conocía no llegaran a más personas.

—Es hora de que cuides a tu esposa, Blandes —espetó Ross, ganando su atención—, porque es una mujer maravillosa.

Sus palabras no le gustaron, ¿era una manera de iniciar una lucha por el amor de Aline?

Si bien era cierto que había pretendido hacer las cosas con calma y sin presionar a Aline, ahora más que nunca comprendía que no tenía tiempo que perder. Debía reconocer a su hija, encontrar a Deborah y hacerle ver lo peligroso que podía ser meterse con su familia.

—¿A dónde vas? —inquirió Ross con inquietud al verlo regresar hacia la casa y él detuvo su marcha.

—A ver a mi esposa.

—No te dejarán entrar.

Ya estaba cansado de que le privasen de ver a Aline, ella era su esposa y él tenía todo el derecho del mundo de ver como se encontraba y cerciorarse de que estuviera en perfecto estado.

—Lo harán, además pienso llevármelos a todos a Londres. No dejaré que sigan quedándose aquí. —Miró el lugar con enojo, odiaba saber que estuvieron sometidas a eso por su culpa.

Se llevaría a todas las personas que cuidaron de su mujer. No confiaba en nadie de su casa y algo le decía que Roman era un fiel cómplice de Deborah, pues se suponía que él enviaba las encomiendas para Aline.

—¿Cómo? No creo que estés en condición de forzar algo, Blandes.

—¿Crees que me gusta ver que viven aquí? Quiero llevarlas a un lugar cómodo.

—Pueden ir a mi casa, ella estuvo quedándose unos días allí.

No pensaba aceptar esa oferta, no volvería a permitir que Ross hiciera algo por su mujer, para eso estaba él y eso era más que suficiente. No le dio una respuesta y se encaminó hacia la casa otra vez, nada más entrar vio a Josephine al final de las escaleras y dedujo que llevó a Nicole con su madre porque su hija no estaba por ningún lugar.

La pasó de largo para dirigirse a la alcoba de su esposa e ignoró sus gritos, nadie le daría órdenes en un momento como ese. Estaba desesperado por tratar de poner un poco de orden a su vida. Un suave golpe bastó para que luego entrara a la habitación y la encontrara sentada en el diván con su hija muy sonriente sobre su regazo.

Se alivió al ver que se encontraba mucho mejor y nuevamente clavó la vista en su corta melena. Debió haberle costado mucho cortar su hermosa cabellera.

Nicole alzó la mirada y Blandes vio en sus ojos la confusión, ver su ceño fruncido fue casi un sueño porque eso no hizo más que pronunciar sus mejillas infladas y su mohín.

—Le pedí que esperara.

Sus ojos viajaron hacia Aline y la culpabilidad lo invadió al ver a otra mujer frente a él, en ella no había rastro de la joven inocente con quien se casó. Era una mujer fuerte y decidida que lastimosamente lo odiaba.

Se dio unos segundos para estudiarla. Estaba mucho más delgada, tenía la piel pálida y había dos curvas marcadas bajo sus hermosos ojos.

Él la sacaría del lugar dónde la metió.

—No puedo seguir esperando. —Se encaminó hacia ellas no muy seguro.

—No tiene nada que hacer aquí, su excelencia, como puede ver hemos estado bien sin usted hasta ahora y no creo que lo necesitemos.

Las piernas le temblaron y cuando llegó a ellas se arrodilló sin poder evitarlo.

—Perdóname, Aline, hay una explicación para todo, me engañaron, yo...

—La engañada fui yo, fue a mí a quien se me prometió todo, fue a mí a quien privaron de su libertad; no existe una explicación, sólo una verdad: usted es un hombre egoísta y despiadado.

Ella tenía razón, fue él quien rompió sus promesas, pero lo hizo porque pensó que era su hermana, que lo había usado para recuperar los pagarés del conde. Sacó deducciones erróneas, pero todo el mundo tenía derecho a equivocarse.

—Fue Deborah.

—Ella no fue la que me echó sin importarle la hora, el día ni el momento.

—Aline... Debes escucharme. Yo nunca mandé a quemar la posada, fue Deborah.

Ella guardó silencio por largos segundos, pero no dio por terminada la conversación.

—Deborah no le puso una pistola en la cabeza para que rechazara a mi hija ni para que olvidase que tiene una esposa encinta lejos de su casa.

Sacó las cartas que traía consigo y se las tendió.

—Me hizo creer que estabas bien, hice mal en confiar en ella pero ¿qué más podía hacer? Era mi única familia, nunca pensé que me haría algo así.

—Tú también te convertiste en mi única familia cuando decidí casarme contigo y no te importó dejarme sola.

Sus palabras lo hirieron profundamente, ambos fueron víctimas de las mentiras de Deborah y sus sentimientos. Ella por confiar ciegamente en él y él por no ser capaz de hacer exactamente lo mismo.

La vio desanudar las cartas y sintió algo de calma al ver como abría las cartas y empezaba a leerlas. Le dio su tiempo para que pudiera comprenderlas y observó con curiosidad la calma con la que su hija permanecía al lado de su madre, la conexión que tenían parecía irrompible.

—¿Y qué respondió? —Quiso saber, levantando la mirada, y sólo necesitó ver la culpabilidad en sus ojos para deducir que ninguna de sus notas había obtenido una respuesta—. Ni siquiera quiso participar en la elección del nombre del heredero ficticio que tuvo conmigo.

—No podía verte, Aline, Deborah me dijo que éramos hermanos.

—Y nuevamente decidió creerle.

—Lo siento.

—No debe querer mucho a mi hija, si no fue capaz de aceptar a su primogénito debe sentirse muy frustrado del resultado.

No llegarían a ningún lugar si seguían hablando, ella no daría el brazo a torcer y él no podría pensar con claridad con esa linda sonrisa a unos centímetros de su rostro. Extendió los brazos para sujetar a su hija y Aline presionó el pequeño cuerpo en un abrazo posesivo.

—Quiero alzarla. —La miró a los ojos y ella titubeó—. Lejos de no quererla, siento que la amo más que a mi propia vida.

—Tendré que negarme. No confío en su manera de amar.

Apretó la mandíbula. Ella ni siquiera quería escucharlo y ahora tampoco quería que sujetase a su pequeña.

—Déjenos irnos.

—No.

—Pero...

—Sigue insistiendo y te quitaré a Nicole. —Lo que menos quería era amenazarla, pero a estas alturas esa era la única solución a sus problemas.

La vio palidecer y la culpabilidad lo invadió.

«Lo siento, encanto».

—No nos soporta, milord, ¿para qué mantenernos a su lado?

—Volveremos a Londres.

Él nunca dijo que no las soportase, a decir verdad se volvía loco por adentrarlas en su vida.

—¡No lo haré! —Se puso de pie de golpe y se alejó de él para ganar algo de distancia.

—Volverás a Londres porque así lo deseo. Te guste o no, harás lo que yo crea conveniente para ustedes.

Avanzó hacia ella y al fin Aline le dejó sujetar a su pequeña. Nicole se movió con inquietud y se aferró al mechón negro de su madre.

—Eres cruel, Blandes —espetó con un hilo de voz y volvió a sujetar a su hija dejándole sentir la seca y callosa piel de las palmas de sus manos.

Lo sabía. Pero no pensaba dejarlas.

—Y también egoísta —agregó con suavidad, sorprendiéndola—. Porque a pesar de que me

equivocué y no te merezco, quiero seguir luchando porque tú y yo estamos atados de por vida y Nicole es un lazo que jamás podrá separarnos. —Acarició la regordeta mejilla.

—No quiero irme, no quiero volver.

—Debes aceptar mi oferta, es lo mejor para todos. Josephine y ese niño tendrán un futuro mucho más agradable si están bajo mi protección, haré por ellos lo que tú me pidas siempre y cuando te quedes a mi lado. En Londres Nicole será una lady, le asignaré una dote y se ganará el respeto que merece por su título, no puedes arrebatarse nada de eso a nuestra hija.

—Salga de mi alcoba, por favor.

—Saldremos mañana a primera hora.

Ya pensando con cabeza fría, era un poco tarde como para salir justo ahora. No era seguro quedarse en una posada del pueblo porque no sabía mucho de sus criados y no quería que vieran a Aline y a su hija todavía. Debía armar todo un plan de viaje y lastimosamente tendría que hablar con Ross para conseguir buenos resultados.

—Le diré a tu doncella que prepare todo, la llevaremos con nosotros y una vez en Londres cambiaré todo el personal. Las pondré en un lugar seguro y tendrán un hogar cálido y cómodo, confía en mí.

—Puede obligarme a ir a donde usted quiera, su excelencia, pero tenga por seguro que nunca más volveré a confiar en usted —espetó con dureza, invitándolo a abandonar su alcoba.

## Capítulo 26

En el carruaje que se encaminaba de regreso a Londres se encontraban Aline, su hija, Michael y él, al final su esposa insistió para que el niño los acompañara en el vehículo y él se las ingenió para que Josephine fuera en el otro carruaje. Por suerte Ross había accedido a adelantarse en su semental para poner orden en su casa con la renovación de personal.

No le gustaba que lo ayudase porque sabía que su interés era netamente por Aline, pero no podía rechazar su colaboración en un momento como ese. Necesitaba poner un orden en su casa, pero al mismo tiempo no podía descuidar a su familia ni exponerlos a ningún peligro.

Llevaban más de cuatro horas de viaje y Dylan miraba a su esposa por el rabillo del ojo de vez en cuando. Ella se veía agotada y le disgustaba saber que aún quedaban dos horas de viaje para llegar a una posada.

—¿Te gusta? —La pregunta de Michael captó su atención y clavó la vista en los niños que tocaban los finos asientos de terciopelo.

Nicole chilló en respuesta para el pelirrojo.

—¿Crees que sea un «sí»? —preguntó Michael y Aline sonrió acomodando el cuerpecito de su hija, el bamboleo del carruaje no ayudaba a que Nicole se mantuviera estable.

—Sí, vaya que lo creo.

Blandes se planteó un poco la situación, su hija miraba todo con curiosidad, sus ojos saltones se abrían de vez en cuando y estiraba las manitos para poder tocar todo lo que tenía a su alcance.

—Es la primera vez que subimos a uno.

Aunque ya lo había deducido, le dolió saber eso.

—Normalmente siempre nos movemos a pie, ¿verdad, Aline? Y cuando alguien nos traía del pueblo, nos sentábamos atrás.

—Michael —musitó su esposa en busca de silencio pero el niño, en su inocencia, no la comprendió.

—Si no fuera porque Nicole ya vio muchas cosas lujosas en nuestra estadía en la casa del conde de Ross, ella no se estaría tan quieta.

Sus músculos se tensaron y miró fijamente al niño.

—¿Y por qué se quedaron allí?

Michael le daría la información que quería.

—Porque la tormenta se desató y Nicole no suele reaccionar muy bien a los días fríos y lluviosos. Ella y Aline se enfrían muy rápido. El conde fue un hombre sabio al cedernos dos alcobas, desde que él llegó las cosas mejoraron para nosotros, pagó las deudas y...

—Michael, por favor, no digas más —pidió Aline y el niño cerró la boca al instante.



Blandes ya no quiso seguir hablando, la vergüenza se lo impedía. Siguieron con el viaje y él se deslizó en el asiento para ponerse frente a ella, Aline dormía con su hija entre sus brazos y tenía miedo que pudiera soltarla.

Nicole estaba muy entretenida mirando a Michael como para darse cuenta que el agarre de su madre a veces perdía precisión.

—¿Por qué no la alza? ¿Le parece muy pesada? —susurró Michael y él lo observó.

—No le agrado —confesó con tristeza.

—Eso no es cierto, Nicole sólo es tímida.

—¿Algún consejo?

—No, ella es complicada.

La pequeña giró el rostro en su dirección. Sus grandes ojos color miel cayeron sobre él y Blandes titubeó ante el impulso de estirar los brazos para sujetarla. Nicole sonrió y eso le impulsó a hacerlo, no obstante, la niña volvió a rechazarlo.

Suspiró frustrado y ella carcajeó roncamente. Abrió los ojos de par en par.

¿Estaba jugando con él?

—Está jugando con usted.

—Así parece.

La pequeña extendió los brazos hacia su padre y cuando este se inclinó hacia el encuentro, volvió a regresar donde su madre con una sonrisa en el rostro.

—A ver, yo le ayudo.

Michael intentó sujetar a la pequeña con mucho cuidado para no despertar a Aline, pero no funcionó, la pelinegra abrió los ojos exaltada.

—Lo siento, creíamos que querías descansar —musitó el pequeño y ella se frotó uno de sus ojos con cansancio.

—Quiero hacerlo —confesó y se inclinó hacia Blandes—. Ve con él, Nicole.

Para su sorpresa su hija obedeció y aprovechó el instante para sujetarla en brazos. Aline regresó a su sitio y acurrucándose en la manta volvió a cerrar los ojos, quedándose nuevamente rendida.

Blandes contuvo el impulso de decirle a Michael que cambiaran de lugar, deseaba apoyarla en su hombro pero ese contacto sería imposible.

—Al fin te tengo —le susurró a su hija y esta sonrió con ansiedad.

Blandes le dio un tierno beso en la frente y ella se petrificó, alzando el rostro. Estaba ruborizada.

—Le dije que era tímida.

—¡Ah! —gritó la niña e impulsó el cuerpo hacia adelante para que Blandes la pegara a su pecho. Así lo hizo y acarició su cabecita cuando ella también se dispuso a dormir.

—Tiene sueño, lo mejor será que no la haga enojar —le sugirió el pelirrojo y él asintió, lo menos que quería era causarle otro disgusto a una de sus amadas.

Pero como siempre, horas después, algo tenía que salir mal.

—Sólo hay dos habitaciones disponibles. Lamia y Josephine pueden dormir en una con Michael y tú y Nicole vendrán conmigo. Es lo único que se me ocurre hacer si quieres que todos tengan una alcoba.

Aline lo miró con seriedad y terminó asintiendo.

—No me es un problema, milord, siempre y cuando comprenda que la cama será para mi hija.

—Y para ti, prometo no invadir tu espacio —agregó con recato para no ponerla a la defensiva. Lo importante era que ellas estuvieran cómodas.

Blandes esperó afuera de la alcoba al menos hasta las once de la noche para que Aline pudiera bañarse junto a su hija. No quería incomodarlas, ese no era su objetivo y aunque ella no estaba poniendo mucha resistencia en cuanto a sus decisiones, no se veía en lo absoluto contenta con el hecho de saberse gobernada por él.

—¿Por qué Aline no lo quiere? —Dirigió la vista hacia el pequeño pelirrojo. No quería pensar que no lo quería, deseaba creer que con el tiempo podría recuperar ese amor que ella estaba enterrando en su interior por el daño que le causó durante tanto tiempo.

—¿Te parece que no me quiere?

Los rizos rojizos se movieron en modo de afirmación.

—¿Los obligaron a casarse? ¿Ella tenía a alguien más? ¿Usted amaba a otra mujer? Tal vez la odia y por eso la sacó de su casa y no quiso saber de Nicole.

Era un niño bastante inteligente, sacó conclusiones lógicas que no hacían más que avergonzarlo porque él no se alejó de ella por ninguna de esas razones, sino por una tontería.

—Nos casamos porque ambos así lo quisimos. Ella amaba al hombre que yo alguna vez fui y yo la amo a ella con cada fibra de mi ser. No la odio, me odio a mí mismo por no haber podido ser más fuerte por ella, por no haber sabido priorizarla como debió haber sido. Sé que puede que ella ya no me quiera, pero debes saber que yo la amo y no pienso dejarla ir.

—¿Por qué la echó si la ama? —Michael frunció el ceño, confundido.

—Eres muy pequeño para entenderlo, pero créeme que nada justifica lo que hice.

—Pudo haberla echado a un lugar más bonito, ¿no le parece?

Abrió los ojos sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Josephine siempre lo iba diciendo: usted es un hombre malo, nunca quiso ni a su mujer ni a su hija.

—Josephine tiene razón: soy malo, no obstante, yo sí las amo a ambas. Fueron circunstancias de la vida las que me hicieron creer que no debía quererlas.

—Usted es muy complicado. Nicole se parece a usted, su excelencia. Aline es más práctica, ella sólo cree lo que ve y hace lo que le parece mejor.

Eso era ahora, antes su duquesa sólo seguía y escuchaba las órdenes de los demás.

—¿Por qué estás seguro de que Aline no me quiere?

—Porque ella quiere irse a América, si lo amara no pensaría así.

Ella jamás dejaría Londres, ya la había perdido en una ocasión y ahora más que nunca sabía que no quería que eso ocurriera una segunda vez.

Despachó al pequeño a su alcoba para que pudiera descansar como correspondía y regresó a su habitación, titubeante. Abrió la puerta del dormitorio y las vio a ambas acurrucadas en la cama, recibiendo el calor de la chimenea. Se acercó con cautela y con sólo ver el rubor en sus mejillas supo que no las dejaría ir.

¿Qué haría sin ellas? Ya sufrió mucho el tiempo que no las tuvo junto a él, no podía renunciar a esa felicidad que le ofrecían justo ahora.

Acarició la mejilla de su hija y esta hizo una mueca que marcó un lindo hoyuelo en su mejilla derecha.

Sonrió.

Era preciosa y se parecía mucho a él, cosa que lo enorgullecía de sobremanera.

Nunca comprendió porque Norfolk —antes de que Aline fuera presentada— se jactaba de tener la mejor hija, la más hermosa, la más tierna... Bueno, lo hizo cuando la vio por primera vez, pues lo enamoró con una mirada llorosa, pero ahora veía más que una mujer hermosa en sus palabras. Norfolk amaba a su hija y a pesar de que nunca tuvo un heredero, él añoraba a su pequeña y Blandes sentía que en ese preciso momento comprendía cada una de sus palabras.

Nicole era lo más perfecto que tenía. Era algo que él había hecho junto a Aline, pero... No fue quien la vio sonreír primero ni tampoco el que le enseñó a caminar y a jugar con los demás. Se perdió más de lo que quería admitir y no podía culpar a Aline de que la sintiera solamente suya. Estaba empezando de cero como si fuera un completo desconocido.

Por instinto e infinita necesidad, su mano viajó hacia el rostro de Aline, deseaba tocarla aunque sea un segundo; sin embargo, ella lo sujetó de la muñeca cuando estuvo a menos de un centímetro de su piel.

Abrió los ojos, todo indicaba que estaba despierta.

—No le prohibiré tocar a Nicole, jugar con ella o hablarle si así lo desea, es su hija y no soy capaz de privarle de sus atenciones; pero se lo agradeceré infinitamente si mantiene sus manos lejos de mí, su excelencia.

Su voz era suave y ronca a la vez, ella tenía el sueño ligero y al parecer lo había escuchado entrar.

—¿Nunca vas a perdonarme? —preguntó con un hilo de voz y sus miradas se encontraron—. ¿No me darás una segunda oportunidad?

—Tuvo cuatro meses, milord, si no supo venir antes no es mi problema, mi vida cambió rotundamente cuando mi hija nació.

—Aline...

—¿Sería tan amable de dejarme descansar?

—Estás siendo cruel.

—Hasta ahora no he hecho más que mostrarte mi amabilidad, Blandes, usted ya debería saber lo que realmente es la crueldad.

¿Cómo conseguiría su perdón si ella ni siquiera lo quería escuchar?

—Descansa.

Tendría que darle el tiempo que fuera necesario para que pudiera aceptarlo nuevamente en su vida. El amor que tiempo atrás afirmó sentir hacia él había perdido fuerza y no podía culparla por ello, no fue un santo y sus acciones no lo ayudaron a mejorar su condición, por lo que tendría que tragarse su desprecio.

Cuando llegaron a la ciudad, Dylan sintió un nudo en la garganta al verla en medio del hall de su casa, la imagen le trajo un sinfín de recuerdos y en ellos estaba la tímida sonrisa de su esposa que esperaba ser aceptada en su nuevo hogar.

Su hija tenía los ojos abiertos de par en par y se aferraba al cuello de su madre algo atemorizada. ¿Acaso no le gustaba estar allí?

—Tal y como lo ordenaste todo el personal fue renovado, no pude conseguir mucha gente pero creo que para empezar ellos serán suficiente —espetó Ross, mostrándole el nuevo personal seleccionado—. Son gente de mi confianza.

—¿Dónde está Roman?

—Escapó, cuando llegué aquí el mayordomo ya no estaba y nadie sabe nada de su paradero.

Empuñó sus manos con furia desmedida, definitivamente era cómplice de su tía.

Las cosas estaban peor de lo que había imaginado, su tía estaba libre y con un aliado despiadado de su parte. Quería demandarlos por robo y traición, mientras ellos no pagaran su castigo su esposa e hija corrían un gran peligro.

No se fiaba de Deborah.

—Reforzaré la seguridad de la casa —decretó y Ross le dio toda la razón del mundo—. Gracias por todo.

—¿Cuál será mi alcoba? —inquirió Aline de pronto, como si quiera alejarse de esa peculiar escena, y la miró con el ceño fruncido.

—La de siempre.

—No dormiré en *la de siempre*.

Cayó en cuenta que antes solían compartir habitación.

—La de la duquesa —añadió suavemente y ella asintió caminando hacia las escaleras. Josephine y Michael la siguieron—. Michael, aún no dije cual será tu alcoba.

Todos se detuvieron y tanto Aline como su hija lo miraron con fijeza, como si estuvieran listas para luchar con tal de proteger al pelirrojo.

—Oh, no dormiré arriba —musitó el pequeño, cabizbajo.

—Claro que lo harás, pero primero deja que preparen todo.

—Josephine tampoco dormirá con los criados.

Alzó la mirada hacia su esposa.

—Milady, no se preocupe —musitó la muchacha algo preocupada—. Con que Michael esté bien me basta.

Ellos realmente se cuidaban el uno a otro, sentía envidia de esa fraternidad que él nunca pudo tener después de la muerte de su madre.

—Es mi protegida. Nadie la conoce como criada así que pienso ayudarla a entrar en sociedad.

Abrió los ojos de par en par y antes de poder emitir palabra, ella se adelantó.

—Ross me dijo que mi padre logró recuperar su fortuna, no pienso pedirle nada a usted.

Apretó la mandíbula.

—Pues te equivocas, si es tu pupila también es mi responsabilidad. Haré que preparen dos alcobas para ambos y la de Nicole también estará lista en unos min...

—Ella duerme conmigo, no está acostumbrada a separarse de mí. No necesita una alcoba.

—Pero eso no será para siempre, Aline, ella crecerá y deberá tener su espacio.

La pequeña inclinó el rostro y él adoró cada una de sus facciones.

—Disponga las habitaciones que crea conveniente, pero de momento mi hija dormirá conmigo.

Ahora ella pateó con una sonrisa risueña.

Discutir con su esposa no tendría sentido, Aline estaba mostrando su fuerza y tenacidad, él no podía ir en contra de su voluntad justo ahora.

—Está bien.

—Que me preparen un carruaje, iré a ver a mi madre.

—Iré contigo.

Él le prometió a la condesa que le llevaría a su hija, no pensaba quedarse con los brazos cruzados.

—¿Por qué iría a la casa de mis padres?

—No hablaré de eso, Aline, estaré esperándolas.

El conde lo odiaba, pero la condesa le había implorado por su hija ofreciéndole la oportunidad de reivindicarse. No pensaba desaprovecharla.

Esperó a Aline junto al carruaje y ella salió con pasos apresurados llevando a Nicole en sus brazos, su hija aún miraba todo con sorpresa pero se mantenía lo bastante tranquila. La ayudó a subir al vehículo y en silencio se dirigieron hacia su destino.

Cuando llegaron, ella bajó casi de un salto e ingresó a la casa de sus padres dejándolo atrás; no obstante, la alcanzó en el momento preciso para ver como padre e hija terminaban frente a frente.

—Aline... —musitó el conde y ella avanzó hacia él.

—Papá.

Norfolk no tuvo reparos y llegó tan rápido a ella que Dylan sintió envidia de no haber podido abrazarla así cuando la vio después de tanto tiempo.

—¡Aaah! —gritó su hija que al parecer estaba siendo asfixiada y cuando el conde alzó el rostro, se sintió una basura, les había causado un daño irreversible.

—Es... Es preciosa —dijo él con un hilo de voz y Dylan contuvo el aliento al ver como su hija

se iba felizmente con su abuelo—. Es tan linda, se ve tan sana. ¿Qué estuviste haciendo? ¿Por qué nunca me buscaste? ¿Tienes idea de lo preocupados que estábamos por ti?

Ella asintió y Blandes se movió por la sala para poder observarla, estaba llorando.

Y todo era su culpa.

—¿Dónde está mi madre?

El conde la miró con tristeza y pidió que lo acompañara con un movimiento de cabeza. Si bien no lo llamó a él, los siguió.

—¿Está bien? —preguntó asustada y él se tensó, tenía que estar bien.

—Se está recuperando.

—¿Qué ocurrió?

El conde sonrió con tristeza.

—Estaba embarazada. —Esa noticia hizo que Dylan perdiera levemente el equilibrio. Jamás lo habría imaginado— Lo perdió, a esta edad hubiera sido muy riesgoso y fue lo mejor para ella. No quiero perder a tu madre por mi egoísmo, es lo más valioso que tengo.

Bajó la mirada. Después de todo, las únicas basuras en esa situación eran su padre, su tía y él, esa familia sólo fue víctima de sus actos insensatos.

—La llevaré conmigo, quiero que la vea.

El conde le cedió a Nicole.

—Nicole, ahora conocerás a tu abuela —dijo ella besando la frente de su pequeña y se perdió por la gran puerta de roble.

Se quedó solo con su suegro y este lo intimidó cuando se giró hacia él.

—Mi esposa me contó todo lo que te dijo tu tía.

—No debí creerle —espetó mirándolo a los ojos y Norfolk se mantuvo sereno.

—Yo le habría creído si es la mujer que cuidó de mí por años. Lo que no debiste haber hecho es actuar como lo hiciste. Mi hija se fue contigo confiando en ti y tú la llevaste a ese lamentable estado.

—Juro que la compensaré.

—Si no hubiera sido la criatura que ahora carga, ella seguramente no estaría aquí. Espero, Blandes, te cueste toda una vida recuperar un poco del amor de mi hija. No la mereces.

Se quedó sin palabras, no supo qué decirle.

—Quiero luchar.

—Y yo quiero verte fracasar. Nunca perdonaré el daño que le hiciste a Aline y espero que la vida sepa castigarte.

Lo dejó solo en medio del pasillo y él apenas y pudo dar dos pasos hacia la puerta de la alcoba de la condesa.

Fracasaría, estaba claro, pero lucharía una y otra vez sin importarle el tiempo que le tomase recuperarla. Estuvo a punto de retirarse, cuando las suaves voces hicieron que parara en seco.

—No puedo amarlo. Eso es imposible para mí. Lo único bueno que tengo gracias a él, es Nicole.

—Pero... Es tu esposo, hija.

«No, encanto, no lo digas por favor».

—Y no sabes cómo desearía cambiar eso, mamá.

## Capítulo 27

Se quedó conversando con su madre por horas y disfrutó gratamente lo mucho que su hija gozaba de la compañía de sus abuelos, no le habría gustado que ella fuera arisca con sus padres, eso habría sido un golpe muy fuerte para Camyl y Birger, quienes fueron privados de su nieta sin razón alguna.

Cuando su hija demostró síntomas de cansancio, Aline se despidió de su madre y le prometió que volvería pronto y le traería nuevas visitas, quería que conociera a sus amigos y supiera lo valiosos que eran para ella.

Se encaminó hacia el salón verde donde Blandes la esperaba, se había olvidado por completo de su esposo y ahora no se le apetecía volver a su casa. Su padre le había ofrecido cobijo, pero ella sabía que no sería bien visto y eso sólo afectaría socialmente a su hija.

—Debía ser cuidadosa con cada una de las decisiones que tomase.

Miró el pequeño rostro que yacía dormido en sus brazos y sonrió con ternura. Al menos ahora Nicole tendría todo lo que por derecho le pertenecía. Si era sincera, había esperado un rechazo directo por parte de Blandes, pero no... Este había demostrado cariño hacia su pequeña y eso había conseguido calmarla de sobremanera.

—Ingresó al salón y lo vio de pie junto a la ventana, muy pronto anochecería, se habían quedado casi todo el día allí y él no le había molestado en ningún momento para pedirle que se marcharan.

—Podemos irnos.

—Él se giró hacia ella y Aline pudo captar las dos bolsas que ahora tenía bajo los ojos. Era bueno saber que al menos tenía remordimientos.

—De acuerdo. Déjame llevarla.

—Él se veía tan deseoso de cargar a Nicole que no pudo decirle que no.

—¿Por qué sigue aquí? —Por costumbre, agitó un poco las manos para aligerar el adormecimiento que el peso de la niña le causaba.

—No me iría a ningún lado sin ustedes.

No sintió nada, absolutamente nada de palabras que posiblemente eran vacías.

Salieron de la casa de sus padres antes de la hora de la cena, no podían quedarse más tiempo, no quería que Michael se quedara solo.

—Me enviaron una nota para informarme que Michael y Josephine tendrán una institutriz desde mañana —le contó en la oscuridad del carruaje.

—¿Por qué hacía todo eso? No ganaría nada. Ella ya no se dejaría influenciar por su sonrisa y buenos actos que en su momento, cuando más los necesitaba, nunca fueron para ella.



—Gracias, excelencia.

No dijo más y eso le pareció extraño, Blandes ansiaba conversar con ella, o al menos eso le mostró con sus intentos fallidos todos los días que estuvieron de viaje.

—¿Cómo está su madre?

—¿Hay algo que yo no sepa?

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Desde cuando le importan mis padres. Hace un año, si mal no recuerdo, esa fue la causa de mi exilio.

—Fue tu madre quien me contó la verdad.

—¿Fue difícil escucharla? Hubo una temporada, tal vez hace una década, que mi padre no dejaba de buscarle para hablar exactamente de lo mismo.

—Era un niño. No escuchaba razones, habían matado a mis padres y para mí Norfolk era el malo de la historia.

—Su madre estaba enferma y su padre se lo buscó.

—¿Tú sabes todo lo que sucedió?

—No, pero él me dijo que los rumores sobre el hecho de que tu padre asistió ebrio al duelo eran verdad, pues fue él quien tropezó y en la caída puso la frente en el camino de la bala. Mi padre apuntó a una de sus piernas.

Ese rumor Blandes lo había escuchado a sus veinticuatro años cuando regresó y no quiso creerlo aun sabiendo que su padre era un adicto a la bebida y al juego.

—No puedes acusarme, Aline, si tu padre estuviera en la misma situación lo defenderías a capa y espada.

—Es verdad. Y no lo culpo, nunca lo hice, por eso a pesar de todo me casé con usted.

—Aline, te pido una oportunidad.

¿Acaso ella tuvo su segunda oportunidad? A ella jamás le informó el por qué la echó de su hogar.

—Le estoy dando una, su excelencia.

—No para que te quedes conmigo, sino para recuperar tu amor.

—¿De qué amor habla? Fue usted quien mató todos los sentimientos que alguna vez albergué para su persona.

—Entonces para revivirlo.

—¿Por qué me echaste?

—Tú no hiciste nada malo... —musitó.

—Justamente esa fue la conclusión a la que llegué.

—Deborah...

—Si ella sigue representando una amenaza para nosotras me mudaré con mis padres.

No pensaba exponer a su hija al peligro que esa mujer representaba.

—No debes preocuparte por ella, eché a Deborah antes de ir a Yorkshire. Ella me traicionó al decirme algo que me asustó, creí que si no te enviaba lejos perdería el raciocinio.

—¿Qué le dijo?

El duque pareció preocuparse, pero aun así infló el pecho y dijo:

—Ya te lo comenté, me habló de que tú padre no podía tener hijos y que tú...

Deborah le dijo que eran medios hermanos, que era la bastarda del difunto duque. Hubo un tiempo que los rumores la hicieron dudar; sin embargo, el amor de su padre fue tan incondicional que descartó la posibilidad.

—¿Y por ser la bastarda de tu padre me enviaste a un lamentable lugar?

—Estaba molesto. No podía pensar con claridad, me dijo que tú sólo querías liberar a tu padre de sus deudas.

—De ser así: me habría casado contigo antes y no a los dos meses de embarazo.

La oscuridad le impedía ver su semblante.

—Te amo, Aline, no quiero perderte.

—Lo siento, Blandes, pero ya no puedo decir lo mismo. Lamento mucho que tus inseguridades nos hayan llevado a esto, pero no pienso volver a arriesgarme, ahora debo ser más fuerte que nunca por mi hija.

—¿Ya no sientes nada por mí? —Fue una pregunta suave pero cargada de temor.

—No te odio, eres el padre de Nicole y mi esposo, pero... No pretendas que te tenga afecto.

—Seguiré insistiendo.

Quiso mirarlo con pena, pero él no la merecía.

—No pierda energía, en esta vida dudo que pueda volver a amarlo.

«En otra, cuando no seamos víctimas, espero poder hacerlo otra vez, Dylan».

No se haría ni le haría más daño. Lo mejor era quedar así, cordialmente casados.

Los días pasaron con prisa y Aline no podía comprender por qué Blandes había renovado a todo el personal, pero tampoco era como si estuviera muy dispuesta a inmiscuirse en sus asuntos.

En sus días más tranquilos se preocupó por presenciar las clases de Michael y Josephine — quien por cierto andaba deprimida ante la falta de noticias del doctor Brown—. Adoraba verlos tan bien vestidos, pero había algo que la inquietaba y era el parecido que estaba notando entre Josephine y Blandes.

Quizás sólo era su imaginación; es decir, ambos eran castaños y tenían los ojos color miel — muchas personas eran así—, tal vez se debía a que ahora Josephine estaba bien vestida y portaba prendas lujosas.

Sí, seguro era eso.

Hasta ahora sólo Nicole había sido vista por las personas y todo porque un día que se quedó durmiendo hasta tarde, Blandes la sacó a pasear por Hyde Park con el conde de Grafton, quien se había empezado a quedar más tiempo de lo normal en su casa.

El hombre estaba solo, él entregó la mano de su pupila y ahora la dama le pertenecía a otro y

se encontraba en América.

Miró la hora y se puso nerviosa, Blandes se había llevado a su hija y aún no regresaba, no quería ser egoísta, menos cuando las cosas iban muy bien entre ellos, pero... ¿Por qué tardaban tanto?

—Aline, ¿cuándo podré salir con lord Blandes y Nicole? —preguntó Michael, entusiasmado.

El pequeño había adoptado una adoración hacia el duque porque él mismo había dispuesto horas de su tiempo para instruirlo.

—Aún debes aprender muchas cosas, sabes que si queremos presentarte como una caballero debes tener muy buenos modales.

Él asintió.

—Me seguiré esforzando.

—¿Y de verdad seré presentada en un año? —inquirió Josephine con nerviosismo—. ¿Crees que pueda casarme?

Sabía cuál era su preocupación, ella ya no era doncella; no obstante, tenía la fe de que Brown podría resultar un buen partido para la castaña. Además, gracias a su padre pudo disponer una pequeña fortuna para la dote de Josephine y el fideicomiso de Michael, cada uno contaba con cinco mil libras.

Les pidió que bajaran al hall y nuevamente se encontró con arreglos florales, todos para su hija, clara prueba de su aceptación en sociedad.

—Nicole es muy querida —espetó Michael, ayudando al mayordomo con los arreglos.

—Así parece. —Sonrió y observó las tarjetas.

Una llamó su atención, fue la única hoja oscura entre los papeles blancos. La abrió.

*"Lady Edevane es un encanto. Mis felicitaciones"*

Sin firma.

Una carta que no tenía nombre de remitente. Aline no sabía si lo mejor sería informarle a Blandes o ignorarla.

La juntó con el resto.

Ignorarla. Eso sería lo mejor.

Los gritos de su hija captaron su atención y todos dirigieron la vista hacia la entrada.

Frunció el ceño.

—¿Por qué una espada? —preguntó viendo cómo Nicole agitaba el juguete de madera.

Blandes sonrió.

—Fue lo primero que eligió.

—Pero no se preocupe, lady Blandes, compramos otros más aptos para ella.

Se alegró al ver la cantidad de juguetes que ahora tenía su hija, definitivamente ahí ella tendría todo lo que le correspondía.

Vio a Michael observar todo con admiración y se preguntó si él no querría un juguete también, sólo tenía ocho años.

—Esto es para ti.

Abrió los ojos de par en par al ver cómo Dylan le entregaba una funda con una espada. ¡Una que no era de madera!

Los ojos del niño brillaron.

—¡Gracias, su gracia!

—Aún es un niño para manejar una —saltó a la defensiva.

—Tranquila, Aline, desde hoy tendremos una hora para practicar esgrima. Ya envié una carta a Eton y estoy esperando su aceptación. Dije que Michael es un primo lejano y que su madre murió hace unos meses por lo que al ser su única familia accedí a tomar su tutela.

Eso quería decir que Michael sí podría ser considerado como un caballero después de todo, ser un familiar lejano de un duque podría darle muchos beneficios sociales.

—Necesito prepararlo.

Dios santo, ¿realmente sería posible que fuera aceptado en Eton?

Rezaría para que así fuera.

—Qué bueno —susurró emocionada—. Muchas gracias, su excelencia.

Si bien no lo abrazó a él, Michael fue víctima de un arranque de felicidad.

¡Iba a estudiar!

Notó cierta conmoción en el rostro del niño y supo al instante que este quería llorar. Lo hizo por él, pues eso bastó para que Michael se enderezara y fuera más valiente que ella.

—Gracias, Aline, todo esto es gracias a ti —le susurró al oído una vez que la abrazó.

Ella tal vez habría llorado por más tiempo si no fuera porque su hija se asustó y empezó a hacer un mohín con los labios para llorar de igual manera.

—Ven aquí, mi amor. —Se enderezó con una sonrisa y Blandes le entregó a la pequeña.

—Y, señorita Josephine, desde hoy tendrá clases de baile —añadió Grafton para aligerar el ambiente.

Todos rieron al ver que Josephine casi se fue de bruces hacia atrás, al parecer era muy poco dotada para aquel arte.

Aline ya no sabía qué hacer para que su hija prefiriera la muñeca a la dichosa espada de madera, quizás su afán por ella se debía a que ellas siempre estaban para las clases de esgrima de Michael, dado que su hija miraba la escena con admiración viendo como su padre y Grafton le enseñaban a moverse al pelirrojo.

No la culpaba, en esas dos semanas ella no había podido dejar de mirar la sonrisa de Blandes, él estaba feliz y ella no entendía el por qué, su relación seguía siendo cortés, aunque...

—Aline, es tu turno —dijo Michael y ella palideció.

—No, yo no tengo idea de cómo usar una espada.

—Blandes podría enseñarte —sugirió Josephine tomando a Nicole en brazos.

—No, no quiero.

Lo buscó con la mirada y lo notó nervioso, como si tuviera miedo de que algo saliera mal. Para su sorpresa le guiñó el ojo y se dirigió hacia el conde.

—¿Qué tal otro duelo, Grafton? —agitó la hoja metálica con habilidad y el hombre que tenía el labio partido se puso en posición.

—Sé que esto está mal, pero la curiosidad puede conmigo, ¿qué le sucedió, milord?

Aline observó a Josephine con la misma fijeza que implementó Grafton, estaba seguro que ambos pensaban igual: se parecía a Alanis, se expresaban de la misma manera.

—Miró a una mujer casada, eso sucedió —respondió Blandes, burlón, y todos jadearon.

—No mal piensen, sólo dije que me parecía hermosa. —Se encogió de hombros.

—Y Devonshire pretendió partirte la cara.

Aline frunció el ceño. Si eran amigos ¿por qué Grafton hablaba sobre la esposa del conde? Eso era algo de muy mal gusto.

—Seamos sinceros, yo sólo quise que él lo notara para que la apreciara más.

Ahora todo tenía más sentido.

—Aunque no la aprecie, dudo que a alguien le guste que hablen de su mujer.

Aline se quedó pensativa. Sus sospechas eran ciertas, el conde no quería a su mujer. Ya había oído rumores en esas dos semanas de que al parecer él tenía una amante y mantenía encerrada a su esposa en su casa. Lady Riley no era vista con demasiada frecuencia por nadie.

—No sabría decirte, no tenga una —bromeó el conde.

—Milord, ¿de causalidad tiene alguna información sobre lady Taylor? Debe estar al tanto de la vida conyugal de su pupila, ¿verdad? —Él se puso tan tenso que no pudo frenar el primer ataque de Blandes y terminó cayendo hacia atrás.

—¡Eso es trampa! —Se puso de pie de un brinco y Blandes rio.

—No alejes los ojos de tu enemigo.

La ignoró, Grafton evitó mirarla para no responder a su pregunta.

Suspiró. Quizás no se aferraría al tema si no fuera porque ella también pasó por el exilio y conocía lo horrible que era sentirse fuera de su hogar.

—¿Podríamos ir a visitarla?

Ahora fue su esposo quien se quedó como piedra, seguido de Grafton.

—¿Quieres ir a visitar a lady Taylor, Aline?

¿Por qué se entusiasmaba? Si bien era la primera vez que le pedía algo desde que él la trajo a su casa, no había razón para emocionarse.

—Sí, me gustaría saber cómo se encuentra.

—Ella está bien y preferiría que se quede dónde está, milady —soltó el conde con tosquedad y todos se sorprendieron por su reacción—. Alanis está acostumbrándose a su nueva vida y si usted

la atosiga eso solamente servirá para que extrañe Londres, algo que no se puede permitir porque su esposo es americano.

—Voy a visitarla, milord, no a traerla conmigo.

—Lo mejor es dejarla vivir tranquila.

—¿Pero quién se cree para prohibirnos verla?

—Soy su tutor.

—¡Usted no es nada de Alanis! ¡Ella es una mujer casada!

Grafton gruñó.

—Sé lo que le digo, milady, ella me mandó cartas por meses, si le respondo a alguna querrá volver justo ahora que dejó de hacerlo.

Se preocupó.

—¿Qué decía en sus cartas?

Nuevamente retiró la mirada.

—No lo sé, nunca las leí.

—¿Dónde están? ¿No se puso a pensar que ella podría estar pasándola mal?

—Las quemé —musitó suavemente—. Ella se fue con su tía, claro que está bien, sólo es un capricho suyo.

—¿Lo sabía, su excelencia?

—No, no tenía la menor idea —Blandes miró con sequedad a su amigo, lady Alanis nunca fue mala con nadie, no merecía aquella indiferencia.

—Dígame donde vive, quiero ir a verla.

—No —espetó el conde, tajante.

—¡Haz algo, Blandes! — Lo miró furibunda y no supo cómo interpretar su mirada hacia el ventanal, hasta que el sonido de los vidrios quebrarse la tensaron.

Josephine terminó tras un mueble con su hija en brazos y Michael junto a ella, apenas y pudo reaccionar y cuando se giró hacia la ventana, él gritó.

—¡Aline!

Su peso cayó sobre ella y ambos fueron a parar al piso, se abrió quejado por el dolor que la caída le generó si no hubiera escuchado como algo golpeó a su esposo.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —Se sentó aceleradamente mientras él se frotaba la cabeza lentamente.

Un disparo sonó y vio a Grafton en la ventana.

—Ya te tengo, cabrón —siseó el conde saliendo por la ventana para atrapar al vándalo que había entrado a las tierras de Blandes. Era una suerte que su puntería fuera maravillosa.

Nicole empezó a llorar y Josephine fue rápida para tratar de calmarla. Michael estaba pálido y nervioso.

—¿Se encuentra bien? —volvió a centrarse en Blandes y él alzó la mirada, confundido.

—No es nada, sólo...

—Estás sangrando, Dylan —susurró con un hilo de voz y una lágrima rebelde bajó por su mejilla. Tenía la sien herida y todo era por su culpa, ellos no se hubieran distraído si no hubiera empezado una pelea con el conde de Grafton.

Él sujetó su muñeca y tiró de ella para envolverla en un fuerte abrazo y acabar con sus temblores.

—No es nada, encanto, es bueno saber que tú estás bien. Ahora, preferiría que vayan a tu alcoba mientras yo averiguo quién demonios quiso lastimarte.

—Pero... —Había que curarlo.

Buscó por el piso y vio la piedra que habían lanzado.

—Para este instante la casa debe estar rodeada de los criados, nada malo pasará.

No era eso lo que le preocupaba, sino que él, aun estando mal, quisiera seguir exponiéndose al peligro.

Cuando atraparon al hombre que osó en lanzar la piedra en su dirección, Aline fue enviada a su dormitorio junto a todos para que pudieran estar mejor resguardados. Su esposo prohibió que la dejaran salir de la alcoba y a la vez le prometió que llamaría al doctor para que atendiera su herida que tenía en la sien una vez que solucionara el problema.

—¿Tú crees que el duque de Blandes esté bien? —preguntó Josephine con nerviosismo—. Es verdad que es un idiota pero no merece morir así.

—¡Josephine! Fue sólo un golpe —bramó espantada ante sus palabras.

—Pudo haber sido un disparo.

Se le hizo difícil respirar, eso lo sabía y por eso el cuerpo no dejaba de temblarle.

—No entiendo, ¿quién quiere hacerle daño? Durante todo este tiempo que estuvimos aquí nada raro ocurrió.

—¿Qué hizo él con lady Deborah? —inquirió la castaña, pensativa.

—La echó, pero varias fuentes le dijeron que se fue de Londres, dudo...

—Esa mujer no es de fiar, nunca me agradó la forma en la que te trató. Y si recapitulamos los hechos y creemos la versión del duque, fue ella quien mandó a incendiar la posada.

—Necesito hablar con Blandes —susurró.

¿Acaso era ella la que enviaba las notas con los arreglos florales?

Abrió la puerta y vio a dos criados allí, listos para impedir su salida con tres doncellas.

—Apártense.

Todos bajaron el rostro.

—El señor dijo...

—Yo soy la señora y digo que se aparten, iré con él, no pienso ponerme en peligro. Háganse a un lado —aseveró y todos obedecieron a su orden.

Salió corriendo hacia el estudio de Blandes y cuando llegó, la puerta estaba entreabierta.

—Las enviaré a un lugar más seguro.

Se asomó un poco, Dylan ya tenía la herida cubierta con un parche y hablaba con Grafton.

—No, es muy peligroso. Deborah quiere herirla a ella, el mismo vándalo lo dijo. Si lady Blandes se aleja de ti sólo correrá más peligro.

—Ya fueron a buscarla a la posada donde nos dijeron que estaba y ella huyó, creo que Roman está con ella. Fui un imbécil, nunca debí confiarme del rumor que decía que ella abandonó Londres.

—La tormenta no los dejará llegar muy lejos, tomar una carretera será imposible.

Y era verdad, el cielo había perdido el control a pesar de que esa tarde estuvo bastante tranquilo.

—Ya todos están rodeando la ciudad, el general cuidará las salidas y su gente está inspeccionando posada por posada.

—Iré a buscar a Devonshire, él tiene mucha gente trabajando para él, quizás alguien sepa algo, sólo necesito que el conde pida información.

—Tienes razón, tú ve con él y yo buscaré a Beaufort, él tiene prácticamente todo el dominio de la ciudad.

Ambos se enderezaron y Aline se armó de valor para ingresar.

—Iré contigo.

Ambos la miraron sorprendidos.

—No, vas a quedarte. —Avanzó hacia ella y retrocedió un paso.

—No me quedaré mientras estés afuera. Soy un peligro para Nicole y... Al parecer, sólo tú puedes cuidarme.

Grafton retiró la mirada como si el tintero de su amigo fuera lo más interesante del mundo y Blandes acarició su mejilla.

—Nada malo pasará, ellos no podrán esconderse por mucho tiempo.

Aline tiritó revelando el miedo que todo eso le causaba y lo abrazó por la cintura.

—Iré contigo.

Blandes suspiró.

—De acuerdo. —Se separó de ella con delicadeza y de su escritorio sacó una pistola.

Tragó con fuerza.

¿Es que nunca podría vivir tranquilos?

Salieron de casa en plena tormenta, ella estaba con una capa gruesa y el rostro cubierto. La casa estaba rodeada por guardias y lacayos, cosa que consiguió calmarla un poco porque ahí su hija estaba segura.

Separaron su camino del de Grafton y cuando estuvo dentro del carruaje, Blandes subió tras de ella.

—Aline, debes ser muy prudente, nunca te alejes de mí.



Asintió.

—¿Qué tan lejos vive lord Devonshire?

—Tomará su tiempo.

En lo que el carruaje seguía su camino, Aline empuñó las manos sobre la falda de su vestido, él estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ella prefirió fijar la vista en la ventanilla para no molestarlo. Era extraño... Desde que lo llamó por su nombre se sentía extraña, no podía decaer ahora, si bien Blandes estaba demostrando ser un buen hombre, ellos no podían estar juntos.

—¿Crees que pueda ver a lady Devonshire? —inquirió con preocupación—. Mi madre me dijo que Seraphina vive en el campo porque prefiere mantener distancia de su esposo, pero lady Riley está en Londres, ¿verdad?

Él se removió inquieto, buscando una manera de evadir su pregunta.

—Contéstame, Dylan, por favor. —Necesitaba saberlo, Riley era como una hermana pequeña para ella y el conde de Devonshire no lograba ser de su agrado.

—Devonshire la odia, encanto. No existe ningún matrimonio real entre ellos, lady Riley es, posiblemente, una mujer muy desdichada. Sí está en Londres, pero pocas veces es vista en público.

## Capítulo 28

Tal y como su marido había esperado, Devonshire consiguió todo un listado de los lugares donde Deborah Meyer fue vista en los últimos días. Y uno no le gustó en lo absoluto; la mujer estaba siguiendo los pasos de su madre.

—Ya envié a mi gente a cuidar la casa de sus padres, milady —espetó Devonshire y ella se lo agradeció con un asentimiento.

Seguía sin agradarle.

—Ella está en Covent Garden —aseguró Blandes. Deborah no era una mujer que pudiese estar lejos de los lujos por voluntad propia y ese lugar era lo más decente que buscaría para esconderse.

—Lo más probable es que allí estén sus cosas, atrapaste a uno de los suyos, sabe que la estamos buscando.

Ahora comprendía porque no debía seguir a Dylan, todo eso le generaba una horrible tensión; no obstante, quedarse en la ignorancia la tendría en un peor estado.

—¿Qué sugieres? —inquirió él y el conde la miró de soslayo.

—¿No gusta ir a tomar el té con mi hermana, lady Blandes? Me gustaría hablar con su esposo a solas.

—¿Se encuentra lady Devonshire? —Se aventuró a preguntar y un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver la socarrona sonrisa que se dibujó en el rostro del conde.

—Está indispuesta, no podrá atenderla.

No le creyó.

Cuando salieron de la casa de Devonshire, Aline buscó la manera de sacarle algo de la información que el conde le dio a Blandes; sin embargo, él no le dijo nada y se concentró en pensar y analizar lo que sea que ese hombre le hubiera dicho.

Los días pasaron y todo iba de mal en peor, por más que Dylan saliese la mayor parte del tiempo para buscar a Deborah, ella no daba rastro de vida. Para Aline permanecer en casa todavía no era una tarea sencilla; pero necesitaba quedarse con su hija para asegurarse de que todo estuviera bien.

Sus padres ya estaban al tanto de todo y su padre seguía los pasos de Blandes y buscaba por su cuenta. Todos trabajaban para hallar a la mujer, pero al parecer esta sabía burlarlos muy bien.

Después de que Nicole terminó rendida en su cuna Aline se dio un tiempo para pensar en su esposo. Se estaba exponiendo mucho, ¿quién les garantizaba que Deborah no le haría nada a él? Recostó el rostro en su almohada y la piel se le erizó al sentir su olor.

La primera noche que apareció Deborah, Dylan le pidió permiso para quedarse con ellas asegurando que no estaría tranquilo si las dejaba solas en esa habitación. Ella aceptó por miedo, no podía hacerse la valiente cuando no estaba segura si podría contra Deborah. Dylan durmió en el sofá al menos tres días hasta que decidió apiadarse de él y le dio permiso para dormir en la cama, lugar donde él fue más que feliz cada vez que se puso a jugar con su hija cuando esta no

podía descansar.

Nicole, Michael y Josephine lo estaban aceptando y ella aún se rehusaba a hacerlo, no estaba segura de lo que vendría después, tenía miedo a un cambio repentino por su parte; no obstante, hablaría con él una vez que esa tortura terminara. Cuando le confesó sus razones para echarla, fue dura y tajante, pero ahora no deseaba serlo, quería que entre ellos existiera una amistad, no sólo un matrimonio cortés.

Pero... ¿Y si él no quería una amistad?

Tragó con fuerza.

Dylan decía que la amaba, nunca la dejaba sola y siempre le daba todo lo que quería sin necesidad de que se lo pidiera, era como si le leyera los pensamientos con una simple mirada.

No obstante... ¿Qué sentía ella por Dylan?

«Nada».

«Mentira».

Ladeó la cabeza, desconcertada.

No podía perdonarlo, no podía engañarse creyendo que ellos serían felices juntos.

¡El pasado de sus padres los atormentaría hasta el último día de su vida!

Escuchó el sonido de los carruajes y se puso de pie con prisa para dirigirse al primer piso. Dylan ingresaba con rapidez.

—¿Qué sucedió? —preguntó velozmente y Josephine y Michael aparecieron tras de ella.

—Atraparon a Roman, estaba en un bar de mala muerte —soltó de pronto y ella jadeó.

—¿Y dónde está ahora?

—Lo tienen arrestado, no quiere decir donde se encuentra Deborah e intentó herir a tu padre, pero nada malo sucedió, logramos detenerlo a tiempo.

—No puede ser... —Lo primero que hizo fue inspeccionar que él no estuviera herido—. Debes dejar que las autoridades se encarguen de todo, esto es muy peligroso. —No deseaba que nada malo le ocurriese, ellas lo necesitaban.

Él sonrió quedamente.

—Tu padre me dijo lo mismo.

—¿Dónde está mi padre? Quiero hablar con él, él también debe alejarse de Deborah.

—Regresó a su casa, quería ver a tu madre. A Román lo ahorcarán por traición, pero no quieren hacerlo hasta encontrar a Deborah, se cree que él nos puede llevar hacia su escondite.

Era lo más lógico, ellos trabajaban juntos.

Josephine se retiró junto a Michael y ella se quedó hablando con él en uno de los salones de la casa.

—Lamento mucho que esté pasando esto —le dijo con frustración y ellaladeó la cabeza.

—Nunca debí haberme puesto en tu camino, así tu vida seguiría siendo tranquila —susurró acariciando su barbilla y ahora fue él quien negó.

—Si no hubieras llegado, mi vida seguiría siendo una mentira; ella es peligrosa y tú eres la razón de mi vida. No es difícil saber a cuál prefiero.

—Eso es ahora.

—Siempre será así, Aline, si antes no fue así era porque mis padres estaban en mí, en mis recuerdos, siempre creí que fueron víctimas pero...

—Tu madre no era mala —lo consoló y él asintió.

—Y todo indica que fue Deborah quien la mató —soltó con un hilo de voz y ella se tensó. Los ojos de Dylan empezaron a ganar un brillo que ella conocía muy bien. Quería llorar—. Si yo hubiera estado aquí, Deborah y mi padre jamás habrían lastimado a mi madre.

—No puedes culparte —dijo con rapidez, acunando sus mejillas—. Eras un niño.

—No, igual, no supe ver el daño que le estaban causando a mi madre.

Dylan retiró la mirada y Aline volvió a sujetarlo, esta vez ejerciendo mayor presión.

—Viviste engañado, ella manipuló la información y te hizo creer lo que le convenía.

No supo en qué momento ocurrió, pero terminaron abrazados. Él temblaba y ella estaba segura de que Roman le confirmó aquella sospecha: fue Deborah quien mató a su madre.

—Lo siento tanto, Aline, soy yo el que arruinó tu vida.

Ganó algo de distancia y lo miró a los ojos, sintiendo esa enorme necesidad de hacerle saber la verdad.

—Me diste a Nicole, es lo más lindo que tengo. Me hiciste madurar, no de la mejor manera, pero crecí como persona.

—Jamás tendré perdón y sé que no te merezco. —Juntó los párpados con tristeza y sus siguientes palabras la asustaron—. Te dejaré ir, Aline, quiero que seas feliz y a pesar de que cada día que pasa te siento más cerca, sé que no volverás a amarme. En el momento que atrapemos a Deborah, te enviaré a dónde quieras. Sólo te pido que al menos me dejes a Michael, él estudiará y quisiera ayudarlo en su formación.

Los ojos se le cristalizaron, ¿de verdad le estaba dando esa oportunidad?

—A decir verdad... No quiero volver a sentirme solo —confesó con un hilo de voz y ambos fueron testigos de sus lágrimas rebeldes.

Él se inclinó y dejó un casto beso en su frente. Aline alzó el rostro y acarició la mejilla masculina con ternura, lo escuchó tragar con fuerza y juntó lentamente los párpados, esperando por él. Sus labios se encontraron y el temblor se produjo en ambos, ninguno supo qué hacer, pero el sonido de la puerta abrirse los obligó a separarse.

—Papá —susurró Aline con nerviosismo y no le gustó en lo absoluto el aspecto desalineado de su padre.

—¿Norfolk, qué sucedió? —Dylan se alejó de ella y Aline no comprendió por qué eso la hirió profundamente.

—Fue una trampa, ellos lo planearon todo —bramó el conde desesperado y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Qué pasó? —La visión se le empañó.

—Secuestraron a Camyl —soltó el conde con un hilo de voz y cayó de rodillas, sintiéndose un miserable.

No pudo cuidar de su esposa.

Si no hubiera sido por la velocidad con la que Dylan la sujetó, ella ahora estaría en el piso llorando entre sus brazos. Su madre estaba en peligro y si Deborah no tuvo piedad para matar a su hermana no quería saber qué sería capaz de hacerle a su madre.

—Cálmate, Aline, la encontraremos. No descansaré hasta hallar a Camyl.

—Tienes que encontrarla, Dylan. Prométeme que lo harás. No puedes permitir que la lastime. —Sollozó ahogadamente y sus brazos la presionaron e intentaron consolarla, sin embargo, no funcionó.

Su madre seguía en peligro.

—Ya envié una carta al comandante.

Se liberó del agarre de su esposo y fue a abrazar a su padre, él estaba destrozado.

—Papá, ¿cómo sucedió?

—Estaba armada, tu madre cedió ir con ella a cambio de que no lastimara a nadie, dos hombres la acompañaban.

Volvió a sollozar. No podía ser posible.

—Sólo Roman no dirá dónde está —espetó Dylan y ella se puso de pie al igual que su padre.

—Debemos ir con él, es nuestra única esperanza.

—Te quedarás, es muy peligro...

—¡Es mi madre! ¡No pienso quedarme! Debí haberme quedado en Yorkshire, nada de esto habría pasado de no haber regresado. —Rompió en un fuerte ataque de nerviosismo hasta que él volvió a abrazarla.

—Nada es tu culpa, te juro por mi vida que tu madre estará bien, haré lo que sea necesario para rescatarla.

Le creyó. Estaba segura que él le decía la verdad, pero el problema era que si no se apresuraban Deborah podría lastimarla.

—Déjame ir, Dylan, aquí todos están a salvo, no me quedaré tranquila sin saber de mi madre.

Él dudó, su cuerpo se lo anunció, pero al final terminó cediendo.

—Está bien. —Miró a su padre—. Entenderás que lo mejor será prepararla.

El conde asintió.

Dylan sacó una pistola, verificó que estuviera cargada y luego se la entregó.

—Llévala contigo, siento que Deborah puede estar cerca, sólo la puedes utilizar cuando lo creas necesario.

Aline tragó con fuerza y aceptó la pistola.

—Hija, no la saques si no lo crees necesario.

Asintió.

—Está bien, papá.

Dejando la casa rodeada con más de veinte oficiales, los tres se dirigieron a Bow Street, según lo que su padre le dijo la familia del marqués de Winchester ya estaba al tanto de la situación y habían iniciado una búsqueda más camuflada.

El comandante los recibió y después de suplicarles por al menos diez minutos, él y Dylan aceptaron que viera a Roman, quizás ese hombre se apiadaría de ella y le diría donde se encontraba su madre.

Entró con Dylan por un oscuro pasillo escasamente iluminado gracias a los candelabros que estaban al lateral de las húmedas paredes y tragó con fuerza al ver las grandes puertas de madera. Llegaron al final del pasillo y una reja dejó que observara al antiguo mayordomo de su esposo, no se parecía en nada al hombre pulcro que conoció tiempo atrás.

Alto, flaco y desaliñado, así era como Roman se veía ahora.

—Vaya, ¿su esposo recordó que es duquesa y fue por usted?

Dylan quiso abalanzarse hacia las rejas pero el comandante se lo impidió.

—Dígame dónde está mi madre —imploró con un hilo de voz y él rio con malicia.

—¿A cambio de qué?

Miró a los costados con nerviosismo.

—Podría pagarle.

—Si quiero puedo quitarle mucho dinero con una simple palabra.

—No hable estupideces, Roman —Se exasperó Dylan y ella se asustó. Él no hablaba porque sí.

—¿Estupideces? Ustedes tienen a mi hija, una simple palabra bastará para hundirla.

Ambos abrieron los ojos de par en par y Aline sintió como uno de sus peores temores se hacía realidad.

—¿Acaso Josephine...?

Negó la cabeza, angustiada, eso no podía ser verdad.

—Esa no es la mejor noticia, su excelencia, tal vez no le guste saberlo pero mi sangre se mezcló con la de su familia, es un gran detalle que cuide de su prima menor.

El silencio los mantuvo tensos hasta que Dylan se abalanzó finalmente sobre Roman y lo sujetó de las solapas de su camisa pegándolo contra las rejas.

—¿Cómo te atreviste a meterla a mi casa como criada?

—Petición de la madre, comprenderá que Deborah no es muy devota con su familia.

Aline se sintió mareada, ¡ese par no tenía corazón!

—Di una palabra y juro que te mataré con mis propias manos —farfulló Blandes rojo de la cólera y Roman titubeó, nervioso.

—Es mi...

—No es nada tuyo. Ella solamente es mi prima y yo la cuidaré como corresponde.

Lo soltó con brusquedad y le hizo una seña al comandante.

—Nos llevarás con Deborah o tu muerte será gracias a mi arma —Sacó el artefacto y el comandante obligó al hombre a levantarse.

—No diré nada.

—Yo lo pensaría mejor —espetó el comandante—. Podemos romperte pierna por pierna, dedo por dedo y brazo por brazo hasta que nos digas donde está.

Aline no estaba segura de como sucedió todo, pero su carruaje seguía al del oficial que ahora tenía a Roman dentro mientras este daba la dirección del paradero de su madre.

Era de noche y él los estaba llevando con Deborah. Sólo necesitó estar unos minutos con el oficial y su gente para confesar. Deborah estaba en las afueras de la ciudad en la propiedad de sus difuntos padres, una que había estado abandonada desde hace años.

El carruaje se detuvo y su mano presionó la de Dylan, él notó su nerviosismo y susurró:

—Todo está bien, iré a ver qué sucede.

Se quedó con su padre en el carruaje y ambos se miraron con tristeza, ninguno podía darse consuelo porque a ambos les faltaba lo mismo: querían a Camyl sana y salva.

—¡Es una locura!

Dylan discutía con el oficial y su gente, al parecer estaban sugiriéndole proceder de una manera no muy ventajosa para ellos.

—Roman dijo que está armada, se excelencia, lady Meyer puede reaccionar mal si nos ve llegar a todos juntos. Tiene a varios hombres trabajando para ella y el factor sorpresa puede ser un aliado poderoso para nosotros.

Tragó con fuerza y junto a su padre bajaron del carruaje.

—¿Qué sucede? —Birger llegó a ellos y Dylan ladeó la cabeza.

—Nada.

—Creo que podríamos usar a lady Blandes para distraer a lady Meyer —sugirió con descaro el conde de Devonshire.

Aline no tenía la menor idea de en qué momento se unió a ellos, pero allí estaba el castaño junto a Grafton.

Dylan tiró de ella en su dirección y le puso tras de él.

—Que tú no ames a tu esposa no quiere decir que yo no ame a la mía. No la expondré al peligro.

Devonshire no se inmutó ante las duras palabras de Blandes y clavó la vista en ella.

—Milady, creo que lo mejor será que colabore, su madre está en peligro y desde aquí debemos ir caminando. El comandante lo dijo: acercarnos en los carruajes y caballos podría ser peligroso.

—¿Pero cómo podría ayudarlos?

—Aline, no hagas preguntas absurdas, no harás nada, tu deber es quedarte en el carruaje.

—Dirá que vino a ella a cambio de la libertad de su madre —continuó Devonshire.

—Esa es una estupidez, Deborah aprovechará la oportunidad para lastimar a mi hija también.

—No es una estupidez porque mientras lady Blandes los distraiga, nosotros entraremos por atrás y atacaremos.

—No —zanjó su esposo, tajante.

—Sólo serán unos segundos, Blandes —susurró Grafton y su esposo bramó histérico, conectando sus miradas.

Tenía miedo de que algo malo le ocurriera, él ya sabía lo que era saberla muerta y no deseaba repetir ese malestar. No obstante, ella quería ayudar a su madre y estaba allí para cumplir ese fin.

—Quiero hacerlo —soltó de pronto y él abrió los ojos, sorprendido.

—No puedes, es peligroso, si hay muchos hombres trabajando para ella ellos podrían herirte.

Confiaba en que él llegaría a tiempo.

—Sé que llegarás en el momento preciso, Dylan.

Él no parecía feliz con la idea, al igual que su padre, pero al final terminaron cediendo por su terquedad y Aline se cubrió el rostro con su capa.

Caminaron por diez minutos y cuando estuvieron frente a la casa donde efectivamente las luces anunciaban que alguien vivía allí, Roman empezó a removerse violentamente para que lo soltaran. Le cubrieron la boca con un pañuelo para que no gritara.

—Grafton y yo iremos por las puertas de servicio —espetó Devonshire—. Norfolk y tú cuidarán la espalda de lady Blandes, siempre manteniendo la distancia —aclaró.

—Milady, usted debe distraerlos con su presencia, no haga nada inoportuno. Espere a que Devonshire y yo estemos dentro.

Tragó con fuerza.

—Está bien.

Los condes se fueron y una vez que pasó el tiempo acordado, ella avanzó hacia la puerta principal con nerviosismo. Dylan y su padre la siguieron y los oficiales empezaron a rodear la casa, resguardándose en la oscuridad de la noche.

Inspiró profundamente. Era la única oportunidad que tendrían para rescatar a su madre y atrapar a Deborah. No podía cometer ningún error.

Llamó a la puerta con dos firmes golpes. No tuvo respuesta y la tensión fue tanta que se protegió con la capa justo en el momento que la puerta se abrió, dejando ver a un hombre de estatura baja, pero mirada recelosa.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Contuvo el aliento. No podía decir que venía a ver a Deborah, eso sería absurdo, la mujer se estaba escondiendo y la idea era que ellos no se pusieran a la defensiva; la única forma de entrar era mintiendo.

—Quería saber si podrían brindarme algún trabajo. Llevo horas caminando y en esta oscuridad no podré llegar a Londres.

Él hombre le recorrió el cuerpo con la mirada y meditó sus palabras.



—Muéstrame tu rostro.

Así lo hizo, retiró la capucha que la cubría y en el fondo rezó para que no la reconociera.

El hombre sonrió ampliamente

—Tengo el trabajo perfecto para usted, señorita...

—Steel.

El hombre asintió y la dejó entrar, sin embargo, con sólo dar un paso dentro se estremeció al ver a dos hombres sentados en un viejo sofá. Ambos se pusieron de pie y ella se encogió, intimidada. Tenía que esperar, tenía que actuar con normalidad.

—¿Quién es ella?

—Quiere un empleo —respondió el hombre más pequeño y los tres esbozaron una sonrisa que no hizo más que erizarle la piel.

—Ve y dale una alcoba, que sea junto a la de nuestra invitada de honor, así podremos seguir vigilándola de cerca. Pronto te estaremos visitando, preciosa.

¿Por qué Devonshire tardaba tanto? Él lo hizo parecer todo muy sencillo mientras le narraba como sería todo.

—Sígueme.

«No haga nada inoportuno».

Obedeció. Lo mejor sería mantenerlos distraídos, Dylan llegaría, ella estaba segura de que él la ayudaría. Llegaron al piso superior y ella se dio cuenta que la casa tenía más de diez alcobas, en una de esas habitaciones estaba su madre y estaba segura que le darían la que estaba junto a ella.

Inició el camino mirando a los hombres que la devoraban con la mirada y paró en seco cuando una de las puertas se abrió y por ella salieron otros dos hombres junto a Deborah. Sus miradas se encontraron y antes de que ella pudiera decir algo, los disparos en el piso inferior empezaron a retumbar.

—¡Mierda! ¡Los mataron! —gritó uno de los hombres que estaba junto a Deborah y Aline vio como Devonshire disparaba al candelabro para que este cayera al piso y la luz se esfumara de toda la estancia.

Hizo lo que le pareció más prudente y corrió tan rápido como pudo sin saber exactamente donde terminaría.

—¡Llamen a los demás y atrápenla!

## Capítulo 29

—No pierdas la cordura, Blandes. Recuerda que ella estuvo de acuerdo —susurró Norfolk antes de que él se dirigiera hacia la entrada. No podía mantenerse tranquilo, su esposa acababa de entrar y él pudo ver las intenciones perversas del hombre que la atendió.

Si Grafton y Devonshire no se apresuraban enloquecería. Era un hecho que Aline captaría su atención y los distraería, pero ¡por los cielos! Era su esposa y estaba corriendo mucho peligro allí dentro.

Esperaron por unos segundos y cuando creyó estar al borde de un ataque de histeria, una sombra en el techo de la casa captó su atención. Estuvo a punto de decir algo cuando el sonido de los disparos hizo que todos se pusieran de pie. No esperó, salió disparado hacia la casa y pudo ver como las luces en las caballerizas se prendían mientras que la casa se quedaba totalmente oscura.

Maldición, Deborah no estaba sola.

Con Norfolk tiraron la puerta abajo y pudo escuchar los vidrios romperse en diferentes salones del lugar. Los oficiales rodearían la estancia. Entró un poco de luz del exterior, la suficiente para ver como un hombre pretendía dispararle a Grafton desde el segundo piso, pero él fue más rápido y le disparó logrando que el hombre cayera desde esa altura.

—Joder —espetó Devonshire—. Están arriba, hay dos hombres persiguiendo a lady Blandes. ¡Vayan por sus mujeres! —les ordenó a ambos. Estaba molesto porque la duquesa no siguió sus órdenes, puesto que todo sería diferente si ella estuviera abajo y no arriba siendo perseguida—. Según tengo entendido pronto aparecerán más hombres, esto será interminable.

Y así fue, de la puerta de servicio salieron varios hombres que ellos no se detuvieron a contar por subir las gradas de dos en dos. Sus caminos se dividieron y los disparos de los oficiales más los vándalos lo ayudaron a implementar unos pasos más rápidos sin miedo a ser escuchado.

—¡Maldito, cabrón!

Un puñete le llegó de la oscuridad y perdió el equilibrio, dándose un fuerte golpe en la cabeza contra la pared. Tardó varios segundos en reaccionar, pero cuando el hombre intentó golpearlo otra vez, Dylan alzó el puño y lo mandó directamente al piso.

El hombre buscó su espada y el grito de Aline hizo que Dylan decidiera no complicarse y disparara.

—¡Suélteme!

Salió corriendo hacia la habitación de la cual provenían los gritos, pero algo le impidió llegar muy lejos. El dolor en su hombro fue agudo y lo envió directamente al piso.

—Te dije que esa chica no te convenía.

Deborah le había disparado.

—¡Mmmm!

Abrió los ojos, sorprendido. Tenía a la condesa, ella seguía viva. Su deber era sacarlas a ambas de allí.

—Levántate, Dylan, te di en el hombro porque pienso perdonarte la vida a cambio de que me ayudes a escapar.

—No llegará... Muy lejos, tía —siseó.

Aline seguía gritando y él no podría hacer nada mientras Deborah le apuntara con la pistola.

—Párate, quiero que veas como lastiman a tu mujercita.

Tragó con fuerza y obedeció, era la única forma de llegar a Aline, Camyl no dejaba de llorar y a pesar de que todo estaba oscuro, se veía muy pálida. Dieron dos pasos y un disparo proveniente de la alcoba, más el pulcro silencio, hizo que la sangre se le congelara.

—¡Aline! —Corrió hacia la habitación e ignorando las órdenes de Deborah ingresó a la misma, cerrando la puerta tras de sí.

Eso le ayudó a descubrir que Deborah no le dispararía. No a él.

El miedo lo invadió al verla en el piso con un hombre encima y dejando de lado el dolor en su hombro tiró el cuerpo masculino a un lado. Se puso de rodillas para bajarle la falda y ella se sentó inmediatamente para abrazarlo. Estaba temblando y no podía dejar de temblar.

Mataría a Devonshire.

—No quería matarlo, Dylan. —Sollozó y él se sintió más tranquilo, por un momento pensó que fue ella la que recibió el disparo, pues ese hombre no se habría apiadado de Aline.

—Entrégame la pistola, es de doble cañón —dijo suavemente y ella se la dio, tenía las manos ensangrentadas al igual que el vestido—. Deja de temblar, encanto, pronto terminará todo.

O eso quería pensar; no obstante, los disparos en el piso inferior seguían retumbando por toda la casa y ahora el jardín. La manija sonó y Dylan la ayudó a levantarse poniéndola tras de él.

Aline jadeó al ver la sangre en su espalda y él le dijo que todo estaría bien, que no era nada, y ella tuvo que morderse la lengua para no preocuparlo.

Deborah ingresó con Camyl como rehén.

—Muy bien, Dylan, está viva, ahora ayúdame a salir de aquí.

—Suelta a la condesa.

—No, no lo haré —espetó con nerviosismo, la mano en la que tenía la pistola le temblaba. Claramente no tenía planes de disparar, ella ya lo habría hecho de ser así.

—Deborah... —susurró tratando de hacerla entrar en razón, no podía atacarla porque tenía un brazo herido y si la ponía muy nerviosa podría actuar erróneamente.

Ella retrocedió hacia la ventana. Tenía miedo, no esperaba que la encontrasen tan pronto.

—La mataré frente a Birger, sólo así podré irme tranquila.

Estaba desquiciada, nada la haría entrar en razón, no solitaria a la condesa por voluntad propia. Algo captó su atención y siguió hablando, provocando que ella retrocediera aún más.

—No conseguirás nada, si la matas te ahorcarán; en cambio, si me la entregas te dejaré huir.

Meditó sus palabras el tiempo necesario para que el dueño de la sombra que él había visto hace unos minutos ingresara a la habitación y desviara fácilmente la mano de Deborah hacia el piso dejando a lady Norfolk en libertad.

—Madre —susurró Aline y ambas se unieron en un abrazo y retrocedieron a un rincón de la habitación tras de Dylan. Aline le quitó el pañuelo a su madre para que pudiera hablar y prosiguió a desatarle las manos.

El arma de Deborah cayó al piso y el conde de Ross la tomó inmediatamente apuntándole con ella directamente en la sien. Se quedó quieta y las gotas de sudor se deslizaron por su frente.

—No soy su sobrino, lady Meyer, y usted merece morir por traición y secuestro, ¿no le parece?

La puerta se abrió abruptamente y nuevamente los disparos estuvieron entre ellos. ¡¿Cómo demonios había hecho su tía para conseguir tantos hombres?!

Deborah huyó mientras él y Ross se encargaban de sus secuaces y una vez que ellos cayeron, salieron tras de ella con la condesa y Aline bajo su protección. Pudo verlo, le dieron una pistola a su tía.

Ahora que lo notaba, en el piso inferior las cosas estaban calmas.

—¡Detente, Deborah! —bramó y ella paró en seco junto a las escaleras, cosa que lo consternó. Sin embargo, no era porque quisiera obedecerlo, sino por quien estaba frente a ella.

Norfolk apuntaba a su tía con la pistola y no se veía para nada feliz. Ya había algo de luz que venía del piso de abajo y era fácil ver que el conde también estuvo peleando mientras buscaba a su esposa.

—¿Dónde está mi mujer?

—Birger —lo llamó la condesa y él se distrajo—. No lo hagas.

—Todo es su culpa —espetó Deborah avanzando hacia el conde, al parecer los nervios pudieron con ella—. Si nunca hubiera aparecido, yo sería tu mujer. Vámonos, Birger, huyamos.

Dylan abrió los ojos de par en par, Deborah estaba tocando el rostro del conde y su voz era de un tono dulce que él jamás había escuchado por parte de ella.

—Nunca te amé, Deborah. —El conde retiró su mano con sutileza y haciéndola a un lado camino hacia ellos, o mejor dicho hacia lady Camyl.

La distancia que los separaba no era tan larga por lo que para él fue fácil ver como Deborah se disponía a levantar el arma.

Estaba fuera de sí.

—¡Cuidado!

El conde reaccionó a su grito y se volvió mientras él se abalanzaba hacia Deborah para desviar la dirección del disparo.

Lo consiguió.

—¡Deja de meterte! —chilló su tía e iniciaron un forcejeo—. Esto es entre nosotros, me lo deben. ¡Ellos arruinaron mi vida!

—No la ama, tía, no puede pretender cambiar eso de esta manera. Tiene una familia, ama a su esposa.

—¡Tú cállate!

Un disparo los dejó a ambos estáticos en su lugar y el silencio reinó en la estancia. Por el

raballo del ojo Dylan vio a Devonshire y Grafton ingresar a la casa y no supo exactamente qué hacer.

—¿Dylan? —escuchó la tierna voz de su esposa y el arma cayó al piso.

—Dylan... —susurró Deborah con la visión empañada y él tragó con fuerza.

Ya no pudo mantenerse de pie, perdió el equilibrio total y mientras su cuerpo caía por las escaleras, escuchó un sinfín de gritos que no lo ayudaron a mantenerse despierto. Lo último que escuchó fue un disparo antes de caer en un sueño profundo.

«Lo siento...»

Dylan sabía que a lo largo de su vida cometió un sinfín de errores como cualquier otro ser humano, sin embargo, quizá los suyos no merecían perdón alguno ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Odió cuando no debía, fue avaro, no amó como debería haberlo hecho y abandonó a las dos mujeres que debería haber cuidado con cuerpo y alma desde el día que Aline se casó con él confiada de que sería un excelente esposo.

Vivió engañado por años, fortaleciendo un odio que no tenía fundamento y que podría nunca haber existido si él hubiera escuchado al conde de Norfolk en todas las ocasiones que él quiso hablarle de lo sucedido.

Volvió a Londres para vengarse de él usando a su hija. Aún recordaba el día que se planteó todos los escándalos que podía generar alrededor de una debutante. Sin embargo, esa mujer lo cautivó desde su primer encuentro, el día que la salvó de un desgraciado. Sus lágrimas lo hipnotizaron y le hicieron saber que no deseaba verlas jamás, su sonrisa lo atrapó de tal manera que soñó despertar cada día con ella en frente.

Ver a Aline fue lo más lindo y mágico que pudo haberle sucedido jamás.

Pero la magia terminó para él cuando la condesa apareció llamándola por su nombre. Se convenció a sí mismo que no podía amar a la hija de su enemigo, a la persona que debía destruir. No obstante, creyendo que lo hacía por su ruina, ahuyentó a cada hombre que se le acercaba; pero, eso no era por venganza, ¡era por él, que no quería que nadie la tuviera!

La anhelaba, deseaba tenerla sólo para él y eso incrementó su ira contra el conde, pues no importaba cuanto luchara, el sólo ver a Aline bastaba para que olvidara quienes eran sus padres y la deseara como un desquiciado.

El tiempo pasó y fue ella la que empezó a ponerse en su camino, a conversar más con él y a aturdirlo con su cuerpo tan frágil. Entonces los pagarés llegaron a su poder y lo vio todo con claridad: con ellos podría hacerla suya.

En un principio, muy en el fondo, se planteó la idea de hacerla su amante, sin embargo, cada vez que la veía se la imaginaba como la dueña de su vida, no como su cortesana. Aceptó la propuesta de Aline de una noche a cambio de los pagarés y cuando quiso llevársela a Escocia, ella lo rechazó.

Los primeros intentos fueron fatales y cuando dijo que no la buscaría más, ella volvió a ponerse frente a él en Hampshire diciéndole que no podía rendirse tan fácilmente porque era suya.

Ambos huyeron, ellos tenían la prueba de su amor que crecía en el vientre de su esposa. Pensar que hubo un tiempo que se rehusaba a querer a su propio hijo lo hacía sentirse peor. A decir verdad, Dylan siempre lo amó, pero creyó más conveniente engañarse a sí mismo para que su

padre no se sintiera una basura en su tumba, cuando la realidad era que ese hombre ya era una basura antes de morir.

La mentira de Deborah más su susceptibilidad terminaron arruinándolo; sacó a Aline, a su hija y a su prima de su casa sin consideración alguna.

Ahora que se había dado el tiempo necesario para pensar en todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, Dylan sabía que estaba siendo muy egoísta, Aline no volvería a amarlo así él ofreciera su alma al mismísimo diablo.

Eso era imposible.

Le estaba haciendo daño. Si bien ese tiempo su relación había mejorado, Aline estaba encerrada bajo su poder, él la estaba obligando a que las cosas se dieran así, estaba entrando a su vida a la fuerza y ella no se lo merecía porque cuando le abrió los brazos, fue él quien le dio la espalda.

Pero Dios... Se suponía que eran medios hermanos, él deseaba locamente a su hermana, era obvio que tenía que sacarla de su vida por el bien de ambos.

Deborah hizo mucho daño, e incluso muerta lo seguía haciendo.

«No, tú mereces esto». Se dijo a sí mismo y otra lágrima se deslizó por su mejilla.

Ese sería el final. Ya no tenía que pensarlo más, su decisión estaba tomada.

—Blandes... Ella aún insiste en verte, lleva más de dos semanas esperando que la dejen pasar, creo que hasta tu hija quiere verte.

Grafton y Devonshire aún seguían ahí, apoyándole a pesar de que todo haya terminado así. Al menos no estaba solo, sus amigos seguían con él.

—Yo también quiero verlas —confesó con voz ronca y rasposa—. Pero eso es imposible para mí.

La vida le había dado su castigo, nunca más podría volver a ver a Aline y a su hija porque para él todo era oscuro.

### Capítulo 30

Aline ya no sabía qué hacer para que le dejaran entrar a la alcoba de Dylan, tenía miedo y el cuerpo no dejaba de temblarle. Pronto se cumplirían tres semanas desde que su padre mató a Deborah, puesto que al ver como Dylan caía por las escaleras con el vientre ensangrentado todos pensaron que sería lo mejor.

La mujer había perdido el juicio.

Ver a Dylan en ese estado le generó un temor insoportable, había escuchado sus gritos mientras lo curaban, él recibió dos impactos de bala y aun así, como si fuera un milagro, logró superar la semana más crítica de su estado. Ese tiempo sí estuvo junto a él, sin embargo, le quitaron el derecho de permanecer junto a él, el día que despertó y descubrieron que estaba ciego.

Dylan reaccionó tan mal que Aline no supo que hacer, sólo lloró ante la situación rezando para que él pudiera superar esa terrible prueba que la vida le estaba poniendo. Entendía que para él era duro saberse en ese estado y justamente por eso les agradecía a Devonshire y a Grafton que no lo dejaran solo en un momento así.

Nadie sabía de lo que sería capaz de hacer.

Dylan era impulsivo y según las palabras del doctor, de los anteriores casos que había visto nunca llegó a saberse si eran curables o no porque los caballeros preferían suicidarse a recibir tal humillación social. Aunque, le dijo que una dama sí había recuperado la vista con el tiempo, ella se había caído del caballo y eso le generó una ceguera temporal, esperaba la de Dylan también lo fuera.

A ella no le afectaba que se quedara o no ciego, lo amaba y sólo necesitó saber que lo perdería para darse cuenta que jamás podría vivir sin él y ya no estaba dispuesta a seguir perdiendo más tiempo. Quería verlo, era verdad, pero tenía miedo de todo lo que podría pasar si él perdía la cordura.

No quería que la alejara y lo más probable era que quisiera hacerlo porque muchas amenazas estaban sobre él. Si algún primo hacía una denuncia garantizando que él no podría hacerse cargo del ducado en ese estado, su majestad podría quitarle todo porque no existía un heredero.

—Papá... Papá... —balbució su hija y Aline contuvo las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

Desde que Dylan se encerró en su alcoba, Nicole no había dejado de llamarlo. Michael y Josephine estaban tan angustiados como ella, todos querían que Dylan superara esa prueba.

—Lord Ross vino hoy —susurró Josephine y ella la escuchó con atención—, quiere saber sobre el estado de Blandes y hablar contigo.

Pero ella no quería hablar con nadie más que no fuera Dylan. Al final ni siquiera le dijo a Josephine quienes eran sus padres y que su padre fue ejecutado al día siguiente que su madre murió.

—Sólo quiero ver a Dylan —musitó acariciando la mejilla de su hija, deseaba ser abrazada por él.

—Ten...

Abrió los ojos sorprendida al ver lo que Michael le tendía.

—¿De dónde...?

—Las robamos, Aline, debes hablar con él y sacarlo de esa oscuridad que lo está consumiendo. Visítalo esta noche cuando los criados se planten en su puerta y no dentro de su alcoba.

Se aferró a las llaves de las puertas que conectaban sus alcobas e inhaló con fuerza. Podría verlo, hablaría con él y le rogaría para que saliera de ese encierro. Estaba segura que ese era uno de los primeros pasos que debían dar si querían que él mejorara.

—Gracias. —La voz se le quebró y sonrió levemente al ver que Nicole pretendía quitarle las llaves. Era una pena que esa noche tuviera que ir a verlo sola, a ella le hubiera encantado llevarla consigo.

Cuando fueron las tres de la mañana, verificó que su hija estuviera dormida y Josephine llegó a su alcoba para cuidar de ella mientras Aline se dirigía a la alcoba de Dylan.

Con nerviosismo abrió la primera puerta y cruzó la salita que dividía ambas alcobas, con el alma en vilo abrió el segundo cerrojo y sin hacer ruido alguno ingresó al gran dormitorio del señor de la casa.

La habitación no estaba oscura, la chimenea y las velas brindaban toda la luz necesaria para que pudiera moverse libremente.

—No recuerdo haber llamado a nadie.

La piel se le erizó. Su voz era dura y ronca, Aline era capaz de escuchar la amargura que la envolvía. Caminó silenciosamente sobre la moqueta y llegó a la cama sin hacer mucho esfuerzo.

Estaba delgado, con una barba incipiente y no llevaba puesta una camisa, claramente se había dado un baño antes de dormir.

—No quiero nada, sal de mi alcoba.

—No soy un criado —dijo con suavidad y la tensión en sus hombros fue tan palpable que tuvo que subirse a la cama y aferrarse a él en un abrazo para que no llamara a nadie del personal—. No lo hagas, no me echas, por favor —imploró con la voz quebrada y él no le dijo nada, ni siquiera se movió—. Dylan, deja de castigarme —susurró ahogadamente y ahora sí la empujó.

Sólo logró alejarla unos centímetros.

—Eso haré, Aline, dime dónde quieres ir y mañana mismo partirás con Nicole, Josephine y Michael, ustedes merecen algo mejor.

A pesar de que él no podía mirarla, Aline negó desesperadamente ante esa loca sugerencia.

—No me quiero ir, quiero quedarme contigo.

—No aceptaré esa respuesta. Tu amabilidad no te atará a un inútil. Piensa lo que te dije y sal de mi alcoba, te daré una fuerte suma de dinero que espero sepas administrar, si no llego a curarme lo más seguro es que me quiten el ducado.

—No, no me iré. —Se puso firme y trató de entrar bajo las sábanas para dormir junto a él; no obstante, Dylan forcejeó con ella para impedirlo—. Lucharé, seguiré así hasta que me lo permitas —espetó con lágrimas en los ojos mientras él la sujetaba de los hombros para alejarla de su espacio personal.



—¿No lo entiendes? Hago esto por ti, por ustedes, yo no sirvo, ya no soy digno de ti ni de nadie —expresó con desesperación y ella se zafó de su agarre lanzándose a él para abrazarlo—. Suficiente, Aline. ¡Ulises! —llamó a uno de los criados.

—Yo te amo, Dylan. —Él dejó de moverse—. No me puedes alejar de ti por algo así, si vuelves a echarme, no seré capaz de perdonarte otra vez. Si me envías lejos, no volveré jamás y te odiaré toda mi vida.

—¿Milord? —No se movió e ignoró la presencia del lacayo—. Por los cielos... —Se oía nervioso y ella no podía dejar de temblar, no quería que la saquen de allí—. Milady...

—¿Es esto lo que quieres? —Se aferró al cuello de Dylan—. Si salgo por esa puerta no volverás a saber nada de mí y tu hija. No estoy dispuesta a vivir otro desplante tuyo, echarme ahora sería ponerle un final a nuestro matrimonio para siempre. —Sollozó y el silencio los acompañó por largos segundos.

—Retírate, Ulises —musitó él y Aline contuvo el aliento al sentir sus brazos alrededor de su cintura.

La puerta se cerró y trató de regularizar su respiración, no la sacaron, gracias a Dios Dylan lo había entendido.

—Debes irte, encanto, es por tu bien —le dijo con suavidad y ella alzó el rostro. Las manos masculinas encontraron el rastro de sus lágrimas y las hicieron a un lado—. Me duele, no quiero que sufras conmigo, este es mi castigo.

—Es que tú no mereces un castigo, no tenemos por qué seguir hiriéndonos, fuimos víctimas, Dylan, y ahora por fin todo se ha aclarado.

—Para mí todo es oscuro, Aline, y la única luz que tengo a mi alrededor debe alejarse si quiere seguir brillando. Conmigo no serás feliz.

—Sin ti seré infeliz —dijo pesadamente y él volvió a abrazarla—. Tú no sabes lo que yo sentí al verte al borde de la muerte, tú no tienes idea de las ganas que sentía de irme contigo en caso de que eso pasase. Te amo tanto como tú me amas a mí.

Él no pudo soportarlo y se unió a su llanto, ambos temblaban en la cama mientras las lágrimas los consumían en el temor de lo que podría pasar de ahora en adelante.

—Ross podría cuidar...

—Hazme el amor, Dylan —le cortó con una voz suplicante y él se tensó. Buscó sus labios y Dylan los retiró al sentir el contacto—. ¿Qué sucede?

Ladeó el cabeza, frustrado.

—No me creo capaz, no quiero decepcionarte —confesó con un hilo de voz y se confundió, ¿por qué...? —. Desde que te fuiste no lo he vuelto a hacer, Aline, y ciego dudo poder...

—No sabes lo que dices —espetó sujetando su mentón y unió sus labios con determinación. Le fue fiel... Él nunca tuvo una amante mientras ella estuvo en Yorkshire—. Bésame, mi amor, hazme sentir el encanto de estar entre sus brazos.

Brindándole la confianza que requería, Aline sonrió silenciosamente mientras permitía que deslizase su salto de dormir por sus hombros. Quedó completamente desnuda en el lecho de su esposo y sujetando sus amplias manos las guio hacia sus pechos, donde se alojaron con

familiaridad y la hicieron sentir maravillosa por sus lentas caricias.

—Ah... —gimió delirante por la creciente necesidad que sentía entre sus piernas y arqueó la espalda cuando Dylan rodeó su cintura y con facilidad la obligó a sentarse a horcajadas sobre él.

Desesperadamente se encargó de hacer las sábanas a un lado y suspiró aliviada al sentir como sus intimidades se rozaban.

—Te necesito tanto —confesó él con voz ronca, respirando pesadamente con el rostro entre sus senos—. He soñado con este momento una eternidad, amor mío.

Enterró las manos en su espesa cabellera y con un suave tirón lo obligó a levantar el rostro y unió sus labios con hambre desmedida, dándole rienda suelta a su encuentro. Sus manos la exploraron como si todo en ella fuera una novedad para él y jadeó aceleradamente cuando liberó sus labios para poseer sus delicados pezones que clamaban por un poco de atención.

—Te amo tanto —musitó él, latigueando su frágil piel con la lengua, y ella sonrió satisfecha.

Lo empujó lentamente por el pecho para tenderlo sobre el mullido colchón y se deleitó de sus hermosos rasgos que delataban la necesidad que sentía de poseerla. Él acarició sus muslos, dirigiéndose hacia su cálido centro, y Aline se adelantó a sujetarle el falo y guiarlo hacia su entrada, para dejarse caer sobre él sin objeción alguna.

Eso era lo que necesitaba, sentir como su piel se hacía una con la suya.

Dylan gruñó fuertemente y sin perder tiempo atenazó sus caderas y le marcó un rápido vaivén que ella siguió sin problema alguno, dejándose llevar por la intensidad del momento. Se inclinó sobre él para unir sus labios con vehemencia y pronto estuvo debajo de su cuerpo, recibiendo sus fuertes arremetidas.

No se creía capaz de renunciar a esa felicidad, no cuando después de tanto tiempo por fin era capaz de alcanzarla otra vez. Ahora todo era diferente, él le había demostrado que el odio hacia sus padres había mermado al descubrir la verdad, que su injustificado rencor había llegado a su fin.

\*\*\*

Durante los siguientes tres meses Dylan empezó a desplazarse por su casa con lentitud, gracias a la ayuda de un bastón para ganar mayor confianza a la hora de encaminarse hacia su despacho él solo. Sabía que lo hacía bajo la atenta mirada de los criados, Aline había ordenado que así fuera en caso de que necesitara ayuda. En un principio solía moverse siempre acompañado, ya sea de Michael, Josephine o su esposa; pero ahora quería hacerlo por sí solo.

El apoyo de Aline había sido un pilar fundamental para su progreso, no quería ni imaginarse que hubiera sido de él si su esposa hubiera aceptado irse cuando se lo ofreció.

—Al fin te encuentro.

Respingó, pero terminó sonriendo. Detuvo su paso y el olor a limón asaltó sus fosas nasales.

—Veo que madrugaste —le dijo su mujer con una voz llena de alegría—. No me gusta despertar y no verte a mi lado.

—No quería molestarte, además ayer apenas y pudiste dormir bien.

Estiró los brazos para sujetar a su hija, la noche anterior no había dormido del todo bien y Aline y él se la pasaron la mayor parte del tiempo junto a ella.

—Nicole aún no se acostumbra a dormir sola —le explicó y sujetados de la mano caminaron hacia el despacho. Ahora ella tenía su bastón—. ¿Debería volver a mi alcoba?

No quería que lo hiciera, pero tampoco quería que su hija sufriera todas las noches.

—¿Crees que es lo mejor? —inquirió con suavidad, algo divertido de que su hija intentara asfixiarlo al tironear de su pañuelo.

—No, lo mejor es que se vaya acostumbrando —comentó con suavidad—. Nicole, suelta eso —le regañó a la niña y Dylan se aferró al pequeño cuerpo al escuchar el suave llanto.

—Déjala, no está haciendo nada —susurró besando su frente, no le gustaba oírla llorar.

—Está jalando la gema, Dylan, no debe hacerlo, el otro día provocó que toda su leche cayera en el traje de lord Devonshire.

Oh sí... como le hubiera gustado ver eso.

—Pero es una niña, Aline.

—Una niña que será muy malcriada si sigues así.

Sonrió y siendo guiado por ella se sentó en el asiento tras de su escritorio. Las cosas hasta ahora iban regulares, aun no tenían noticias del rey, pues al parecer nadie había solicitado una audiencia para hablar de su situación; no obstante, Dylan temía que le quitaran el título, no es que sin él quedarían en la calle, él tenía dinero de sobra para mantenerlos, su problema radicaba en que quería una buena posición social para su hija, para que en un futuro pudiera casarse con otro noble y así pudiera quedarse donde pertenecía: dentro de la nobleza.

Además, si quería que Michael y Josephine tuvieran una buena aceptación social debía mantener su rango.

Josephine... Aún recordaba el día que le contaron la verdad sobre su nacimiento, si bien no pudo ver su semblante, en el tono de su voz se pudo oír su rencor y tristeza, ella nunca esperó que sus progenitores fueran tan crueles. Tuvo que prometerle que todo cambiaría y que de ahora en adelante tendría un gran futuro, él se encargaría de ayudarla.

—¿Gustas algo? —Giró el rostro en dirección de Aline.

—No.

El sonido de unas hojas crujirse le avisaron que su hija estaba haciendo de las suyas en su escritorio.

—Es muy traviesa, creo que me la llevaré.

—No —espetó abrazando a su hija y esta rio a carcajadas como si se estuviera riendo de su madre.

Cuanto daría por ver esa sonrisa.

—Te encanta ver rabiar a tu madre. —Acarició sus regordetas mejillas.

Escuchar su voz le resultaba un poco doloroso, si bien la imagen que tenía en su mente de ella desplazándose por su despacho era maravillosa, le dolía en el alma no poder observarla.

Le arrebató a Nicole con delicadeza y algo frustrado musitó:

—No te la lleses.

—No lo haré, pero quiero que se tranquilice un poco, anda algo inquieta.

Lo que su hija quería era salir al jardín, ver las rosas, tocarlas y jugar; algo que con él no podría hacer porque aún no estaba familiarizado con el jardín.

—Quiero hacer una cena. —Hizo a un lado esos pensamientos deprimentes.

—Claro, ¿quieres que preparen algo en especial?

—De eso encárgate tú, lo que me interesa es que tus padres asistan.

El silencio espesó el lugar y él sonrió levemente al imaginarse el rostro sorprendido de su mujer.

Sí, desde que pasó el accidente ella había evitado hablarle de sus padres, sin embargo, Dylan sabía que iba a visitarlos de vez en cuando; y ya era hora de que él arreglara toda esa situación con su familia política.

—¿Cómo? —preguntó con voz débil y él empujó la silla hacia atrás y palmeó su muslo. A los segundos las tuvo sentadas a ambas en su regazo.

—¿Me ayudas con las invitaciones? Quisiera hacer una cena, nunca te presenté como mi esposa y ahora quiero que conozcan a Nicole, a Michael y a Josephine, ya no podemos seguir retrasándonos.

—Pero...

—No seremos muchos; tus padres, los marqueses de Winchester, el vizconde de Portman, Grafton y los condes de Devonshire.

—No tienes que hacerlo si no te sientes listo.

—Estoy más que listo, encanto —susurró y cuando sus labios se unieron, su hija lanzó un grito ensordecedor.

Ambos carcajearon y Nicole siguió gritando, histérica.

—Creo que está celosa —dijo su esposa con diversión y él rio roncamente.

—Tiene todas las razones del mundo, mi amor, eres hermosa.

Podría jurar que se sonrojó, conocía a Aline y le encantaba ese tipo de halagos.

—Ella también lo es.

Lo sabía. Y le ardía el alma al saber que jamás podría verla crecer.

—¿Me ayudas? —inquirió tratando de alejar esos pensamientos oscuros de su cabeza.

—Claro, entonces... ¿enviaremos invitaciones?

El día se resumió en eso, ambos en su despacho hablando de la próxima cena que se realizaría en su casa. Fueron sus criados los que se encargaron de pedir las invitaciones mientras Aline le convencía de salir al jardín para tomar un poco de aire fresco.

Algo nervioso —porque sería la primera vez que saldría de la estancia desde que quedó ciego —, Dylan dejó que ella lo guiara. No estaba familiarizado con el jardín pero al menos tenía el consuelo de que allí no habría muebles que esquivar ni pasillos que girar.

—¿Falta mucho?

—Sólo un poco —le dijo ella con Nicole en brazos y escuchó como se abría la puerta de la terraza.

Un extraño reflejo llegó a él, junto a una punzada que hizo que la frente le palpitara por el dolor, y juntó los párpados bajando el rostro.

Maldición. ¡La cabeza lo estaba matando!

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosa y él negó al instante.

—No es nada, estoy bien. —Se enderezó un poco y nuevamente la frente le dolió al ver un suave reflejo blanco frente de él.

Frunció ligeramente el ceño y cerró los ojos con fuerza, contuvo el aliento al ver que todo se hacía oscuro otra vez y los abrió con suavidad, dio un paso hacia atrás al ver esa extraña luz blanca.

—¿Qué sucede, Dylan? Me estás asustando.

Tragó con fuerza.

—No me siento bien, encanto, creo que debo regresar a nuestra alcoba.

Descansar, necesitaba descansar un poco para poder asimilar lo que le estaba sucediendo. No podía hacerse falsas ilusiones, por lo que prefería darse un tiempo para descubrir qué demonios le sucedía a su visión.

—Vamos, quizá estás algo cansado, no dormiste bien.

Los delgados dedos se entrelazaron con los suyos y cuando ambos giraron dando la espalda a la puerta que conectaba al jardín, Dylan titubeó al ver que nuevamente todo estaba oscuro.

## Capítulo 31

El día tan esperado de la cena llegó y debía admitir que se sentía nervioso. Bajo sus guantes blancos las manos no dejaban de sudarle, cada vez se aferraba más a la idea de que podría recuperar la visión, las luces que llegaban a él eran más claras a medida que el tiempo transcurría y esa noche la luz lo invadía generándole una emoción en el pecho.

Nadia sabía nada al respecto, no quería generar falsas ilusiones en Aline quien parecía estar muy feliz junto a él. Una decepción tan grande podría afectar su relación y eso era algo que no deseaba para ellos.

—Su excelencia, lord Ross desea hablar con usted —le informó el mayordomo, tomándolo por sorpresa.

Aún faltaba media hora para la cena, todo indicaba que el conde se adelantó para tener una seria conversación con él.

—Pronto me reuniré con él.

Una vez que estuvo listo se dirigió hacia su despacho y una vez que estuvo dentro sintió su presencia junto a la ventana, pudo vislumbrar su sombra y la garganta se le cerró por la ansiedad.

¿Algún día podría recuperar la vista?

—¿Cómo te has estado sintiendo? Bebe un poco, te sentará bien.

—Mucho mejor —sujetó la copa que le ofrecía y bebió un poco del vino.

—Así se te ve —le respondió—. ¿Y Nicole?

Quiso decirle que en realidad era lady Edevane para él, pero se guardó su comentario.

—Está descansando, se la pasó jugando la mayor parte de la tarde y quedó rendida.

—Me imagino. —Por el tono de voz dedujo que estaba sonriendo—. Son un encanto.

Se tensó levemente.

—Lo son. ¿Qué se te ofrece, Ross? —Fue directo, él no llegó a su casa para hacer una simple visita, quería algo y al parecer él podría facilitárselo.

—Soy algo déspota —confesó sin tapujos—. Por un momento creí que tu ceguera me ayudaría a conseguirla.

Tragó con fuerza. Él también lo creyó.

—¿Por qué ese interés hacia mi mujer?

—No lo sé, conozco a lady Blandes desde que es una niña y quizás nunca quise aceptar que me encantaba su sonrisa para no darle el gusto a mi madre. Siempre dije que me casaría con la mujer que yo creyera conveniente y lastimosamente hubo una época para mi madre ella era muy conveniente y yo me rehusé a aceptarlo. La temporada que el conde entró en quiebra, creí que me vería presionado de alguna u otra forma a desposarla y fui grosero con ella, la traté muy mal y al final de esa temporada mi padre me dijo que jamás me forzaría a contraer matrimonio con una mujer que no amase.

—No entiendo por qué...

—No sé exactamente como pasó, pero empecé a quererla para mí. La dejaron con mi madre, era la oportunidad que estuve esperando por un breve lapso y tenía planeado hacer muchas cosas para enamorarla, pero ella no sentía nada por mí.

¿Por qué le contaba todo eso?

—Ni siquiera su embarazo parecía capaz de detenerme, podrás imaginarte lo mucho que deseaba a tu mujer.

Apretó la mandíbula.

—Espero eso haya acabado.

—No, no ha terminado. —Se sinceró, dejándolo perplejo—. Y a decir verdad, pienso irme de Londres para no cometer una locura.

¡Maldición! ¿Por qué tuvo que enamorarse de su esposa?!

—Creo que es lo mejor.

—Pero antes quiero algo de ti.

—¿Qué? —Frunció ligeramente el ceño y el conde se acercó un poco.

—¿Qué está ocurriendo con mi hermana? Ayúdame a saber por qué Devonshire la esconde. Tú eres su amigo, quiero saber qué está ocurriendo con ella.

Se tensó. En realidad...

—Tu hermana está en Londres, él no la envió a ninguna parte. Quisiera poder ayudarte, pero lo único que sé es que ella está encerrada en su casa.

—Cuida a Aline. Mañana me iré a primera hora, te confieso que pensé en hacerle una oferta, pero sus rechazos son tan certeros que me doy por vencido. Ella te ama.

Y siempre daría las gracias por contar con ese amor tan incondicional.

—Espero puedas conocer a alguien.

—De eso no te preocupes, es lo que menos me interesa; yo sabré quien será mi mujer con tan solo mirarla a los ojos.

Hizo una mueca.

—Tus palabras no concuerdan con lo que te pasó con Aline.

—Ella no era para mí. —Podría jurar que encogió los hombros—. La vi muchas veces pero tuve que perderla para quererla como mi esposa.

Ross sabía perfectamente qué era lo que quería en su vida y estaba sacando a Aline de sus pensamientos porque claramente no conseguiría nada buscando a una mujer que sólo podía verlo como un simple amigo.

Un suave toque captó la atención de ambos y la puerta se abrió levemente.

—Dylan...

—Aline —dijo casi en un suspiro y escuchó su sonrisa.

—Mis padres acaban de llegar, me gustaría que nos reuniéramos con ellos en el salón verde. Espero no molestarlos.

—No, excelencia, en lo absoluto; es más, yo debo retirarme.

Sus ojos se abrieron de par en par y juró haber visto algo de la luz proveniente de la chimenea.

—¿Tan pronto? Aún no empezamos con la cena —espetó Aline ofuscada y por el sonido de los movimientos del conde dedujo que estaría besando su mano.

—Es de suma importancia que me retire. Cuídese mucho, lady Blandes, y cuide a lady Edevane también. Espero ver a Michael hecho todo un caballero y a la señorita Josephine una dama intachable para mi regreso.

¿Por cuánto tiempo pensaba irse? Si bien él todavía no era el marqués de Winchester, no era común que se fuera por tanto tiempo, Ross era un hombre que amaba los negocios y en Londres tenía muchos.

—¿Va a alguna parte, lord Ross? —inquirió ella con la voz temblorosa y Dylan avanzó hacia ella para abrazarla por los hombros. Conocía a Aline y seguramente sufriría por la noticia.

—Me voy a España, he decidido viajar por el continente y luego me dirigiré a América.

—Pero eso puede tomarle mucho tiempo —susurró su esposa con suavidad.

—El tiempo pasa con prisa, a mi regreso habré vivido lo suficiente como para buscar una esposa indicada.

—Espero se tome su tiempo para escribirnos —espetó él amigablemente.

No deseaba que él se alejara del mundo, si bien sabía que el conde era un hombre muy capaz, su vida estaba en Londres.

—Si no encuentro cosas más interesantes que hacer, posiblemente lo haré—bromeó Ross y ellos sonrieron—. Si me permiten, tengo un asunto que atender.

Él sabía que seguramente sus amigos lo estarían esperando para despedirlo. Windsor, Sutherland, Ross y Beaufort eran inseparables; sin embargo, el matrimonio y sus obligaciones hacían que los tres caballeros pensarán la mayor parte del tiempo con sus mujeres e hijos. Beaufort no tenía ojos para nadie más que no fuera su esposa e hijo y Sutherland había sido dominado por su mujer y los gemelos que tendrían la edad de su hija.

Pensándolo mejor, Aaron Stanton merecía alejarse un poco de ese lugar. Era lo mejor para todos, inclusive para Devonshire, quien podría ser fácilmente aniquilado en un duelo por su cuñado si este se lo proponía.

Despacharon al conde con una cálida sonrisa en el rostro y Dylan esperó que para su regreso, aquel afecto amoroso que decía sentir hacia su esposa se evaporara, él merecía encontrar el amor en alguien más y definitivamente no podría ser en Aline.

Se dirigió con su esposa al salón verde donde los esperaban los condes de Norfolk, debían ser rápidos porque pronto llegarían los invitados y no quería ser descortés presentándose tarde ante ellos.

—Ha pasado un tiempo —comentó su suegro cuando estuvieron dentro de la misma estancia y con la tensión reflejada en los hombros aceptó apretarle la mano y besó la de su suegra.

—Me alegra verlo mejorado, su excelencia —dijo lady Camyl con el afán de aligerar la tensión en el ambiente.

—Muchas gracias, milady. —Asintió fugazmente y se armó de valor para continuar—. Creo



que es momento de hablar, quiero disculparme con los tres; he cometido muchos errores al odiarlos durante tantos años. Pero quiero que sepan que amo a su hija y espero nos puedan dar su bendición. Si bien hicimos todo mal y huimos sin el permiso de ustedes, deben saber que lo hicimos por amor.

»A su tiempo actúe mal, me dejé engañar e hice muchas cosas que no merecen perdón, pero incluso así me arriesgo a pedirlo; lo siento, debí escucharlos cuando quisieron decirme la verdad, debí haber olvidado mi absurda venganza y comportarme como un caballero.

—No eres el único que cometió errores, Blandes, yo no soy un hombre perfecto. Siempre te estaré agradecido por amar a mi hija y protegernos del disparo de Deborah; no obstante, no es esa la razón por la que te acepto en mi familia, sino porque tú nos demostraste que de algún modo u otro no eres como tu padre.

Le gustaría poder verlos y decirles a los ojos lo mucho que agradecía esa aceptación, pues ellos era la única familia que ahora tenía y no deseaba que existiera una enemistad entre ellos.

—Muchas gracias, Norfolk.

—Y también... —Se estremeció al escuchar la voz llorosa de la condesa, ahora entendía de donde salió Aline tan sentimental—. Tenemos algo para usted, nunca recibió la dote de nuestra hija pero ya nos encargamos de todo para poder entregársela.

Frunció el ceño y Aline habló por él.

—No tenía una dote cuando me comprometí, mamá.

—Bueno, entonces véanlo como un regalo de bodas. —Dylan se confundió cuando unas hojas llegaron a sus manos—. Son los papeles de Edevane Park, sabemos que siempre quiso estas tierras y hoy se las devolvemos. Aunque debe saber que eran legalmente nuestras porque fue su padre quien las perdió en el juego.

Dylan se aferró a los papeles y sólo pudo agradecerles en silencio, esas tierras eran lo más importante para él porque antes de ser de su padre y recibir ese nombre, fue la dote de su madre, el lugar que ella amaba con todo su ser y por el cual sufrió mucho al saberlo perdido por culpa de un esposo alcohólico e infiel.

Edevane Park volvía a él, ese mágico lugar regresaba a ser suyo y Dylan daría lo que fuera por poder verlo otra vez.

—Muchas gracias, papá —musitó Aline, se oía sorprendida—. Esto es mucho para nosotros.

—Gracias por esto —espetó él.

—Esto no es más que el inicio de una nueva etapa en nuestras vidas. Ahora somos una familia y me encantaría que mis nietos crecieran en esas tierras, yo también supe quererlas con el pasar de los años.

—También es su hogar, podrán ir cuando gusten. —Se apresuró a decir y la imagen de todos sonriendo llegó a él.

—Suena maravilloso, pero creo que es hora de ir al recibidor. Estoy seguro que más de un invitado está esperando por ustedes. —Norfolk se incorporó, dando por terminada la emotiva conversación, y Dylan sintió que después de tantos años de soledad, quizás por fin podría tener una familia de verdad.

Tal como lo dijo su suegro, en el recibidor se encontraban los marqueses de Winchester, Grafton, el vizconde de Portman con su madre y abuela, y el conde de Devonshire con su madre y hermana. Después de saludarse como correspondía ingresaron al comedor y la cena dio inicio de manera silenciosa.

Aline sintió como la desesperación le invadía el pecho al percatarse de la enemistad que existía entre los marqueses de Winchester y el conde de Devonshire, la tensión que imponían en la mesa era simplemente horrible. Le parecía algo lógico que los marqueses odiaran al conde, el hombre tenía encerrada a su hija y nadie sabía en qué condiciones la tenía, pero lo más desagradable de todo era ver como a Devonshire eso lo tenía sin cuidado y vivía su vida como si su esposa no existiera.

Otro que la disgustaba de sobremanera era el vizconde de Portman, quien juraba y perjuraba que con su hermoso rostro bastaba para ganarse los favores de las personas. Ese hombre atrapó a su amiga en un matrimonio no deseado, no le cabía la menor duda de ello, pero lo que más le dolía era no saber nada de Seraphina, ella no merecía sufrir por las infidelidades de Portman, quien seguía siendo un libertino sin remedio.

Seguro era por eso que su amiga vivía en el campo, para no tener que tolerar las burlas de la sociedad londinense y su marido. Dejaría que las cosas se calmasen y cuando fuera posible le pediría a Dylan que la llevase con Seraphina, la luz de su amiga no podía morir por culpa de un mal esposo, ella tenía que seguir brillando como solía hacerlo cuando pisaba un salón de baile.

—¿Y qué me puede decir de su pupila, lord Grafton? No he vuelto a oír nada de lady Taylor desde que se fue con Sullivan.

Lady Victoria Pierce era la abuela del vizconde de Portman y una de las matronas más respetadas de Gran Bretaña, cualquiera dama que deseara un buen matrimonio debía ser aceptada por la anciana, por lo que Grafton no pudo esquivar su pregunta.

—Se encuentra muy bien.

Definitivamente los amigos de su esposo no eran de su agrado.

—¿Qué me dice de lady Portman?, ¿su nieta política aún no planea visitarnos? —preguntó sin tino alguno, robándole una sonrisa maliciosa a la anciana que sabía perfectamente que tenía la intención de incomodarla.

—No es asunto tuyo, Grafton —respondió el vizconde con indiferencia, dándole un corto trago a su copa de vino.

Estaba segura que él era feliz con el distanciamiento que Seraphina imponía.

—Ciertamente me es extraño no saber de lady Portman, ella siempre fue buena en robarme una sonrisa —comentó Dylan con melancolía.

Él también sentía la falta de Seraphina.

De pronto las puertas del comedor se abrieron y como si sus palabras hubieran servido para invocarla, Aline se incorporó con los ojos abiertos de hito a hito al ver a su amiga ingresar al comedor con su peculiar caminar lleno de grandeza y su sonrisa de oreja a oreja capaz de deslumbrar en cualquier lugar.

—Lamento la demora, mi servidumbre aún no se acostumbra al agitado horario de su señora. —Abrió su abanico color rosa intenso con maestría y abanicó su rostro mientras aleteaba sus

largas pestañas.

Portman se atoró con el vino que ingería en aquel momento y Aline sintió una gran satisfacción al ver a la hermosa mujer que tenía en frente.

Era una tonta, en ese mundo no existía poder sobrehumano capaz de apagar la luz de Seraphina.

Detalló su rostro, tan sano y lleno de luz, y admiró su hermoso vestido que hacía juego con su abanico. Era llamativo, pero eso no era lo más atractivo de la prenda, sino el profundo escote que realzaba sus generosos senos y decían a gritos que eran su mejor atributo junto a la estrecha cintura que se acentuaba perfectamente por encima de sus anchas caderas.

—Espero no haber llegado en un mal momento —dijo al tiempo que todos los hombres de la estancia se ponía de pie, a excepción de su esposo, quien aún la miraba estupefacto.

—En lo absoluto, milady —dijo Dylan, sonriente—. Es un placer tenerla en nuestra mesa esta noche.

Aline vio como Grafton retiraba el asiento que estaba junto a él y sonrió abiertamente al ver que su amiga aceptaba el gesto del conde con una sonrisa picaresca.

—Olvidé comentarle que mi nieta política llegó a Londres hace unos días, su excelencia. Espero no le moleste mi osadía de invitarla a la cena —comentó lady Victoria y Aline negó rápidamente, al tiempo que Portman miraba a su abuela con enojo.

Él no estaba al tanto de nada.

—Lady Portman siempre será bienvenida en mi mesa.

Su mejor amiga estaba de regreso y algo le decía que Josephine encontraría a una gran amiga en la rubia.

Cuando la cena llegó a su fin y todos sus invitados se retiraron, Aline se reunió con Dylan en su alcoba y lo abrazó por el vientre con ternura.

—Siento que seremos muy felices —confesó y él entrelazó sus manos.

—Ya lo somos.

Pero estaba segura que él sería más feliz si recuperaba la vista.

—Es verdad.

Él se volvió sobre su eje y acunó sus mejillas con ternura para dejarle un casto beso en los labios.

—No te preocupes, sé que tarde o temprano volveré a verlas; esa es mi promesa.

Sonrió con emoción contenida.

—No quiero que rompas tu promesa.

—Con hechos te demostraré que no será así, encanto.

Y ella pediría todas las noches de su existencia para que eso volviera a suceder, nada le daría más gusto que Dylan recuperara la vista para ver a la familia que la vida le estaba otorgando después de tanto tiempo de sufrimiento y soledad.

No le importaba el período, ella confiaría en que algún milagro se apiadaría de su esposo.

**Fin.**

## Epílogo

Estaban a días de navidad y eso quería decir que estaban a días del cumpleaños de su pequeña, por lo que Dylan quería cerciorarse de que ese milagro le duraría para siempre y no por unas cuantas horas.

Después de ocho meses combatiendo con su horrible ceguera, por fin era capaz de ver el rostro de su esposa, de su hija y toda la gente que lo rodeaba. Sin embargo, por muy emocionado que se sintiera no podía confiarse de algo que aún no tenía una explicación lógica.

—Todo parece estar en perfecto estado —decretó Brown, cerciorándose de que no tuviera una anomalía en los ojos—. ¿Siente algún dolor, su excelencia?

—Sólo cuando desperté y vi la luz del día.

—Eso es normal, lleva mucho tiempo en las penumbras.

—¿Eso quiere decir que no volverá a perder la visión? —inquirió su esposa con la voz llorosa y Dylan se deleitó de su hermoso rostro.

Aún le costaba creer que después de tanto tiempo por fin podía observarla.

—Papi... —La delicada vocecilla captó su atención y el pulso se le disparó al ver nuevamente el rostro de su pequeña Nicole, estaba tan grande y diferente que le costaba creer que sólo habían pasado ocho meses.

Era el vivo retrato de su difunta madre, igual de dulce y hermosa.

Tomó en brazos a su pequeña y la sentó en su regazo mientras Aline se mostraba agitada por todo lo ocurrido.

Jamás pensó que un día despertaría y podría ver el rostro de su mujer frente al suyo. Si bien con el tiempo empezó a ver más, a captar sombras y orientarse con las cosas, nunca creyó que recuperaría totalmente la vista.

—No tengo una respuesta para su pregunta, excelencia, pero lo que sí les sugiero es tener mucho cuidado y no abusar de los esfuerzos. El duque atravesó una ceguera temporal y ahora que pudo recuperar la vista debemos cuidarlo para que no vuelva a padecerla.

—Sí, comprendo. —Asintió con rapidez, aún temblorosa por la buena noticia.

—El mayordomo reconocerá sus servicios, Brown, gracias por venir desde el pueblo.

El doctor asintió y sin tener más que decir abandonó su alcoba, brindándole su espacio con su esposa e hija. Aline no tardó más y se abalanzó sobre él para abrazarlo con fuerza, sin preocuparse por su abultado vientre que anunciaba su ya avanzado estado de gestación.

—Lo cumpliste, Dylan, recuperaste la vista.

La abrazó con ternura y se incorporó con su hija en brazos para brindarle mayor comodidad.

—No pensaba recibir a mi segundo hijo ciego, encanto. Desde hace un tiempo que empecé a ver un poco, pero eran siluetas no definidas, no quería darte falsas esperanzas y preferí esperar un poco.

—Eres un tonto, debiste decírmelo —golpeó su pecho suavemente y carcajeó roncamente.

—Era una sorpresa.

Ella presionó su abrazo.

—Gracias por conseguirlo, sabía lo importante que era para ti recuperar la visión.

—Sólo quería verlas de nuevo —confesó con melancolía, acariciando su cálida mejilla—. Y ahora más que nunca puedo decirte que son lo más hermoso que tengo. No tienes idea de cuánto las amo.

—Nosotras también.

Se unieron en un fuerte abrazo, conscientes de que nuevamente podrían gritar a los cuatro vientos que habían alcanzado una gran felicidad. Ahora más que nunca podían jactarse de la familia que estaban armando y el día de mañana sorprenderían a sus invitados cuando llegaran y descubrieran que el duque de Blandes había recuperado la visión para ver como su pequeña cumplía dos años en navidad.

\*\*\*

—¿De verdad piensas irte así, sin decir nada? —preguntó Josephine, furibunda, interponiéndose en el camino de Brown.

El rubio la miró con dureza e intentó pasarla de largo, pero ella no se lo permitió.

—No tenemos nada de qué hablar, lo nuestro terminó hace mucho.

Si ella se mostró afectada por sus duras palabras, no lo exteriorizó.

—Soy prima de un duque, Jamie, tengo una dote; ahora soy digna de ser tu esposa.

Jamie hizo una mueca.

—Nunca te busqué con la intención de desposarte; fuiste mi amante, Josephine.

—Pero fuiste el primero —soltó con tristeza, tratando de mantener la compostura—. Me arruinaste para los otros hombres.

—Te arruinaste tú sola al aceptar ser mi amante.

Una lágrima se deslizó por la tersa mejilla de la muchacha y él suspiró con frustración.

—No te amo, nunca lo hice. Te utilicé para desfogarme, tienes cierta similitud física con la mujer que amo y me pareciste la adecuada para distraerme.

Sin poder evitarlo estrelló su mano en la mejilla del rubio y Brown se limitó a observarla con enojo.

—No vuelvas a molestarme, Josephine. Si piensas cargar con el título de lady empieza a comportarte como una y déjame tranquilo.

—Eres un desgraciado, creí que eras diferente.

—Bienvenida al mundo real —soltó con frialdad y dándole un golpe en el brazo, la pasó de largo dejándola totalmente sola frente a la entrada de su nuevo hogar.

No importaba su título, ni su fortuna, él amaba a otra mujer y nunca respondería por ella por más que se lo implorase o intentara presionarlo.

¿Su situación podía ser más humillante?

Esperaba que no.

## Nota de autora.

Querido lector:

Gracias por acompañarme en la apasionada historia de Dylan y Aline, espero haya sido de tu agrado y tengas ganas de conocer las próximas historias. El libro de Seraphina y Lucien Pierce responderá al nombre de La prima del vizconde y será la entrega 4.5 de la serie Libertinos Enamorados.

*Para obtener mayor información de mis historias, te invito a seguirme en mis redes, donde podrás encontrarme como:*

**Vanny Ferrufino.**

